



Travesías por la Araucanía

*Relatos de viajeros
de mediados del siglo XIX*

Ítalo P. Salgado
(Compilador)

Lorena Villegas • Samuel Quiroga
(Investigación)



UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
TEMUCO

EDICIONES

Travesías por la Araucanía
Relatos de viajeros de mediados del siglo XIX

Temuco
2016

© EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE TEMUCO. 2016
Inscripción N° 270.406, Santiago de Chile.

ISBN 978-956-9489-21-1

Derechos de edición reservados para todos los países

Primera edición
Temuco, agosto de 2016

Este libro fue financiado por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes del gobierno de Chile, a través del Fondo de Fomento del Libro y la Lectura, convocatoria 2015. Asimismo, Ediciones de la Universidad Católica de Temuco contribuyó a la publicación de esta obra.

IMAGEN DE PORTADA

“Comerciendo con los indígenas”, en Edmond Reuel Smith, *The Araucanians; or notes of a tour among the indian tribes of southern Chile*, New York, Harper & Brothers, Publishers, Franklin Square, 1855

Este libro ha sido sometido a referato externo

Texto compuesto en tipografía *Adobe Garamond 11/14*

Se terminó de imprimir, en octubre de 2016,
en Versión Producciones Gráficas Ltda.
Santiago de Chile.

Ediciones de la Universidad Católica de Temuco.
Av. Alemania 0211, Temuco, Chile.
Correo electrónico: editorial@uct.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Ítalo P. Salgado
(Compilador)

Lorena Villegas - Samuel Quiroga
(Investigación)

TRAVESÍAS
POR LA ARAUCANÍA
*Relatos de viajeros
de mediados del siglo XIX*



AGRADECIMIENTOS

Mientras realizaba la investigación doctoral *Un mediador mestizo. El capitán de amigos en la frontera mapuche (siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX)* para obtener el indicado grado en la Universidad de Huelva, encontré una serie de documentos que presentaban distintos aspectos sobre la vida de la Araucanía durante la primera mitad del siglo XIX. Lo que más me llamó la atención de la información hallada era la forma tan gráfica y colorida como los viajeros presentaban sus travesías por el sur de Chile, me generó el deseo de iniciar una serie de publicaciones que pudiesen rescatar muchos de estos relatos consultados. Así, le propuse a Samuel Quiroga y a Lorena Villegas, profesores del Departamento de Artes de la Facultad de Artes y Humanidades de la Universidad Católica de Temuco, postular en conjunto al Fondo de Fomento del Libro y la Lectura, convocatoria 2015, para buscar el financiamiento que permitiera publicar los relatos.

Travesías por la Araucanía. Relatos de viajeros a mediados del siglo XIX es un libro que compila los relatos de las travesías realizadas por cinco viajeros extranjeros entre 1838 y 1854: Dumont D'Urville, "Araucanos, excursión del señor Bardel, vicecónsul de Francia en Concepción de Chile"; Henri Delaporte, "Recuerdos de un viaje. Una visita donde los araucanos"; César Maas, "Viaje a través de las provincias australes de la República de Chile"; Aquinas Ried, "Diario de un viaje efectuado por el Doctor Aquinas Ried desde Valparaíso hasta el lago Llanquihue" y Edmond Reuel Smith, "Los araucanos. Notas sobre una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile meridional".

En primer lugar, quiero agradecer a Lorena Villegas y a Samuel Quiroga por haber aceptado el desafío de acompañar el proceso de postulación de esta idea de recopilar literatura de viajes sobre la Araucanía y, además, por incorporar en la edición sus trabajos de investigación sobre temáticas que surgen a partir de la lectura crítica y reflexiva de los relatos.

También me gustaría dar las gracias a Marcelo Rojas Vásquez, editor del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, por su apoyo y asesoría en el proceso de edición y diagramación del libro; a Pablo Cayuqueo, por su trabajo en la transcripción de los textos; a Isabel Iriarte, por

sus generosas observaciones sobre los relatos de los viajeros y a María Paz Oyarzún, por el apoyo en el proceso de corrección de pruebas.

En aspectos vinculados a la gestión administrativa y ejecución del proyecto que permitió la impresión del libro, estoy en deuda, por una parte, con Ximena Inostroza, Pablina Zárate, Ximena Sepúlveda, Claudia Lagos y Cristian Henríquez, colegas de la Vicerrectoría de Investigación y Postgrado de la Universidad Católica de Temuco, por sus consejos y recomendaciones; y con Claudio Hoffmann por la paciencia y buena disposición al momento de explicar los mecanismos de rendición de cuentas ante el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Asimismo, estoy muy agradecido a Ximena Navarro, Gertrudis Payàs y José Manuel Zavala porque fueron colegas siempre dispuestos a la conversación, al intercambio de ideas y eficientes cicerones a través de libros y archivos, que con sus recomendaciones permitieron llegar a los relatos que publicamos.

Finalmente, mi gratitud al Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, a través del Fondo de Fomento del Libro y la Lectura, por financiar esta iniciativa editorial, y a la Universidad Católica de Temuco, por ser el sello editorial que respalda la publicación.

A todas las personas e instituciones, a nombre de Samuel Quiroga, Lorena Villegas y mío, va dirigido el tributo de nuestro agradecimiento.

ÍTALO P. SALGADO ISMODES
Temuco, invierno de 2016

CONTEXTO HISTÓRICO DE LA ARAUCANÍA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

Ítalo Salgado Ismodes

Hacia mediados del siglo pasado, época en la que se realizan los viajes que compilamos en este libro, la Araucanía era una tierra indómita, con personas de costumbres extrañas y de hábitos y formas de entender el mundo distintas a las del ideal occidental y moderno que Chile aspiraba alcanzar. Y fue el desconocimiento de esta región enclavada en medio del territorio chileno lo que motivó a numerosos viajeros extranjeros a recorrerla dejando, de estas travesías, notables testimonios escritos que revelan una Araucanía “novedosa” a los ojos de la civilización. Así, lo que caracteriza y define a las aventuras, periplos y anécdotas contadas por los viajeros, además de su carácter de “novedad”, es la profusión de detalles y descripciones de lo observado, sentido y vivido¹.

Para esta compilación de travesías, consideramos los relatos de Dumont D’Urville, “Araucanos, excursión del señor Bardel, Vicecónsul de Francia en Concepción de Chile”; Henri Delaporte, “Recuerdos de un viaje. Una visita donde los araucanos”; César Maas, “Viaje a través de las provincias australes de la República de Chile”; Aquinas Ried, “Diario de un viaje efectuado por el Doctor Aquinas Ried desde Valparaíso hasta el lago Llanquihue”; y Edmond Reuel Smith, “Los araucanos. Notas sobre una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile meridional”.

Los cinco relatos de viaje, desarrollados en el periodo comprendido entre finales de la década de 1830 y mediados del decenio de 1850, tienen el valor de haberse efectuado antes de la ocupación militar de la Araucanía. Además, las finalidades con que se escribe sobre la región es diversa entre los autores, pues mientras que D’Urville sólo está de paso por Concepción y los relatos que recopila lo hace como parte de una memoria que incluye el sur de Chile como una parada dentro de su viaje de exploración por el Pacífico sur; Maas y Ried sólo atravesaron la Araucanía como parte de su periplo que los llevaba a conocer las colonias de inmigrantes alemanes establecidos en la zona de Llanquihue; Delaporte y Smith, si viajaron hasta el territorio indígena con el interés de conocer las costumbres y tradiciones de los mapuches de la zona.

¹ Cfr. Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*.

A los cinco, como extranjeros (cuatro europeos y uno estadounidense), los unía la adscripción a valores y concepciones propios de la cultura occidental, lo que les permite entregar una visión de los mapuches desprovista de la idealización o del rechazo que empezaba a desarrollarse entre las élites intelectuales y políticas chilenas, aunque ello no impide que hagan descripciones y calificaciones que al lector actual puedan parecer discriminatorias e inapropiadas. Empero, es esa descripción prolija de detalles y anécdotas, propia de la literatura de viajes del siglo XIX², aunque escrita con algunas calificaciones ofensivas y malsonantes para la actualidad, lo que permite contar con datos y elementos que —quizás de otra manera— no podrían haber sido relatados y, por ende, no existirían.

Ejemplo de esto último puede ser la descripción que Aquinas Ried hace de los mapuches:

“Por su carácter, los araucanos son de un valor indómito, pero generosos; astutos, distingúense por un amor irreductible por su libertad. Por otra parte, el araucano es indolente y flojo. La embriaguez sólo le hace salir de su inherente flojera (...)

En cuanto sentimiento de ternura, como el amor filial o el amor conyugal, apenas caben dentro de sus corazones. Dicho sea de paso, la base de la sociabilidad araucana es la poligamia. Las mujeres ocupan el primer lugar entre los seres irracionales. La riqueza de un indígena expresa así: tantas mujeres, tantos caballos, tantas vacas, tantas ovejas y chanchos y tanto terreno”.

Los viajeros entregan una visión de las comunidades mapuches viviendo en paz, aprovechando los recursos naturales que se producen en el territorio, con una vida doméstica que en muchos casos es la expresión de un estilo y nivel de vida superior al término medio del campesino chileno de la zona central.

Para la época correspondiente a la historia republicana chilena, se sabe que desde el periodo de la Independencia hasta el término de la ocupación militar de la Araucanía, los mapuches vivieron en un estado de autonomía respecto del gobierno de Santiago. La relativa independencia de la que gozaba el territorio mapuche, además, fue acompañada por un estado de tranquilidad y paz que sólo se vio alterada por la Guerra de la Independencia y la Guerra a Muerte.

En rigor, durante la guerra por la Independencia, la resistencia indígena no comprometió a toda la población al sur del Biobío. Los costinos se mantuvieron casi siempre aliados al gobierno chileno y entre las parcialidades de Los Llanos, que fueron las más reacias a los cambios, hubo numerosos loncos que apoyaron el bando patriota. En la cordillera, los pehuenches, se mantuvieron fieles a la causa del monarca hispano, y se plegaron a la causa realista.

² Cfr. Prat, *op. cit.*; Rodríguez, Fermín A. *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*; Spurr, David. *La retórica del imperio. El discurso colonial en periodismo, escritura de viajes y administración imperial*; y Torre, Claudia. *El otro desierto de la nación argentina. Antología narrativa expedicionaria.*

Posteriormente, la resistencia realista y las incursiones realizadas por los Pincheira mantuvieron en tensa calma el territorio de frontera.

La conclusión de estas grandes alteraciones, no significó la desaparición de la violencia pues en el periodo se produjeron breves ciclos de convulsión como las ocasionadas por el alzamiento indígena de 1835 y la participación de los loncos mapuches en la crisis política de 1851.

Durante la década de 1830, el gobierno chileno no siguió una línea oficial de avance hacia la Araucanía, y para mediados de la década de 1840, la frontera chileno-mapuche comenzaba, por el norte, en las riberas del río Biobío, avanzando hacia la costa, pasando por el fuerte de Arauco hasta llegar al de Tucapel y siguiendo hasta el fuerte de Nacimiento. Hacia la cordillera de los Andes, era el fuerte de Santa Bárbara el punto más oriental de este límite. Por el sur, la frontera concluía a orillas del río Cruces.

No fue sino hasta después del alzamiento general de 1859, al cual la mayoría de las comunidades mapuches se plegaron, que se definió un plan sistemático de anexión de la Araucanía.

El contexto histórico en el que se realizan los viajes que compilamos en esta edición, coincide con lo que ha Jorge Pinto ha denominado “El retorno a los viejos mecanismos hispano-mapuches de relaciones fronterizas”³ y nosotros adscribimos a dicha denominación en este trabajo.

Este tiempo se caracterizó por el esfuerzo político y diplomático que desplegó el gobierno central por conservar la tranquilidad existente en la Frontera a través del sometimiento y control de los núcleos de resistencia realista y la cooptación de los liderazgos indígenas al poder chileno. Para ello, y con el fin de mantener esta realidad, las autoridades retomaron los viejos mecanismos de mediación que habían regulado la seguridad y las relaciones fronterizas durante la época hispánica, de los cuales destacamos tres: la convocatoria y realización de parlamentos y juntas; el apoyo y financiamiento de una política misional y de conversión; y el mantenimiento de funcionarios de enlace como los comisarios de indios, los capitanes de amigos y los lenguaraces. Todos estos mecanismos habían dado buenos resultados durante el periodo hispano-mapuche y, en particular, durante la época tardocolonial habían sido los artífices de la tranquilidad fronteriza, por lo que rescatar estas antiguas prácticas de vinculación era apostar por instrumentos de negociación que ya se habían mostrado efectivos y prácticos en el pasado hasta que no se resolviera cuál iba a ser el destino final de la Araucanía y sus habitantes.

Así, el rescate y reactivación de estos viejos mecanismos fue una alternativa interesante para el gobierno chileno puesto que le permitió desactivar numerosos conflictos que existían entre las diferentes comunidades mapuches e intervenir directamente en la política interna de la sociedad indígena.

³ Pinto Rodríguez, Jorge. *La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 78-88.

Los parlamentos como mecanismo de mediación nunca fueron totalmente dejados de lado. Durante la Guerra de la Independencia, tanto patriotas como realistas, se valieron del prestigio que tenían, como espacio de negociación⁴, para captar compromisos y apoyos de las diversas comunidades mapuches. Pero fue recién con el Parlamento de Tapihue de 1825, que recobraron el lustre y trascendencia que habían tenido durante los últimos años del gobierno hispánico, aunque sufrieron significativas modificaciones en cuanto al alcance territorial de sus acuerdos y a la participación de los distintos liderazgos mapuches.

Respecto a las solemnidades de los parlamentos y juntas, Dumont D'Urville señala:

“En el viaje que para asuntos de su consulado hizo el señor Bardel a Arauco, tuvo ocasión de observar no solo sus usos y costumbres, sino muchas de sus más raras ceremonias. Entre estas ocupa un lugar preferente la de sus asambleas, principalmente cuando estas se verifican para celebrar algún tratado de paz o asegurar el cumplimiento de los ya existentes. Cuando los indios se reúnen en asamblea, dice el señor Bardel, son muy circunspectos (...)

Estos indios son muy amigos de la etiqueta, y creo que sobre este punto pueden compararse a los más estirados barones alemanes. Nada perdonan cuando se trata de las ceremonias de sus asambleas. Son intrépidos oradores, quiero decir, que hablan mucho y pronto; pero como su lengua es muy pobre, repiten a cada momento una misma cosa. Son minuciosos y pesados en sus narraciones, especialmente cuando hablan de los incidentes de sus viajes. Para sus cumplimientos de etiqueta, tienen una fórmula común. Jamás un indio, aunque sea cacique, se aproxima a un superior para saludarle sin pedirle antes la venia por medio de otra persona de más edad o más elevada en jerarquía”.

Durante las décadas de 1830, 1840 y 1850, y de ello dan fe los relatos que presentamos, se realizaron varios parlamentos y juntas con la finalidad de reconstruir el tejido de lealtades y vinculaciones que existían entre chilenos y mapuches desde la época colonial, para solucionar conflictos y diferencias intraétnicos y las controversias generadas como consecuencia de las relaciones fronterizas. En este sentido, entendemos el relato de Delaporte:

“Me encontraba en la provincia de Arauco en la hacienda de Santa Fe, en las fronteras de Chile, cuando supe que, dentro de muy poco tiempo, estos indios debían llevar a cabo una gran asamblea (junta o parlamento), aproximadamente a quince leguas al sur, cerca del río Renaico. Era la época propicia para las juntas, las que se realizan comúnmente en primavera, en el momento en que, saliendo de la estación lluviosa durante la cual quedan suspendidas las relaciones comerciales,

⁴ Zavala Cepeda, José Manuel. *Los parlamentos hispano-mapuches, 1593-1803: Textos fundamentales*, 17-27.

las poblaciones española e india retoman con renovada actividad sus intercambios y, con este objetivo, recorren recíprocamente sus territorios. Estas juntas, siempre presididas por un jefe o cacique, reúnen un número más o menos considerable de guerreros de distintas tribus amigas que viven bajo la misma ley. Cuando tienen por objeto la rapiña o la guerra, son secretas, y los hombres asisten con sus armas; cuando, por el contrario, tienen una finalidad pacífica, esto sucede más a menudo hoy en día, ellas son oficiales y públicas, y el gobierno chileno es avisado por medio de correos que envía el cacique, jefe del parlamento, a las diferentes autoridades aledañas y particularmente a la Intendencia de la provincia de Arauco, cuyo asiento está en Los Ángeles. En este caso, los hombres no están armados, o, al menos, no lo están para el combate”.

Pero además de reafirmar las mutuas relaciones chileno-mapuches, las juntas y parlamentos fijaban las condiciones en las que se tenían que desarrollar las transacciones comerciales que volvían a surcar la Araucanía, llevando y trayendo productos desde y hacia el territorio chileno, y conectando las ciudades de Concepción y Valdivia en los límites norte y sur de la Frontera. Edmond Reuel Smith aprecia la importancia de las rutas comerciales que cruzan la Araucanía y persuadido por Pantaleón Sánchez, el capitán de amigos que lo acompaña, decide incorporarse a su expedición comercial para conocer, de mejor manera, la región:

“A alguna distancia más arriba del salto, hallamos el Laja ancho y poco profundo; y a pesar de la fuerte corriente, lo vadeamos sin dificultad. Estábamos ahora sobre el camino central, que une todos los pueblos interiores del sur con la distante capital, aquella gran arteria por la cual pasa la mayor parte del comercio interno del país (...) Tuve mucha conversación con Sánchez y lo encontré más inteligente que la mayoría de su clase.

Comprendió luego mis deseos y discutió con entusiasmo mis planes, pero no estaba de acuerdo con ellos en muchos puntos esenciales. No consideró que un viaje a Valdivia me daría buen resultado, porque los que siguen esa ruta lo hacen por lo general muy rápidamente y tienen escasas relaciones con los indios. Además, siendo ese camino tan traficado, los indios que se encuentran a lo largo de él, han abandonado gran parte de sus costumbres nacionales y han asimilado poco a poco el traje, los usos y hábitos de los españoles.

Creyó que sería mejor agregarme a una expedición comercial y penetrar con ella a las partes poco visitadas del interior, con el objeto ostensible de negociar con los indios, único que ellos comprenden y miran sin recelo”.

Otro de los viejos mecanismos de mediación que se reactivaron en este periodo fueron las misiones. En 1833, el presidente José Joaquín Prieto ordenó reabrir el antiguo Colegio de Propaganda Fide de Chillán para, a través de mecanismos pacíficos

como la enseñanza de la fe, acercar a los indígenas a la modernidad. Para ello, en 1835 se invitó a misioneros franciscanos hacerse cargo de la labor de evangelización. Una década después, los capuchinos se hacen cargo de nuevas obras misionales.

La presencia y relación con los misioneros fue relatada por Aquinas Ried:

“Llegados al pueblo de Nacimiento, lo primero que atraen y atención es el Convento de los Franciscanos. Fray Felipe de Luca fue el primer misionero italiano que hemos encontrado. En 1835 vinieron a esta región, contratados por el Gobierno, que tenía la intención de someter por medio de las predicaciones de estos religiosos a los indómitos araucanos, veinte monjes”.

Por César Maas, su compañero de viajes:

“Hacia el Este, en medio de la gran llanura se divisaba la reducida fortaleza de Santa Bárbara construida de madera. Había allí una pequeña guarnición destinada a proteger esos parajes contra la invasión de los indígenas.

Un pequeño convento erigido por un misionero romano, se caracterizaba por su situación amena y hermosa. Está en una colina y desde allí se domina todo el villorrio y un vasto panorama. Después de comida vino a visitarnos el reverendo padre fray Felipe. Era un joven oriundo de la Lombardía y tuvo gran placer en encontrarse con europeos y obtener de ellos noticias de las ocurrencias políticas en aquel continente. El mismo había sido el constructor de su convento y el mismo lo había pintado”.

Por Henri Delaporte:

“Ahí (en Negrete) me reuní con un padre misionero residente en Nacimiento, que también iba a la junta, el que, convocado como siempre en semejante ocasión, había tenido la consideración de citarme para que hiciéramos el viaje juntos, oferta que yo acepté con prontitud, sabiendo cuanto estos curas son respetados por los indios y seguro de encontrar, en él, un buen guía y protector seguro, en caso de necesidad. De Negrete, nos dirigimos a Malven, el punto más avanzado que ocupan los misioneros de este lado de la Araucanía, y en el cual encontré un segundo misionero, dependiente de aquel que me había acompañado. Una miserable choza de tierra, tal es la morada de este devoto apóstol de la fe cristiana; más comodidad le está prohibida por los indios que temen con razón que un techo de tejas sería indicio de un establecimiento fijo, y de un atropello de su territorio. Basta con decir que la estadía de este misionero en Malven es una pura concesión del cacique de la tribu que ocupa este territorio y que puede expulsarlo de un día para otro. Los indios, no obstante, tienen interés en conservarlo, porque se dirigen en masa a su cabaña para pedirle remedios consistentes en hierbas del país o en drogas de farmacia”.

En los relatos, es la conexión con el padre misionero, lo que permite que los viajeros puedan participar de las diversas solemnidades y rituales que se realizan al interior de las comunidades, puesto que ellos han logrado cierto ascendiente entre los loncos y hombres importantes de la sociedad. En el texto de Henri Delaporte, este describe la figura de fray Querubín Brancadori

“Apenas supo nuestra llegada el mayor Zúñiga, nos mandó a decir que nos acercáramos y un monje vestido de gris nos recibió con suma amabilidad y nos llevó a presencia de Zúñiga. Por fin, se presentó el padre diciendo con gran ceremonia: “Nada quiero de ustedes, soy pobre, estoy completamente solo. Siete años he vivido entre sus hermanos de Tucapel. Sólo busco para ustedes lo mejor. Para que ustedes y sus hijos aprendan a erigir una misión. No quiero plata, ni animales, nada. Nada”. “Mátenme”, repitió tres veces, “si les he dicho una mentira”, y se golpeaba el pecho. En verdad era grandioso ese afán apostólico de aquel hijo de Tíber.

Se llamaba Querubín Brancadori. Era oriundo de Roma. Era de buena presencia, gordito y no tenía mucha edad. Es muy posible que haya tenido méritos en la defensa de los intereses de los indios”.

Los comisarios de indios, los capitanes de amigos y los lenguaraces, siguieron realizando sus labores como en la época hispano-mapuche, aunque se produjo cierta merma en sus atribuciones. La Independencia y el nuevo gobierno republicano provocaron una crisis en la función de enlace de estos mediadores, la cual se debió a la pérdida de recursos financieros para realizar sus labores, el traspaso de algunas de sus labores a caciques amigos pagados por el Fisco, y el debilitamiento de sus redes de conexión con la administración y autoridades regionales y centrales. Pero a pesar de su debilitamiento, el gran conocimiento del mundo indígena que poseían estos mediadores permitió su continuidad y subsistencia. Por ejemplo, en el relato de Edmond Reuel Smith, este resalta el conocimiento sobre los mapuches que posee el capitán de amigos Pantaleón Sánchez, quien le sirvió de guía e intérprete en su viaje:

“Durante los pocos días que quedamos en Budeo, Sánchez y yo tuvimos muchas discusiones respecto de la mejor manera de proseguir nuestro viaje.

Yo quise andar sin ambages, informar a los indios del verdadero objeto de mi visita, y decirles que iba a verlos, animado por el deseo de llegar a conocer los usos y costumbres de un pueblo que se había defendido con éxito contra el poderío de España, conseguido las alabanzas de sus enemigos y conquistado renombre en los anales del heroísmo.

Este programa me parecía la mejor manera de confianza y buena voluntad, por otra parte creía que sería una política muy dudosa el engañarlos. Pero Sánchez tenía otro modo de pensar. Dijo que mis ideas eran bonitas, pero muy por encima de la comprensión de los indios, que me mirarían con desconfianza, y probablemente cortarían de raíz todos mis sueños, echándome de su territorio al primer indicio de que quería estudiar su modo de vivir.

En cuanto a la falta de moralidad en engañarlos, no la pudo ver; porque siendo ellos embusteros por naturaleza; consideraba legítimo atacarlos con sus mismas armas.

De mala voluntad abandoné mi convicción de que la mejor política es la honradez, pero al capitán poco le importaban las ideas abstractas. Había pasado la mayor parte de su vida entre los indios, los conocía a fondo y estaba acostumbrado a hacerles creer lo que él quería. Pudo asegurar el éxito de sus propios proyectos, pero no quiso patrocinar los míos. Dadas estas circunstancias, fue necesario otorgarle completa libertad, con la condición de que sería él quien contaría las mentiras y que asumiría la responsabilidad de ellas. Su plan era el siguiente: formaríamos una expedición comercial; pero él y no yo sería el patrón. Había resuelto no llevarme en esa capacidad; porque decía que los caballeros nunca acompañan a sus agentes, que son siempre intérpretes o mestizos y quienes compran el ganado y llevan a cabo los negocios”.

Y más adelante continúa:

“Como [Pantaleón Sánchez] había pasado quince años de su juventud entre los indios y había estado constantemente en comunicación con ellos más tarde, hablaba su lengua tan bien como la propia y conocía a fondo sus usos y costumbres”.

En las travesías es inevitable encontrarse con la presencia de diversos capitanes de amigos, como Lorenzo Cid o el ya mencionado Pantaleón Sánchez, que acompañan a los viajeros y les sirven de intérpretes en sus comunicaciones con caciques y habitantes de la Araucanía, así como de guías en su recorrido.

En su relato, Smith cuenta:

“Fui acompañado por un capitán de amigos, que tenía el nombre retumbante de Pantaleón Sánchez. Realmente, no había necesidad de un intérprete, puesto que el camino entre Los Ángeles y Nacimiento es corto y bien traficado; pero el intendente supuso y no sin razón, que semejante compañero me sería útil, y me podría dar más noticias que las que otro medio podía reunir, y por consiguiente le dio instrucciones para que me acompañara hasta el río Vergara”.

En las travesías es inevitable encontrarse con la presencia de diversos capitanes de amigos, como Lorenzo Cid o el ya mencionado Pantaleón Sánchez, que acompañan a los viajeros y les sirven de intérpretes en sus comunicaciones con caciques y habitantes de la Araucanía, así como de guías en su recorrido. Así, por ejemplo, Edmond Reuel Smith cuenta:

“Fui acompañado por un capitán de amigos, que tenía el nombre retumbante de Pantaleón Sánchez. Realmente, no había necesidad de un intérprete, puesto que el camino entre Los Ángeles y Nacimiento es corto y bien traficado; pero el intendente supuso y no sin razón, que semejante compañero me sería útil, y me

podría dar más noticias que las que otro medio podía reunir, y por consiguiente le dio instrucciones para que me acompañara hasta el río Vergara”.

Caso particular es el del comisario de indios José Antonio Zúñiga, quien gozaba de gran relevancia política e influencia sobre los liderazgos mapuches debido a importante rol como nexo y enlace entre el gobierno chileno y las autoridades indígenas.

César Maas relata su encuentro con el comisario de esta forma:

“Apenas supo nuestra llegada el mayor Zúñiga, nos mandó a decir que nos acercáramos y un monje vestido de gris nos recibió con suma amabilidad y nos llevó a presencia de Zúñiga. Este se encontraba sentado en el suelo en medio de los indios. Nos dijo que como este día sería de duro batallar para él, no nos podría dedicar mucha atención, lo que debíamos disculpar. Es un hombre muy raro. Es alto y fornido. Su cara es gorda. Usaba pantalones azules con cintas plateadas, una casaca blanca de brin con cuello rojo, y un sombrero de paja redondo y chico, con una cinta roja, que únicamente cubría una pequeñísima parte de su gran cabeza. Estaba adornado también con pequeños aretes. Este hombre ha pasado la mayor parte de su vida entre los indios y también ha peleado contra los pehuenches y desde hace casi veinte años ocupa el cargo de Comisario de indios. De él dependen todos los capitanes de indios. Constantemente recorre la tierra araucana acompañado sólo por cuatro cazadores. Celebra tratados con los indios, dirime sus rencillas y es muy estimado por todos los caciques. Le temen. Usa siempre una coraza de acero, de suerte que es invulnerable contra los lanzazos de los naturales”.

En conclusión, en el periodo comprendido entre la décadas de 1830 y 1850, fue la recuperación de los viejos mecanismos de mediación y negociación, los cuales son presentados en las travesías que recopilamos en este libro, los que permitieron asegurar la paz y la tranquilidad de la Araucanía, aunque ello no debe entenderse como la ausencia total de intermitentes y breves ciclos de convulsión y alzamientos en la Frontera.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Almarcegui, Patricia. “Viaje y literatura: elaboración y problemática de un género”. *Letras*, N° 57-58, 2008.
- Bas Martín, Nicolás. “Los repertorios de libros de viajes como fuente documental”. *Anales de documentación*, Universidad de Murcia, N° 10, 2007: 9-16.
- Bartra, Roger. “El mito del salvaje”. *Revista Ciencias – Universidad Autónoma de México*. N° 60-61, 2000: 88-96.
- Brintup, Lilianet. “Encuentros en el viaje a la Araucanía de Ignacio Domeyko: Naturaleza y el araucano”. *Anales de la Literatura chilena*, N° 4, Año 4, 2003: 35-57.

- Delaporte, Henri. "Souvenirs de Voyage: une visite chez les Araucaniens". *Bulletin de la Société de Géographie. Quatrième Série – Tome Dixième*. París: Chez Arthus – Bertrand, Libraire de la Société de Géographie, Juillet-Décembre, 1855: 5-40.
- León, Leonardo, et al. *Araucanía: la Frontera Mestiza, siglo XIX*. Santiago: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 2003.
- Maas, César. "Viaje a través de las provincias australes de la República de Chile desde enero hasta junio de 1847". *Revista Cóndor*, [s.n.], noviembre de 1949-marzo de 1950.
- Morillas, Enriqueta. "Textos inaugurales: los relatos de los viajeros patagónicos". *Revista Anclaje - Universidad Nacional de La Pampa*, Núm. XI-XII, 2008: 155-178.
- Payàs, Gertrudis y Zavala, José Manuel (ed.). *La mediación lingüístico-cultural en tiempos de guerra: Cruce de miradas desde España y América*. Temuco: Ediciones de la Universidad Católica de Temuco, 2011.
- Pinto, Jorge. *La formación del Estado y la Nación, y el Pueblo mapuche: de la inclusión a la exclusión*. Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Ried, Aquinas. *Diario del viaje efectuado por el Dr. Aquinas Ried: desde Valparaíso hasta el Lago Llanquihue y de regreso: (7 de febrero de 1847 al 20 de junio del mismo año)*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1920.
- Reuel Smith, Edmond. *Los Araucanos. Notas sobre una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile Meridional*. Trad. Ricardo E. Latcham. Santiago: Sociedad Chilena de Historia y Geografía, 1914.
- Rodríguez, Fermín A. *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2010.
- Spurr, David. *La retórica del Imperio. El discurso colonial en periodismo, escritura de viajes y administración imperial*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013.
- Todorov, Tzvetan. *La conquista de América: el problema del otro*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- . *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*. México: Siglo XXI, 2001.
- Torre, Claudia. *El otro desierto de la nación argentina. Antología narrativa expedicionaria*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2011.
- Zavala, José Manuel. "Aproximación antropológica a los parlamentos hispano-mapuches del siglo XVIII". *Revista Austerra – Universidad Bolivariana*, Núm. 2, 2005: 49-58.
- , ed. *Los parlamentos hispano-mapuches, 1593-1803. Textos fundamentales*. Temuco: Ediciones de la Universidad Católica de Temuco, 2015.

SOBRE LOS AUTORES Y RELATOS

Ítalo Salgado Ismodes

ARAUCANOS. EXCURSION DEL SEÑOR BARDEL, VICECÓNSUL DE FRANCIA EN CONCEPCION DE CHILE

Agustín Bardel nació en París en 1792. Se incorporó al ejército napoleónico y sirvió en España entre 1810 y 1813. Herido en la batalla de Vittoria, fue propuesto para ser caballero de la Legión de Honor en 1814. Después de la derrota francesa, fue contratado por el ministro argentino Bernardino Rivadavia y llegó a Argentina en 1817. En 1818, fue integrado como teniente segundo de caballería al ejército del Río de la Plata. Luego, se instaló en Mendoza en donde contrajo matrimonio con una mujer perteneciente a las familias más adineradas de la ciudad. Poseedor de cierta cultura intelectual, en 1820, formó parte del equipo editor de la *Gaceta de Mendoza*. Participó en la campaña libertadora del Perú y del ejército que perseguía a las tropas de José Miguel Carrera en Argentina y Chile.

Los disturbios políticos en Mendoza posteriores a la guerra de la Independencia motivaron a Agustín Bardel a trasladarse a Chile. Junto con su familia, se estableció como comerciante en Concepción y, en esta ciudad ejerció, durante algunos años, el cargo de vicecónsul de Francia.

En 1838, durante su estancia por Concepción, el capitán Dumont D'Urville tuvo una relación cercana con él y en su *Voyage au Pole sud et dans L'Océanie sur les corvettes L'Astrolabe et La Zélée*, publicó una nota sobre las costumbres de los mapuches escrita por Agustín Bardel.

Retornó a Francia en 1841 y llegó a ser miembro de la Sociedad Geográfica de París.

El texto que presentamos, es un extracto del relato contenido en una nota del *Voyage au Pole sud...* de Dumont D'Urville. Dicho extracto fue traducido al español y publicado en el libro "Aventuras Extraordinarias de los Viageros Célebres [sic]", impreso en la Ciudad de México en 1851.

VIAJE A TRAVÉS DE LAS PROVINCIAS AUSTRALES
DE LA REPÚBLICA DE CHILE
DESDE ENERO HASTA JUNIO DE 1847

César Maas nació en Hamburgo en 1815. Desde joven se dedicó al comercio y, en búsqueda de mejor fortuna, se embarcó hacia América arribando a Valparaíso en 1836. Tras una corta estancia en el puerto chileno, se embarcó al Callao, regresando a Chile en 1840.

Entusiasmado por otros viajeros alemanes que ya habían estado en el sur, se aventuró a conocer el sur de Chile, en particular Valdivia, y llegar a los asentamientos de colonos alemanes instalados al sur del país. También el doctor Aquinas Ried se entusiasmó y, juntos, ambos hicieron el viaje desde Valparaíso hasta Osorno, en la primera mitad del año 1847.

Después del memorable viaje por tierra hasta Osorno, Maas regresó a su patria, pero se entusiasmó por volver a Chile, cuando supo que don Bernardo Philippi había sido nombrado, por el gobierno chileno, como Agente de Colonización en Alemania.

Su último viaje a Chile se realizó en 1849, y como parte de una sociedad colonizadora destinada a poblar territorios entre Valdivia y Osorno. La empresa no resultó exitosa y una vez en el sur, tuvo que disolver la sociedad y dejar en libertad de acción a los colonos que traía.

A fines de 1850 volvió a Valparaíso en donde vivió hasta su muerte en 1898.

La Araucanía para él sólo fue la ruta de paso obligada de su travesía, de su largo y dificultoso viaje desde Valparaíso hasta Osorno, por tierra y a caballo. Empero, no obstante ello, sus impresiones y anécdotas fueron plasmadas en las páginas de su relato.

La versión alemana de este viaje realizado en 1847 fue publicada en “Las fuentes para la historia de la inmigración alemana”. Fue traducido al español por Jorge Schwarzenberg en 1916, y fue publicado, a finales de 1949, por la revista Cónдор.

El texto que publicamos contiene la transcripción del relato del viaje desde Valparaíso hasta la llegada a Valdivia.

DIARIO DE VIAJE DESDE VALPARAÍSO
HASTA EL LAGO LLANQUIHUE Y DE REGRESO
(7 DE FEBRERO AL 20 DE JUNIO DE 1847)

Aquinas Ried nació en las cercanías de Ratisbona en 1810. Se graduó como doctor en Filosofía en la Munich en 1830.

Como estudiante universitario fue un simpatizante de las ideas liberales y republicanas y eso lo llevó a participar en las manifestaciones antimonárquicas de la época. Estas dificultades políticas lo llevaron a emigrar a Inglaterra en donde obtuvo el título de médico en 1832.

Obtuvo su primer empleo como médico en la colonia penal de la Isla Norfolk en Australia. Se desconoce las razones que lo motivaron a regresar a Europa, pero después de su dicho retorno se embarcó para América, instalándose en Valparaíso en 1844. Consiguió trabajo como médico en la hacienda de José Waddington, en las cercanías de Quillota.

Ya establecido en el país, su ánimo explorador y sus deseos de conocer el sur de Chile lo llevaron a convencer a César Maas para realizar una expedición desde Valparaíso hasta el lago Llanquihue, en la primera mitad del año 1847.

Vuelto de esta larga travesía, a finales de 1847, aceptó una nueva oferta, siendo designado por el presidente José Ballivián de Bolivia como profesor en la Universidad de San Francisco Xavier de Sucre, la entonces capital de dicha República.

Llegado a Sucre, su permanencia no fue duradera. En diciembre de 1848, asume el poder el general Manuel Isidoro Belzú, y decide abandonar el país altiplánico temeroso de ser perseguido por sus ideas y oposición al nuevo régimen, retornando a Chile e instalándose de nuevo en Valparaíso, en donde es designado médico de la ciudad.

A partir de 1850, el doctor Ried comenzó a interesarse por la suerte de sus compatriotas radicados en el Sur. Escribió un estudio en que hace propaganda para que emigren alemanes a Chile y, además, hizo lo posible por aliviar la situación de los colonos y de mejorar sus condiciones económicas.

El bombardeo español de Valparaíso, el 31 de marzo de 1866, destruyó el laboratorio que el doctor Ried tenía en la ciudad. Este incendio significó su ruina económica y marcó los últimos años de su vida. Falleció en 1869.

Aquinas Ried ha pasado a la posteridad no sólo por su labor de médico; en Valparaíso fue conocido por su espíritu cívico, fue fundador del Cuerpo de Bomberos de la ciudad, y por su labor literaria y musical. Fue autor de numerosas óperas dentro de las que destaca “Telésfora”, ópera escrita en español y dedicada “a la nación chilena”.

El “Diario de viaje” cuenta las peripecias acontecidas en el recorrido por tierra realizado por el doctor Ried, junto con César Maas, sus sirvientes y otros acompañantes. El relato comienza en Limache y concluye en la visita al cacique Colipí. Al igual que en el relato de César Maas, las costumbres y observaciones de la Araucanía fueron presentadas como parte del periplo que realizaban desde Valparaíso hasta las colonias alemanas del sur chileno.

El texto que presentamos es la transcripción del relato que fue publicado en 1920, en una edición de la Imprenta Universitaria de Santiago y, simultáneamente, en el número 40 de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*.

LOS ARAUCANOS. NOTAS SOBRE UNA GIRA EFECTUADA ENTRE LAS TRIBUS INDÍGENAS DE CHILE MERIDIONAL

Edmond Reuel Smith llegó a Santiago formando parte de la Expedición Naval Astronómica enviada por el gobierno de los Estados Unidos en 1849.

La expedición inició sus actividades a fines de 1849 instalando su Observatorio en el cerro Santa Lucía, en Santiago. Smith realizó observaciones astronómicas, meteorológicas y magnéticas.

La labor de la expedición duró hasta 1852. Sus estudios despertaron bastante interés en Santiago y motivó a que Ignacio Domeyko, en ese entonces rector del Instituto Nacional, insistiera en la necesidad de que el gobierno adquiriera la instalación y el instrumental de observación.

La compra se realizó y el gobierno de Chile designó al doctor Carlos Moesta como director del Observatorio Astronómico. Tras la transacción, se dio por concluida a la misión estadounidense, y Smith renunció a su puesto y decidió hacer un viaje al territorio indígena para visitar y estudiar a los mapuches.

El relato comienza con su salida de Concepción y las descripciones de las numerosas escenas de la vida rural y de la geografía chilena. Posteriormente, y en lo cual radica el gran valor del libro, describe la vida y costumbres de los mapuches de mediados del siglo XIX.

El viaje que presentamos es la transcripción de la traducción realizada por Ricardo E. Latham del libro *“The Araucanians, or Notes of a Tour among the Indian Tribes of Southern Chile by Edmond Reuel Smith”*, publicada en 1914 en la Colección de Autores Extranjeros relativos a Chile de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. La versión original inglesa fue publicada en Nueva York en 1855. Asimismo, se han incorporado a esa nueva reedición, los grabados que están presentes en la versión inglesa y que no fueron incorporados en la traducción de 1914.

RECUERDOS DE UN VIAJE. UNA VISITA DONDE LOS ARAUCANOS

Henri Delaporte, es un agrónomo francés formado en la Escuela de Agricultura de Grignon, quien llegara a Chile para trabajar en la Escuela Nacional de Agricultura, de la cual llegaría a ser su director.

La narración presenta las impresiones del viajero frente a la realización de un parlamento o junta que se realizó a orillas del río Renaico y fuera dirigido por el cacique Mañil. Asimismo, describe alguna de las costumbres y usos de los mapuches de la época.

El relato del viaje está firmado por el autor a fines de 1854 y, por datos presentes en el relato, se deduce que es muy probable que se haya realizado en una fecha no mayor a un año.

La versión que publicamos es la traducción al español de la versión francesa publicada en 1855, en el *Boletín de la Sociedad de Geografía de Francia*, serie cuarta, tomo décimo.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Aventuras extraordinarias de los viajeros célebres*. México: Biblioteca Universal Económica. Boix y Compañía, Editores, 1851.
- Delaporte, Henri. “Souvenirs de voyage. Une visite chez les araucaniens”. *Bulletin de la Société de Géographie*. 4ª serie, tome 10, Paris, Juillet – Décembre, 1855: 5-40.
- Derrick-Jehu, Leonard Charles. “The anglo-chilean community”. *Family history: the journal of the Institute of Heraldic and Genealogical Studies*, Nº 17-18, Salt Lake City, 1965: 157-184.
- Huffman, Wendell W. “The United States Naval Astronomical Expedition (1848-52) for the Solar Parallax”. *Journal for the History of Astronomy*, vol. 22, Nº 3, Tacoma, August 1991: 208-220.
- Maas César. “Viaje a través de las provincias australes de la República de Chile desde enero hasta junio de 1847”. *Revista Cóndor*, [s.n.], Santiago, 1949.
- Diccionario de los militares napoleónicos durante la Independencia. Argentina, Chile y Perú*, compilación e investigación Patrick Puigmal. Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Fuentes para la Historia de la República, 2013, vol. XXXVI.
- Ried, Aquinas. *Diario del viaje efectuado por el Dr. Aquinas Ried desde Valparaíso hasta el Lago Llanquihue y de regreso*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1920.

ARAUCANOS.
EXCURSIÓN DEL SEÑOR BARDEL,
VICECÓNSUL DE FRANCIA
EN CONCEPCIÓN DE CHILE⁵

Dumont D'Urville

En el viaje que para asuntos de su consulado hizo el señor Bardel a Arauco, tuvo ocasión de observar no solo sus usos y costumbres sino muchas de sus más raras ceremonias. Entre estas ocupa un lugar preferente la de sus asambleas, principalmente cuando estas se verifican para celebrar algún tratado de paz o asegurar el cumplimiento de los ya existentes. Cuando los indios se reúnen en asamblea, dice el señor Bardel, son muy circunspectos. Nadie se atrevería a interrumpir al orador, y este se cree en la obligación de hablar muy de prisa y por mucho tiempo.

En una de estas reuniones que yo presencié, el cacique Curamilla⁶, palabra que significa oro negro, tomó por tres veces la palabra, y en cada una de ellas terminó con una fórmula que quería decir: ¿Digo bien, hombres poderosos? Los principales puntos de sus tres discursos fueron su viaje al interior, su regreso, la reunión de los caciques, y, en fin, el deseo de la paz y las protestas de buena fe.

Estos indios son muy amigos de la etiqueta, y creo que sobre este punto pueden compararse a los más estirados barones alemanes. Nada perdonan cuando se trata de las ceremonias de sus asambleas. Son intrépidos oradores, quiero decir, que hablan mucho y pronto; pero como su lengua es muy pobre, repiten a cada momento una misma cosa. Son minuciosos y pesados en sus narraciones, en especial cuando hablan de los incidentes de sus viajes. Para sus cumplimientos de etiqueta, tienen una fórmula común. Jamás un indio, aunque sea cacique, se aproxima a un superior para saludarle sin pedirle antes la venia por medio de otra persona de más edad o más elevada en jerarquía.

⁵ Biblioteca Universal Económica, *Aventuras extraordinarias de los viajeros célebres*, México, Boix y Compañía Editores, 1851, 91-92.

⁶ Está escrito Couraumilla.

En la asamblea a que yo asistí, se presentaron dos caciques diciendo que deseaban aprovechar aquella reunión para ser reconocidos como gobernadores de sus distritos respectivos, en atención a haber heredado esta dignidad de sus padres; por donde se ve que entre los salvajes hay también el derecho de herencia. Verificada la instalación de estos altos empleados, presentaron otra petición para que el gobierno les nombrase mayor número de capitanes de amigos.

Estos oficiales equivalen a los que en Estados Unidos se llaman *indians agents*, y sirven de intérpretes, mediadores y agentes con los indios, pues estos no harían ningún caso de órdenes y avisos que les fuesen comunicados por otros en nombre del gobierno. Este empleo se confiere a los chilenos que conocen el país y hablan la lengua india.

Disfrutan de un sueldo muy escaso; pero, en cambio, tienen la ventaja de hacer casi exclusivamente el comercio con los indios. Las inmunidades del Derecho de Gentes son observadas con ellos, y no hay antecedente de que alguno haya sido asesinado o robado en el curso de su misión, ni aun en sus asuntos particulares. Los capitanes de amigos son cuatro, además del comisario general y, por consiguiente, consideraban los caciques como justo motivo ser muy conveniente aumentar su número para bien del servicio. Por esta vez, el Intendente eludió la cuestión diciéndoles que tenía que consultar a la necesidad suprema. La sesión concluyó con el siguiente convenio:

Todos prometieron mantener la paz y respetar el territorio chileno. Tres caciques debían pasar a los Motolas, cerca del cacique Anal, para obligar a Monguil a cumplir con sus deberes y llevarlo a Concepción, donde trataría con el gobierno.

En fin, para asegurar la armonía y la paz, se plantearía una cruz en el lugar mismo de las conferencias, a fin de que las palabras quedasen enterradas en el mismo sitio donde se habían pronunciado.

He aquí de qué manera se verificó esta extraña ceremonia. A las diez de la mañana estaban todas las tropas sobre las armas, y el cura revestido con sus insignias sacerdotales; repicaban las campanas y se oía el redoble de los tambores. Nos dirigimos a la iglesia acompañados de las autoridades civiles y militares; el Intendente, el cónsul inglés, el comandante de la plaza y yo llevábamos bastones como los de los caciques, y los cuales consistían en un gran palo con un disforme puño de plata, muy parecidos a los de nuestros tambores mayores.

Al entrar en la iglesia, encontramos en el medio una cruz de madera que tendría de unos veinticinco a treinta pies de longitud. Los caciques estaban de pie alrededor de ella. En vez de pantalones llevaban una pieza de tejido de lana atada a la cintura y formando una especie de jubón que les llegaba hasta los pies. Cubría sus cabezas un pañuelo de algodón, muy adornado de pedazos de vidrio, cascabeles, cintas y otras baratijas, sin faltarles en la mano el indispensable bastón de puño de plata.

Después de un breve intervalo que aprovechó el cura para bendecir la cruz, quince indios la llevaron a hombros, y la comitiva y el cura a la cabeza, se puso en camino al

son del tambor. Al llegar al sitio de las conferencias, formaron las tropas un gran círculo, en medio del cual nos colocamos nosotros, y en frente se agruparon los caciques.

Entonces empezaron de nuevo, delante de la cruz, los discursos y las protestas de una y otra parte; pero no se plantó aquella ni se cubrió de tierra su base, hasta que todos se persuadieron de que las palabras estaban bien enterradas. Enseguida, mandaron los caciques traer un cordero, que inmolaron al pie de la cruz, y empañando ellos mismos sus manos en la sangre, hicieron en ella muchos signos, al parecer jeroglíficos. No pude menos de admirar la analogía de estas costumbres con las de los hebreos, en cuyas ceremonias el cordero y la sangre del cordero, representaban con frecuencia un papel muy importante.

Luego que el señor Bardel despachó su comisión en Arauco, resolvió volverse a Concepción; pero el Intendente, deseando enseñarle el país, le propuso tomar otro camino. Accedió el señor Bardel con tanto más gusto, cuanto que esta expedición podía proporcionarle la ocasión de devolver una visita a su amigo el señor Lozier. Era este uno de los franceses que abandonaron la Francia a la caída de Napoleón. Después de haber recorrido Estados Unidos, Brasil y las Provincias de La Plata, llegó a Chile. Hombre verdaderamente instruido, lo empleó mucho tiempo el gobierno chileno como ingeniero y como rector del Instituto en la época del general Pinto. A consecuencia del cambio político que elevó al poder al general Prieto, fue enviado a Concepción para organizar allí un colegio del gobierno; pero algunos disgustos que tuvo con las autoridades, le obligaron a tomar la resolución de retirarse y, al efecto, compró a los indios de Arauco una gran extensión de terreno para vivir en medio de ellos. En la época en que lo visitó el señor Bardel, tenía cincuenta años de edad. Su casa se semejaba mucho a la de Robinson Crusóe. Nuevo Las Casas, el señor Lozier era uno de los defensores más decididos de los araucanos, pues según decía, eran de un carácter muy dulce, al paso que en los chilenos había que censurar la mala fe con que se conducían con sus vecinos y faltaban a todos sus tratados.

VIAJE A TRAVÉS DE LAS PROVINCIAS AUSTRALES
DE LA REPÚBLICA DE CHILE
DESDE ENERO HASTA JUNIO DE 1847
(EXTRACTO)

César Maas

30 DE ENERO DE 1847

Ya Febo enviaba sus rayos desde las lejanas regiones del océano occidental e iluminaba con escasa fuerza, pero siempre sí con el ímpetu de un día estival, los cerros que circundan el puerto de Valparaíso. Eran las cinco de la tarde y “Chascón”, mi caballo de viaje, conocido por todos los amigos con el nombre de “Trotón”, se encontraba ensillado y listo para partir frente a la bien conocida casa de la calle del Arsenal. Esta vez llevaba mucho peso, porque no solo estaba adornado de enormes pistolas sino que tenía que llevar también las grandes y bien provistas alforjas de viaje. Justo mi escudero de viaje estaba ocupado todavía, despidiéndose de su hermano y de los demás habitantes de la casa, pues un viaje a Valdivia, por tierra, era algo inaudito en el tranquilo valle del paraíso.

Dos de mis colegas, los señores Cockbain y Leigh, y además el amigo Pini, me acompañaron y en alegre trote, en dirección al Almendral, atravesamos la ciudad hasta llegar a las alturas por donde pasa el camino que conduce a Santiago. Desde aquí se tiene una hermosa vista sobre la ciudad, sus viviendas construidas en forma de anfiteatro, el barrio nuevo y la iglesia de La Merced con sus torres blancas, que durante años enteros había sido la meta de mis paseos a la hora del crepúsculo, más allá Playa Ancha con su faro, donde muchas veces he estado; buques de tantas naciones, todo se extendía a mis pies, iluminado por el Sol en el ocaso. Un último vistazo me separó por algún tiempo de este sitio tan querido en que he pasado siete años de mi vida, no sospechando, que en el transcurso de este mismo año, desde otro cerro cercano, echaría de nuevo una mirada de despedida sobre este hermoso valle encerrado entre el mar y la cordillera, no para dirigirme, como ahora a las provincias meridionales,

sino para cruzar los Andes, atravesando el continente sudamericano, en dirección a la lejana patria en Europa.

Con esfuerzo, escalamos el cordón alto y parado que se conoce con el nombre de “El Alto del Puerto”. El viento era fresco y ponía en movimiento todas las alas de los molinos de viento que aquí había. Dejamos a un lado la conocidísima hostería, meta de tantos paseos emprendidos desde Valparaíso, y a un buen trote atravesamos la llanura llamada “El Llano de Peñuelas”, que tendrá unas dos horas de largo. Pronto, el camino serpentea entre cerros y, como conduce a Santiago, estaba bastante bien arreglado y, en parte, era una obra de arte. La capilla con la imagen de la Virgen que en nuestros paseos pasados nos anunciaba la aproximación a Casablanca, si bien era oscuro, no se escapó a nuestro ojo avizor. Habiendo recorrido el aburrido callejón, una calle larguísima que corre entre praderas, arribamos a la fonda de nuestro amigo anglo-chileno, el señor Fenwick.

Eran las nueve de la noche, y las 12 leguas las habíamos recorrido en cuatro horas. No tardaron en servirnos una rica cazuela, que recibimos con gusto. Es este un guiso que se conoce en todas las casas chilenas. Lo hacen con arroz, papas y huevo, y de ave, todo cocido, y hace las veces de caldo y de comida. Hay que hacerles ver si, que no abusen del ají y que no le pongan grasa, cosas a las cuales son muy aficionados. En este caso, no había necesidad de tomar tal precaución, porque la dueña de casa, la señora de Fenwick, era una inglesa que respetaba nuestros deseos. El té que nos sirvieron era excelente y con razón siempre se jacta el señor Fenwick de su buen té.

Pronto nos acostamos. Desgraciadamente, mi pieza quedaba muy cerca de la cantina, por lo que desperté varias veces, siempre que llegaban viajeros de Santiago, ya que muchos de ellos prefieren viajar de noche.

DOMINGO 31 DE ENERO

Como era domingo, los aldeanos de todos los alrededores concurrían, la mayor parte de ellos de a caballo, a la iglesia. Se encontraba esta en estado bastante ruinoso y el techo lo habían cubierto, aunque en forma provisoria, de ramas. Al lado del templo, había una ramada donde quedaban los caballos hasta que sus amos hubieran terminado de oír misa. A veces esa gente recorría horas enteras para cumplir con esa obligación. Habría en la ramada varios cientos de caballos.

Las monturas que usan las mujeres son una especie de silla con respaldo. Están sentadas de costado y sus piernas descansan sobre una protuberancia de la silla.

Atravesamos la villa que no ofrece nada de agradable. Le da vida solo el hecho de quedar en el camino que va a Santiago. El pueblo de Casablanca está situado en medio de una vasta llanura rodeada de cerros. Dicen que su clima es imponderable, pero en invierno debe ser bastante frío, pues recuerdo que en agosto, en pleno invierno, em-

prendí con algunos amigos una cabalgata a Casablanca. Por la mañana, las acequias estaban cubiertas de hielo. En tal oportunidad, solía sorprender a algunos de ellos, colocándoles en sus caras unos trocitos de hielo como cosa extraordinaria.

Siempre he pasado buenos ratos en casa de los Fenwick. El año pasado estuve reunido aquí con más de doce de mis compatriotas.

El almuerzo no dejó nada que desear y pasamos la tarde con el señor y la señora de Fenwick en su casa. Muchas horas nos entretuvimos así en amena conversación, a la cual contribuyó, sobre todo, la señora de Fenwick. El hospedero es un hombre muy decente que había llegado al país con Lord Cochrane. Era minero, pero dejó esta industria hace años ya, para explotar su hostería y se encuentra en buena situación económica. Su esposa, muy instruida y de buena familia, se diferenciaba completamente de él. Fue curioso cómo se casaron. El hermano de la señora vivía con el señor Fenwick y le solía contar de su hermana tanto que Fenwick pidió su mano por intermedio de su hermano. Ella aceptó y sin haberse visto jamás, fueron casados el día que ella arribó a Valparaíso en la Iglesia Inglesa. Fue un matrimonio feliz.

En la tarde, oíamos los alegres cantos y los bailes con acompañamiento de guitarra en los ranchos y fuimos a presenciar las diversiones de la juventud campesina. En algunas partes, tocaban el arpa, en otras, jugaban el juego de bochas, una especie de billar que se juega en suelo raso. Llegó, por fin, la hora de las onces y luego acudieron también algunos amigos de la vecindad como el Juez de Letras, el señor Garretón, oriundo de Concepción, que nos ponderó las bellezas de las provincias australes y nos contó bastante de los indígenas. Entre las señoras presentes descollaba la esposa de un capitán instructor de las tropas. Ella había nacido en Santa Bárbara, un pequeño fortín de la región del Biobío. Describía el sur de Chile como un verdadero paraíso. Y era tan animada su conversación que todos los demás enmudecieron. Después de haber hablado por espacio de más de una hora, llegó don José Arriala con su esposa y familia, la que había estado en Santiago, y así cambió el tema de la conversación.

1º DE FEBRERO

A las cuatro de la madrugada me abandonaron mis amigos, que temprano debían estar en sus oficinas. Fueron portadores de mis últimos saludos a Valparaíso. A las diez, estaba enjaezado mi caballo, y Justo esperaba en el patio. El camino a San Antonio, por haberlo recorrido ya con frecuencia, lo conocía bastante bien. Apenas dejamos atrás las extensas praderas de Orrego, se sentía en lontananza un sordo ruido. Eran los rompientes del mar al chocar las olas contra los acantilados de la costa. Debo haberme encontrado todavía a unas seis leguas del litoral. Otro jinete que iba a San Antonio también, me acompañó y a las tres de la tarde llegamos a la casa de nuestro hospitalario representante que, como de costumbre, me recibió amablemente, y luego me llevó a

la gran sala, donde encontré un número considerable de damas jóvenes, y también de otras de edad, que en estos momentos hacían una visita. En los meses del estío, es frecuentado San Antonio por muchas familias santiaguinas. Aquí gozan de las brisas frescas y sanas del mar y toman baños. Queda la capital como a veinticuatro leguas de distancia. Este villorrio llamado el Puerto Nuevo, está en ciernes todavía. Hace cinco años, cuando hice mi primera visita a este paraje, no había sino una gran bodega de cereales y ahora existen ya tres grandes bodegas, en las que cabrán más de veinte mil fanegas (ciento cincuenta libras) de trigo, y hasta algunas casas particulares y hoteles.

Don Ramón vive con su cuñado, don Vicente Vidaurre en una casa bonita y muy bien arreglada. Tienen un precioso piano inglés, alfombras, etcétera.

San Antonio está situado en una orilla alta y escarpada. Este puerto tiene mucho de parecido con Valparaíso, pero aquí el mar suele embravecerse bastante y con frecuencia los buques pierden sus anclas y tienen que salir a alta mar para no ser arrojados a la playa, llegando así a Valparaíso.

Todos los granos, a saber, trigo, centeno, porotos, etc., de las provincias vecinas de Santiago y Rancagua, se traen acá, en su mayor parte en mulas. Los dueños de los grandes fundos mandan sus productos a don Ramón, quien, por la fanega, les pide un centavo de bodegaje por año. El año pasado se despacharon desde aquí seis mil fanegas de trigo al Perú, al Río de La Plata, y hasta se ha hecho el ensayo de enviarlo a Inglaterra. Don Juan de Dios Correa, el acaudalado dueño de la Hacienda de la Compañía, tuvo en bodega aquí más de diez mil fanegas de trigo que en su mayor parte fueron vendidas a Lima a razón de \$3,70.

El barco alemán *Neptunus*, capitaneado por el señor Drescher, se encontraba en la actualidad en el puerto destinado a Buenos Aires con un cargamento de trigo. Aquí encontré también, trabajando en las bodegas, a mi colega de antaño, al joven señor Joseph Gibbens.

Es admirable la facilidad con que los estibadores cargan al hombro un saco de trigo, llevándolo una buena distancia por un camino pedregoso. Así trabajan sin cejar todo el día. Son muy frugales. Su almuerzo consiste en pan y frutas, peras o sandías, y solo de vez en cuando fuman un cigarrillo como para descansar. Impertérritos en su trabajo, ensacan, pesan y embarcan hasta mil doscientos sacos por día. Los cereales ensacados son llevados hasta el borde de la barranca que tiene unos quinientos pies de altura. Desde allí corre el contenido de los sacos por un tubo hasta la orilla misma del mar donde cae en otros sacos que luego son cosidos por niñas y mujeres, siendo llevados enseguida a las lanchas que los conducen a bordo. Sucede a menudo que el mar es tan tempestuoso que no hay posibilidad de embarcar los cereales y que los sacos se mojan.

A las seis de la tarde cesan las faenas y nos reunimos en la mesa de nuestro huésped, que vivía con su madre y con sus nietecitos. A la hora de la puesta del Sol subimos el cerro más alto de los alrededores donde tenía don Ramón tres molinos de viento. Tendidos en una gran era (el cereal después de segado se junta formando un gran

montón), contemplamos el soberbio espectáculo del Sol poniéndose en el ocaso. Era encantador y hermoso.

“Aquí fue, dijo don Ramón, donde se sentó también el año pasado, S. E. el Presidente de la República, huyendo del bullicio de los negocios del Estado y pasando algunas semanas de vida rural”.

Un ayudante que de manera imprudente fumaba un cigarrillo sentado en medio del cereal, recibió por ese motivo una seria reprimenda.

Durante la noche se sirvió té. Tocaron el piano también. Las bellas huéspedes de la mañana se habían retirado ya a sus pequeñas habitaciones a orillas del mar.

Muy luego, nuestra estada se hizo más agradable aún con la llegada del señor Mac Andrew. Es un joven inglés muy alegre y entretenido que también despachaba un buque cargado con trigo para el Callao. Una familia recién llegada de Santiago se había hospedado en el estrechísimo hotel de don Joaquín. Tocando la guitarra y bailando –por supuesto que no faltó la zamacueca– se nos pasó el tiempo hasta cerca de la medianoche. Ya nos habíamos retirado a nuestros aposentos para dormir, cuando sentimos melodiosos cantos acompañados del instrumento que tanto nos gusta. Eran las jóvenes, acompañadas por sus hermanos que, instigadas por una deliciosa noche y por una suave brisa de mar, nos ofrecieron un esquinazo que nos divirtió bastante, porque ya nos habíamos recogido.

6 DE FEBRERO

A las diez de la mañana, abandoné la casa de nuestro hospitalario amigo don Ramón, y me despedí de mis compañeros Joseph Gibbens y Mac Andrew, que habían subido hasta la posada. Taita Muñoz a todo trance quiso acompañar una trecho más a su patrón y se lamentaba de no poderlo acompañar en un viaje tan largo. Tuve que hacerle ver que para tal expedición era demasiado viejo. Le dije: “¿Qué dirían, tu mujer y tus hijos, si te mataran los indios en el camino?”.

Habiendo alcanzado la altura que domina el puerto, continué mi camino acompañado de Justo. El camino era en general plano, pero a veces seguía también por pequeñas colinas. Mientras más nos acercábamos al extenso valle de Melipilla, más interesante y variado se hacía el paisaje. Se atraviesan algunos villorrios y haciendas.

El valle de Melipilla es muy pintoresco, lo mismo que el pequeño pueblo de ese nombre. El camino para entrar y atravesar el pueblo se me hizo inacabable. El Sol y la tierra molestaban bastante. Deseosos de encontrar un hotel, atravesamos las desiertas calles pasando por frente a la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes. Serían las cuatro de la tarde y parecía que todo el mundo hacía la siesta todavía. No había fonda. Me

indicaron la dirección de una señora anciana que tenía pieza y pensión, pero ya estaba ocupada. Un sastre que ejercía su oficio en plena calle me llevó a otra casa. Pero todos parecían disfrutar aquí del más profundo sueño. Las puertas estaban cerradas. No había ni seña de vida. Hasta la cocina estaba abandonada. El huerto estaba abierto, lleno de suculentas frutas, duraznos y parrones, frutas que en la culta Europa habrían encontrado quienes las cosecharan si las dejaban tan abandonadas como aquí. Golpear y llamar, todo fue en vano. Dispuesto a no seguir molestando en su siesta a los moradores de la villa, me retiré. Nos juntamos en el camino con un huaso que nos quiso llevar a casa de un conocido que tenía pasto. Averiguar, por cierto, es muy importante, sobre todo en las regiones ya más pobladas. Ahora me pesó no haber aceptado una recomendación que me quería dar mi huésped de San Antonio, para un pariente de él y esto me sirvió de experiencia para no desechar en lo sucesivo tales ofertas, que por lo demás, poco sirven a medida que uno sigue adelante.

A las cinco de la tarde llegamos a una casa situada a la vera del camino. No prometía gran cosa y menos aún su dueño, cuya cara color de cobre estaba ennegrecida por el carbón. Su aspecto era sospechoso. Era herrero de profesión y se disculpó por no poderme ofrecer comodidades. Me insinuó que fuera a la hacienda de Marco, cuyo dueño don Matías Cousiño, era un rico santiaguino. Preferí, empero conformarme con algunas sandías, que me repartí con mi caballerizo y mis caballos, que todos son aficionados a estas frutas. Pronto llegó, galopando, la mujer del herrero y nos preparó una buena cazuela. Mientras esta se preparaba, se ponía el Sol y el paisaje tomó tintes maravillosos. Mi huésped ennegrecido estaba ansioso de saber algo de política, preguntándome si era cierto que volverían los godos. En ese tiempo se había esparcido, hasta por los campos, la noticia de la expedición monárquica que pretendía emprender el general Juan José Flores desde España. Hice arreglar mi cama en el llamado Despacho, una especie de cantina, en medio de cebo, velas, pan, aguardiente, vino, etc., pero fue inútil querer conciliar el sueño puesto que me lo impidió un ejército de pulgas que me cubría por entero. Varias veces, durante la noche, me levanté para cerciorarme, si no amanecía todavía. Poco después de las tres de la madrugada desperté a Justo, que se había instalado muellemente afuera, en una carreta, y que no había sido molestado sino hasta que lo llamé.

7 DE FEBRERO

Contentos de abandonar una región tan poco hospitalaria, nos pusimos en marcha, a la luz de la Luna, y tuvimos enseguida el regio espectáculo de Febo saliendo por sobre la cordillera de los Andes.

El camino que seguíamos es la principal ruta que conduce a Santiago, y está en buen estado. Atraviesa una llanura cubierta de praderas y de mieses, rodeada de cadenas de montañas.

Pasamos por el pueblo de San Francisco del Monte, con lindos jardines y casas de habitación de la acaudalada señora Javiera Carrera, que pertenece a una de las familias más distinguidas del país. Los jardines llamaban la atención por lo bien cuidados que estaban y hasta había invernáculos. Dicen que esta hacienda es muy valiosa. El estero que baja de la cordillera no era hondo, aunque en invierno con las lluvias, y en verano, a consecuencia del derretimiento de las nieves, suele convertirse en un río profundo y torrentoso. La aldea manifestaba bastante movimiento por haberse colocado en ella un cuerpo de tropas de línea en previsión de lo que pudiera ocurrir, si se realizaba la temida expedición militar de Flores.

A lo largo de los caminos chilenos no hay grandes hoteles, sino solo modestas chozas cubiertas de paja o totora, con una puerta, pero sin ventanas. La cocina queda al aire libre. Una mesita baja, cubierta de un mantel blanco, cuyos colores a veces son muy distintos de lo que fueron, dan a conocer que aquí hay una cocinería. Por cierto, que no son muchos los guisos que hay; el mote preparado de trigo o de maíz con huesillos es, en verano, el alimento favorito del aldeano. Por la mañana, antes de salir, toman mate. A mí me solía tocar para el desayuno, por lo general, una taza de caldo (de cordero) y pan. Atienden bien, lo mismo a las cabalgaduras, no solo dándoles de comer, lo cual se hace en las mañanas y en las tardes, sino dejándolas a la sombra de una ramada.

Con frecuencia se encuentra sobre la mesa nada más que pan y pequeños quesos, lo que quiere decir que más no se ofrece al viajero.

A medida que nos acercábamos a Santiago, el calor iba en aumento. La ciudad está situada en una vasta llanura que tiene hasta diez millas de largo. Los Andes forman aquí un baluarte elevado que hace que en el valle se concentren los rayos del Sol. Las cadenas de cerros que se encuentran hacia la costa no dejan pasar el aire. Por tal motivo, siendo verano, los calores eran sofocantes y por eso, como a las once, hicimos alto en una fonda llamada Santa Cruz, para esperar que pasen los grandes calores del mediodía. Algunas sandías nos refrescaron bastante. Hasta las dos estuve recogido en una pieza fresca y oscura, que solo tenía una mesa y una silla, pero por todo eso no se pagaban sino dos reales. A medida que nos aproximábamos a la capital aumentaban los coches y los arrieros con sus mulas. El calor y la tierra eran, por lo tanto, muy molestos. El agradable balneario de Peñafiel lo dejé a un lado y me interné en el callejón que por fin, en millas de extensión, conduce a Santiago. Esos callejones son caminos reales encerrados por ambos lados de murallas de adobes. Como no están pavimentados, se levanta constantemente una nube de tierra con el enorme tráfico de caballos y mulas. Por fortuna, no había viento y aun así llegué a la hermosa Alameda de Santiago con una cara que debe haber semejado la de un negro. Mas esto no llamaba la atención aquí, ya que la mayor parte de los que viajaban de a caballo, llegaban en el mismo estado.

A las cinco de la tarde me encontré en el ancho patio del hotel Inglés, el primer establecimiento de este género de la ciudad. Su actual hospedero, don Francisco Garay, el simpático cómico español, está hecho para dar nueva vida a este establecimiento.

Era esta la estación más desfavorable para estar en Santiago. Era verano y los calores molestaban mucho, y tanto más a mí, acostumbrado a que en los puertos sople una brisa fresca de mar, de suerte que no se sienten los calores del estío. Las paredes blancas de las casas de Santiago contribuyen a aumentar el calor, de manera que solo en las primeras horas de la mañana abandonaba mi pieza para ir al mercado a comprar frutas, a saber: higos, duraznos y sandías, que se encuentran en gran cantidad y más baratas que en Valparaíso.

No he tenido todavía noticias de mis compañeros de viaje, el doctor Ried y don Francisco Kindermann, que esperaban encontrarme aquí. De manera que me aburro bastante, porque la mayor parte de mis amigos están ocupados durante el día en sus oficinas. De noche, me entretengo con los señores Grey, Murray y Bahr, que vienen al hotel.

A las siete de la noche, fui al Puente de Palo, hecho de madera, donde suele reunirse alguna gente para disfrutar la fresca brisa de la tarde que sopla de la cordillera. Me recuerda esto la misma costumbre que tienen en verano los limeños. El hermoso y grande puente de piedra, construido por los españoles, una obra de adorno para Santiago, no queda lejos de ahí y las torrentosas, pero no profundas aguas del Mapocho, pasan por debajo de sus hermosos arcos.

La Alameda, el lindo paseo de la aristocracia de Santiago, estaba en receso. El Tajamar, otro paseo a orillas del río, lo mismo. El teatro estaba vacío, pues todo el mundo huye de los calores de la ciudad y las familias, entre las cuales había algunas muy pudientes –ya que, como sucede con frecuencia, el que tiene dinero se va a la capital– salen en verano a los balnearios de la costa, a Valparaíso, y la mayor parte van a sus fundos, donde por lo general no pasan sino los meses de febrero y marzo, no visitando por lo demás, sino muy raras veces, sus lindas propiedades. Así se explica que la vida en Santiago la haya encontrado aburrida, siendo que en otra época suele ser tan simpática.

9 DE FEBRERO

Celebré que llegara mi compañero de viaje, el doctor Ried. Venía de Quillota. En el camino se había enfermado su sirviente y así se explicaba su demora.

10 DE FEBRERO

En la mañana, nos fuimos de a caballo a la hacienda de Tango, cuyo dueño, don Francisco Arriagada, era un conocido de Ried y en la casa de él, en Santiago, estaba alojado. Esta hacienda está en el camino a la provincia de Rancagua. Fuimos recibidos con suma cortesía por don Francisco. Es un hombre de recia estatura y de aire marcial. Es aboga-

do. Todo su afán era disfrutar de las ganancias que se obtuvieran de su valiosa propiedad.

Después de almorzar dimos un paseo de a caballo por los lindos campos del fundo. Las mieses recién estaban segadas y todo listo para la trilla. Es este el periodo de la cosecha en Chile, con la diferencia que aquí se cosecha con yeguas. Dentro de un recinto redondo corren las yeguas y van separando los granos de sus envolturas. La trilla es en el campo una verdadera fiesta acompañada de los gritos de los huasos. Don Francisco esperaba obtener hasta nueve mil fanegas de trigo, y además, entre mil quinientas a dos mil fanegas de porotos, que constituyen uno de los principales alimentos de la población en Chile. Poseía dos mil vacunos y era fama que tenía la mejor crianza de caballos de los alrededores.

Su hacienda está situada a orillas del río Maipo. Tiene una extensión de unas dos mil cuerdas (400 x 400 pies), está sólo a unas siete leguas de la ciudad, y vale por lo menos \$300.000. La entrada a la casa de habitación conduce por una alameda que tendrá media milla de largo y uno se imagina que encontrará en su término una mansión bonita e imponente. Pero como en la mayoría de los fundos, la casa es chica, pero sus aposentos están bien distribuidos. En comparación con la elegantísima de la ciudad, esta casa es pobre. El jardín era como un desierto en que gallinas, gansos, etc., tenían cancha libre. Como no produce nada, poco se preocupaba de cultivar flores. El huerto era extenso y había en él muchas higueras y duraznos.

La conversación fue muy interesante. Nuestro anfitrión es un hombre muy ilustrado, que se ha dedicado también al estudio de los idiomas extranjeros y de la Filosofía, planteando ideas hartas buenas y contundentes. Aquí encontró Ried, en la persona de don Vicente Frías, literato y antiguo director de *El Mercurio*, a un gran enemigo de la Frenología y así se desarrolló una animada discusión en la cual participó también, y con gran entusiasmo, don Francisco. Sirvieron mate y té, y a muy avanzada hora de la noche ocupamos nuestras piezas.

11 DE FEBRERO

Nuestro anfitrión había salido muy de madrugada a recorrer sus campos y solo a las once de la mañana se nos sirvió el desayuno, tan esperado. Hizo llamar enseguida a su administrador y ordenó que trajesen los caballos *de brazo* que tienen en mucha aquí y que tienen la particularidad de elevar bastante sus patas delanteras. Había buenos caballos entre ellos y más de alguno por el cual habría obtenido buen precio. Le pagan por sus yeguas entre veinticinco y treinta pesos, mientras que las corrientes valen entre cinco y ocho. Poseía también una mula que le habían traído por curiosidad desde Córdoba. Dos veces había tenido cría. Le había costado mucho dinero. Por un caballo, que en su

opinión era el más lindo del país, le había ofrecido el general Freire, Presidente entonces, mil pesos, pero no quiso deshacerse de él, a pesar de haberle costado solo ochenta pesos. Más tarde, el pobre animal, se ahorcó en el establo, enredándose en un cordel.

En la tarde, se juntó con nosotros otro compañero de viaje, el señor Francisco Kindermann, recién llegado de Valparaíso en un birlocho. Llegó justo a la hora de comida. Duró esta desde las cinco hasta las ocho de la tarde. Era oscuro ya, cuando volvimos, Kindermann y yo, en coche a Santiago.

12 DE FEBRERO

A la madrugada, me despertaron los estruendos de los cañonazos que provenían del cerro Santa Lucía. Se conmemoraba el día de la batalla de Chacabuco, donde los patriotas, en 1817, bajo las órdenes de Las Heras, derrotaron a los españoles. Fue el primer paso hacia la Independencia.

El doctor Ried había venido a la ciudad con don Francisco. Fuimos a visitarlo a su regia mansión. El interior está arreglado de una manera exquisita. Había como diez grandes aposentos, todos cubiertos de ricas alfombras y con una profusión de hermosísimos muebles. Había también un piano, por el cual se habían pagado mil pesos. La gran biblioteca compuesta en su mayor parte de obras jurídicas y teológicas, pertenecía a su tío, el sabio obispo de Concepción, don Diego Antonio Elizando cuyo cuadro, de tamaño natural, y con sus paramentos, adorna una de las salas. Don Francisco es el heredero de este prelado rico, pero tacaño, poseedor de más de siete grandes fundos y que recién había hecho una remesa de cuarenta mil pesos para comprar otro más.

La casa está construida en forma de cuadrado. En el centro hay flores, césped y una pila de agua. En Santiago, esta casa es conocida como “El Palacio Obispal”. Nuestro amigo, el doctor Ried, fue presentado por don Francisco al Presidente de la República, el general Bulnes, quien le prometió toda clase de ayuda en su viaje a través de la Araucanía, además, le manifestó que era partidario de una inmigración alemana al sur de Chile, pero que el gobierno no disponía de recursos pecuniarios para fomentar dicho proyecto. También le comentó que ahora todos los ministros estaban ocupados nada más que con la expedición de Flores; que en una sola fragata se había gastado en sus arreglos y aprestos veinte mil pesos; y que se comprarían botes cañoneros. Por último, le indicó que todo esto lo debe la América del Sur a las intrigas de la virtuosísima reina de España, María Cristina, que había contribuido con su dinero a la organización de esa empresa que, por lo demás, fue impedida por los ingleses.

13 DE FEBRERO

Hicimos una visita a don Ignacio Domeyko, un polaco que había estudiado Mineralogía en Alemania y que era en la actualidad profesor de la Universidad de Chile.

Ha publicado también varias obras en el país y es un hombre muy preparado. Nos interesó mucho su *Araucanía*, pero más nos llamó la atención su relato sobre los pobladores y la tierra que habitan. Él piensa realizar una nueva expedición a aquellas hermosas regiones. Pero nos atemorizó bastante insistiendo en lo molesto de esos viajes, poniendo de relieve el frecuente robo de caballos, el carácter indómito de los indígenas, etc. Todo lo atribuimos a su falta de energía y a su debilidad general. Él nos dio la dirección de Philippi. Lo encontramos cuatro cuadras más abajo, en el borde de la ciudad, viviendo en la hermosa quinta de Schmigilski. Allí vivía con el ingeniero Döll. Ambos habían estado algún tiempo en Valdivia y sus alrededores. Philippi tiene ahora un empleo fiscal de ingeniero. Junto con él, hicimos una visita al ministro de Justicia, don Salvador Sanfuentes, que había sido intendente de la provincia de Valdivia y se mostraba muy interesado por su progreso. Su Señoría estaba en su estudio en mangas de camisa. Claro que no estaba en situación de sospechar que a las ocho de la tarde recibiría visita. Se disculpó, nos recibió con mucha amabilidad y prometió tenernos los pasaportes y otros documentos que necesitábamos.

14 Y 15 DE FEBRERO

Nada podíamos emprender en estos días, ya que estábamos esperando nuestros pasaportes y cartas de recomendación del Ministerio. Como ya habían empezado los carnavales y como el Presidente todavía no había regresado de su fundo, resolvimos fijar nuestra partida para el 16, y nos aseguramos que nos mandarían los papeles de marras a Concepción.

Por intermedio de don Hermenegildo de la Riestra, que estaba en vísperas de hacer un viaje a Buenos Aires, y al cual no creía volver a ver a fines del mismo año en aquella ciudad, adquirí un gran caballo cuyano, un overo, que por desgracia no correspondió a lo que esperaba. Me costaba montar al coloso, además de lo bien cargado que lo tenía.

16 DE FEBRERO

A las seis y media de la mañana salimos de Santiago. Pronto Febo ya no iluminaba sino las cumbres más altas de la cercana cordillera, y antes de que llegáramos a San Bernardo había oscurecido. Allí se bifurcaba el camino real, y demasiado tarde nos dimos cuenta que nos habíamos perdido. Uno de nuestros compañeros se había extraviado, y solo

disparando una pistola conseguimos que se juntara nuevamente con nosotros. Eran cerca de las once de la noche cuando llegamos a la casa de don Francisco Arriagada en Tango. Él se había acostado ya y nuestro amigo Ried, suponiendo lo que nos podía haber pasado, nos había mandado gente al encuentro.

17 DE FEBRERO

Don Francisco se alegró mucho de volver a vernos y como es un gran amigo de conversar y de discurrir, no nos fue posible continuar nuestro viaje hoy día. Como esperábamos además, más de alguna recomendación para el viaje y para el obispo de Concepción, tuvimos que conformarnos y disfrutar una vez más de las delicias de su regia mesa. También hoy había una infinidad de platos. Lo raro era que no era fácil descubrir sus ingredientes. Por fin, preguntó don Francisco a un sirviente, por el significado de estos mejunjes. “Hoy es día de Cenizas, señor”, fue la contestación que recibí. Riéndose, nos decía don Francisco que habíamos tenido mala suerte, pues no había sino guisos de viernes. En verdad, casi todos los platos eran de pescados preparados de diferentes maneras.

18 DE FEBRERO

Habíamos pedido nuestros caballos para las seis de la mañana, pero se nos exigió que almorzáramos primero. Además, nuestros caballos, con otros, se habían encaminado a una gran engorda y solo a las dos de la tarde, los peones pudieron traerlos. Nos despedimos de nuestro cariñoso anfitrión que siempre me decía “don César mío”, y en media hora llegamos a la orilla del torrentoso Maipo. Hasta aquí llegaba la hacienda de don Francisco. En este lugar hizo construir casas para un gran hotel. El lecho del río es muy pedregoso y ancho. Un puente colgante dividido en tres secciones atravesaba el río. No se crea que era un puente de hierro. Era un puente como los que los españoles encontraron en el país a la época de la conquista. Dicen que estos puentes sirvieron de modelo a los europeos para construir los de hierro. Gruesos postes se encuentran plantados en las orillas. Cables, por lo general de cuero, van de orilla a orilla. Cables más cortos que penden de aquellos, sostienen la estructura del puente. Tales puentes no suelen tener sino cuatro a cinco pies de ancho, sin barandilla hecho de cañas fuertemente atadas con cuero. Abajo corre el río furibundo y espumoso. El movimiento de este puente, al atravesarlo, es tal, que cuesta mantenerse en pie. Nuestros caballos acostumbrados ya a tales puentes colgantes, fueron enviados adelante.

El gran valle de Santiago se va estrechando en forma paulatina y en Angostura se juntan casi las dos cordilleras. Al pie de una baja hilera de cerros se halla la “Hacienda de Lo Águila”, en la cual, lo mismo que la laguna de Aculeo, que está a tres millas,

había estado hace tres años. En aquella oportunidad no estaba el dueño de casa, pero se me había facilitado las llaves de la bodega del vino y de la despensa.

Llegados a un amplio patio encontramos una gran reunión de damas y caballeros, disfrutando en el corredor del fresco de la tarde. Supimos después que todos eran hacendados de la vecindad con sus familias. Don Vicente Frías, a quien habíamos conocido ya en casa de don Francisco Arriagada, nos llevó a presencia de doña Emilia Herrera de Toro, en ausencia de su esposo. Ella esperaba ya nuestra visita. Nos recibió y nos atendió con mucha amabilidad hasta la llegada de su esposo que había ido a las viñas. Nosotros llevábamos nuestros trajes de viaje llenos de tierra, mientras que los jóvenes y las damas estaban vestidos a la moda de Santiago. No tardó en llegar don Domingo, un caballero muy atento e instruido. De inmediato nos asignó tres departamentos y enseguida nos juntamos con él, en amena charla, en el comedor, donde nos sirvieron suculentos bistec a la inglesa (*english fashion*), preparados por un cocinero estadounidense, con huevos, callampas, diferentes dulces, etc. Don Domingo, que pertenecía a una acaudalada familia de Santiago, había pasado tres años en Europa, en Inglaterra, Francia e Italia, de manera que sus ideas y sus modales eran europeos. Su conversación fue más amena. Como todos los hacendados solo pasaba unos pocos meses en este fundo tan pintoresco.

Después de haber cenado fuimos a la sala donde solo encontramos a don José Álvarez de Condarco con su hija y un hijo. Nos sirvieron té. Mi vecina fue la interesante e ilustrada doña Clara Álvarez de Condarco. Todos sus hijos hablaban inglés y francés, porque el padre, siendo ministro de Chile en Inglaterra, se había casado allá, de suerte que su familia conservó mucho su carácter europeo. Como alumna de Rugendas, yo conocía a doña Clara de vista desde tiempo atrás. Enseguida hubo piezas de piano y canto, distinguiéndose por su talento musical mi amigo, el doctor Ried. Hasta enfermos hubo, pues se enfermó uno de los niños. Muy entrada la noche todos se despidieron y nosotros ocupamos nuestros dormitorios amplios y frescos.

19 DE FEBRERO

A la mañana, después de haber tomado el desayuno y de que don Domingo nos mostrara toda su instalación de la prensa de vino que había encargado en Francia, y provistos de las buenas recomendaciones que nos dio, abandonamos la hospitalaria casa de Lo Águila.

Atravesamos la insignificante altura de Angostura de Paine. ¡Que espectáculo más lindo se presentaba a nuestra vista! A nuestro lado, y muy cerca, la cordillera; atrás, el interminable valle de Santiago y en frente, el fertilísimo valle de Rancagua, que es el más productivo de Chile. Era una retahíla de fundos. Por todas partes se ven mieses y praderas con hermosos animales. Este valle está regado en abundancia por una in-

finidad de arroyos y esteros que bajan de los cerros y en pequeños canales o acequias, van de fundo en fundo.

Al igual que en el norte de Chile, no suele llover entre los meses de septiembre y abril, por tal motivo, es indispensable el regadío artificial y el mantenimiento de esos canales cuesta mucha plata a los dueños de los fundos. Hasta hay jueces de agua para dirimir los pleitos que se producen cuando algún propietario ha sacado más agua de la que le corresponde o si ha desviado alguna acequia. En la provincia de Concepción ya no hay acequias.

El camino principal es bonito, adornado de árboles, y en todo se parece a un camino europeo. Varios cientos de trabajadores estaban ocupados en prolongarlo, trabajos que se habían iniciado ahora no más, porque el ministro Camilo Vial había comprado un gran fundo en la provincia que sigue, la de Colchagua, y tenía interés en que hubiese un buen camino para poder transportar mejor sus productos.

No tardamos mucho en llegar a los lindes de la hermosa “Hacienda de la Compañía”, de don Juan de Dios Correa, que le había correspondido por herencia de su esposa, doña Nicolasa⁷, todavía conocida bajo el nombre de “la Condesa”. La hacienda perteneció al conde de la Conquista, don Bernardo Toro⁸. Había sido quitada a los jesuitas en tiempo de su expulsión, y como aquellos padres poseían las mejores tierras, se explica que esta hacienda sea las más rica de Chile. El trigo que se cosecha aquí obtiene en el Perú mejores precios que el de otras regiones. Hace años se obtuvieron treinta mil fanegas de trigo, que se vendieron a razón de \$3. La carne que se obtiene se convierte en charqui y tiene salida a las provincias mineras del norte y también al Perú. El número exacto de vacunos que posee, tal vez el mismo dueño no sabría indicarlo. Dicen que son más de veinte mil, de suerte que año por año la matanza es grande. Se fabrica jabón y velas, y los cueros son un importante artículo de exportación. Por espacio de varias leguas se atraviesa esta extensa hacienda. La trilla de este año se hizo con ochocientas yeguas del fundo, además, se emplearon muchas otras de la vecindad. Así, por donde uno mire, ve los ricos dones de una naturaleza pródiga.

Más cerca de la cordillera de los Andes está situada la ciudad de Rancagua. Pero como de costumbre, demoramos horas en atravesar los callejones que conducen a la ciudad. En la cañada encontramos el rótulo de una posada. Poco parecía prometer por su aspecto exterior y por dentro era peor todavía: una gran pieza con dos sillas desvencijadas y una mesa de tres patas. Eso era todo lo que había. Nos refrescamos con algunas sandías y, enseguida, valiéndonos de nuestras sillas de montar, hicimos la siesta. El calor que hacía era tremendo. Tal como era la casa, era la comida. A duras

⁷ Se refiere a la señora María Nicolasa Isidora de las Mercedes de Toro-Zambrano y Dumont de Holdre, IV condesa de la Conquista y señora del mayorazgo Toro-Zambrano.

⁸ Debe haber una equivocación en el relato porque I conde de la Conquista fue Mateo de Toro Zambrano y Ureta, a quien por real cédula del 6 de marzo de 1770, expedida en El Pardo, por Carlos III de España, se le otorgó el indicado título nobiliario.

penas conseguimos una cazuela. El pan debe haber tenido sus ocho días de existencia. En Chile hay que evitar en lo posible las fondas de los caminos. En fin, los caballos, por lo menos, no sufrieron. La alfalfa era muy bonita y bastante barata. Una carga, lo que puede llevar una mula, costaba un octavo de peso.

Pronto se sintió un gran ruido de carruajes en el patio. Eran tres birlochos. El primero lo ocupaba una señora anciana y coja que estaba en camino a las termas de Cauquenes, que dista unas diez millas de aquí. Ella se había provisto mejor que nosotros. Llevaba tres o cuatro sirvientas, toda clase de comestibles, de manera que solo necesitaba fuego para prepararlos. De entretenimiento nos sirvió el eterno hablar y conversar de la hospedera. Estando a cargo de la cocina, sin cesar hablaba disparates. “Está loco”, nos decía. En la tarde dimos una vuelta por la pequeña ciudad, notable solo por su situación al pie de la cordillera de los Andes, que aquí tendrá unos quince mil pies de altura, con sus cimas puntiagudas y almenadas.

Al lado de nuestra hostería había una botica. Un escudo y una bandera lo indicaban. Golpeé, pero todo fue en vano. El señor boticario estaba haciendo la siesta y no es esa la hora para comprar medicamentos. A la hora de la puesta de sol, lo encontramos despierto. Pedí tamarindo, pero se había echado a perder. El orozuz se encontraba más o menos en el mismo estado. Y pensar que esta era una botica de hospital.

Durante la noche se juntó con nosotros el señor Robert Cutts. Había venido de Valparaíso a comprar cereales y en la ramada que había en el patio disfrutamos del fresco de la tarde cantando alegres canciones alemanas. Esto despertó los instintos musicales de nuestra hospedera trastornada. Fue a buscar su guitarra y tocó y cantó toda la noche, cosas sin sentido, por supuesto. Eran las dos de la madrugada cuando desperté por primera vez, y la infeliz todavía no había terminado su canto. Nos felicitamos de poder abandonar temprano esta casa inhospitalaria, ya que poco habíamos podido dormir. La gran sala se había llenado de viajeros, tanto, que unas diez o doce personas tuvieron que acampar a toda intemperie en el patio y debajo del corredor y que dormían tranquilamente cuando hicimos ensillar nuestros caballos a la penumbra del día que se iniciaba.

20 DE FEBRERO

Mis compañeros ya habían montado sus caballos, pero yo tuve que quedarme todavía un rato, para tomar mi mate y después de algún tiempo los alcancé. El sol aún no había salido y las puntas roqueñas y conspicuas de los Andes semejabán, a la luz crepuscular de la mañana, verdaderas fortificaciones, pero más lindas y más soberbias que las construidas por el ser humano.

Pronto llegamos al valle del Cachapoal. Tuvimos que recorrer un largo trecho por un lecho de piedras hasta que alcanzamos el primer brazo de este torrentoso río de

montaña; no tenía mucha profundidad. El brazo siguiente era más torrencioso. No hay que dirigir la vista hacia abajo, porque la fuerza de las aguas es tal que es fácil que el jinete pierda el control sobre sí mismo y puede ser arrastrado por el río. Le dejé riendas sueltas a mi cabalgadura, que siguiera a las demás, coloque mis piernas sobre la parte trasera de mi caballo y miraba solo hacia arriba o hacia la otra ribera. Es curiosa la sensación que uno tiene, que sabiendo que el caballo avanza, uno cree que está detenido en medio del río; el agua llegaba hasta la montura del caballo. El último, el brazo principal, tenía un puente colgante. Los que estaban a cargo de ese puente eran de opinión que convenía revisarlo primero y así tuvimos demora. Peras frescas y pan que ofrecían en venta, constituyeron un buen almuerzo, por falta de algo mejor. A nuestros caballos se les hizo largo el tiempo, teníamos alrededor de doce, y algunos bajaron al río. La corriente era tan fuerte que los animales no pudiendo nadar, fueron arrastrados río abajo. Ya creíamos que dos de ellos se habrían perdido, cuando después de un cuarto de hora aparecieron en la ribera opuesta. Fue este el río más torrencioso que he conocido en Chile y la fuerza de las aguas solía arrastrar grandes peñascos. Un buen trecho se oía todavía el ruido que producían las aguas al bajar. Más de una hora tuvimos que avanzar por terreno pedregoso, lo que cansaba a las cabalgaduras y aburría al jinete. Estos ríos cambian de curso casi todos los años y a pesar de no ser anchos, ocupan un lecho muy extenso, compuesto de piedras sueltas y redondeadas.

Por fin, el camino se mejoró y frente a nosotros veíamos la bonita y bien arbolada villa de Rengo. Eran las doce cuando nos apeamos frente a la posada, una fonda ubicada al lado de la “Hacienda Valdivieso”. Un andaluz era el posadero. Nos dimos cuenta de ello por su viveza y su pronunciación. La casa era amplia y limpia. Las lindas hijas del hospedero pusieron un mantel nuevo, lo que, de por sí, era ya una buena recomendación. La comida era buena también. Creyendo que éramos ingleses se habían ofrecido de inmediato a darnos bistec con huevos.

Residía en Rengo, desde algún tiempo, una comisión del gobierno encargada de comprar caballos. Los campesinos traían más de alguno y, entre ellos, algunos bastante bonitos. La provincia de Rancagua tiene fama por su crianza de caballos. Los caballos de viaje se encuentran mejores probablemente en Colchagua. Los precios que pedían los campesinos por sus caballos eran exorbitantes, tanto que no pudimos decidirnos a comprar algunos.

Después de algunas horas de descanso nos pusimos en marcha otra vez y todavía tengo presente este apacible villorrio con su infinidad de árboles frutales, con sus habitaciones aseadas y con su nueva iglesia.

El valle una vez más se estrecha y atravesando una colina arenosa se llega a la gran llanura que ocupa la provincia de Colchagua. Se nota una notable diferencia. Ya no se ven las extensas mieses y los numerosos árboles frutales. Aquí los dilatados potreros dan cuenta de otra actividad, de la crianza de animales. Un camino bastante pedregoso y, además, cubierto de arena, conducía a lo largo de las hileras de colinas. Como no

corría viento nos maltrató en tal forma el sol estival que, caballos y jinetes quedaron casi exhaustos de cansancio. Cuando uno de los peones nos anunció el “Pan de Azúcar”, un cerro puntiagudo de las inmediaciones de San Fernando, les clavamos de nuevo las espuelas a los caballos, y así llegamos pronto a un camino frondoso. Ya no podía faltar mucho para llegar. Un huaso entrado en años nos indicó la entrada de la “Hacienda de la Cañadilla”, perteneciente al obispo de Concepción y arrendado por este a don Alejo Lemus. Una carta de nuestro amigo santiaguino y sobrino del ilustrísimo señor Obispo fue motivo suficiente para recibirnos con gran júbilo.

La esposa de don Alejo, doña Dolores, nos recibió y a pesar de haber recibido una educación sencilla no más, mostraba poseer grandes aptitudes naturales. Nuestro anfitrión, de vuelta de sus potreros, nos saludó con mucha amabilidad y, aunque toda la instalación de la casa era de campo, los dueños de casa hicieron todo lo posible para contentar a sus huéspedes. Éramos tres, fuera de cuatro hombres de acompañamiento y unos dieciséis caballos. Se comprende que para tal visita no todas las casas de campo podían estar preparadas.

Don Alejo nos mostró una bonita máquina de destilación, que suministraba aguardiente sin necesidad de enfriamiento por medio de agua. Había llegado de Francia y había costado más de dos mil pesos. Este producto se vende de preferencia en Santiago. Fui testigo como doña Dolores se negó a vender aguardiente a un campesino, diciéndole que no puede dejar en la miseria a su mujer y a sus hijos. Había en el amplio patio y en el huerto un número crecido de perales. Averigüé lo que se hacía con tanta fruta. Me contestó el dueño de casa: “Son buenas para los chanchos”. Parecía que papagayos silvestres también se saciaban con esas frutas, pues pasaban en grandes bandadas metiendo una bulla infernal.

21 DE FEBRERO

Hoy es domingo y la dueña de casa volvía de misa, de a caballo, cuando nos presentamos. El día era en extremo caluroso y lo pasamos sentados en el aireado y fresco corredor, comiendo sandías. Don Alejo nos cedió también algunos caballos de viaje y mulas, pues nos hacían falta. Atravesando los campos, llegamos a una choza pequeña de apenas seis pies de ancho y de largo, situada en medio de un huertecito. Frente a ella estaba sentado un anciano completamente canoso. “Pregúntenle por la edad”, nos dijo don Alejo. “No lo puedo decir a su merced, pero tengo más de cien años”, fue su contestación. Y este anciano cultiva todavía solo su terruño. En la tarde, don Alejo ordenó que ensillasen tres hermosos y briosos caballos, y acompañados por él, nos dirigimos a galope tendido a la ciudad de San Fernando, que queda a una legua de distancia. Nos seguía su administrador y un peón. Es un pueblo muy ameno y está dividido en cuadras con muchos jardines. Al piafar de nuestras cabalgaduras, los habitantes se asomaban a las ventanas y salían a la calle para contemplar a los “ingleses”.

Continuamos hasta llegar a un lugar de recreo de los pobladores, situado en el borde en un cerro, rodeado de tupidos árboles. Ya más de alguno de los campesinos abandonaba ese recinto, de a caballo, cantando y con acompañamiento de guitarra, yendo en busca de su tranquila choza. Era un cuadro encantador. Todos tan alegres y contentos y habiendo solo consumido sandías a la sombra de los árboles. Quedaba todavía una artista con su arpa, pero su canto era inútil, porque ya no quedaban bailadores. Volvimos, pues, y a galope tendido, a la Cañadilla, donde nos esperaba ya bastante tiempo doña Dolores con la comida. Eran ya las ocho de la tarde. Era tan abundante la comida que no se podía comer todo y es obligación de hacerlo, para no ofender a la dueña de casa. Don Alejo mismo fue a buscar una botella de champaña que le había obsequiado el señor Obispo cuando pasó por aquí la última vez. Conversando, comiendo y bebiendo se pasó el tiempo hasta cerca de la medianoche. Era una linda noche de luna y yo di todavía unas vueltas, gozando del hermoso panorama que presentaban los cercanos Andes.

22 DE FEBRERO

Fue poco lo que pude dormir, porque a las tres de la mañana nos despertaron los peones. A oscuras y con auxilio de luces fueron ensillando los caballos. A las cuatro de la madrugada abandonamos la casa de nuestro anfitrión. Hasta la hora de la salida del Sol, a las cinco y media, hacía fresco. La cordillera de San Fernando es bastante alta. Aquí se eleva sobre una hilera de cimas roqueñas de la cadena de los Andes hasta cerca de dieciocho mil pies el Descabezado con su nevada cumbre. El aspecto de la montaña antes de salir el Sol, el chocar de los rayos solares contra las alturas más conspicuas, es soberbio y grandioso. Pasamos por San Fernando, la capital de la provincia, continuando hasta llegar a las márgenes del río Tinguiririca, donde hay un puente colgante. Estaba muy bajo ahora, pero suele suceder que a veces aumenta en tal forma de caudal que llega a inundar las calles de San Fernando. Nos dijeron que aquí vivía un médico alemán, un señor Markmann, cirujano o barbero, que antes estuvo empleado en el ejército y que ahora hace las veces de médico aquí. Su esposa era de Alemania, creo que de Hamburgo. El camino iba ahora por una llanura. El fresco de la mañana nos determinó a ensayar un galopito, continuando en esta forma hasta llegar a una casa situada a la vera del camino donde pedimos agua hirviendo para preparar nuestro mate. Preguntamos por la distancia que había para llegar a Curicó. “Está cerquita”, fue la contestación que nos dieron, y eso que demoramos cinco horas en llegar a nuestro destino. Ahora el paisaje toma otro carácter.

La cadena central de cerros se aproxima más hacia la costa y se forma una gran llanura arenosa, con poco pasto y cubierta solo de matorrales bajos, algarrobillas, acacias, etc. No es raro encontrar colinas formadas de piedras de origen volcánico como lo

demuestran por su aspecto poroso y por su color oscuro. Aquí debe haber habido una época de cataclismo, un enorme volcán. Una de estas colinas tenía todo el aspecto de una fortaleza, motivo por el cual nos apeamos y la escalamos. Un lindo paisaje compensó nuestro esfuerzo. Al pie de los Andes se veían verdes praderas, enseguida venía una faja de bosques de oscuros cipreses, más allá arbustos y peñascos hasta llegar a la región de las nieves eternas. En tiempo de la guerra y después de la revolución tenía esta tierra fama de ser tierra de bandidos. Nos había contado don Francisco Arriagada, que hace años sostuvo en esta región una lucha contra salteadores. Transformándose la larga llanura poco a poco en una región de pequeñas colinas. Llegamos, por último, al lecho pedregoso de un río, que como siempre indicaba la presencia de agua corriente. Atravesamos el Teno por un puente colgante. La orilla opuesta era pequeña y tenía grandes hoyos que parecían pequeñas cuevas. De algunas de ellas manaba agua pura, cristalina, que me sirvió para refrescarme después de largo viaje de a caballo a través de una llanura arenosa. Frente a nosotros llamaba la atención una colina de arena desprovista de vegetación, a cuyo pie se encontraba el pueblo de Curicó. Pero mucha paciencia se necesitaba para llegar hasta él, porque también a este pueblo conducían largos callejones.

Llegamos a mediodía a Curicó. La hostería tenía parecido con la de Rancagua. La pieza era sucia, con una sola silla y algunos banquillos bajos y chicos. Y para mal de males, el Sol penetraba por la única puerta que tenía. Por de pronto nos conformamos con algunos melones, un pobre alimento, después de haber andado a caballo desde las tres de la madrugada hasta la una de la tarde y después de haber recorrido en este tiempo unas veinte leguas. La cancha de bola que estaba a la vera del camino, y que tenía una ramada, me pareció un sitio muy apropiado para hacer la siesta. Con ramas de lino, que se había colocado ahí cerca para secarlo, me arregle una blanda cama y dormí hasta las cinco. Era tiempo, pues, de preocuparse de la comida, que no resultó muy opípara; como de costumbre hubo cazuela, pero no había pan. Al atardecer recorrimos este triste pueblo. En el mercado no había frutas, solo cebollas, porotos, etc., y para colmo de males, en el gran café y billar, no había ni hielo ni limonada. De mal humor regresamos a nuestra fonda. Mientras tanto venían llegando otros huéspedes: una familia de la costa con muchos niños. Todos se establecieron en el corredor, ya que la única pieza de alojados estaba ocupada por nosotros. Lo más probable es que estos viajeros no fueron molestados tanto como nosotros por las pulgas. Por intermedio de mi Justo, conseguimos de nuestros vecinos, los viajeros de afuera, un poco de harina tostada, obteniendo así una bebida agradable y refrescante.

23 DE FEBRERO

También una gran parte del día de hoy estuvimos obligados a pasar en este sitio caluroso y aburrido. Era necesario herrar nuestros caballos. Por lo general, no se acostumbra

esto en Chile, en el campo, pero siendo malos los caminos es indispensable hacerlo. Había en el pueblo nada más que un solo herrero y ejercía su oficio con calma. Así como a mediodía volvieron nuestros animales y nuestra servidumbre. Mientras tanto, llegaba de Talca el italiano Mariani con un joven de Valparaíso. Contento monté a las cinco de la tarde mi “Chascón” o “Trotón”.

Dejando atrás el pueblo de Curicó se llega muy luego a las márgenes del río Lontué, cuyo lecho es menos pedregoso y queda dividido en dos brazos. Ambos se atraviesan por puentes colgantes. Al atravesar el segundo, mis espuelas se enredaron en el piso del puente, y me di una feroz costalada, saludada con placer por los huasos que la presenciaron. Parece que al otro lado del río cambia la vegetación. Hay lindas praderas, hileras de sauces alternan con álamos. La “Hacienda de Quechereguas”, perteneciente a una señora anciana de Santiago, ofrece una linda vista. La casa de habitación rodeada de grupos de árboles y de álamos, se presentaba tan linda, iluminada por el sol poniente, que todavía no puedo olvidarla, así como tampoco olvidaré a las dos alegres huasitas que, montadas en un solo caballo, pasaron a nuestro lado galopando y saludándonos con un “Adiosito”.

Más allá llegamos a una aldehuela llamada “Valle del Molino”, cuya posada parecía más aseada que la de Curicó, a pesar de tener esta ciudad una población mucho más numerosa.

Habíamos determinado avanzar lo más que pudiéramos para recuperar el tiempo perdido, y después de la puesta de sol vadeamos el río Claro que estaba bastante bajo y cuyos bordes, que tendrían unos treinta pies de altura, permiten reconocer hasta donde alcanzan las aguas del río en las grandes avenidas. Este río lleva su nombre con mucha razón, porque sus aguas son muy diferentes de las de otros ríos chilenos: son limpias y claras, por tener su origen en un lago del interior. Teníamos ahora frente a nosotros una gran pampa o llanura. A la izquierda estaban los Andes con sus cimas heladas y blancas, a la derecha, en lontananza, la baja cordillera de la Costa, que como su hermana mayor, los Andes, va disminuyendo en altura de manera gradual. A pesar de eso la cordillera de los Andes tiene aquí todavía una altura que fluctúa entre doce y quince mil pies. Los arboles de la tarde hermo세aban todavía el horizonte occidental, mientras los últimos rayos del sol poniente doraban hacia el este las elevadas cimas de las montañas. Hubo luna llena también. Era una tarde maravillosa y en alegre conversación, continuamos nuestro camino sin mayor preocupación. Los caballos estaban briosos, de suerte que anduvimos algunas horas sin interrupción; serían las diez de la noche, cuando vimos a gran distancia una luz. Era una vivienda solitaria rodeada de árboles.

Nos apeamos y preguntamos a una señora anciana, detrás de la cual se escondían sus tres curiosas hijas, por el camino, si era el camino a Talca. Nos contestó la señora que nos habíamos apartado algunas horas del camino, que esta hacienda se llama “Chagres” y que ponía a nuestra disposición su casa, porque ya no podríamos continuar. Pero a pesar de eso acordamos continuar nuestro viaje, aprovechando el fresco de la noche. La

señora ordenó que un niño nos condujera hasta llegar al verdadero camino. Habiendo llegado por fin, y viendo que nos faltaba todavía diez leguas hasta Talca, resolvimos aprovechar un gran campo de cereales e hicimos alto. Los caballos fueron encerrados con lazos y estacas dentro de un círculo, les dimos paja y granos que encontramos amontonados, y nosotros nos acomodamos en un montón de paja muy confortable, porque la paja no es larga, como en nuestra tierra, sino que es como picada por los cascos de las yeguas. Hambre y sed nos atormentaban. Sentí el ladrido de un perro, aunque bastante lejos; Justo decía: “Allá hay gente”, y junto nos pusimos en marcha en busca de alguna aventura. Mis compañeros de viaje ya dormían el más profundo de los sueños. Después de una larga caminata, arribamos a la pobrísima choza de un pastor de ganado. El ladrido de los perros lo había despertado, dormitando sobre un cuero de vaca, que le servía de lecho. “¿Qué hay?”, preguntó. Averigüé si tenía pan, queso y agua. “No hay más que agua, allá está el cántaro”. Con estas palabras nos volvió las espaldas y siguió durmiendo. No habiendo cosa mejor, me conformé con un trago de agua, y enseguida nos retiramos.

24 DE FEBRERO

Nuestro lecho de paja había sido tan agradable que ni sentimos el cierzo helado que en campo raso suele bajar de la cordillera, ni el rocío de la mañana. Los dueños del cereal de seguro no habrían quedado muy contentos con nuestra visita, puesto que los caballos se deleitaron comiendo trigo. Como nadie se presentase a hacer reclamación por el trigo comido, no hubo posibilidad de pagar indemnización y, después de haber dado el Dr. Ried, como de costumbre, la voz de partida, seguimos cabalgando. Eran las cinco de la madrugada. Pronto el camino iba mejorando, aparecieron casas y jinetes, prueba de que estábamos no lejos de alguna población. Así llegamos al campo de batalla de Cancha Rayada, donde los españoles habían obtenido un triunfo sobre los patriotas, produciendo esta noticia gran espanto en Santiago. Empero la batalla de Maipú decidió para siempre la suerte del león ibero en Chile.

Ya veíamos las blancas torres de la ciudad de Talca. Sin embargo, demoramos todavía algunas horas hasta llegar a la ciudad entrando por la Alameda. Nos alojamos en la Fonda Italiana, perteneciente a un genovés. Comparada con las anteriores, semejaba un gran hotel.

Nos sirvieron un buen almuerzo. Y después de habernos acicalado para presentarnos en debida forma, fuimos a hacerle una visita al viejo coronel Sutike. Encontramos al encanecido guerrero meciéndose en su hamaca y fumando una cachimba, en lo que revelaba su nacionalidad. Estuvo muy contento de recibirnos y nos llevó a su salón arreglado a la manera alemana. Las murallas estaban adornadas con héroes y con cuadros de batallas, Blücher y el ejército prusiano ocupaban el sitio de honor. Su esposa, doña

Carmen, es una señora muy instruida y talentosa. No solo está versada en la política europea sino que habla un perfecto francés, y entiende inglés y aun alemán. Nuestra conversación fue muy interesante, porque le agradaba al coronel estar en presencia de tres paisanos con los cuales podía comentar lo que ocurría en Europa. Había luchado en tiempo de la guerra de la independencia alemana. Firmada la paz se trasladó a Inglaterra y de ahí se vino a Chile, en 1823, para ayudar al país del yugo español. En su calidad de coronel de caballería sostuvo más de algún combate contra los indios, que en aquel entonces estaban asociados con los españoles, más bien para obtener botín que por simpatía, y en una acción recibió un balazo que lo dejó cojo. Es muy probable que hubiera ocupado un gran puesto en el país, si no hubiera estado implicado, en 1829, en el conato revolucionario a favor del general Freire. Fue, pues, despedido del ejército y solo en los últimos años fueron reconocidos, por el Presidente, sus servicios anteriores y ahora, siendo Comandante de los Cívicos, percibe su sueldo como coronel jubilado.

Nuestro paisano no quiso que nos fuéramos y a pesar de que su esposa alegaba que su comida era muy pobre, lo cierto fue que nos gustó mucho. Hasta se sirvieron arenques holandeses. Tal vez no serían frescos. El Dr. Möller, un médico de Copenhague que reside aquí, también había estado en el sur y hasta había emprendido una excursión a la tierra de los araucanos. Cinco años ya estaba trabajando en Chile y había adquirido una pequeña fortuna. Quería hacerse agricultor y ya había tomado en arriendo una hacienda. Como todo, el arte del agricultor consiste en comprar el ganado barato, distribuirlo en la engordas y venderlo después de algunos años con utilidad, no se necesitan muchos conocimientos de agricultura. El Dr. Fischer, su paisano, un joven y modesto danés (debía de sucederle en el cargo de médico del hospital de Talca), también estaba con nosotros.

Varios amigos de la ciudad vinieron en la noche a una tertulia y el té fue servido a la europea. A avanzada hora de la noche volvimos a nuestra ronda.

25 DE FEBRERO

A la mañana encontramos, ¡qué sorpresa!, caballos en el patio. Los había enviado el coronel inválido, nuestro paisano, y acompañados por el Dr. Möller, nos pusimos en marcha a la hacienda llamada “La Viña Seca”, más o menos a una legua de la ciudad, perteneciente a don Agustín Gana, para el cual teníamos recomendaciones. El camino era muy pedregoso y ya quemaba bastante el Sol a nuestra llegada. Fuimos recibidos con suma amabilidad y hubo un buen almuerzo. Como preferimos el té al café, creyó la dueña de casa que nos haría un gran favor, llenando media tetera de té, quedando la infusión, en efecto, demasiado cargada. Decía ella, que a los ingleses les gustaba el té tan cargado y por eso estuvo temerosa que, preparado a su manera no nos gustaría. Después de haber visto las tierras, las viñas, etc., volvimos a la ciudad. Hacía un calor

insuportable y después de nuestro regreso a nuestra habitación que tendría unos treinta pies de ancho por otro tanto de largo, fui a refrescarme, tomando un baño en el cercano arroyo que no tenía mucha profundidad.

Talca es la capital de la provincia, con una población alrededor de quince mil habitantes. Es de construcción regular, tiene calles aseadas, bonitas iglesias, y como no lleva mucho tiempo de existencia, sus casas y plazas tienen un aire de limpieza y novedad. La catedral, un edificio notable, está inconclusa. Pero la ciudad tiene poco movimiento. Al mediodía, entre las doce y las tres, casi no se ve gente en la calle. Allí todos descansan y las casas permanecen cerradas. También nosotros nos dedicamos a hacer una siestecita, la cual nos fue interrumpida por nuestro amable paisano, el coronel Sutike, quien vino a vernos para invitarnos, en nombre de su esposa, a almorzar a su casa. Era tarde ya y por eso nos apresuramos, obedeciendo a su llamado. Se nos sirvió una gran comida, mitad a la europea, mitad a la chilena. Lo último caracterizado por una gran cantidad de dulces, frutas de conserva, etc. A mis compañeros, que se jactaban de ser buenos conocedores de vino, les sirvió tres clases de vino: francés, Málaga y oporto, que ellos encontraron muy buenos. Más tarde nos confesó nuestro anfitrión que todos habían sido vinos chilenos, preparados por él mismo. Dicen que el oporto iguala casi al legítimo.

Ya había entrado la noche cuando nos levantamos de la mesa. Y fuimos al jardín a tomar el café a la luz de la Luna, bajo las extendidas ramas y ganchos de un gran naranjo. Cantamos algunas canciones alemanas y, sobre todo, las de aires marciales encontraron gran aceptación, recordando al viejo guerrero los tiempos de su juventud. La banda de música militar pasaba en dirección del mercado. Tocarón la marcha de Norma bastante bien. No creía que una banda de música de provincia pudiera tocar tan bien. Mucha gente se había juntado, y se vio por primera vez que Talca tenía población. Mientras tanto nos esperaba doña Carmen con té. Llegaron más huéspedes a la tertulia. Nos entretuvimos mirando los bonitos dibujos y ensayos del pintor alemán Rugendas, un buen amigo de Sutike. Antes de su regreso a Europa le había dejado tres cuadernos con dibujos hechos en sus viajes por México, Perú, Chile y Brasil. Mientras nosotros nos entreteníamos así, doña Carmen escribía para nosotros cartas de recomendación para su tío, el gobernador de Los Ángeles, y para el gobernador de Talcahuano. Nos interesó también un indiecito que servía en la casa de Sutike. Se llamaba Necuman. Es un regalo que hizo a doña Carmen el actual Presidente, el general Bulnes, que siendo en aquel entonces jefe de las tropas que lucharon contra los araucanos, había hecho fusilar a dos caciques en Chillán. Uno llevaba consigo a su hijo, que fue educado y enseñado por los esposos Sutike y que así se hicieron de un buen criado. Su orgulloso comportamiento y su amor por la libertad ya le eran característicos. Nada se conseguía con él empleando la severidad. Parecía que se daba cuenta de su ascendencia.

Después de medianoche nos despedimos de los esposos Sutike. Habíamos pasado dos lindos días en su compañía. El Dr. Möller que nos acompañó, a su vez nos dio tantas recomendaciones y consejos, que recién a la una pudimos ir a acostarnos.

26 DE FEBRERO

A las cuatro de la mañana nos levantamos y nos aprontamos para abandonar la ciudad de Talca. Después de haber andado casi dos horas por caminos arenosos llegamos a las minas de oro, muy productivas en tiempos pasados, pero donde en la actualidad más de alguno ha perdido su fortuna. El Dr. Duffy, un irlandés, las trabaja ahora. Pero no le producen gran cosa. Arribamos a las márgenes del Maule, ancho y profundo, lo suficiente para que embarcaciones pequeñas puedan remontarlo entrando en él desde el mar. Aquí se atraviesa el río en balsa. Desensillan los caballos para que atraviesen el río nadando. Las mulas cargadas iban con nosotros en la balsa. Y como empezaban a inquietarse, poco espacio nos quedaba para escapar de sus coces. La ribera opuesta del Maule tiene más vegetación. Atravesamos varias aldehuelas y notamos que aquí ya se usan los bonetes, que hasta Valdivia son el privilegio de los campesinos, mientras que en todo el norte no se usan sino sombreros de paja o se envuelven la cabeza con un paño.

Seguimos una marcha de varias horas hasta que llegamos al molino de agua de Loncomilla. Allá fuimos muy bien atendidos por el señor Allen, un estadounidense que nos recibió con bistec, huevos y té. Su molino estaba arreglado a la usanza de los estadounidenses. Para su desgracia comenzó a especular con compras de trigo y así sus negocios han ido de mal en peor. En la grande y fresca bodega, que nos protegía contra los rayos del Sol, hicimos la siesta.

Este es el punto que queda más cerca del volcán que hace poco entró en actividad y que es uno nuevo, y si no hubiera sido que teníamos apuro para llegar a nuestro destino, habríamos arriesgado las treinta leguas para alcanzar hasta allá. Se encuentra por el lado argentino. La gente que ha estado allá describe el cráter como muy extenso. Despide elevadas columnas de fuego y lanza, con frecuencia, pequeñas piedras. El señor Allen ha observado esto de noche. Los campesinos solían traer también muchos cargamentos de azufre, que se encuentra en grandes cantidades al pie del cráter. Hay un número tan crecido de volcanes en los Andes de la América del Sur, que hay que admirarse que hasta la fecha ningún viajero europeo, con excepción Poeppig, quien escaló el Antuco, se haya acercado a ellos.

El camino más allá del Loncomilla ofrece bastante variación: ora sigue por colinas, ora por llanuras, hay bonitos potreros y grupos de árboles. Miseses y hombres escasean. El anchísimo Longaví estaba muy bajo, de suerte que fue fácil vadearlo. Pasamos la noche cerca de Linares, donde don Silvenio Encina. No era como habíamos esperado. No tenía pienso para nuestros caballos, de manera que estos, encerrados en un recinto rodeado de matas espinosas y cardos, pasaron muy mala noche. Nosotros saboreamos una buena cazuela y nos acomodamos debajo del comedor, sin preocuparnos más del viejo don Silvenio.

27 DE FEBRERO

Al rayar el alba nos levantamos. Nuestros caballos estaban mal nutridos, pero como iba el camino por una estepa plana no había por qué preocuparse. Después de algunas horas atravesamos la aldea de Parral. Se encuentra en una estepa arenosa, no tiene más de un solo pozo y, por lo demás, no tiene nada atrayente. Poco antes de llegar echamos de menos a mi sirviente Justo. Le esperamos. Por fin llegó de pie, diciendo: “Señor, se me ha cansado el caballo”; lo que quería decir que ya no tenía remedio. Tuvimos que abandonarlo a su suerte. Justo, que traía su montura, que representaba un peso de más de cuarenta libras, tuvo que montar otro caballo, que por lo demás estaba lastimado. Un viento sur bastante fuerte, el calor y la tierra eran, al atravesar esta grande y casi ininterrumpida llanura, hartos molestos. Sin descansar un rato llegamos a las inmediaciones del río Perquilauquén después de una larga cabalgata. Había aquí algunas casas y ranchos. Nuestros deseos de encontrar aquí buen talaje para nuestros animales no se cumplieron. Por fin llegamos a una choza, cuyo poblador afirmaba tener paja y que posiblemente encontraría avena entre los vecinos. Nos detuvimos, pues, y nos refrescamos comiendo melones. Pero son muy chicos aquí y su sabor no se puede comparar con los de Santiago y Rancagua.

Nuestro hospedero, Antonio Zárrate, un campesino rústico, hizo todo lo que pudo para contentarnos. La mujer, su madre y sus hijas prepararon la cazuela, y hasta había carne de cordero y pan, mientras que nuestros caballos recibieron su ración de pienso. El Sol ya estaba por ponerse cuando estábamos en la comida. Una carreta de dos ruedas tirada por bueyes estaba lista para llevar a la mujer de nuestro hospedero a un villorrio vecino donde se iba a llevar a cabo una carrera. Desistieron de hacerlo, dejando este paseo para el día siguiente.

La noche era hermosísima. En medio de una vasta llanura se veía, en lontananza, la extendida cordillera. Era noche de luna. Todo estaba en completo sosiego y tranquilo. Apenas se oía el ruido del cercano río. Largo tiempo me paseaba en esta soledad. Cansado volví a juntarme con mis compañeros. Mi escudero me había arreglado un lecho debajo del corredor con mi montura, pellón y mantas.

28 DE FEBRERO

A la luz de la Luna trajeron y ensillaron los caballos y antes de que saliera el Sol abandonamos nuestro hogar. Íbamos con destino a Chillán. Pero como no lo conocíamos, llegamos a San Carlos, un pequeño pueblecito. Hubo necesidad de atravesar el río Ñuble, que no tenía profundidad. El camino es plano y pronto divisamos la ciudad de Chillán. Hay dos Chillanes: el nuevo y el viejo. Preferimos ir primero al llamado “Pueblo Nuevo”, por presentarse mejor. Preguntamos en varias partes por pienso para

nuestros caballos, pero todo fue en vano y creíamos que tendríamos mejor suerte en el Pueblo Viejo, que tenía varias huertas y viñas. Sin preguntar por nuestros recomendados que vivían todos en la ciudad nueva, fundada solo después del gran terremoto del año 1835, nos dirigimos al pueblo de Chillán Viejo, distante solo un cuarto de hora. Preguntamos en vano por una posada. No existía ninguna y era una ciudad de seis mil habitantes. La novedad del caso hizo que todas las mujeres se asomaran a las puertas y a las ventanas. Por fin nos mandaron donde un comerciante que seguramente nos podría dar alojamiento. Sintió mucho no poder acceder a nuestra demanda, porque estaba en vísperas de emprender un viaje. Estábamos hablando con él cuando una vecina nos ofreció su casa. Aceptamos gustosos este ofrecimiento, teniendo en consideración, sobre todo, que había un gran patio para nuestros cuadrúpedos que, además, recibirían una buena ración de caña. La señora que nos ofreció su casa era una anciana de pelo canoso, muy entrada en años; se disculpó por no poder atendernos ella misma, puesto que tenía que ir a su hacienda. Nos dejaba, en cambio, su casa y su cocinera que nos atendería. Me tomé la libertad de averiguar cómo se llamaba la buena anciana. “Pastora Quejana, servidora de usted”, fue su contestación. No tardó en llegar su carruaje. Era cosa de verlo. Un coche que apenas se levantaba dos pies sobre el suelo, hecho de palos con pequeñas ruedas de discos de madera. Jamás olvidaré este espectáculo. Para preservarse contra los rayos del Sol, un penacho hacía las veces de techo. Dos bueyes tiraron el carruaje, y así la buena anciana traspasaba el portón de su casa. Llevaba dos niñas. Una hacía las veces de cochero, la otra era la sirvienta. La primera de ellas estaba armada de una estaca provista de punta de hierro para agujonear los bueyes. ¿Cuándo llegaría la vieja a su hacienda? Ella decía que distaba a tres leguas por pésimo camino. Nosotros nos felicitamos de tener a nuestra disposición una pieza amplia, bonita y fresca con sillas, mesas, etc. Y la habladora cocinera estaba a nuestra disposición.

Primero, nos deleitamos con frutas, enseguida salí con la cocinera a la recova. Estaba bien provista de carne, huevos, legumbre, etc., y se esmeraban en ofrecer sus productos. Había también frutas en abundancia: peras, duraznos, uvas, melones. Mi compra debía satisfacer el hambre de siete personas y, sin embargo, todo era baratísimo. En Santiago o en Valparaíso habría gastado una suma diez veces mayor o más aún. Creo que con cuatro reales, o sea, con medio peso, pagué todo lo comprado y aún sobró. Pan, sí que no había. Tuve que comprar tortillas, es decir, pan cocido en la ceniza, hecho de harina tostada. Estando en la mesa, en festiva reunión, nos mandó nuestro vecino dos botellas de vino del país, en abono a su falta de hospitalidad. Más tarde le hice una visita. Se llamaba don Miguel Vargas. Le compré también un caballo. Pero no salió a mi gusto. Los demás vecinos nos obsequiaron grandes bandejas con frutas, dando prueba con ello de su amabilidad. En la noche, nos sentamos frente a la puerta de calle de nuestra casa. Era día de domingo. Era una noche linda, encantadora. Hacia el norte se destacaba la cordillera con el volcán de Chillán. Antes del terremoto, este pueblo fue de importancia. Ahora la mayor parte de las calles estaban cubiertas de ruinas de las

casas hundidas y muchos sitios estaban baldíos. Solo de vez en cuando se ve alguna casa nueva, como la de nuestra anciana y la del vecino que nos había obsequiado el vino.

Los hermosos huertos con duraznos, manzanos, higueras, uvas –hasta un olivo vimos– se encuentran todavía como antes y dan a conocer que en sus inmediaciones había habido habitaciones humanas. En Chillán hay un monasterio donde estudian los misioneros destinados a trabajar en tierra de indios. Aprenden aquí el idioma araucano, para lo cual tienen gramática y vocabularios. La mayor parte de los hermanos son franciscanos de la recoleta, principalmente italianos.

El general Santa Cruz, que en tiempos pasados había sido amo del Perú y de Bolivia, y a quien conocí en todo su esplendor en Lima, vivió en este triste pueblo dos años en calidad de desterrado o de prisionero. Solo desde hace poco tiempo pudo cambiar su residencia trasladándose a Europa.

Mi caballo fue el huésped más costoso. Una fuente de loza inglesa blanca con lechugas estaba sobre un escaño. Mi caballo comenzó a comer y arrojó al suelo la fuente, que se hizo mil pedazos. Había sido prestada por un vecino y hubo necesidad de restituirla. Costó peso y medio. Claro, productos importados de Europa, son un gran lujo en regiones tan apartadas y cuestan mucho dinero.

Acordamos con don Miguel, nuestro vecino, que también iba a Concepción, que a las tres de la madrugada sería la partida, y a la hora fijada estábamos montados y nos pusimos en marcha con él, su hermana, su hija y la servidumbre.

1º DE MARZO

Estaba oscuro todavía. Con tenue luz alumbraba la Luna. Muy pronto tuvimos el sorprendente espectáculo de Febo anunciando su llegada en el este. En tanto que la Luna teñida de rojo se ponía en el oeste. Habiendo atravesado el río y llegando a la llanura se desbandaron nuestros animales y perdimos, buscándolos, de vista a nuestras agradables compañeras de viaje, sin volverlas a encontrar. Más allá la llanura queda interrumpida por pequeños cordones de colinas y con frecuencia se ven manadas de ovejas. Es considerable la exportación de lana de Chillán. A medida que avanzaba el día se hacía más y más interesante el camino. Por todas partes nos rodeaban colinas cubiertas la mayor parte de ellas de viñas. También se diseñaban extensos campos de cereales, que ya habían sido despojados de sus espigas doradas. Los caminos, quebrados y tortuosos, se hacían pesados para los jinetes como también para las cabalgaduras. En cambio, compensaban por sus hermosos panoramas que ofrecían sobre cerros más elevados o sobre valles recorridos por pequeños esteros. Y por los caminos ostentaban sus galas las mirtáceas en flor. ¡Cuántos ramitos de novia se podían haber obtenido aquí!

Como aquí, con frecuencia se bifurcaban los caminos, nos apartamos del camino principal, pero fuimos recompensados por la vuelta que dimos, con uno de los pano-

ramas más encantadores. El río Itata serpentea en medio de verdes praderas y elevados cerros cubiertos de vegetación por un ancho valle, famoso por su hermosura, el valle de Itata, en el cual tiene su mayor número de viñas la provincia de Concepción. Pasamos por varias de esas viñas fantásticas y atravesamos enseguida el río con sus aguas puras, cristalinas y muy bajas donde estaban ocupados algunos pescadores construyendo un dique de ramas de sauces para pescar pejerreyes. El agua azulada del río me sirvió para refrescarme y también para preparar harina tostada. Escalamos la ribera opuesta, que era algo escarpada y continuamos nuestro camino por espacio de algunas horas, hasta que el sol de mediodía nos recordó que era tiempo de seguir el camino a Concepción.

¡Habíamos estado a caballo desde las cuatro de la mañana! Buscamos un refugio, pero no había aldea en las inmediaciones. Por fin descubrimos una viña que por su bella apariencia parecía invitar a permanecer. La casa de habitación se presentaba como la de una hacienda. Estábamos en el valle de Coyunco, en la “Hacienda de Santa Ana”. Nuestra pregunta fue contestada con que todo lo que había estaba a nuestra disposición, advirtiéndome sí, que no era mucho. Encontramos techo y abrigo siquiera, y posibilidad de hacer una siesta en el fresco corredor de la casa. Al rato apareció el hijo de la dueña de la hacienda. Parecía parálítico y sus facultades mentales estaban, al parecer, por lo menos, perturbadas. Nuestro amigo médico, el Dr. Ried, muy luego se dio a conocer como tal. Apenas pasó esta noticia a los departamentos interiores, se presentaron tres hermanas ancianas y nos ofrecieron chocolate, té, etc. Éramos los regales ahora. Todas tenían algún quebranto. Por último, hablaron de una hermana enclenque que desde siete años aguardaba cama. Querían que la curara el Dr. Ried. Él no quiso verla, pero como se oían sus gritos clamando por el médico, para calmarla, también, escribió una receta para ella. Esta viña era muy pintoresca, estaba situada en un vallecito rodeado de cerros, con una pequeña lagunita en el centro, atravesada por un arroyo. La casa estaba en estado ruinoso, porque en el transcurso de diez años no se había invertido ni un solo centavo en reparaciones. Tenía toda la hacienda noventa cuerdas de extensión, con cinco mil parras, y parecía que las ancianas, poseyendo en común el predio, tenían deseos de venderlo. A la noche vino un joven de Concepción, que antes ya había estado negociando con ellas, y les arrendó todo por el baratísimo precio de \$550, por tres años. En vino solo producía 2.000.

La situación tan amena de esta pequeña viña me agradó tanto, que si no hubiera tenido la intención de realizar un viaje más largo aún, me habría decidido a adquirir esta propiedad.

2 DE MARZO

Habiéndose enfermado el Dr. Ried, tuvimos que quedarnos por hoy en este agradable lugar. En un paseo que emprendí a las alturas que nos rodeaban, encontré un pano-

rama lindísimo: valle, ríos y cerros cubiertos de viñas y de cereales. Gracias a nuestro amigo, el médico, todo iba muy bien y aun las cabalgaduras recibieron su buen pienso. Hicimos una buena siesta y acordamos continuar nuestro viaje en cuanto saliera la Luna, así como a las diez de la noche, para aprovechar el fresco. Mandaron por un baqueano. Este se presentó temprano, pero cuando estábamos despidiéndonos de las señoras y preguntando por el baqueano, no fue posible encontrarlo en ninguna parte. Desesperanzados casi de dar con él, mi Justo lo encontró debajo del corredor, en las cercanías de la instalación para fabricar alcohol. Y este había penetrado de tal manera en su meollo, que ni los gritos ni los golpes lo despertaron. “Está curado”, decía nuestro criado. Todo fue en vano, ni los retos ni el agua que se le echó consiguieron que despertara de su mona. Tuvimos que abandonarlo a su suerte y resolvernos a esperar que despertara o mandar por otro baqueano. Optamos por lo último.

3 DE MARZO

Debido a este atraso, solo a la una de la madrugada pudimos abandonar nuestro agradable establecimiento. Nuestros caballos nos dieron bastante que hacer. A menudo se escondían en los matorrales para pastar y, a veces, tuvimos que esperar largo rato hasta juntarlos. Eran como dieciséis, entre caballos y mulas. Los tordillos, por su color claro, eran los primeros en ser encontrados. La Luna estaba casi siempre nublada, de manera que muchos bonitos panoramas se nos escaparon. Muy pronto el camino se hizo más y más pesado. Pasaba por colinas de arena bastante escarpadas, gastadas por las lluvias en tal forma que apenas había espacio para que pasara un carruaje. Y a ambos lados profundos abismos. Hasta el amanecer no sentimos nada de cansancio, pero poco antes de la salida del Sol, justo al escalar un alto cerro, a todos nosotros nos dio tal deseo de dormir que varias veces me sorprendí, despertando, tendido sobre el pescuezo del caballo. Tal vez el aire de la mañana y la altura en que nos encontrábamos, produjo tal efecto. Apenas el Sol enviaba sus primeros rayos, desapareció la modorra y pronto arribamos a La Florida, una pequeña aldea en un cordón de cerros. Sus pobladores se dedicaban principalmente a la crianza de ovejas. Todo el mundo dormía todavía, motivo por el cual continuamos nuestra marcha, renunciando al acostumbrado mate. Había aquí lindas haciendas pertenecientes al general Cruz. Nuestro baqueano nos mostró una pequeña laguna que, según decía, no tenía fondo. Nosotros, como era de esperar, no hicimos la prueba de comprobar esta aseveración. Las colinas se encontraban ahora cubiertas de árboles, tales como luma, laurel y canelo. Pero muchas veces los caminos eran tan parados y tan estrechos que no me explicaba cómo podían transitar por ellos carretas cargadas de trigo y vino. Encontramos varias caravanas de veinte a treinta carretas que llevaban a Talcahuano trigo en sacos de cuero. Era frecuente ver por los barrancos esqueletos de animales y fragmentos de carretas que se habían

desbarrancado. Con júbilo saludamos una pequeña carreta que llevaba uvas en canastos.

Debajo de un árbol a orillas del poco caudaloso cauce del Palomares tomamos nuestro desayuno consistente en uvas. Hubo necesidad de atravesar este río, siguiendo por su valle, hasta que alcanzamos el camino principal que conduce a Concepción. Estaba encerrado por ambos lados y había mucha tierra. Los alrededores eran menos atrayentes. A las doce pasamos por Puchacay donde había un bonito molino de agua. Instalado a la americana y perteneciente al señor Burdens. Después de saludarlo continuamos nuestro camino a la ciudad de Concepción que dista media hora de aquí. A medio camino nos juntamos con nuestro paisano J.A. Watt, empleado en negocio del señor Burdens. Por indicación de él quedamos en el hotel de Comercio de Bustos. Tenía este muchos alojados y el señor Dartnell, un irlandés, que era dueño de una crianza de ovejas en La Florida, tuvo que cedernos su pieza que tenía hasta cuatro camas. El almuerzo estuvo bueno. Pronto se juntó con nosotros J.A. Watt, con el cual pasamos la noche conversando.

4 DE MARZO

Concepción es la capital de la provincia del mismo nombre. La ciudad, rodeada de cerros, se encuentra en medio de una llanura arenosa. Todavía presenta un aspecto triste. Aquí se inició el proceso de la Independencia del yugo español. Aquí residieron el general O'Higgins, Carrera, Freire y otros. Entre los años de 1813 y 1817, la ciudad estaba en su apogeo. Por sus grandes iglesias, monasterios y edificios casi podía ser igualada a Santiago, la capital. El gran terremoto de 1835 dejó en ruinas casi toda la ciudad y todavía se encuentran vestigios del desastre en parte de ella. En las calles principales hay casas buenas, sólidas, pero bajas. Las demás calles, aunque regulares y anchas, solo han sido reconstruidas en una tercera parte. Lo demás, o son sitios baldíos, donde antes había habido viviendas, u ostentan todavía montones de escombros como testimonio de aquel cataclismo. Las murallas de la catedral y del palacio obispal, tendrán unos cuatro pies de espesor, dan una idea de la fuerza con que ha actuado el movimiento subterráneo para poder derribar tales edificios. Por donde uno mira hay ruinas. La mitad de un monasterio de monjas de Santa Clara ha quedado en pie y entre las ruinas de las murallas se ven hermosos naranjos y cipreses con su oscuro follaje en el antiguo patio. La ciudad tendrá ahora nada más que unos doce mil habitantes, pero tendría cabida para cincuenta mil si se reconstruyera todo. Desde los últimos años se progresa mucho en este sentido. La casa consistorial ha sido construida de estilo más moderno, con portales, etc. Y ahora se comienza con la construcción de la catedral. No se hizo antes porque faltaban los fondos necesarios. La construcción de la destruida ciudad había costado más de quinientos mil pesos. Ahora no podrán invertir tanto dinero.

Nuestro hospedero nos cedió su “carretilla”, un coche con dos asientos para ocho personas y resolvimos visitar el puerto de Talcahuano. Dista, más o menos, hora y media de Concepción. El camino es plano. A la vista de la hermosa bahía de Talcahuano ya se siente el fresco aire del mar. La vista del océano era para mí algo muy agradable y que, desde muchas semanas, había echado de menos. La bahía de Talcahuano es muy grande, tendrá ocho leguas de circunferencia. Frente a ella está la isla de Quiriquina que determina dos estrechos de acceso, uno septentrional, otro meridional.

Talcahuano, en la parte meridional de la bahía, es el puerto más importante de Chile después de Valparaíso, visitado por balleneros americanos, ingleses y franceses que se proveen aquí de vituallas, porque las consiguen más baratas que en otros puntos de la costa. Además, no pagan ningún derecho de puerto. Había como veinte balleneros aquí. Entre ellos se encontraba el buque hamburgués *Hansed*. Su capitán, el señor Strand, nos invitó a ir a ver su buque. Accedimos a su deseo. Había estado fuera de su patria cerca de tres años y tenía a bordo como dos mil quinientas tinajas de aceite. Sus bizcochos hamburgueses eran buenos y estaban todavía bastante frescos. La pesca en las aguas del océano meridional, solo desde poco tiempo, era ejercida desde puertos alemanes. Así, pues, tuvieron que aprender de los americanos. Parte de la tripulación era formada por ellos, lo mismo los pilotos. La voz de mando era en inglés también. La tripulación tenía deseos de volver a sus hogares. Traían armas, conchas marinas y otros objetos de las islas. Les compramos algunos recuerdos.

En Talcahuano fuimos a ver a un estrasburguense, el señor Adler, que tenía un negocio de provisiones para marinos. Nos llevó a casa del señor gobernador Rondizzoni, un amigo de nuestro viejo veterano de Talca y su compañero de armas en la guerra de Independencia de Chile. Era milanés. Había luchado a las órdenes de Napoleón, pasó después a Estados Unidos y, por último, participó en la lucha de independencia de los países sudamericanos. Visitamos también a don Manuel Zerrano, un hombre muy atento y que nos sirvió mucho.

El puerto de Talcahuano fue destruido por completo en 1835. Primero por el terremoto, después por el mar. Mientras temblaba, se había retirado el mar de la bahía, de suerte que los buques que estaban anclados en la bahía quedaron en seco. Transcurrido algún tiempo volvió el mar con gran furia, inundó todo y arrastró los escombros de las casas. Los habitantes ya antes se habían refugiado en las colinas cercanas. Así se explica que las pérdidas de vidas hayan sido escasas, en cambio, perdieron todos sus bienes. Testigos oculares nos contaron que en la playa se vararon enormes cantidades de peces. Casi todo el día siguió temblando la tierra y a veces, con tanta intensidad, que no era posible mantenerse en pie. Había que sujetarse con las manos en el suelo que temblaba. ¡Debe haber sido una época terrible!

Tarde, y de noche, volvimos a Concepción. Nuestro amigo médico se ganó un nuevo galardón, atendiendo y medicinando a una hermana de don Manuel Zerrano, que había sido desahuciada ya por cinco médicos, entre ellos, un paisano, Goldbeck, que era aquí médico de guarnición.

5 DE MARZO

Don Manuel Zerrano, que es dueño de un negocio de importancia, vino a vernos muy de madrugada y fuimos a hacer las compras de las cosas que necesitábamos para hacer un viaje a través de la Araucanía, ya sea para el trueque o canje, pues en la zona no circula el dinero, ya sea para hacer obsequios a los caciques, tales como retazos de tela azul y roja de dos varas, chaquiras, cuchillos, añil, espejitos, acordeones, pañuelos rojos de algodón, estribos, etc., y gorras con galones dorados para los caciques. Como él había tenido trato frecuente con los indígenas, le dejamos amplia libertad de comprar lo que mejor le pareciera. Enseguida, fuimos a saludar al Intendente General, don Manuel de la Cruz⁹, nos recibió con mucha cortesía y quien ya había recibido instrucciones del Ministerio para proveernos de los pasaportes que necesitábamos para recorrer la Araucanía y de recomendaciones a todos los comandantes de armas de la Frontera. Largo tiempo conversamos con él. Nos mostró una carta de su padre que, siendo general del gobierno español había hecho una carta entre Antuco y Buenos Aires, estableciendo que era una ruta de ciento noventa y dos leguas, y con eso nos despedimos de Su Señoría. De inmediato, el Dr. Ried fue a hacer una visita al viejo Obispo, tío de nuestro hospitalario don Francisco Arriagada. Quiso el Prelado a toda costa que nos alojáramos en su quinta, pero no se pudo. En la tarde, llegó el Obispo a nuestro alojamiento, en su carroza tirada por dos mulas, a hacernos una visita. Recién habíamos salido. Nuestros sirvientes nos contaron, con gran satisfacción, que había estado el señor Obispo y que les había dado la bendición, encargándoles que dijeran que había venido a visitar a sus patrones. Mucho honor para nosotros. El alemán que venía con el señor Kindermann, y a su servicio, contó que había estado un prelado viejo vestido de traje color de púrpura, con un gran galón en el pecho y llevando en el dedo un gran anillo con brillantes y no atinó lo que era, porque solo habla poco castellano.

6 DE MARZO

Hoy hicimos las últimas compras y, aprovechando algunas horas de tiempo de lluvia, nos ocupamos de desmenuzar las grandes cantidades de chaquiras, porque al indio no hay que mostrarle muchas, si no pide todo lo que ve. Generalmente, se le da primero una tira y después se le agrega otra más. Había que cortar los pañuelos y echar el añil en pequeñas bolsitas. Todos estábamos ocupados. También recibimos visitas. Entre otros, vino don José Antonio Álamos. Antes había vivido en San Antonio, ahora era hacendado en Chillán. A las cuatro vino a buscarnos el joven señor Biggs para que fué-

⁹ Debe haber una confusión en los nombres porque quien fue intendente de Concepción entre 1846 y 1851, periodo dentro del cual se realizó el viaje, fue José María de la Cruz.

ramos a saludar a sus padres. Esta familia que conocí muy bien, y visité con frecuencia hace años en Lima, debido a circunstancias desgraciadas había perdido sus bienes de fortuna. Como director de la compañía minera de Pasco había llegado el señor Biggs al Perú, trabajando varios años como minero en el interior. Habiéndose mejorado su situación económica llegó a ser socio de una gran casa comercial. Intrigas lo obligaron a abandonarla y ahora es inspector de un molino cerca de Tomé. Los hijos que en aquel entonces eran muchachos todavía, eran jóvenes esbeltos y adultos, y el mayor ya era primer inspector del molino de Penco, al cual nos dirigimos primero.

Penco fue en tiempos pasados la capital de la provincia. Convertido en escombros por un terremoto, ahora no es nada más que una aldea a orillas de la bahía, a dos horas de Talcahuano. El escudo de Castilla, cincelado en la piedra, se encuentra todavía en las ruinas del fuerte de la antigua ciudad de Penco. En las ruinas de la antigua muralla que encerraba la ciudad, se leía aún la fecha de 1653. En la actualidad sirven los establos.

El molino de Penco se encuentra, subiendo por el valle, en situación muy romántica. La casa de habitación situada en la falda de un cerro, ofrece una bonita vista y está bien instalada. El señor Délano, un americano, es el dueño y mi joven amigo Biggs es el que manda en el molino y las bodegas. Es un joven muy apreciado, de buenos principios y educado. Había recibido instrucción nada más que por sus padres y así muy temprano adquirió su independencia. Recorrí la instalación del molino y en amena conversación pasamos a la mesa y tomamos té después de la comida, recordando nuestros frecuentes paseos en Lima y muchos episodios de la revolución, etc. Eran ya las nueve de la noche cuando nos retiramos de Penco. El camino al cerro Caracol no era bueno. Había que escalar varios cerros elevados, había que atravesar bosques también. Eran casi las doce cuando vimos el valle. El camino de bajada merece bien su nombre de Caracol, porque va serpenteando por las faldas del cerro. Despacio, para no despertar a los que dormían, entramos a la casa por la puerta trasera, donde el joven Biggs despertó a su hermana. Vino la señorita Polly, una dama joven y alta que creía conocerme todavía. Trajeron pan y queso, y con un buen apretón de mano me recibió el señor Biggs, el padre de esta numerosa y feliz familia. Muy tarde nos acostamos. Desde que partí de Valparaíso fue esta la primera vez que me tocó un dormitorio arreglado con confort. Todo limpio y ordenado. Sábanas blancas. En resumidas cuentas, pronto se veía que una dueña de casa inglesa, con unos veinte años de residencia en el país, cuidaba de este hogar. Dormí hasta la mañana. El ruido del molino y alegres niños me despertaron.

7 DE MARZO

La familia había crecido. Aumentó con tres vástagos de poca edad. La señora de Biggs era la misma dueña de casa y madre hacendosa y cuidadosa de antes. Conversamos mucho, y detenido, de todo. Visité también el nuevo y moderno molino y las amplias

bodegas que podían contener unas treinta mil fanegas. Tomé, Caracol, Penco y Puchacay son los principales molinos de Chile y proveen de harina a Valparaíso, la costa meridional del Perú y hasta va ese producto a Buenos Aires, a Rio de Janeiro y a las islas de Sándwich. Todos los granos son entregados a los dueños de los molinos en las bodegas. Ahí los guardan, pagándolos al precio que tuvieren o en harina. Especulando estos dueños de molinos suelen perder mucho dinero. El señor Liljersloh, un sueco, poseedor del molino de Tomé, perdió en un año más de \$60.000.

Organizaron enseguida unos juegos gimnásticos en los cuales demostraron los jóvenes su habilidad y fuerza. Trajeron caballos también. Por fin, a mediodía, nos reunimos todos alrededor de la mesa para almorzar. Fuera de los miembros de la familia, estuvo presente también el Dr. Ried. Un buen pedazo de carne y un budín era el almuerzo, bueno, pero frugal, sazonado con agradable conversación. Muy a mi pesar tuve que abandonar pronto, demasiado pronto, este querido hogar, porque hay siete leguas a Concepción. Después de una despedida cariñosa, los dos jóvenes Biggs, un amigo de ellos y yo, nos retiramos, admirando una vez más la casa y los edificios del molino desde la altura. La vista, desde arriba, sobre la bahía de Talcahuano y la isla Quiriquina, sobre los puertos de Tomé, Penco, etc., es maravillosa, grandiosa. El mar estaba en completa calma y el sol poniente se reflejaba majestuoso en las aguas del océano Pacífico. Allá había buques anclados, y todo estaba en calma. Era una tarde deliciosa. Al pie de la primera hilera de cerros se encontraba Lirquén, una aldea, que también tenía un molino, pero no era tan importante como los ya nombrados. Entre Lirquén y Penco estaba la barca *Esperanza* que conocía bien y que había traído minerales de cobre de Huasco. Hicimos una visita al nuevo establecimiento de fundición de Edwards. Dos hornos estaban funcionando. A pesar de haber leña en los alrededores y carbón cerca de Talcahuano, es demasiado subido el flete de los minerales para que pueda dejar utilidad a la empresa. Y parece que el propietario tiene el propósito de venderla. El cobre era muy limpio y se presentaba en bonitas barras. Al oscurecerse nos acercamos a la ciudad. Vimos “El Rosal”, un predio perteneciente al joven Biggs, y muy tarde llegamos al hotel de Comercio, donde conversamos todavía un rato y, enseguida, me despedí de estos amables jóvenes. Eran casi las diez de la noche y el joven señor Biggs quería seguir todavía de regreso hasta Penco.

8 DE MARZO

El día de hoy fue el último día destinado a los preparativos de nuestro penoso y largo viaje. Fuimos a ver al Intendente, quien nos dio pasaportes y recomendaciones para los gobernadores de Los Ángeles y Nacimiento.

El señor Obispo expidió una verdadera orden a todas las casas, misioneros, etc., para que nos prestaran todo el apoyo que pudieran. Estaba firmado: “Don Diego Antonio,

Obispo de Concepción” y llevaba también la firma de su secretario, un canónigo. Según parecía el prelado no mantiene buenas relaciones con la autoridad terrenal, el gobierno. Nosotros no tuvimos motivos de quejarnos de él. Tiene fama en todo el país de ser un excelente jurista. Es un amigo del actual papa Pío IX, y antes había sido secretario del Nuncio en Chile. El viejo Obispo solía mostrar una carta del Papa, escrita en latín, en la cual le anunciaba su nombramiento.

Nuestro amigo don Manuel nos mandó bizcochos, de los que se comen a bordo. Compramos todavía charqui, azúcar, mate y todo quedó listo.

9 DE MARZO

A las seis de la mañana apareció don Manuel Zerrano, para acompañarnos un trecho. Llevábamos nada más que dos mulas que conducían la carga, consistente en mercaderías y comestibles. Don Manuel se preocupó de todo. Partimos a las nueve de la mañana. ¡Adiós Concepción!

Hasta las afueras de Concepción, hasta los bordes mismos del Biobío, nos acompañó don Manuel, dándonos, además, muchas cartas de recomendación y muchos consejos.

El camino continuaba a la orilla del ancho Biobío. Ambas riberas, encerradas por cerros y cubiertas de bosques, presentaban un aspecto muy ameno. Serpenteaba el camino ora por el borde escarpado del río, ora por los faldeos de cerros cubiertos de bosques. El río mismo no tenía profundidad. Los buques que veíamos en él eran de construcción sencillísima, hechos de palos delgados y de paja, parecían balsas y bajaban lentamente el río, que lleva sus aguas al mar al sur de Talcahuano. En invierno y en la época de las lluvias es navegable para embarcaciones más grandes. Sin detenernos atravesamos el pueblo de Hualqui, por donde pasa el camino a Santa Juana y Nacimiento. Pero como teníamos el propósito de llegar a La Laja, tomamos el camino de la izquierda y llegamos muy luego a un pequeño valle verde con muchos perales. Aquí nos detuvimos y comimos algunas peras que, por desgracia, eran duras. Todo el valle tenía olor a menta que estaba en flor y participaba un aroma agradable a todos los alrededores. Tuvimos que abandonar el valle, porque era necesario llegar a Rere todavía. El camino era escarpado y tortuoso. Faltaría poco para que se pusiera el Sol. De repente, se oyó el tañido de una campana. Parecía que venía de muy cerca. Y, sin embargo, no se veía ni una casa, ni una población. Era la famosa campana de Rere que, según dicen, contiene mucha plata y oro. Demoramos una hora, atravesando valles y campos, hasta llegar a Rere, una gran aldea situada entre dos hileras de cerros.

Nuestro amigo, don Narciso Larenas vivía casi al término del pueblo. Así como a las ocho de la noche llegamos a su casa. El anciano y muy bien alimentado caballero era un pariente de don Manuel. Nos recibió con su boina puesta, haciéndonos pasar a la gran sala en que había un gran reloj de pared, grandes espejos y otros muebles. No

se esperaba que hubiese tal cosa aquí. Era un hacendado y poseía muchas viñas. Después de un rato apareció su hija, doña Rosario, que se había acicalado para recibir a las visitas. Hizo todo lo que pudo para entretenernos, hasta tocó y cantó. En el momento, nos habría interesado más que nos hubiesen servido algo de comer.

Eran ya las diez de la noche. Nos sirvieron tanto que uno no atinaba como esquivar platos, pues los guisos venían muy seguidos, todo preparado a la usanza del país, es decir, con mucho ají, lo que poco me agradó. Había también duraznos y uvas, y al final sirvieron té. Y con todo eso se disculparon que por falta de tiempo no habían podido ofrecer una comida mejor. Nos habían atendido con mucha amabilidad y nos retiramos a nuestros aposentos.

10 DE MARZO

Un hecho casual que todavía me produce hilaridad, nos despertó a todos mucho antes de lo que queríamos. Mi catre se hundió conmigo y quedé por completo enterrado por los cojines, colchones y colchas. Ni una sola pieza del catre quedó en su lugar. Esta hazaña fue saludada con una explosión de risas, y el anciano don Narciso averiguó al poco rato si habíamos dormido bien y si queríamos tomar té, café o chocolate. Nos decidimos por lo último. Era rico. Nuestro amigo médico encontró la oportunidad de ejercer su profesión, porque apenas se supo que era médico de profesión, todos alegaban estar enfermos: el padre, la hija, el hijo, el primo, etc. Uno de los enfermos estaba sordo desde varios años. A todos les dio buenos consejos.

11 DE MARZO

A las nueve de la mañana abandonamos el pueblo de Rere. Saliendo del valle nos sorprendió un grandioso panorama: en el fondo la cordillera de los Andes con el volcán de Antuco, desde cuya base se desprende el río Laja, corriendo sobre las negras masas de lava y recorriendo el gran valle que teníamos a la vista. En lontananza se divisaba también el río Biobío, que nace más al sur. Un buen rato disfrutamos de este espléndido espectáculo. Una muchacha del campo venía subiendo el cerro con un vehículo lleno de uvas. Con un poco de plata obtuvimos tantas que todos, hasta la servidumbre, tuvieron suficiente trabajo para comerlas y los caballos aprovecharon este descanso deleitándose en las sabrosas praderas. A todos había llamado la atención el albo color de la cara de la niña. Si hubiera vestido un traje mejor, habría pasado en el norte por una señora de calidad. Da la impresión que en el sur se hubiera conservado puro el tipo español-europeo neto. Allá solo se conocen blancos o indios.

Entramos pronto en una gran llanura que es la prolongación de la llanura de Chillán. La tierra es arenosa y al parecer no es productiva. Vimos un gran valle de río, desecado

que en tiempos pasados debe haber estado recorrido por un río no insignificante. Ahora era nada más que una masa de piedras. Parecía que nuestro baqueano no conocía el camino al puente del Laja y horas enteras anduvimos vagando por esta estepa arenosa. Con frecuencia, se encontraron grandes montones de piedra que por su poco peso y por su aspecto poroso atestiguaban su origen volcánico. Hasta pedazos de lava encontramos en este valle seco, provenientes, probablemente, del volcán Antuco. Por fin, al caer la tarde, llegamos al tan ansiado puente que había sido construido por don Narciso, nuestro anfitrión de Rere, y que une entre sí las altas y roqueñas orillas del río. No era un puente colgante, sino uno hecho de madera y de sólida construcción. Entre masas negras de roca que estrechan aquí el río, se desliza despacio con sus aguas de color verde claro, justo al otro lado del río encontramos un sitio muy apacible con árboles y con pasto para nuestros cuadrúpedos. Aquí pudimos gozar del magnífico panorama que se nos presentaba. En una parte, la orilla rocosa estaba interrumpida por una grieta y así nos fue posible, avanzando por ella, acercarnos al agua y cogerla con nuestros cuernos. El río parecía tener mucha profundidad. Del cuidador del puente obtuvimos un poco de carne y papas, pudiendo, de esta manera, preparar una modesta comida cobijados por los laureles y las mirtáceas. Mis compañeros a todo trance quisieron ir a ver el salto del Laja que distaba una hora de aquí, y que solo se podía alcanzar a pie, pasando por un terreno rocoso. Me encontraba tan muellemente tendido sobre mi montura y mis mantas, y había sufrido demasiado con los calores del Sol, sin poder mitigar mi sed, que renuncié a ver el salto, lo que más tarde me produjo mucho descontento, cuando después de algunas horas, de noche ya, regresaron mis compañeros y describieron el grandioso espectáculo de las enormes masas de agua, precipitándose por encima de las rocas. La cercanía del río originó una neblina bastante húmeda. Mi escudero encontró solución a este problema, haciendo un techo con ramas de sauce y cubriéndolo con ponchos; así, mi cabeza y mi cara quedaban protegidas del rocío. Suave y abrigado dormí bajo este toldo improvisado.

12 DE MARZO

Antes de la salida del sol, nuestro amigo Ried, había dado la voz de partida. Siendo, como de costumbre, el primero en levantarse, de inmediato se había dado cuenta de que faltaban algunos de nuestros caballos. Hubo una búsqueda general, hasta que, después de mucho trabajo y después de tres horas de demora, se encontraron todos y pudimos, por lo tanto, prepararnos para continuar nuestro viaje a Los Ángeles. Parecía que la vegetación era más abundante y vimos praderas y cigüeñas, las primeras que había visto en Chile. Véanse también campos de cereales.

Burgos, nuestro baqueano, nos mostró un cerro arenoso, diciendo que detrás de él se encontraba Los Ángeles. “Aquí fue”, nos explicó, donde aparecieron en tiempo

de la guerra de la Independencia, miles de indios y en el transcurso de varias horas saquearon y quemaron toda la ciudad, enseguida se dirigieron a Yumbel. Con el vino que allá encontraron se embriagaron de tal manera, que los patriotas pudieron expulsarlos. Más tarde destruyeron la ciudad, lo mismo Nacimiento. En su avance al norte llegaron hasta Chillán. Guiados por un oficial español, Pincheira, incitando a estas hordas salvajes al saqueo, al robo y al asesinato, esparcieron el terror y el espanto entre los pobladores de estas provincias. Todavía son temidos los indios. Pincheira, más tarde fue tomado prisionero y su cuerpo, clavado en un poste, largo tiempo estuvo expuesto en los muros del fortín Arauco. Después de largos años de lucha, el Presidente actual, el general Bulnes selló la paz con los indios en 1834 y ahora los indios viven tranquilos y sosegados como resaltará el relato de esta expedición.

Los Ángeles, la llaman “la ciudad” aquí, con alrededor de seis mil habitantes, es un pueblo poco importante. Las casas son malas, construidas de adobes, las calles no están pavimentadas; en resumidas cuentas, cualquier aldea del norte de Chile es más pintoresca. Pronto llegamos a la calle principal, que tiene casas algo mejores y más grandes. Casi frente a todas las casas flameaba una bandera chilena, en señal de que allí había tienda. Muchas veces, la existencia en mercadería era muy escasa, consistente solo en algunas docenas de pañuelos, en telas, cuchillos, etc. No tardamos en descubrir el tricolor francés, suponiendo que aquí debía vivir don Antonio Descat, para el cual teníamos recomendaciones. Nuestro huésped francés era un hombre bastante tranquilo que solo se preocupaba de su negocio, combinándolo con una curtiduría y con un establecimiento agrícola. Y parecía que le iba bien en este apartado rincón. Habríamos preferido ir a la casa del gobernador Riquelme, tío de doña Carmen de Sutike, para el cual ella nos había dado una recomendación. Por desgracia estaba en su fundo, de suerte que nos arreglamos lo mejor que pudimos en la casa del francés que, no teniendo dueña de casa, no parecía ser muy ordenado. Él dormía en medio de sus cajones y bultos con arroz, azúcar y de lo que, fuera de eso, pertenece a una tienda. Sirvieron la comida y tuvimos que empeñarnos en renovar nuestros conocimientos de francés. Él suponía, que, como alemanes, dominábamos su idioma. Nos acompañó también un médico de la misma nacionalidad, que habría llegado en un ballenero francés y que hacía aquí las veces de médico de hospital. También tenía una botica, la única que había en la ciudad. Consistiría en algunas docenas de botellas y de cajitas. Hubiera deseado que un boticario alemán viera este establecimiento que al mismo tiempo era salón y dormitorio. A pesar de todo había ahorrado algunos miles de pesos y tenía el propósito de construir un molino. Allí fuimos después de almuerzo.

Al final de la calle principal, que es la calle del comercio, está la plaza con la casa del Gobernador y la iglesia, que no es sino un gran galpón con techo de totora. Desde la última destrucción de la ciudad no se ha podido juntar todavía el dinero suficiente para edificar un buen templo.

El pequeño fortín no tiene sino cuatro cañones y solo unos pocos soldados de caballería están de guarnición aquí. Era día de música y frente al cuartel se juntó una parte de las damas de Los Ángeles. A pesar de haberse radicado aquí solo unas pocas familias acomodadas, había tres o cuatro pianos en el pueblo. No escaseaban tampoco las reuniones sociales. Hasta este rincón situado en los límites de la tierra de los indios, había, pues, avanzado la civilización y lo que más me llamó la atención fue oír el último vals de Weber, muy estropeado sí, por los cornetas, aunque tocado con compás demasiado rápido. Nos reímos de oírlo aquí y tocado en esta forma.

Como las angelinas habían visto que don Antonio tenía visita de forasteros, muchas señoras, por curiosidad, fueron al almacén de nuestro huésped para ver a los extranjeros, comprando lana, seda u otras quincallas. También algunos oficiales se juntaron con nosotros. Aquí vimos los primeros indios con sus largas y negras cabelleras, sin sombrero, vestidos de chamal y de poncho. Vienen a este pueblo a canjear cuchillos, paños, añil, estribos, etc., por caballos, animales, ponchos y sal. Vi esta última donde el señor Descat; era blanca como la nieve, muy fina y traída del otro lado de la cordillera donde se encuentran las grandes salinas de donde la obtienen. La traen los pehuenches y vimos algunos de ellos.

Los pehuenches visten de una manera algo diferente del resto de los indígenas. En lugar del chamal usan el chiripá argentino. Por lo demás son de la misma familia que los araucanos. Un viejo cacique, llevando una espada ceñida a su cintura, en señal de su autoridad, dormía la mona en la esquina de una callejuela. Son muy aficionados al aguardiente. Sus mocetones lo rodeaban, tranquilos, esperando que despertara. Al lado tenían sus caballos.

Tiene Los Ángeles un carácter muy raro. Bien se ve que uno ha llegado al término de la civilización en Chile. Así, debo de advertir, todavía, que me produjo una sensación rara, el hecho de encontrar en la mesa de nuestro hospedero un pan largo de la misma clase que en mis mocedades solía comer en casa, en el balneario de Oldach. Me dijo que lo había hecho la mujer de un francés encargado de construir el molino.

Compramos dos mulas y como mi gran cuyano que había comprado en Santiago, ya casi no podía moverse, compré en dos pesos un caballo chico indígena. Fue este el único caballo mío que llegó a Bellavista.

13 DE MARZO

A las cinco de la madrugada abandonamos el pueblo de Los Ángeles. Don Antonio Descat nos acompañó un trecho. El camino era plano. Soplaban un viento fresco que atravesaba la llanura viniendo desde el sur. Aquí tuvimos una linda vista sobre el volcán Antuco, que se presentaba despejado y límpido. La cima estaba cubierta de nieve. El cono del volcán no tiene mucha altura y, por el color, parece que la base fuera de lava

negra. Tendrá unos cinco mil pies de altura. Con frecuencia se oye el sordo ruido de este fuego subterráneo. Por lo que aseguran los pobladores de la región, por lo general principia a humear y echar llamas cuando se descompone el tiempo. Cuando nosotros lo vimos estaba en completa calma. Este volcán fue ascendido por el profesor Poeppig en 1826. No muy lejos del Antuco se divisa la ancha Sierra Velluda, cubierta también de nieve y muy al sur se levanta la cima del Villarrica, siempre nevada, sobre un fondo de oscuros bosques. Está en plena tierra araucana y, por lo tanto, no ya sido explorado todavía. Este mismo cerro lo vi desde Bellavista, en el departamento de Osorno, a unas doscientas leguas de aquí. Tanto en el norte, como visto desde el sur, tiene la misma forma característica.

Era un panorama encantador y pintoresco el que presentaba esta cadena de montañas y me causó tristeza ver ante mis ojos esta enorme extensión de tierra sin población y pensar que en Europa, a veces, la gente se muere de hambre. Atravesamos enseguida lindas praderas, en millas de extensión, tierras que se podrían adquirir por poca plata. Más allá, a algo mayor altura, está la hacienda de Santa Fe, perteneciente al actual Presidente, don Manuel Bulnes. Un hermano de este, la había adquirido de los indios, canjeándola por casas de escaso valor o también por derecho de conquista. Hay aquí bonitas viñas, sementeras y praderas empastadas. Como el Biobío no queda lejos, deben producir una buena entrada. Hubo necesidad de atravesar un bosque, que era indicio de la proximidad del río. Había en el camino manzanos en abundancia.

Por fin, arribamos al hermoso Biobío, encontrándose en la otra ribera el pueblo de Nacimiento. Aquí se encuentra la isla de Vergara. En una buena balsa atravesamos el río, que no era muy torrencioso, llevando nuestros animales ensillados. ¡Qué figura más imponente era la de nuestro balsero! Jamás la olvidaré. Era de recia estatura, tenía el pelo castaño y era de ascendencia indígena. Vestía un jubón de nutria. Llegamos felizmente a la isla de Vergara, que pertenecía a nuestro amigo don Manuel Zerrano de Concepción. Aquí dejamos nuestros animales, llevando solo los que montábamos. Pensativo quedé a orillas del Biobío, contemplando el hermoso paisaje que me rodeaba, hasta que llegó todo nuestro equipaje, lo que duro alrededor de una hora. Nacimiento con sus alegres torres, al pie de un cerro, producía una impresión muy favorable.

A las seis llegamos a la casa de don Rosauro Díaz, un administrador de las posesiones de don Manuel Zerrano. Don Rosauro se disculpó que con motivo de la nueva construcción, que estaba haciendo, no le era posible atendernos mejor. Nos asignó una buena pieza y se nos sirvió un buen almuerzo con chicha de manzanas. La madre y la hija estaban muy atareadas atendiendo todo en la mejor forma posible. Después de haber visitado a un argentino de apellido Varas, que tiene aquí una tiendecita y para el cual teníamos también una recomendación, fuimos donde don Andrés Campos, comandante de la plaza de Nacimiento, quien tenía a sus órdenes el fuerte y la guarnición, que se componía de cincuenta hombres de a pie y de algunos soldados para atender los cañones. El señor comandante estaba en el patio, en mangas de camisa,

recibiendo su trigo. Luego se presentó con su casaca militar y con mucha ceremonia abrió la carta del intendente Cruz, asegurándonos que haría todo lo posible para fomentar nuestro viaje y que para la mañana siguiente tendríamos a nuestra disposición un capitán de indios y lenguaraz.

El cura del pueblo, de seguro atraído por la curiosidad apareció también en la oficina del comandante que era al mismo tiempo salón y dormitorio.

Muy temprano fuimos en compañía de don José Zúñiga, hijo del comisario de indios don José Antonio Zúñiga, tan temido por los indios, a ver al cacique Pinoleo, cuyo dominio principia en las afueras en Nacimiento y que posee una casa bastante buena. Era un hombre de buen porte y ya canoso. Tenía traza de hombre acostumbrado a mandar y a vestir a la moderna; tenía puesta una casaca militar y una gorra con galón. Hablaba también un poco de castellano. Tres de sus hijas vivían con él. Hablaban bastante bien el español y como habían pasado algún tiempo en Concepción, ya habían sacado provecho de la cortesía hispánica y se disculparon por no estar terminado aún el arreglo de la casa. Colocaron mantas sobre los escaños que se habían colocado para nosotros. Estaban vestidas a la usanza indígena con un lindo adorno en la cabeza, perlas azules, prendedores, chaquiras, etc. Pero su chamal no era de tela de lana, azul o negra, teñida por ellas mismas, sino de tela inglesa, roja y amarilla.

El anciano cacique tomó asiento frente a nosotros sin quitarse, por supuesto, el gorro y preguntó al joven Zúñiga que cuál de nosotros era el mejor amigo de su padre. Se le contestó que todos nosotros éramos buenos amigos de su padre y que solicitábamos permiso para atravesar su territorio. Trajeron aguardiente y a pesar de que solo eran las ocho de la mañana, tuvimos que tomar. Lanzó enseguida un discurso en idioma araucano y lo terminó con las palabras castellanas: "Aquí manda el Comandante de Armas, allá mando yo".

Por lo demás, como él mismo tenía el propósito de ir mañana a Angol, nos acompañaría, que debíamos estar prontos para el viaje. También llegó su pariente el cacique Catrileo, aunque menos importante que Pinoleo. Eran un hombre pequeño, pero fuerte. Ya a tan temprana hora se había entusiasmado tomando y lucía con gran júbilo un par de botas que había adquirido. Las mujeres pudieron separarlo de la reunión. Las hijas de Pinoleo ocupaban en la corte de su padre una situación muy diferente de la que ocupaban las indias en otras partes. Tiene otra hija menor que, según nos informaron, se hizo cristiana en Concepción.

Así terminó la audiencia que nos había concedido el primer príncipe araucano, y fuimos a ver al comandante Campos, quien nos dio por compañero hasta el dominio de Colipí, al capitán de indios, don Lorenzo Cid, con el encargo especial de darnos facilidades para proseguir nuestro viaje porque éramos grandes amigos del Presidente. En la casa hubo un rico almuerzo y yo no me cansaba de ponderar lo suficiente la situación tan pintoresca de este último lugarejo del dominio chileno antes de penetrar en las selvas araucanas.

Teníamos a la vista la majestuosa cordillera con sus volcanes y el hermoso Biobío, con el cual se junta, justo frente a la población, el río Vergara con sus elevadas barrancas cubiertas de bosques. Era un lugar muy atrayente. ¡Lástima que un sitio tan ameno se encuentre a tanta distancia de las regiones civilizadas! Hacia el este, en medio de la gran llanura se divisaba la reducida fortaleza de Santa Bárbara construida de madera. Había allí una pequeña guarnición destinada a proteger esos parajes contra la invasión de los indígenas.

Un pequeño convento erigido por un misionero romano se caracterizaba por su situación amena y hermosa. Está en una colina y desde allí se domina todo el villorrio y un vasto panorama. Después de comida vino a visitarnos el reverendo padre fray Felipe. Era un joven oriundo de la Lombardía y tuvo gran placer en encontrarse con europeos y obtener de ellos noticias de las ocurrencias políticas en aquel continente. Él mismo había sido el constructor de su convento y el mismo lo había pintado; pero la misión no parecía tener gran porvenir, ya que los indios se mostraban poco dispuestos a encomendar sus hijos al colegio del convento. Era un buen músico y poseía un instrumento de cuerda. Nuestro amigo médico tocaba y cantaba con él melodías religiosas y canciones laicas.

En Concepción solo habíamos adquirido poco tabaco, un artículo muy codiciado por los indígenas, creyendo que aquí nos sería posible completar nuestra compra. Pero toda la existencia del estanco fiscal era de dos pesos en tabaco. Con ayuda del señor Varas recorrimos todo el pueblo, pudiendo reunir así a duras penas unas pocas libras.

DOMINGO 14 DE MARZO

A las ocho estaba todo listo para el viaje. Compramos todavía un cuero de chivato con aguardiente anisado para su excelencia Colipí, el gran caudillo araucano, pues a sus ojos este sería un gran presente. Había que ocultarlo convenientemente para que otros caciques no se dieran cuenta de su existencia. Estábamos acompañados por don José Zúñiga y Lorenzo Cid, nuestro capitán de indios. Los capitanes de indios, que reciben sueldo del fisco, desde niños han vivido entre los indígenas y dominan su idioma a la perfección. Su labor consiste en negociar con los indígenas y en dirimir sus querellas.

Abandonamos la casa de nuestro huésped, don Rosauro Díaz. Al poco rato, el capitán de indios nos trajo la noticia que Pinoleo estaba ebrio por completo y que antes de transcurrir algunas horas no le sería posible viajar. Como no teníamos el propósito de molestar al gentil príncipe, preferimos continuar solos nuestro viaje. Después de haber alcanzado las últimas chacras de Nacimiento, donde Ried tuvo que hacer una curación a un enfermo que tenía una grave herida en la cabeza originada por las coces de un caballo, llegamos al "Territorio de los Indios". El camino era tortuoso. A nuestro lado quedaba el río Vergara. A orillas de él nuestro amigo, don Manuel Zerrano poseía un retazo de tierra de unas diez millas, lindas praderas que había comprado al

cacique Colipí en mil pesos. Era del tamaño de un ducado alemán. Lo explotaba solo en la crianza de animales.

Después de algún tiempo acampamos a la sombra de un peumo a orillas de un arroyuelo, tomamos harina y nos despedimos de don José Zúñiga. Varios indios venían aproximándose a nosotros a galope tendido, pero cuando nos vieron en compañía del capitán, se retiraron de inmediato. Al poco rato, nos dimos cuenta que a uno de nuestros caballos le faltaba el lazo. Se lo habían llevado los indios. El capitán les siguió y lo obtuvo de ellos. En ninguna parte, los indígenas son más dados a la rapiña que en la frontera, donde se juntan con tanto elemento malo entre los chilenos que solo piensan en despojar al prójimo y así se explica que respeten poco el principio de lo propio y de lo ajeno, que de por sí lo tienen poco desarrollado. Pronto llegó galopando el hijo del viejo Pinoleo con sus mocetones. Era probable que esperaran a su padre. Era un puro indio. Venía sin sombrero, atada la larga y negra cabellera hacia atrás con una cinta de lana, con poncho y chamal, con los pies descalzos, pero llevando espuelas. Era un joven interesante, de alta estatura como su padre y de traza imponente. Unos puñados de tabaco fueron para él un obsequio codiciado. Fue saludado con las palabras araucanas: *¡mari mari peñi!*. Parecía que no hablaba español.

Habiendo estampado nuestros nombres en el peumo de marras, en recuerdo de esta excursión, continuamos nuestro camino que siempre tenía el mismo aspecto. Por doquier admirábamos las preciosas praderas. Pasamos la noche en un valle encerrado casi por completo, cobijados por un lindo bosquecillo. Hicimos una gran fogata, alrededor de la cual nos reunimos todos. Enseguida, preparamos un caldo de charqui y comimos el último pan fresco que nos quedaba y que, por largo tiempo, sería para nosotros un artículo de lujo. Los indígenas que se habían adelantado a nosotros, volvieron para fumar a la vera de la fogata. Eran harto modestos y no pidieron nada en absoluto, y eso que el pan es para ellos algo muy especial. Los caballos fueron amarrados a los árboles y prendimos otra fogata a la entrada del valle. A pesar de esta precaución fuimos despertados durante la noche por un gran bullicio. Era que algunos indios arreaban una manada de ovejas, atravesando el valle, tal vez con el propósito de espantar nuestros caballos, lo que consiguieron. Casi todas nuestras cabalgaduras tomaron las de Villadiego, desparramándose por el bosque. Horas de arduo trabajo y de búsqueda, nos costó esta hazaña. Por fin, estaban reunidos nuestros hombres y nuestros caballos. Acordamos, entonces, poner centinelas. Por fortuna para mí, mi turno me tocaba cuando ya rayaba el alba. Después de haber tomado un matecito, abandonamos nuestro vivaque.

15 DE MARZO

La tierra está cubierta de grandes llanuras limitadas por cordones de cerros. No hay bosques. Estos se encuentran entre la gran cordillera de la Costa y una cadena de co-

linas que queda al interior. Nuestro camino seguía entre esta cadena y la cordillera de los Andes. Era el camino de “Los Llanos” el que habíamos elegido. Ni casas, ni tierras cultivadas se veían. De vez en cuando encontramos a algún indio. Se detenía, nos miraba desde lejos y seguía su camino. No le merecíamos mayor atención.

En un espacioso y plano valle vimos las ruinas de la ciudad de Angol, una de las siete ciudades destruidas por los indígenas en una misma noche, después de casi noventa años de lucha con los españoles. Habrán transcurrido unos ciento cincuenta años desde entonces y todavía se acuerdan los indígenas de las hazañas de sus mayores y no les agrada que la “gente española” se acerque a tales ruinas. Así se nos advirtió que no intentemos escalar algún cerro para explorar la tierra, porque tal actitud podría suscitar el enojo de los indios.

Después de algún tiempo encontramos un grupo considerable de indios. Contaron a nuestro capitán que Colipí se encontraba en camino a una comilona. Continuamos cabalgando más o menos por espacio de una hora todavía, cuando nos dijo el capitán que esperáramos, porque le parecía que se aproximaba Colipí. Luego regresó con la orden de: “que vengan los tres caballeros”. Su majestad araucana recién había hecho la siesta a la sombra de un frondoso árbol y al acercarnos lo vimos ocupado en ponerse su casaca militar, es decir, una chaqueta azul con galones rojos, aparentando un soldado chileno. Tenía puesta una camisa blanca con ancho cuello, que en esos momentos estaba arreglando. No usaba pantalones, sino un chamal sujeto mediante un cinturón de cuero con adornos de plata. Llevaba botas de potro, es decir, calzado hecho de las patas de caballo, de una sola pieza, sin suelas, con una abertura para los dedos de los pies que se afirmaban en los estribos. Cubría su cabeza un bonete, a saber, un sombrero como los usaban los campesinos chilenos, adornado con cintas de colores. Eran un hombre grande y robusto, de voz bronca, de aire imponente. Con amabilidad nos estrechó las manos a todos y cuando supo que le traíamos anisado de regalo, quedó sellada la amistad. Quiso que probáramos el aguardiente que le habíamos traído y con tal motivo nos invitó a que lo acompañemos a una fiesta en casa de otro cacique. Tales fiestas consisten en su mayor parte en tomar y, a veces, duran hasta tres días. Por lo tanto, yo solicité permiso para quedarme con nuestra servidumbre, cuidando nuestro equipaje, y así me libré por hoy del banquete araucano. Pedro, el hijo de Colipí, se presentó muy acicalado. Venía con los labios pintados rojo y negro. Era feo y tuerto. Usaba pantalones bordados, bastante bonitos. Como su padre, lucía espuelas de plata y tenía buenos caballos, enjaezados a la argentina. Su acompañamiento se componía de unos cincuenta mocetones que miraban con harta curiosidad las monturas de los recién llegados.

Buscamos un sitio apropiado para establecer nuestro campamento. Construí un parapeto alrededor de nuestros baúles y de nuestras monturas. Enseguida hice la siesta. Pero muy luego me despertaron los gritos de una india que venía bajando una colina con ayes lastimeros. Supo el ayudante de nuestro capitán, que también domina el idioma araucano, que nuestros caballos habían invadido un maizal y que los per-

juicios que hicieron eran grandes. Les cortamos de inmediato esa ganga, ya que en las praderas había pasto más que suficiente, aunque estaba algo duro y seco. El daño que ocasionaron los caballos los remediamos con algunas tiras de chaquiras.

Enseguida, se presentaron tres mocetones enviados por Colipí trayendo una rica paleta asada de cordero y una jarra de chicha de maíz. Era un don que nos vino muy bien. Lo que sí que le faltaba era sal. Esta hay que llevarla consigo. ¡Con cuánto gusto me comí el asado con un poco de pan que encontré entre nuestro matalotaje!

Al caer la tarde llegaron nuestros compañeros acompañados por mocetones que traían un cordero más gordo que el anterior. Nuestra servidumbre, que estaba con hambre todavía, lo mató y lo preparó asado y cociéndolo. La fiesta había sido grandiosa. Ellos ocuparon los asientos de honor en la primera mesa de Colipí y otros caciques. Inició el festín con un potrillo asado, muy tierno y excelente según decían. Después hubo una serie de otros guisos de carne, casi toda asada. No había ni pan ni legumbres. Lo que no escaseaba era la chicha. Colipí y sus caciques ingirieron un cuerno tras otro.

Colipí se esmeraba en ofrecer la chicha que tan poco le había costado. Es una bebida hecha de maíz, pero como era nueva no producía los funestos efectos de otras bebidas alcohólicas. Sin embargo, noté que mis compañeros eran más comunicativos que de costumbre.

16 DE MARZO

Muy de madrugada nos sorprendió Colipí, acompañado solo por un mocetón, en nuestro campamento y nos invitó acompañarlo a su residencia. Faltaba uno de nuestros caballos; justo el que habíamos canjeado el día anterior a un indio, por uno que no servía gran cosa. Creíamos que el araucano, arrepentido de su negocio de trueque, habría recuperado su caballo. Al parecer Colipí se enfadó mucho con esta noticia. Escaló una colina de las inmediaciones desde la cual se dominaban los valles cercanos. En efecto, no tardó en descubrir al indio que traía de la sogá al caballo, diciendo que la cabalgadura había regresado a su querencia. Con amargura se quejaba de su negocio, que nuestro caballo estaba tan abatido que ni comer quería. Colipí le dirigió una larga arenga diciéndole:

“Hay que ser hombre de palabra. Tú aceptaste el caballo en trueque, por lo tanto, te quedarás con él. Si los caballeros te quieren indemnizar en algo, entonces es un favor el que te hacen”.

Le dimos un peso al indio, y con ello quedó muy conforme.

Colipí nos preguntó que cómo habíamos dormido y nos dijo que confiáramos en su persona, que quedábamos bajo la custodia de él, ya que le habíamos sido tan

bien recomendados. Horas enteras cabalgamos por hermosas praderas. Nos contó que todas las reses que veíamos aquí eran de su propiedad. Creía poseer unos ochocientos caballos, varios miles de vacunos y una infinidad de chanchos abandonados a su suerte en las selvas. Por espacio de casi tres días anduvimos cabalgando por su patrimonio que se extiende desde la cordillera hasta la Costa. Es el cacique más rico y poderoso.

Había luchado con valentía durante la guerra contra España. Tiene el rango de capitán chileno y recibe del gobierno un sueldo mensual de veinticinco pesos. Nos contó mucho de sus campañas y batallas sostenidas contra los indios. Me pareció muy extraño cabalgar tranquilamente en compañía de un cacique. Cabalgaba despacio y parece que se interesaba bastante por el aguardiente que llevábamos. Propuso que descansáramos un rato. Hubo necesidad de destapar el aguardiente. Fue de su agrado.

Después de otras tres horas de cabalgata arribamos a un gran valle donde estuvo la ciudad de Purén, destruida también por los indios. Aquí se encuentra la residencia del gran Colipí, defendida, por un lado, por un extenso pantano y rodeada de cerros, por el otro, por lo tanto, muy bien protegida. Un estrecho valle da acceso a ella. Su vivienda se componía de una choza grande y unas ocho o diez habitaciones menores. La principal tendría unos ochenta pies de largo por veinte de ancho, con un espacioso corredor. Todo hecho de cañas de colihue¹⁰ y de paja; ni el sol ni las lluvias molestaban así. Un palenque rodeaba el gran patio. Hacia el lado izquierdo se encontraba la gran ramada con cuatro hileras de escaños con mesas. Era como la sala de recepción. También nosotros dejamos aquí nuestro equipaje y nuestras monturas. Al poco rato, oímos la voz de Colipí, lleno de furia, rabiando con sus mujeres, por no haber hecho el aseo del patio en debida forma. Acudieron ellas presurosas y dejaron todo como debía quedar. Entonces, nos hizo llamar y tuvimos que tomar asiento en el corredor de su casa sobre mantas que para ese fin se habían tendido allí. Trajeron también una pequeña mesa y lo primero que pidió fue que le trajesen el cuero con anisado. Trajeron una gran jarra de plata llena, escanciaron el codiciado líquido en tientos de plata y cada uno de nosotros tuvo que beber con él y así nos dio la bienvenida. Era obligación beber. Aunque de buena gana hubiera renunciado a este honor, el no beber habría despertado el enojo de nuestro anfitrión, por lo que tuve que acompañarlo. Por supuesto, no fue una sola jarra la que se consumió. Pero ya no era tan riguroso el tomar. Sus sobrinos, dos jóvenes indios, de buena presencia, se juntaron con nosotros y nos acompañaron tomando chicha.

Mientras tanto las mujeres estaban ocupadas preparando la comida en la cocina situada en el patio. Hasta colocaron sobre la pequeña mesa, en lugar de mantel un pedazo de lienzo blanco. Trajeron enseguida una gran fuente de carne cocida de cordero, con maíz y papas. Cada cual recibió una cuchara y un tenedor de plata. Cada persona debe tener su cuchillo propio y sirvió como tal la daga que llevaba en un estuche. Sirvieron también carne asada y hasta gallinas y huevos. Todo sazonado con mucho

¹⁰ Colihue. *Chusquea culeou*. Una especie de bambú que crece al suroeste argentino y en el sur de Chile.

ají. A Colipí no le bastó esto, pues recibió para su propio uso una taza con puro ají. Corría en abundancia el anisado. A nosotros nos prepararon un buen ulpo, es decir, harina tostada con agua, una bebida muy refrescante.

Uno de sus hijos, un niño de ocho años, estaba siempre al lado de Colipí, y de vez en cuando recibía un pedazo de carne. En cambio, los sobrinos quedaban a cierta distancia y ellos fueron los últimos en ser servidos. Su cuchara ostentaba las iniciales L. C., bastante mal grabadas. Nos preguntó por lo que significaban. Nuestra contestación: “Lorenzo Colipí”, fue muy de su agrado. Nos dijo que le habían sido regaladas. Las jarras, los jarros y las jícaras, eran trabajos primorosos, hechos por los indígenas. Colipí nos mostró con mucho orgullo doce pares de espuelas, estribos y otros adornos, todo hecho de bruñida plata. Dimos también un paseo por los alrededores y conversamos de lo que vimos. El huerto estaba a cargo de las mujeres. ¡Hay que compadecerlas! El cuero de anisado se hacía más y más pequeño a medida que avanzaba la noche. A pesar de eso y a pesar de ponerse el viejo Colipí muy impulsivo en sus narraciones, no se puede decir que hubiese estado ebrio. Varios indios fueron recibidos y todos recibieron su ración de tabaco como los demás. Colipí principió a contar sus aventuras heroicas con gran entonación. A cada rato se oía la palabra “Colipí”. Por último, parecía ponerse muy pensativo y triste, y el lenguaraz nos explicó que estaba hablando de su hijo, que siendo oficial de la caballería chilena, se había distinguido por su valor y arrojo en 1839, en la batalla de Buin, en el Perú, encontrando poco tiempo después la muerte a consecuencia de las heridas recibidas en esa acción militar. “Sí”, dijo, “yo sería otro, si él viviera todavía y si pudiera comunicarle a él también mis hazañas”. Su segundo hijo, Pedro, el cual habíamos visto anteayer, se iguala en lo de beber al padre. No había regresado todavía del festín y solo volvió al día siguiente.

Luego, ingerimos todavía una botella de ron, a pesar de que su mujer favorita, Panchita, trató de quitársela. Pero fue vano intento. También en la noche ella, tomó parte en la conversación. Era la madre del difunto hijo y estaba ricamente adornada con objetos de plata. Como dos docenas de dedales y chaquiras pendían de ella, de modo que cuando caminaba producía un campanilleo como el que se oye en los trineos con sus caballos adornados de cascabeles. Las otras mujeres no fueron admitidas a estas conversaciones.

Dicen que Colipí, como es tan rico, tiene ocho o diez mujeres que viven en casas diferentes, pero juntas hacen los trabajos. Hasta muy entrada la noche oímos rabiarse y rezongar a Colipí.

17 DE MARZO

Colipí apareció hacia el final de la mañana. De esta circunstancia nos aprovechamos para reconocer las inmediaciones de su residencia, hombres como mujeres y niños volvían ya del baño. Los indios tomaban todas las mañanas un baño frío. Hasta a los

bebés los bañan. Las cunas que tienen son muy modestas. Constan de un armazón sencillo sobre la cual afirman un cuero blando. Con una faja de lana el bebé, vestido, es amarrado en esa cuna que enseguida es colocada o afirmada en la pared. Durante la noche queda afuera. Muchas veces desperté por el llanto de esas pobres criaturas. Salía, entonces, un indio, mecía la cuna conteniendo esa triste humanidad y lo colocaba de nuevo en la pared. Teníamos dos o tres de esos llorones en nuestra vecindad.

Gran número de indios solía llegar a la casa del cacique sin invitación especial. Todos esperaban según era costumbre, que un delegado de Colipí –por lo general uno de sus sobrinos– los invitara a apearse. En la ramada donde también nosotros estábamos, se tendieron mantas y comenzaba la audiencia. Pero antes de empezar, preguntó por nosotros y lo fuimos a saludar. Nos asignó asientos debajo del corredor para que pudiéramos presenciar las audiencias. Por cierto que eran muy curiosas. El mensajero, si no era cacique, quedaba a pie frente a Colipí y le cantaba, a la usanza araucana, su recado. De todas partes recibía noticias. Ya fuera porque una tribu enemiga había asaltado a un cacique, permitiéndole que emprendiese contra ella un malón y le quitara su ganado, ya fuera una invitación a unas bodas o a un entierro, que gustoso aceptaba Colipí, sobre todo si había chicha. Enseguida, mandó emisarios a Buenos Aires dando orden a unos indios que habían aceptado servicios a la orden de Rosas, que se volvieran dentro de un plazo determinado, so pena de perder su tierra y sus ganados. Como había estado de farra ayer, no había podido trabajar por lo que se acumularon los negocios de Estado para el día de hoy. Un cacique venía de Boroa, a donde nosotros también pensábamos ir. Era de importancia que apareciéramos como amigos de Colipí. Un acordeón que le habíamos regalado a éste lo tocaba todo el tiempo, mientras resolvía con su vasallo, quizás, un importante negocio de Estado. Este espectáculo era en verdad interesante. Pronto manifestó deseos de poseer otros objetos de nuestra propiedad. Un cuero repujado que tenía yo, le gustó tanto que me dijo, que si el me dejaba en prenda el suyo, entonces yo podría renunciar al mío en favor de él. Y así tuvimos que hacerlo. El Dr. Ried tenía una vaina para su daga, que se la entregó al cacique luego que este dijera: “Bueno para Colipí”. Vimos también las casacas militares que le habían servido en sus campañas militares. Había una especie de gran camisa hecha de cueros muy blandos, de una pulgada de espesor, y a la que se le atribuía la capacidad de atajar las balas, pero lo que es verosímil, es que resistía los lanzazos de los indios.

A su señora esposa le regalamos un chamal (dos varas de tela roja) y a los niños algunos juguetes, músicas, etc. Era ventajoso asegurarse su amistad, puesto que era el principal cacique de los que vivían en el norte del Imperial.

Hicimos también una visita a su ministro de la Guerra, que no vivía muy lejos, en una pequeña choza. Este nos mostró también la temida lanza con la cual, con gran destreza, pueden echar a tierra al jinete. Tal lanza tenía ocho varas (veinte pies) de largo. Era de caña de colihue endurecido por medio del humo y del calor. Está provista de una punta de acero.

La lanza es muy flexible y en las guerras la lanzan a galope tendido, con las cabelleras flotantes y sus caras pintadas, contra el enemigo para derribarlo. La punta se dirige contra el enemigo. La caballería nada puede hacer para atajar tal ataque furioso de los indios. Solo la infantería y los cañones les hacen mella. Nunca usan armas de fuego. Solo lanzas y laques (boleadoras).

Hoy debíamos de comer con Colipí a la usanza de la tierra. Él trajo un gran trozo de carne asada en una lanza y cada cual cortaba con su propio cuchillo y sin ayuda de tenedor un pedazo de asado y lo comía. La carne era muy tierna. Ayer había dado prueba de que entendía de etiqueta, pero hoy era el cacique araucano que nos atendía como se acostumbraba en la tierra. Ya no quedaba aguardiente. Las manzanas para la chicha no estaban todavía en la sazón, de suerte que hoy nos conformamos con ulpo.

Luego, las mujeres entonando un canto raro, comenzaron a moler trigo en piedras. Otras trabajaban hilando mantas de lana, ponchos, etc. Al caer la tarde, se juntó con nosotros don Pedro, quien había dormido la mona, conversó con nosotros en castellano. Lo hablaba bastante bien. Y para honrarnos trajeron los caballos bailadores, que al compás de una música, harto mala, levantaban sus patas con bastante precisión. Don Pedro fue el primero en presentar su propio caballo y enseguida el de su padre. Era este un caballo negro, muy bonito, y que valía muchas vacas.

Ahora nos pidieron que nosotros cantáramos. Entonamos primero *Ach, du lieber Augustin!* y enseguida *Du, du, liegst mir im Herzen!*, lo que pareció ser del agrado de los indios. Con don Pedro hice un negocio de canje, él me dio uno laques y un cabestro hecho de tiras de cuero en forma artística, y a cambio yo le entregué una daga con estuche. Él de inmediato constató que el acero de la hoja no era el mejor.

Conversando y conversando, le pedimos a Colipí que nos diera permiso para continuar nuestro viaje. ¡Qué de lamentos originó nuestra petición! Dijo que nos quedáramos siquiera hasta el día siguiente y tuvimos que consentir.

18 DE MARZO

No muy lejos de Colipí vivía un cacique de menor valía, casado con una chilena. Ella usaba el traje de los campesinos. De manera voluntaria se había casado con el indio bajo la condición de que fuera su única mujer, y varios años vivía ya con los indios en completa armonía. Él parecía también estar ya más civilizado y hablaba español.

Habiendo saludado a Colipí, le preguntamos si hoy consentía en nuestra partida. Dijo: “paciencia” y prometió mandar por Antupan, uno de sus vasallos, un cacique muy rudo que debía llevarnos a presencia del comisario Zúñiga. Después de almuerzo, Colipí nos dirigió un largo y fogoso discurso, que nos fue traducido por su hijo en la siguiente forma:

“Colipí dice que pueden seguir con tranquilidad, que no los quiere molestar y que dará orden de que puedan atravesar la tierra sin tropiezo. Son sus buenos amigos. Han tenido el honor de comer con Colipí en una misma mesa. Los ha hospedado en su casa. Los ha tratado bien. Por eso, adonde los lleve el destino, hablen bien de él. Colipí no es un enemigo de los cristianos, no les ha quitado nada y los quiere proteger. Difundan por todos los ámbitos de la tierra, por todas las tierras a las cuales lleguen y también entre sus paisanos de ultramar que Colipí es un hombre de bien”.

Le arenga era larga y el hijo de Colipí la tradujo palabra por palabra. Pero en idioma araucano todo se alarga tanto, que uno cree que el orador nunca va a terminar. Le agradecemos sus conceptos y contestamos su discurso en forma más o menos semejante. Mientras tanto fueron ensillados nuestros caballos. Antupan pasó delante y recibió instrucciones referentes a nuestro viaje. Por fin abandonamos la residencia de este cacique tan temido y tan difamado en la Araucanía. Nos despedimos de Lorenzo Cid, nuestro capitán de indios, y continuamos nuestro viaje en paz, en compañía de Antupan, nuestro nuevo guía, y su séquito. Era un hombre chico y rechoncho con un bien pronunciado vientre, pelo largo y negro. Se cubría la cabeza con un sombrero chico de paja y como le quedaba demasiado chico, lo tuvo que sujetar con cintas. Por lo demás, era un puro indio. Usaba espuelas de plata. Hablaba poco el español, pero llevaba un mocetón que lo dominaba bien.

Casi me había olvidado de dar algunos datos de un cautivo español. Hace muchos años lo habían tomado prisionero y ahora lo ocupaban en hacer barrer el patio. Era ya un hombre anciano y como a muy temprana edad había sido capturado por los indios, ya casi había olvidado el idioma español. Supe su historia porque me llamó la atención por su barba, pues los indios se arrancaban los pelos de la barba con un instrumento especial y, por eso, sus caras eran lampiñas y lisas.

Al inicio, el camino atravesaba llanuras interrumpidas con frecuencia por colinas que en forma gradual tomaron mayor altura y como a menudo estaban cubiertas de árboles, ofrecían bonitos panoramas. Vastas estepas las encontramos carbonizadas, y la razón de ello era que para obtener nuevo pasto, los indios suelen prender fuego a las praderas consumidas en el transcurso del verano y muchas veces se ven grandes campos cubiertos de llamas y de humo. Al caer la tarde llegamos a un valle muy bonito, pero estrechísimo, rodeado de altas serranías. Un riachuelo lo atravesaba y las orillas sombreadas ofrecían un campamento ideal. Dejamos dentro de él los caballos y la salida fue ocupada por los indios y nuestra servidumbre. Hicimos una gran fogata y asamos medio cordero. Manzanas, que había en abundancia, colocadas al rescoldo, hicieron las veces de papas. Había también harina y cebollas y hasta té, de suerte que estábamos bien provistos. Era un lugar muy ameno y uno de los campamentos más pintorescos que hemos establecido en nuestro viaje a través de la Araucanía. ¡Qué espectáculo más

lindo, ver acurrucados a los morenos indios, tranquilos, alrededor de su fuego con sus caras oscuras y sus blancos dientes!

Antupan se mantenía alejado de nosotros. Ni nos pidió tabaco, ni permitió que sus mocetones, que eran más novedosos, nos importunaran. Como los caballos los teníamos tan seguros, pasamos una noche agradable y apacible.

19 DE MARZO

Mate y murque constituyeron nuestro desayuno y muy de madrugada continuamos nuestro viaje siguiendo por el estrecho valle. Después de haber cabalgado media hora, más o menos, llegamos a una angostura del camino, que seguía por la orilla del río. Una de nuestras mulas, cargadas por los araucanos con nuestros baúles, se resbaló y rodó unos diez pies por la alta ribera del río. Creíamos perdida la mula y nuestros cofres los creíamos hechos mil astillas. Por fortuna, descubrimos nuestra mula con sus cofres en el río. Algunos indios y nuestros mozos la arrearon a una parte baja y le quitaron su equipaje. La mula se había salvado, pero, ¿en qué estado quedaría el contenido de nuestros cofres? Como habían estado un buen tiempo bajo el agua, por ahora ni queríamos saberlo. Era necesario que subiéramos todavía una loma muy parada y tras algunas horas de cabalgar nos detuvimos en las inmediaciones de una choza araucana donde había un recinto seguro para dejar nuestros caballos. Corría por ahí el mismo arroyo de la desgracia anterior.

Comenzó a encapotarse el cielo, de manera que no podía tardar en comenzar a llover. En las matas de unas quilas hicimos nuestro campamento. Allí estábamos protegidos contra la lluvia, que no arreciaba con fuerza. No dejaron de venir los indios de las inmediaciones. Las mujeres nos traían harina, huevos, papas y hasta gallinas cocidas y, en cambio, obtuvieron chaquiras, añil y dedales. Así que el almuerzo estuvo a pedir de boca. Para gran alegría de los indios, tomé un baño en las límpidas aguas del río que corre sobre un lecho de arena.

Rodeados, como estábamos, por tantos indígenas, no nos atrevimos a abrir nuestras cajas y solo lo hicimos durante la noche, cuando todos se habían retirado y cuando Antupan y su comitiva se habían retirado a su alojamiento de las quilas. Solo entonces nos dimos cuenta del gran perjuicio que habíamos sufrido. Los hermosos acordeones que habíamos pensado canjear por caballos, estaban remojados y completamente insertibles. Todo lo demás estaba mojado. Hubo necesidad de encender una gran fogata y lo primero que pusimos a secar fue la ropa y las armas. Clavamos enseguida estacas en el suelo y las unimos con lienzas que pasaban por sobre y cerca del fuego. Había que secar como cuatro docenas de pañuelos de algodón. En el suelo desparramamos para que se secaran cuchillos, chaquiras, espejitos, añil, agujas, dedales, telas. Todos estaban ocupados, unos limpiando cuchillos, otros colocando telas a secar. Era un espectáculo

interesante, aunque no era una actividad muy agradable, pues nos quitó gran parte de la noche. Semejábamos unos náufragos, que salvados en una isla, primero se ocupan de secar lo que habían salvado. El daño no era demasiado grande, considerando que unas manchas más o menos no importaban. Pero lo que era más sensible fue el hecho de que los instrumentos quirúrgicos de nuestro amigo, el Dr. Ried, habían sufrido, lo sintió mucho. El tabaco y el añil nos preocuparon bastante. Habiendo secado todo, los baúles fueron arreglados y nos acostamos. No dormimos mucho, porque apenas clareaba el día. El Dr. Ried despertó a la gente como siempre lo hacía.

20 DE MARZO

Hoy apareció Antupan de gran gala. Vestía un chamal de tela azul y llevaba una espada. Solo más tarde supimos por qué se había acicalado de esa forma. Uno de mis caballos, el “Huachito”, lo buscamos largo tiempo, pero en vano. Era probable que se perdiera en la espesura del bosque. Tuvimos que renunciar a encontrarlo. Era un caballo chico que en Nacimiento lo había cambiado por aquella cabalgadura que compré en Chillán. En la esperanza de poder adquirir más tarde otro caballo, no quise que nuestros compañeros se perjudicaran y continuamos nuestro camino. Había que atravesar tupidos quilantales y coliguales. La quila estaba tan crecida que era necesario echarse sobre el cuello del caballo para poder pasar. Enseguida, llegamos a lindas praderas y otra vez se divisaba la cordillera nevada en el fondo. Muchas chozas indígenas había en el camino. Todo muy bien tenido. Las pequeñas chacras o heredades, donde cultivaban papas y maíz, estaban encerradas con cuidado por estacas de quila y se presentaban mejor que las habitaciones de los campesinos chilenos, sobre todo en las provincias australes. También vimos grandes manadas de ovejas y animales vacunos, como que esta comarca parecía más poblada que las anteriores. Atravesamos un pequeño río que no parecía tener hondura. Sin embargo, el agua llegó a cubrir la montura de mi caballo. Antupan había buscado un vado y atravesó el río sin mojarse. Hay que seguir la norma de no querer ser el primero en salvar un río, porque los indígenas son más baqueanos.

Andaríamos una hora, cuando nos pareció que oíamos una corneta. Antupan nos hizo una seña para que esperemos y se adelantó. Muy luego regresó, diciendo que el Comisario de indios se aproximaba y que hoy se iba a celebrar un gran parlamento, noticia que nos fue muy agradable.

Y, en verdad, después de un rato una gran cantidad de jinetes bajaba de los cerros y parecían juntarse en las inmediaciones de una gran casa. Había una bandera chilena y algunos cazadores a caballo, todos chilenos. Bullas y gritos acompañaban a esta gente. Nosotros nos manteníamos tranquilos hasta que todos se habían reunido. Así podíamos observar mejor esta singular asamblea. Apenas supo nuestra llegada el mayor Zúñiga, nos mandó a decir que nos acercáramos y un monje vestido de gris nos recibió con suma

amabilidad y nos llevó a presencia de Zúñiga. Este se encontraba sentado en el suelo en medio de los indios. Nos dijo que como este día sería de duro batallar para él, no nos podría dedicar mucha atención, lo que debíamos disculpar. Es un hombre muy raro. Es alto y fornido. Su cara es gorda. Usaba pantalones azules con cintas plateadas, una casaca blanca de brin con cuello rojo, y un sombrero de paja redondo y chico, con una cinta roja, que solo cubría una pequeñísima parte de su gran cabeza. Estaba adornado también con pequeños aretes. Este hombre ha pasado la mayor parte de su vida entre los indios y también ha peleado contra los pehuenches y desde hace casi veinte años ocupa el cargo de comisario de indios. De él dependen todos los capitanes de indios. En forma constante, recorre la tierra araucana acompañado solo por cuatro cazadores. Celebra tratados con los indios, dirime sus rencillas y es muy estimado por todos los caciques. Le temen. Usa siempre una coraza de acero, de suerte que es invulnerable contra los lanzazos de los naturales. Hacía ya dos meses que había estado entre los indios y venía ahora de Imperial donde había celebrado un parlamento y hoy día iba a hacer lo mismo en tierras del poderoso cacique Painamal. Se trataba, ante todo, de la creación de una misión. El misionero acompañaba al comisario en esta excursión. Los indios —serían unos ochocientos en número— formaron un gran círculo. Todos de a caballo. Zúñiga con una bandera chilena y el padre con una bandera blanca con una cruz negra, ambos de a caballo en el centro. Zúñiga hablaba con voz de trueno y con énfasis y sus palabras parecían tener gran éxito. Pronunció su discurso a la usanza araucana. El mismo acento de voz, pareciendo canto, los mismos gritos. Dicen que habla mejor que los mismos caciques. Es que el chileno civilizado dispone de más ideas y puede tocar muchos puntos que ignora el indígena. Nos hizo llamar y así entramos al centro del círculo, rodeados por cientos de indios que novedosos miraban a esta “gente española”. Era un momento curioso e inolvidable. Uno de los caciques, se llamaba Jancolican, era un descendiente del famoso Caupolicán, inició los discursos. Vestía una chaqueta azul con gorra y poncho de color rojo. El padre nos explicó lo que había preguntado:

“¿Qué significa esta bandera? Es la bandera de Chile. ¡Quítenla! No queremos nada de Chile. Somos araucanos libres e independientes, descendientes de Lautaro, Caupolicán y Colo Colo”.

Otro más tranquilo, contestó: “¡Pero es la bandera de la patria con la cual hemos peleado contra el rey!”. Estas palabras lo apaciguaron. Siguió una larga conversación entre el cacique y Zúñiga. No podían hablar varios a la vez. Los demás escuchaban. Por fin se presentó el padre diciendo con gran ceremonia:

“Nada quiero de ustedes, soy pobre, estoy completamente solo. Siete años he vivido entre sus hermanos de Tucapel. Solo busco para ustedes lo mejor. Para que ustedes y sus hijos aprendan a erigir una misión. No quiero plata, ni animales, nada. Nada”.

“Mátenme”, repitió tres veces, “si les he dicho una mentira”, y se golpeaba el pecho. En verdad era grandioso ese afán apostólico de aquel hijo de Tíber.

Se llamaba Querubín Brancadori. Era oriundo de Roma. Era de buena presencia, gordito y no tenía mucha edad. Es muy posible que haya tenido méritos en la defensa de los intereses de los indios. Las discusiones continuaron todo el día. Varias veces se oía la voz de Zúñiga. El reverendo se juntó con nosotros al poco tiempo y nos contó que hacía ya varias semanas que recorría la tierra con el comisario y que había asistido a todos los parlamentos. Dominaba lo suficiente el idioma araucano y anotaba todos los puntos que se trataban “Mañana”, nos dijo,

“habrá una acusación en contra de Colipí, pues, se ha comprobado que dio autorización para llevar a cabo un malón, y de los animales capturados se habría hecho ceder cien cabezas. Esto produjo una gran efervescencia por haberse manifestado Colipí siempre como amigo del gobierno y ahora salían a luz sus maldades”.

Contemplamos otra vez el gran círculo de indios que rodeaba a Zúñiga. Este, agotado a veces, se refrescaba de vez en cuando con un cuerno de chicha. Había chicha en demasía. Nosotros tuvimos que beber primero con Zúñiga, enseguida con muchos caciques y, por último, vino Painamal, el cacique que tiene su residencia aquí, con un enorme cuerno de chicha, que bebió hasta la mitad, la otra mitad me tocó a mí. Por fortuna, la chicha era nueva y, por lo tanto, era suavcita, lo que sí es que uno se llena tanto que termina lleno como un barril. El padre nos dijo que ya estaba “para reventar”, porque ya desde las siete de la madrugada había tenido que beber y que quería retirarse un rato, porque no era permitido que rehusara tomar con algún indio.

El traje de los indios era muy pintoresco. Los caciques se habían acicalado lo mejor que pudieron. Algunos traían casaca militar; otros, camisa. El más conspicuo tenía pantalones con adornos, otros gorras militares, otros sombreros de oficiales pasados de moda, puntiagudos, eran del siglo pasado. A veces quedaban muy chicos y hubo necesidad de sujetarlos con un paño rojo. Había de todo: sombreros de paja, bonetes, etc. Los caballos que tenían, por lo general, eran buenos. Era interesante estudiar las caras de los araucanos. En su mayoría, los indios de Boroa y de Imperial se distinguían por sus bellas facciones y por su cutis blanco. Muchos de ellos tenían el pelo rubio. Un corneta, que descollaba por su talento musical, tenía el pelo casi rojo y ensortijado, y caía sobre la nuca.

Todas las mujeres estaban ocupadas en traer comidas y chicha. Andaban al trotecito y los dedales que llevaban, que no eran pocos, hacían un ruido como de caballos de trineos. Estaban acicaladas como para día de fiesta. Sus mejillas de color café las habían pintado de rojo y muchas veces, tal vez como prueba de su triste condición, tenían las orejas de negro. Haciendo grande el contraste con el rojo de las caras. En varias de ellas se veían aretes del tamaño de un plato chico, hechos de pura plata y prendedores

cuya cabeza por lo menos tendría unas cuatro pulgadas de diámetro. Además, se veían por todas partes muchos chamales rojos. La cantidad de mujeres, que tenían su campamento en las inmediaciones y que trabajaban en la cocina, no debe haber diferido mucho de la de los hombres.

Al caer la tarde fuimos, en compañía de fray Querubín, a visitar el panteón de los caciques con sus altas estatuas de madera, hechas de un tronco de árbol y que representaban a los que estaban enterrados allí. Eran ya muy vetustas y estaban cubiertas de musgos. En la actualidad, ya han comenzado a colocar cruces como se lo han enseñado los misioneros. En compañía del padre, nos atrevimos a visitar su cementerio, que para los indios era un lugar sagrado. Enseguida, fuimos a ver al porfiado cacique Painamal, que ya parecía más razonable. ¡Qué de movimientos había en su casa! Todavía estaba lanzando grandes discursos. Apenas vio al padre y a nosotros, pasó la mano al primero y todos tuvimos que tomar chicha con él. Había como cien indios allí, entre hombres y mujeres. ¡Qué vida! Después nos retiramos a nuestra ramada en el campamento de Painamal. El hijo de este nos vino a ver y nos prometió que él estaría preocupado de nosotros. En efecto, nos mandó carne de cordero. Además, nos quedaba todavía caldo y bizcochos. Hubo también chicha y harina. El joven príncipe heredero se llamaba Antonio. Era de trato muy amable. Parecía un oficial chileno. Vestía un buen uniforme de color azul con gorro militar. Usaba corbata negra, pero vieja, y hablaba bien el castellano. Había sido educado y civilizado en Osorno, según supimos. Su padre era un “indio neto”.

Como era de noche, se disolvió el parlamento. Volvió entonces Zúñiga y se dirigió a nosotros diciéndonos: “Señores, ahora estoy a su disposición por entero. Voy a dirigir solo algunas palabras a estos indios para instruirlos”. Y, sentándose al revés sobre una silla, principió a perorar con su acostumbrada vehemencia a unos veinte indígenas que mudos le rodeaban sentados en el suelo o sobre toscos trozos de madera. Habían encendido un gran fuego afuera, el cual alumbraba de forma mágica a los indios que lo rodeaban; en el asaban su carne y, por eso, miraban al fuego. Nosotros estábamos sentados al fondo, rodeados por dos grupos de indios, que en nada nos molestaban. “Cuánto daría”, decía el misionero, “si hubiera aquí algún paisano mío, capaz de reproducir con el pincel este cuadro tan encantador”. Y, en verdad, que habría sido un cuadro muy singular. Me llamaba la atención el eterno gritar del comisario. ¡Qué voz más maravillosa! Después de habernos dejado, se trasladó al rancho de Painamal donde habría hablado hasta las dos de la madrugada. El penoso trabajo de este hombre no lo paga el gobierno chileno, por desconocerlo, en conformidad a su labor. Tiene el sueldo de un sargento mayor.

Luego, nos acomodamos lo mejor que pudimos. El padre llevaba de todo, colchón, ropa de cama, almohada, etc. Un mozo y su ayudante Juan de la Cruz le arreglaron su cama. Muy luego todos quedarían sumidos en profundo sueño. Pero a mí, todo lo que había visto y experimentado hoy me preocupará largo tiempo todavía, y dejará recuerdos impreciosos.

DOMINGO, 21 DE MARZO

Nos levantamos antes que los indios pensarán en hacerlo. El padre nos condujo a un campo vecino donde había muchas tórtolas. Pronto nos convencimos de que era un excelente cazador, y curioso, colocaba el fusil por el lado izquierdo. Así bajó varias palomas al vuelo. Nos sirvieron para preparar nuestro almuerzo. Sacamos de nuestras provisiones unas barras de chocolate, que fueron muy del agrado del clérigo, porque raras veces le tocan tales golosinas. Las habíamos traído de Santiago. Ya antes nos había pedido azúcar, jabón y velas, artículos que le faltaban. Velas y jabón nos quedaban todavía. Pero nuestra existencia de azúcar se había terminado, de suerte que nuestro té lo tomábamos sin azúcar o con harina. Nosotros deseábamos salir de esta gran reunión y conseguimos que el mayor Zúñiga nos cediera a su constante compañero —se llamaba Mama Luisa— para que nos acompañara en calidad de intérprete y a dos caciques para que nos lleven hasta los ríos Imperial y Toltén.

Hicimos los preparativos para continuar nuestro viaje. Un viejo cacique vino a visitarnos todavía. Nos saludó con suma amabilidad, colocando su sombrero —era un viejo sombrero de paja con la insignia española, rojo y gualdo— sobre nuestro hombro. Nosotros debíamos contestarle de la misma forma. Painamal se aficionó a un pañuelo de seda que tenía en mi sombrero y del cual sobresalía la punta. Sin más ceremonia me sacó el sombrero, tomó el pañuelo, se envolvió en él su cabeza y dijo que necesitaba quedarse con un recuerdo mío. No era posible contradecirle, aunque uno de lienzo habría tenido el mismo valor para él. Después de habernos despedido de Zúñiga, que iba acompañado por un hijo de unos doce años y del padre Querubín, emprendimos la continuación de nuestro viaje en compañía de varios caciques y mocetones. Abriendo la marcha Mama Luisa.

Casi me olvidó mencionar el gran honor que nos tenían preparado los indígenas. Estábamos sentados con el padre en la ramada, en los momentos en que los indios mataban un cordero. Zúñiga nos dijo: “si no tienen deseos de comerse crudo el corazón de este animal, entonces retírense a tiempo. Yo tengo que hacerlo”. El corazón lleno de sangre y el hígado crudos, con sal y ají, lo consideran los indios un guiso exquisito y tal delicia la ofrecen primero a los caciques y a las personas distinguidas. El padre ya estaba acostumbrado a este guiso, aunque dijo que la primera vez que le tocó comer este ñache, le costó un triunfo hacerlo.

Cruzamos el Cholchol, llamado Lauquen más adelante, y los tres brazos del Imperial cuyas claras y cristalinas aguas corren en un lecho de guijarros. Aquí el río tenía poca hondura y eso que en su desembocadura es tan profundo y tan ancho que es navegable para buques de mar. Pronto llegamos a una ruca araucana donde tenía su taller nuestro guía Mama Luisa. Este es platero. Fabrica espuelas, estribos, etc. En verano suele viajar entre los indios y lleva consigo a su mujer, la que enseguida nos sirvió un buen mate. Él es oriundo de Nacimiento. En su calidad de soldado y, más tarde, trabajando en su

profesión, recorrió todas las tribus araucanas, hasta el otro lado de la cordillera de los Andes y domina muy bien su idioma.

Establecimos nuestro campamento debajo de unos hermosos membrillos. Nuestra cocinera chilena hasta nos preparó una cazuela. Las manzanas todavía no estaban blandas. Sin embargo, las tomó para preparar un postre con harina que me resultó bien bueno. ¡Qué ocupación más rara esto de pelar manzanas el día domingo en la tarde, y asar membrillos y manzanas sentado a la lumbre! Los membrillos eran grandes y bonitos y asados tenían buen gusto, lo que sí que les faltó un poco de azúcar.

22 DE MARZO

Después de haber almorzado, hasta ahora el almuerzo lo habíamos ido postergando hasta la tarde, nos pusimos en marcha, pero tuvimos que dejar aquí un caballo lastimado que había venido de Valparaíso. Habiendo atravesado otros dos brazos del Imperial, entramos en la verdadera región selvática de la Araucanía. Comenzó el bosque con quila, enseguida, se presentaban grandes árboles, robles, laureles, etc., que presentaban un hermoso golpe de vista. Lo tupido del bosque contribuyó a que el camino fuese pesado. Solo de a un caballo se podía pasar entre los árboles. Como estos estaban tan juntos tuvimos que detenernos con frecuencia y quitarle carga a las mulas, sobre todo los baúles para que pudieran pasar. En otras, los caballos tenían que salvar gruesos árboles saltándolos, de suerte que avanzamos paso por paso. Los claros del bosque, casi siempre, estaban ocupados por indios. Les compramos un cordero, aumentando así nuestro equipaje.

Habíamos recorrido un buen trecho, pero nos quedaban todavía bosques que atravesar. ¡Lindos bosques! Los robles alcanzaban aquí hasta cien pies de altura. Estaban rodeados por matorrales bajos. Aproximadamente a las cuatro de la tarde, atravesamos todas las selvas. Ahora oíamos el correr de las aguas del caudaloso Toltén.

Mama Luisa nos dijo que quedáramos detrás de un árbol, para ver si había indios al otro lado que pudieran balsearnos. El cacique que nos acompañaba y nuestro guía gritaban a más no poder que trajesen la canoa, sin embargo, nadie se presentó. El indio afirmaba que había divisado al dueño de la embarcación, pero era un “indio malo” que no quiere sacrificarse por la “gente española”. Llamar y llamar, todo era en vano. Además, comenzaba a llover y, por eso, queríamos atravesar el Toltén, río muy profundo y torrencioso, antes de que anoheciera. Por fin se resolvió el indio que iba con nosotros, habiéndosele ofrecido un cuchillo como premio, a cruzar el río montado en su caballo y a traernos la canoa. Habiéndose colocado el poncho en la cabeza a manera de turbante, el indio se aventuró por las aguas torrenciosas del río y, por fortuna, alcanzó la ribera opuesta, aunque arrastrado bastante por la corriente.

El indio, enseguida, aseguró su lazo en el cuello y en la cola del caballo y, de nuevo, lo echó al río ocupando la canoa que era arrastrada por el caballo. ¡Y figurarse que la

cabalgadura tenía que nadar en contra de la corriente! Uno tras otro llegamos así, en la débil canoa tirada por el caballo a la orilla opuesta. Era una sensación muy rara el atravesar el río así. Parecía que la corriente lo arrastraba a uno. Yo esperé hasta el último y no me cansé de contemplar este singular y bonito espectáculo. Las aguas del río eran de color azulado-verde claro. Dicen que tiene sus orígenes en un gran lago que se encuentra en la cima del volcán Villarrica. Unos pequeños guijarros los conservo todavía como recuerdo de las riberas del Toltén, que solo por pocos europeos habrá sido atravesado en el transcurso del último siglo.

Varias horas demoramos en cruzar el río y ya había entrado la noche. La ribera opuesta tenía mucha pendiente, además, estaba cubierta de árboles, de manera que era difícil abrirse un camino hacia arriba. Nuestros caballos se nos escaparon y huían de la orilla del río. Cada cual quedaba a cargo de sus caballos. Uno de los mozos encontró, por fin, un camino de subida, pero era tan parado y tan resbaloso que solo con un lazo que me tiraron y gateando con las manos y los pies pude subir. ¿Estarían todos los caballos? Nadie podía afirmarlo, porque la noche estaba oscura. ¿Dónde encontraremos albergue? El dueño de la canoa no vivía lejos de aquí. Pero cuando llegamos a su choza la encontramos abandonada y tomamos posesión de ella con tranquilidad, haciendo un gran fuego en su parte central para poner a secar nuestra ropa primero. Ahora clamaban por agua. Pero, ¿quién se aventuraría a bajar al río que quedaba como a un cuarto de hora de aquí? Por fortuna, quedaban todavía en mis alforjas algunos bonitos membrillos; los asamos al fuego, y como por falta de pan, buenas son las tortas, nos sirvieron de almuerzo y comida a la vez. Mis compañeros estaban rendidos y las fibras de lino, que habían en la ruca en abundancia, nos sirvieron como cómodas camas. Uno de los mozos se decidió por ir a buscar agua llevando todo lo que pudiera servir para traer el codiciado líquido. Era una noche oscurísima, llovía a cántaros, soplaban un viento huracanado y, a todo, se unía el ruido de las torrentosas aguas del río. Así pudimos preparar, con charqui, un rico valdiviano. Por desgracia, nuestra harina la habíamos dejado en la otra banda del Toltén.

Así pasamos esta noche en una ruca pequeña y expuesta al viento, cuatro alemanes, nueve chilenos y tres indios, todos igual de rendidos, y podíamos hablar de suerte por haber encontrado techo y abrigo, pues llovía toda la noche.

23 DE MARZO

Al amanecer había cesado la lluvia. Pronto nos dimos cuenta que en las inmediaciones vivían algunos indios, a los cuales compramos harina. Tomamos nuestro desayuno en un lindo claro del bosque. Hoy el camino seguía también por espesas selvas con las mismas dificultades: troncos, ramas y caminos que eran una burla. Teníamos la intención de hacerle una visita al cacique Catrileo, mas no lo encontramos en su residencia,

y como era mediodía, determinamos hacer alto en una linda pampita y matamos un cordero que habíamos adquirido en el trayecto. Pronto quedó convertido en asado al palo. Las últimas migajas de bizcocho que se encontraron en la alforja se echaron al caldo y como era un lindo día acordamos con Mama Luisa descansar aquí después de tanto trabajo y afán. Solo al caer la tarde emprendimos una corta cabalgata de algunas millas hasta llegar a la habitación de un indio conocido de nuestros compañeros de viaje. Establecimos nuestro campamento en una pampa protegida por altos y frondosos árboles. Encendimos dos fogatas. Y sentado sobre mi silla de montar, tomando mate, me decía a mí mismo: “¿qué tal si la lejana Europa pudiera ver y contemplarnos tan libres, llevando esta vida nómada?”. Era un rincón muy ameno. El viento movía las elevadas copas de los árboles que nos rodeaban.

A nuestro indio se le había escapado su caballo. Lleno de tirria tomó su cuchillo y le hizo grandes heridas al pobre animal. A consecuencia de ellas, podría morir muerto. En todo caso, el indio había dado rienda suelta a su instinto.

24 DE MARZO

La mañana de hoy estaba nublada y, muy luego, las negras nubes se convirtieron en lluvia. A pesar de eso, continuamos nuestro viaje. Iba el camino por bosques de lo más espeso. Con la lluvia los caminos habían empeorado. A cada rato había árboles botados que obstruían el paso. A veces eran tan altos que el caballo con su jinete no podían salvarlos y había necesidad de apearse. A veces los ganchos estaban tan tupidos arriba que para no correr peligro la cabeza era necesario colocarla sobre el cuello del caballo y salvar así los troncos de árboles. Avanzábamos despacio. En el camino encontramos algunos indios que preguntaron por el objetivo de nuestro viaje. Decían que no podían dejarnos pasar, mientras no hubiese autorización del cacique Catrileo. Solo se conformaron cuando les dimos algunos pañuelos y otras cosas, ofreciéndose a llevarnos a presencia de Catrileo que estaba en una fiesta. No era muy agradable el viaje. Los caminos, con la lluvia y con las hojas mojadas caídas, estaban casi intransitables. Por fin, arribamos a una región más abierta. Había chacras y ranchos araucanos. Ante el más ostentoso de ellos había una gran asamblea reunida para una “borrachera”. Estaban sentados en dos hileras de bloques de madera, que a la vez servían de mesas y de escaños. Eran como sesenta indios. En medio de ellos estaba Catrileo. Nos recibió con mucha ceremonia. Era un indio de buena traza, grande, fornido, albo, con la cabellera larga, rizada y de color café. Fuimos saludados con chicha de manzanas y después de haber expuesto nuestro lenguaraz nuestra solicitud de atravesar su territorio, nos preguntó en castellano si traíamos un pasaporte. Le mostramos el salvoconducto que habíamos obtenido en Concepción, del general Cruz, sellado y firmado por él. Catrileo que no sabe leer, lo pasó a un indio de Valdivia, quien se lo tuvo que leer. Después de la lectura

se manifestó conforme. A su lado derecho, se sentaba un cacique de bastante edad que había organizado la fiesta de hoy en su casa. Nos sirvieron carne fría de cordero en platos de madera y todos tuvimos que tomar chicha. Cuando ya no podía más, me permití, siguiendo la usanza de los indígenas, llevar a la boca el líquido, beber algo y desparramar el resto por el suelo con las palabras: “A los antepasados”. Con esto se conforman los indios. Nos llamó la atención de ver tantos rubios y albos entre estos indios. Había como veinte de cabellera clara. Todos estaban bien vestidos. Había entre ellos también un indio de la pampa. Se distinguía de inmediato por su chiripá roja. Catrileo nos contó que tenía un hijo en un colegio de Santiago. Antes había gozado de mucho prestigio. Se jactaba de ser de alta alcurnia. Decía que su madre había sido una señora española; probablemente robada en la ciudad. Nos preguntó también si éramos amigos de don Juan Manuel Rosas; por descontado, tuvimos que decir que así era.

Por más que nos empeñamos en conseguir ponchos araucanos, de los grandes, no nos fue posible. Decían que todos habían sido enviados al otro lado de la cordillera de los Andes. Que allá obtenían de los pehuenches, por cada poncho, un caballo y tres vacas. Rogamos enseguida a Catrileo, que nos despidiera lo más pronto posible para secar nuestra ropa, aunque en verdad era para librarnos de la “borrachera”. Se puso de pie y dándose mucha ínfula, dijo en buen castellano:

“No les pondré ningún estorbo en la prosecución de su viaje. Catrileo no los ha molestado. Además, concede permiso para atravesar su territorio a todos los cristianos y a todo descendiente de español. Nada les ha quitado Catrileo y si ustedes le hacen un regalo, es por su libre albedrío...”.

Le obsequiamos un corte de paño azul, chaquiras para sus mujeres y el viejo cacique recibió un par de espuelas de latón. Así, pues, nos pusimos en marcha, pero antes, en honor de la fiesta, debíamos disparar nuestras pistolas y lanzar un sonoro, ¡viva!

Pronto llegamos al río Queule. Lo atravesamos. Tenía en sus orillas una vegetación exuberante. No tardamos en llegar a una parte más despejada, cerca de la cual había unas rucas indígenas y campos cultivados. Aquí establecimos nuestro campamento. Nos costó algún trabajo encender una fogata. Así pudimos secarnos siquiera. Compramos un cordero gordo, pagando por él diez cuchillos y dedales. No demoramos mucho en matar el cordero y en preparar un caldo. Mujeres y niños, en gran número, vinieron a ofrecernos harina, papas, huevos y hasta gallinas cocidas. Vimos pocos hombres, y pobres, con probabilidad, porque todos los demás habían concurrido a la fiesta. Con añil, chaquiras y paños se pagó todo. Habíamos terminado ya con nuestra comida, que había sido bastante buena, cuando llegaron dos indios en aparente estado de ebriedad, que, en ademán de hostilidad, quisieron impedir que nos alojáramos allí. Nuestro lenguaraz desplegó gran presencia de ánimo, diciéndoles que estábamos ahí con autorización de Catrileo y que no nos iríamos, aunque tuviéramos que hacer uso

de nuestras armas. Otro indio que se juntó con ellos apaciguó al enojado, que por fin se retiró contento, después de haber recibido algunos pañuelos. Aquí obtuve también un par de laques. Pasamos una apacible noche.

25 DE MARZO

Continuamos nuestro pesado camino. El bosque se iba haciendo menos transitable. Machete en mano, nuestro guía tuvo que adelantarse para abrir camino a las cabalgaduras. Paso tras paso avanzábamos.

Admirable era mi caballito, el que había adquirido en Los Ángeles. Lo anduve día tras día. Era cosa de ver como avanzaba. Por su origen indiano, estaba acostumbrado a tales trabajos. Si bien esta selva virgen no interrumpida no ofrecía nada de agradable al jinete, de vez en cuando, desde algún punto elevado, se goza de un soberbio panorama. Los hermosos robles con sus rectos troncos cubiertos de copihues, que ostentan ufanas sus rojas flores, presentan un aspecto majestuoso. Cansado por las inclinaciones constantes del cuerpo y de los golpes dados a las ramas y ganchos que en recompensa dejaban caer sobre nosotros la lluvia del día anterior, pensaba que esta sería la peor parte de nuestro viaje y que pronto todo terminaría.

De repente, llegamos a un lugar algo más abierto y elevado, rodeado de hermosos manzanos y sin titubear me desmonté, eché abajo mi montura y mis mantas y me tendí en el verde prado que los suaves rayos del Sol habían secado ya. Estaba solo con Mama Luisa. Mis compañeros se habían quedado con los animales y solo llegaron después de una hora. Me pareció un lugar encantador, a pesar de no ser sino un claro del bosque que lo rodeaba. Examinando el terreno, constatamos que había ruinas de antiguas casas, trozos de botijas y surcos de tierra cultivada. Era probable que aquí hubiese habido una hacienda española destruida por los indios hace más de doscientos años. Las manzanas eran las más sabrosas encontradas en Chile; crecían silvestres y no tenían dueño. Nuestros caballos también aprovecharon las manzanas y nosotros llenamos con ellas nuestras alforjas.

Hasta las cuatro de la tarde permanecemos en tan agradable, tranquilo y soleado lugar. Enseguida, penetramos una vez más en la tupida selva. Nuestro guía nos había advertido desde hace días, que pronto sería necesario escalar una cuesta muy parada. Y, en verdad, era de lo peor. El suelo estaba blando y esponjoso a consecuencia de la última lluvia, de suerte que los caballos resbalaban de manera constante y se iban para atrás. Con frecuencia, el camino estaba obstruido por gruesos troncos de árboles. Había que apearse y sujetarse en el suelo. Era un trabajo tanto demoroso como despacioso. Y habiendo alcanzado, por último, la cima, quedaba otra tarea difícil, la de bajar. Muchas veces los caballos se encogían y afirmándose en sus patas, resbalaban hacia abajo. Hasta cerca de las seis anduvimos por tales bosques. Por fin llegamos a

una parte más abierta donde acordamos establecer nuestro campamento. En las inmediaciones había manzanos. Hoy, en todo el camino, no hemos encontrado ningún ser humano ni rastros de regiones cultivadas, aunque sí vimos un león; pero es este un animal inofensivo.

Encendimos una gran fogata, sirviéndole de fundamento un gran tronco de árbol. Como este sitio estaba rodeado por bosques altos y tupidos, era húmedo y frío, de manera que el fuego nos vino muy bien. Nuestra comida pronto estuvo lista y el té, aún sin azúcar, tenía buen gusto. Arreglé con mucho cuidado mi lecho, creyendo que tendría buena noche; pero me equivoqué. Así, como a medianoche comenzó a llover. Mis compañeros se levantaron, mas creyendo que la lluvia no sería de duración, tuve que levantarme más tarde cuando llovía a cántaros. Pusimos todo nuestro cuidado en mantener encendido el fuego. Con ramas, ponchos y mantas, nuestros criados hicieron unas chozas bajas y pequeñas. Eran cuatro o cinco.

Ya no era posible pensar en dormir, porque había que pensar en mantener encendido el fuego para poder tomar, de tiempo en tiempo, un matecito. Al lado del fuego, cerca de nosotros, quedaba el pequeño indiecito que acompañaba al lenguaraz. Era lindo muchacho con ojos muy expresivos, grandes y negros. Lo llamaban “Peñito”. Miró mi reloj y después de haberlo admirado un buen rato y haberlo oído andar, meneó la cabeza y dijo en araucano: “¡Brujería!”.

26 DE MARZO

Apenas principió a clarear el día, ya estábamos en camino. Nuestras sillas, no muy secas, las colocamos sobre los lomos mojados de los caballos y entramos al bosque y a los colihuales, con los estorbos ya conocidos. Me había adelantado con el guía, porque siempre formábamos la vanguardia, mientras los demás quedaban en la retaguardia. De repente oímos unos disparos de pistola en lontananza y en dirección opuesta a la nuestra. Podía tratarse solo de nuestros amigos. Mama Luisa volvió a indicarles el camino que habían perdido. Pacientemente, como una hora, esperé en el mismo lugar, pues como el camino no tiene sino el ancho de un caballo y pasa entre los árboles y matorrales, era muy fácil perder la huella, como le sucedió al guía poco después. Por fin llegamos a un claro del bosque. Aquí fuimos saludados por algunos indios que, al parecer, se mostraron muy admirados de encontrarnos en ese sitio. Por supuesto, que lo primero que hicieron fue ofrecernos un trago de chicha. Era el hijo del cacique el que nos ofreció la bebida. Estaba ya chilenuizado por completo. Vestía el traje que usan los campesinos y traía el pelo corto. Nos contó que su padre era el cacique de la región, que él había estado tres años en Valdivia. Que su padre era un pagano, pero que él se había hecho cristiano y que se llamaba Tomás. Nos habíamos extraviado en el camino a San José. Él se ofreció a llevarnos allá.

La casa de madera, rodeada de manzanos, se presentaba muy bien. Después de haberle hecho un obsequio que consistía en unos dedales, a la mujer del cacique, continuamos nuestro viaje. El bueno de Tomás nos encaminó hasta dejarnos en el verdadero camino. Nos consoló con que pronto tendríamos mejores caminos, pero nos advirtió que hoy no llegaríamos a San José. El bosque ya no era tan tupido. Seguimos por una loma y llegamos a una ruca araucana donde una vez más nos ofrecieron chicha. ¡Qué panorama más encantador presenta el lugar! No puedo olvidarlo. Rodeado de alturas y de selva virgen tupida y oscura, nos encontramos en un sitio elevado y despejado, contemplando el cielo azulado, libres ya de la sombra del bosque. Veíamos también la cima nevada del volcán Villarrica, que estará a menos de cuarenta leguas de aquí. Solo veíamos de la cordillera de los Andes, al fondo y después del oscuro bosque, a este cono blanco, puerta de escape del fuego interior de la tierra. Lo saludamos como a un conocido, puesto que en el camino de Los Ángeles a Nacimiento, lo habíamos visto, muy al sur, y desde entonces lo habíamos perdido de vista. No ha sido ascendido todavía, ni se conoce su altura, porque los indios no consienten que alguien se acerque a las ruinas de la destruida Villarrica. ¡Cuántos tesoros enterrados habrá allá!

Estos indios nos pidieron que disparáramos nuestras pistolas. Gozaban con el eco que producían las detonaciones en el cercano bosque.

El camino iba mejorando considerablemente. Pasamos por vastas extensiones de tierra plana. Surcos antiguos daban testimonio que estas pampas habían sido cultivadas en tiempos pasados. Los conquistadores del siglo XVI deben haberlas aprovechado en cultivar trigo y maíz. Habiendo quedado los indios una vez más en posesión de la tierra, esta dejó de cultivarse, con excepción de pequeñas extensiones de terreno inmediatas a las rucas que son trabajadas por las laboriosas mujeres, sembrando maíz.

Nuestra marcha del último día había sido muy penosa y uno de mis caballos estaba por completo rendido y para no perderlo lo canjeé por el poncho de un indígena, que todavía me sirve de recuerdo, aunque me costó bastante caro. Cruzamos el río Mehuín¹¹ y a la hora de ponerse el Sol hicimos alto en la posesión de un cacique, cuya casa, bien cómoda, sus patios, jardines, etc., hacían una buena impresión. Obtuvimos de todo: buen caldo, papa, maíz, asado, harina y también piñones, que los indios usan como un principal alimento y que por su sabor tienen semejanza con las castañas. Pasamos una buena noche. Nuestros deseos eran que pronto terminara esta vida. El cacique y su hermano eran los hombres más hermosos que habíamos encontrado entre los indios. Le regalamos un gorro con adornos, que le agradó bastante. Su hijo hablaba español. Las mujeres que en la madrugada nos proveyeron con tanta harina, que no pudimos llevarla toda, recibieron chaquiras para hermosear más aún su linda cabellera.

¹¹ Está escrito como río Bihuin.

27 DE MARZO

Ya no nos quedaban sino quince leguas hasta San José, y como el camino era casi plano, llegamos a las tres de la tarde a la vista de algunas casas de madera y vimos, en lontananza, una pequeña capilla. El primer pueblo chileno en la provincia de Valdivia, y lo formaban cinco o seis casas y algunos ranchos.

Uno de nuestros mozos nos salió al encuentro con las palabras: “Gracias a Dios, señor, aquí hay gente”. Es que a los indios no lo consideraban “gente”. Quedamos en casa del señor juez, que revisó nuestros pasaportes y hasta nos hizo preparar un almuerzo, que no comimos sentados en el suelo, como estábamos acostumbrados en los últimos días, sino en una mesa con mantel, platos, cuchillos y tenedores. Dos hijas vivían en este apartado rincón con su padre. Parecían muy risueñas. No tardó en venir el padre misionero a hacernos una visita. Nos invitó a que nos alojáramos en la misión, advirtiéndome sí que solo tenía dos camas. Nosotros preferimos seguir viajando. Esta misión data del año de 1820. Van a la escuela doce pequeños araucanos. Quejándose el padre de que los indios no enviaban sus hijos a la escuela por propia iniciativa, sino con la esperanza de obtener regalos. En todo caso se hace algo por inculcarles los fundamentos de la cultura. ¡Qué entretenido era oír leer a estos doce indiecitos! Aquí despedimos a Mama Luisa y a su Peñito. Temiendo él que sobreviniera otro periodo de lluvias que podría impedirle atravesar los ríos, no insistimos tampoco en que nos llevara a Valdivia. Contratamos un baqueano que nos llevara hasta Cruces. Partimos de noche. Había que atravesar un bosque. Era fantástico cruzar esta selva a la luz de la Luna. Entonamos la canción *Im wald, wo's echo schalt* (El bosque, donde resuena el eco). Nos detuvimos en la posesión de un leñador chileno y establecimos nuestro último campamento antes de llegar a Valdivia, cobijados por unos perales. Era un lugar frío y húmedo, que estaba rodeado de bosque.

DOMINGO, 28 DE MARZO

Este día partimos con destino Cruces, a unas tres leguas de nuestro campamento. Llegamos al río San José, donde pensábamos embarcarnos con rumbo a Valdivia, mientras los mozos y los caballos continuarían por tierra. No estaba al bote y así tuvimos tiempo suficiente para acicalarnos a orillas del río. Como habíamos estado quince días entre los indios, nos costó trabajo arreglarnos en forma conveniente. Era un lindo día de sol. Nos embarcamos a la una y media de la tarde en un gran bote. Llevábamos dos remeros. Con lentitud el bote se movía río abajo. ¡Qué río más hermoso! La vista estaba limitada, por todas partes se veían bosques y árboles. Raras veces se divisaba alguna casa u hombres. Y esto sucedía en un río navegable por el cual podían ser llevados los productos de la región hasta el mar. ¡Cuántos cientos de miles podrían vivir aquí

y echar los fundamentos de su bienestar! Vimos también algunas islas; casi no había cultivos en ellas. Solo de vez en cuando se veía algún lugar donde se había explotado madera. Entramos al gran río de Valdivia y contentos oímos que el tambor daba las nueve de la noche. Desde lejos veíamos también las luces de la ciudad. La marea nos impidió avanzar rápido, pero finalmente llegamos a Valdivia.

DIARIO DE VIAJE
EFECTUADO POR EL DOCTOR AQUINAS RIED
DESDE VALPARAÍSO HASTA EL LAGO LLANQUIHUE,
Y DE REGRESO.
7 DE FEBRERO DE 1847 AL 30 DE JUNIO
DEL MISMO AÑO

Aquinas Ried

A las diez de la mañana del día 7 de febrero de 1847, abandoné a caballo el pueblo de Limache, acompañado de mi mozo Antonio. Por enfermedad, José, mi otro mozo, tuvo que quedarse, prometiéndome ir tras de nosotros, tan pronto estuviera restablecido. Muy luego, al pie de la cuesta La Dormida, también Antonio se separó de mí y quedé solo. A poco andar encontré a un hombre que cabalgaba sin chaqueta por las inmediaciones de un villorrio y a quien le pregunté por el camino o por un buen baqueano. No sin sorpresa, me di cuenta de que este mismo sujeto se ofrecía para seguir conmigo. Ante mi aceptación, fue a su casa, que estaba allí cerca, se puso la chaqueta y echándose al hombro un poncho, partió conmigo para Santiago.

La cuesta de mi referencia es muy larga y escarpada, famosa por los frecuentes asaltos, y un tanto receloso de lo que había oído hablar, no conociendo, además, a mi acompañante, resolví, como prudente medida de seguridad y de estrategia personal, dejarle al desconocido la delantera, para el caso de que pudiéramos ser sorprendidos por salteadores. A los dos tercios de la escarpada subida, hay un paso muy estrecho y brusco, que los comarcanos denominan el Paso de las Animas. En este mismo sitio, hace poco tiempo, un arriero de mula iba con dos de ellas hacia su casa, llevando delante de sí un odre lleno de aguardiente, medio dormido arribó a este sitio, estaba obscureciendo; de improviso, un golpe dirigido desde lo alto no dio en la cabeza del incauto jinete, quien cabeceaba, y sí dio medio a medio del odre; volviendo en sí, el campesino tuvo la feliz ocurrencia de dejarse caer de su jumento y botarse al suelo haciéndose el muerto. Dos individuos se arrojaron acto continuo sobre él; le quitaron

la chaqueta, pero entonces, aprovechando un instante de vacilación de parte de los asaltantes, nuestro hombre fue deslizándose por debajo de su cabalgadura cuesta abajo, hasta ir a dar rodando al medio de unos espesos matorrales. Este pequeño episodio no me inquietó. Seguimos subiendo; al llegar a la cima de la cuesta, la temperatura había cambiado, sintiéndose frío, humedad y los vapores de la neblina que nos envolvía. La bajada es peor aún que la subida. He tenido que desensillar mi caballo para colocar una cincha más hacia atrás y prevenir, de este modo, que la montura saliese por la cabeza de mi rocinante.

Al otro lado de esta montaña, los valles muy quebrados van formando terrenos con gran declive. Rompióse por un instante la densa neblina y pudimos ver la cumbre de una colina sembrada de antiguas minas, que se llaman El Asiento Viejo. El panorama es hermosísimo.

A la puesta de sol, encontramos algunas chozas muy primitivas y, ya entrada la noche, llegamos a una casa confortable, donde pedimos alojamiento. Después de vencer no pocas dificultades, nos fue concedido.

El jefe de la familia era un hombre anciano, desdentado, algo extraño en sus modales. Orgulloso de los bienes de fortuna adquiridos por su hijo mayor, tiene, además, ocho hijos varones, parecen, en realidad, que se encuentra en situación holgada. Cuenta historias fantásticas de hechos de sangre que tuvieron por teatro la cuesta, y no cesa de admirar mi cinturón de viaje.

En un momento en que estuve solo, me cercioro del buen funcionamiento de mis armas de fuego. Cenamos bien y, después, albergado por el viejo, dormí lo mismo, no sin ser atacado y martirizado por las pulgas.

Muy de madrugada continuamos nuestro viaje. Habíamos dejado atrás nuestra primera posada que se llamaba Capilla de las Ánimas y que dista unas dos leguas del pueblo de Tiltil, situado en un pequeño valle, verde y agradable, en medio de montañas. Ya a las ocho de aquella mañana hemos pasado por la hacienda de Polpaico. Es un extenso jardín y el camino está flanqueado de álamos y de sauces llorones. Las casas, rodeadas de vegetación, dan una sensación de mansedumbre; frente a ella se haya un cerco hecho de ladrillo y de buen aspecto. Pertenece este fundo a una señora, viuda según se dice, y cuyo esposo, un inglés, la ha abandonado...

Después de atravesar un llano muy estéril y polvoriento, llegamos a una tierra agrietada de arcilla roja con fragmentos de *grünstein* (piedra verde), y muchos bosquecillos de matorrales espinos. Descendemos por la barranca de un cerro desde donde diviso por primera vez los llanos de Maipú, lo más valioso de esta parte de Chile.

Son las nueve de la noche; cansados y hambrientos, yo y mi mozo nos hemos empeñado inútilmente en conseguir algo de comer. Ni agua se puede obtener en este desamparo, a excepción de un agua de acequia inmunda y del peor aspecto. En un pobre rancho se nos ha dado algún maíz para nuestras cabalgaduras, huevos fritos y pan para mí y mi acompañante, todo esto por un real. Proseguido nuestro camino, de mañana,

hemos estado a la vista de Santiago hacia el mediodía, después de haber atravesado interminables callejones polvorientos y calurosos. A nuestra llegada hemos encontrado gran número de carreras que vuelven del mercado a donde han llevado melones, la principal fruta de esta época. Las inmediaciones y la misma entrada a la capital de Chile, recuerdan Quillota. Un puente vetusto de ladrillos y piedras, con garitas para la defensa y que ahora se emplean como tiendas, facilita la pasada del Mapocho. Cerca del término en este puente hay guardías, soldados desaseados; luego desembocamos en una calle muy sucia. En las inmediaciones de este puente hay bastante movimiento.

He logrado llegar a la casa de mi amigo Francisco Arriagada, sin tener la suerte de encontrarlo; sin embargo, después de un rato de espera he sido recibido y alojado. La construcción que me alberga es espaciosa, con largas corridas de aposentos provistos de valioso mueblaje; hay dos pianos valiosísimos, un gran patio con flores y arbustos de escogidos ejemplares y cuatro estatuas. Hay dispendio en todas las piezas, sin existir un estilo determinado.

Salgo a la calle y pronto encuentro a don César Maas en la Fonda Inglesa, donde almorzamos juntos. Es esto que llaman hotel, un pobre establecimiento, muy mal administrado, a pesar de ser el mejor de la ciudad. El palacio de La Moneda es un conjunto extenso de muros de ladrillos muy poco característico. Falto de estilo determinado, falto de comodidades, falto de elegancia. Unos cuantos húsares montan guardia, son una pobre imitación de un pobre original, el húsar francés. La catedral, tan ponderada, es un edificio inconcluso. Bosquejada y construida por dos ingleses, estando por iniciarse la construcción de las torres, los referidos contratistas pidieron más dinero; el pueblo no pudo desembolsarlo y la obra ha quedado sin terminar. Un indio, quien se había perfeccionado en el arte de la arquitectura bajo la dirección de los antedichos ingleses, convino en colocar el techo y concluir el edificio. Por lo tanto, esta catedral católica, de la capital de un país católico, ¡ha sido construida por dos herejes y un infiel, un pobre e ignorante indígena!

¿Dónde ha quedado todo el ocioso clero? El interior del templo no lo he visto. La Moneda es una extensa y pesada construcción, algo así como un término medio entre un castillo y un convento. Las casas particulares son, cualquiera que sea su confort interior, todas por fuera sencillas: un alto portón de entrada, pocas ventanas distribuidas de manera irregular, un patio pavimentado con pequeñas piedras, he aquí los rasgos característicos que pueden observarse en todas partes.

El ocio, la indolencia, las intrigas, el vicio de fumar, el del juego y otros menos finos, dan una idea de los hábitos de Santiago. Faltan las industrias. El tráfico escasea. El mate, la *toilette*, la misa y las aventuras amorosas ocupan a estas mujeres: porque los hombres parece que aún tienen menos quehaceres. Abundan los franceses y las maneras y las ideas de toda esta gente son afrancesadas, lo que no constituye una ventaja para ella.

Al día siguiente voy a Tango, donde se encuentra el fundo de don Francisco Arriagada. Para llegar hasta este punto precisa pasar por el pueblo de San Bernardo, que es un

caserío sin importancia y semejante a todo lo que he visto hasta aquí. Desde Santiago hasta Tango hay unas siete leguas que he tenido que recorrer en un día bochornoso, en demasía molestado por el polvo. Los terrenos son perfectamente planos.

Llegado a la casa de mi amigo, me recibe con su acostumbrada sencillez. La casa es por demás modesta y no ofrece comodidad alguna. La hacienda abarca unas dos mil cuadras de tierra para trigos y produce al año, según él dice, diez mil fanegas. Arrienda el señor Arriagada los terrenos por chacras y con esto se economiza los abonos y la labranza, rindiéndole cada cuadra \$20 al año. Las siembras y las trillas se hacen por los sistemas más primitivos, usando para estas últimas faenas las yeguas. En general, todos los métodos agrícolas son antiguos y rudimentarios, notándose un enorme derroche de trabajo.

Detrás de la casa de Arriagada hay una colina con dos cumbres que parecen dos cabezas; un hilo de agua corre en derredor. Estos cerritos los llaman Charamávida. Le he propuesto que aproveche lo pintoresco y fértil de estas colinas y plante en cada una un viñedo y que se suministre agua por medio de una bomba de presión; asimismo, le he hablado de construir un molino entre los dos picos. Mi proposición ha agradado al agricultor, pero es probable que nunca la llevará a la práctica. Es un hombre que vive en forma bastante curiosa y que yo considero un tanto puerca. Es casado y no casado. Frente a su propia casa hay otra tan primitiva como la suya, y donde habita su dueña, que es al mismo tiempo la dueña de Tango, acompañada de su hija. Esta última pasa por esposa de Arriagada, y él, cosa extraña, no permite que jamás nadie vea a la joven... El hombre me hace diferentes insinuaciones industriales. Primero me habla de instalar una fábrica de ladrillos. Después de establecer una mantequillería y quesería, más tarde de montar un molino y una cervecería, etc. Todo esto, de un modo tan vago y comprensivo, que se ve a todas luces que él mismo no sabe lo que quiere y que jamás podrá llevar a cabo tanto proyecto.

La hacienda llega hasta el puente Maipo, donde Arriagada ha construido una posada muy grande, lo que a mis ojos parece como la más curiosa especulación.

Este puente, de materiales toscos, no deja de ser ingenioso. Cueros sin curtir, cortado en tiras y enroscado en ramas delgadas y horizontales colocadas, constituye lo que llamaríamos la calzada; el conjunto parece una pura invención indígena. El año último este mismo viaducto se tumbó; los cables matrices eran de cáñamo en bruto y así habían prestado servicios durante mucho tiempo. Trece hombres fueron encargados de componerlo; mientras estaban en esta faena, el pobre puente cedió y se ahogaron once. En la actualidad tiene mucho tránsito y debe aportar buena utilidad, ya que cada mula cargada paga un medio. Las mulas descargadas y los caballos encasillados no pagan, siendo esta una disposición bien extraña, que hace recaer todo el peso de la tasa sobre la gente pobre.

He vuelto a Santiago con Arriagada y hemos encontrado a Kindermann y al señor Grünh, un antiguo marinero de la *Catalina* (el barco que trajo a Valdivia en 1846

a los primeros colonos alemanes). El primero de estos dos hombres será uno de mis compañeros de viaje. He tenido una conferencia con don Camilo Vial, primer ministro de Chile. Solo le he pedido una recomendación para el gobernador de Concepción; sin embargo, he sido citado para el día siguiente.

Recuerdos inolvidables me dejará la visita a la señora Huneus. Es una mujer excepcionalmente pequeña de estatura y en extremo aficionada a la música; de buen gusto artístico, tiene, además, una ejecución excelente. Me ha atendido de un modo exquisito. He pasado con ella casi la mitad de una noche tocándole diferentes trozos de óperas ajenas y mías en el piano. Mi manera de interpretarlas parece agradable. Prometo mandarle *Telésfora* para que pueda estudiar algunas partes y saberlas tocar en sus círculos sociales santiaguinos con perfección. Escribo a mi mujer para que se las mande. Vuelvo a Tango, adonde llego a uña de caballo.

Hermoso estreno, Grün que se resuelve a acompañarme pierde su silla, a causa de habérsele cortado la cincha; pierde sus pistolas y hasta su caballo en la oscuridad. Anduvo con suerte, pues por fortuna encontró su cabalgadura y parte de su silla. He comprado una mula alazana, de montura, y otra para la carga, y he pagado \$25 por cada una; he adquirido, además, dos caballos para mí. Se llaman Elefante y Miope. A Regalado lo dejo aquí.

Después de dos días de esperar en vano la carta que pedí al ministro Vial para el gobernador de Concepción, la que no llegó por haber salido Su Excelencia el campo, partimos el día 18 de febrero de 1847 a media tarde con rumbo al sur. El día está muy bochornoso y polvoriento y los caballos desde luego me están pareciendo demasiado escasos. Componemos la cabalgata los siguientes individuos: Kindermann, Maas, Grün y yo, seguidos de seis caballos, de una mula cargada y de tres sirvientes, Francisco, que es el de Kindermann; Justo, que es el de Maas y José.

Con el objetivo de comprar caballos, nos hemos alejado un poco del camino principal y hemos llegado a la chacra de Rafael Martínez, pero por desgracia no hemos encontrado lo que buscábamos. A las cuatro de la tarde atravesamos el río Maipo. Es este un torrentoso, de aguas turbias, que se precipita por un cauce profundo lleno de piedras. Al lado meridional, la campiña verdeguea más y los campos son mejores. Pronto otro estero nos interrumpe el paso y sus aguas contrastan con las del Maipo, pues son cristalinas y muy frías.

Al anochecer arribamos a la Hacienda de Lo Águila, que pertenece a don Domingo Toro. En el camino hemos encontrado partidas de señoritas que viajan en coche. Hay en la hacienda una gran reunión. Fuera de la familia del dueño de casa, hay otra bastante numerosa, que es la de Condarco. El hijo mayor de este último habla el inglés como un británico legítimo y apenas parlotea el español. Tiene dos hermanas, una de ellas casada con el pintor Rugendas. Don Domingo es un hombre pequeño, alegre, de muy buenos modales y buena educación; domina bien el francés, el inglés y un poco de alemán y, sobre todo, es en extremo amable conmigo. Encuentro en el parque

un hermoso ejemplar de la palma chilena, que debe tener siglos de vida. Hay en las inmediaciones una buena viña que posee la mejor prensa que dicen existe en el país. Se me aparece un argentino que se llama don Félix Frías, a quien ya había conocido en casa de Arriagada.

Con las primeras luces del día 19 de febrero hemos partido otra vez hacia el sur. Los campos siguen ofreciendo interés; son fértiles, las montañas se acercan y van estrechando poco a poco el valle, hasta reducirlo a un estrecho paso en cuyo fondo serpentea un arroyo muy pintoresco, que llaman Angostura. Hay muchas viñas y al lado este del camino una hermosa casa que pertenece a un señor Luco.

Multitud de peones trabajan en el camino, bajo la inmediata dirección del señor Condarco. Parte del antiguo derrotero se ha obstruido y debemos hacer un rodeo para seguir adelante, vadeando repetidas veces el pequeño río. Al entrar en él, encuentro a una chiquilla robusta y simpática que se lava los pies a la orilla del agua. De propia iniciativa nos indica sonriente el camino que debemos seguir. ¿No es esta la verdadera cortesía? ¡Y cuán poco de tal política espontánea suele encontrarse!

Buen rato nos entretenemos en hacer algunos ejercicios de equitación o maniobras de caballería. Me convenzo que mis compañeros pertenecen a la retaguardia...

Mucho antes de llegar a Rancagua, durante largo espacio de tiempo, una colina, o mejor dicho, un cerro, de los que con frecuencia existen aislados en este país, cautiva mi atención. Es el Pan de Azúcar. La distancia que nos separa de él es engañosa, ya que por espacio de tres o cuatro horas el cerro parece quedar siempre en el mismo sitio.

Pasamos por la Hacienda de la Compañía. Es una de las propiedades agrícolas más extensas de ese país. Pertenece a la familia Correa y, en tiempos antiguos, a la congregación de los jesuitas. Tiene muchas leguas de ancho y se extiende desde el mar hasta los Andes. Produce más de treinta mil fanegas de trigo anualmente y podría con un trabajo más que eficiente, con el tiempo, rendir diez veces más.

La llanura llena de encantos para mí; todo se halla verde y las alamedas y los boscajes por todas partes forman masas llenas de vida y de belleza. Al mediodía arribamos a Rancagua, ciudad o pueblo que dista veinticinco leguas de la capital. Es casi una aldea, muy parecida también a Quillota. Entramos a ella cruzando un paseo público bastante hermoso.

¡Otra vez el alojamiento! Elegimos, por fin, la Posada del Recreo, ubicada a mano izquierda de la Alameda Real. Léense así nombres altisonantes, que siempre contrastan con lo que encierran.

Nuestro posadero es un hombre de campo, hasta cierto punto atento.

Su mujer se encuentra trastornada y, según dicen, poseída del “demonio chacharrero”. Da vueltas alrededor de la casa, hablando sin cesar durante todo el día. La hospedería está repleta. Mientras contemplo lo abigarrado de la concurrencia, llegan dos birlochos, de los cuales descienden una señora muy anciana, acompañada de su servidumbre. Todos la miran. El patio contiene cerca de treinta caballos, y mayor nú-

mero de hombres, mujeres y niños, perros y gatos en buena cantidad, y piojos, ¡Dios sabe cuántos!

El conjunto de trajes estrafalarios, el contraste de los distintos tipos humanos me interesa de sobremanera. Todo esto me recuerda una descripción que hace sir Walter Scott de una antigua posada inglesa.

Por fin, en medio de este revoltijo babilónico, leo *Enrique VI* de Shakespeare. Duermo bien. Me levanto aun de noche, y al pagar la cuenta del hospedaje me asombro de lo barata que cuesta la alfalfa.

Al abandonar la heroica villa, todavía en semioscuridad, bajamos al lecho del Cacha-poal, cuyos brazos todos juntos abarcan unas dos leguas. El álveo del río lo constituyen grandes guijarros redondeados por la acción del agua y de los siglos. El agua turbia y, como la de todos los ríos chilenos, muy helada. Los Andes, a la distancia, vistos desde el lecho del río, presentan un aspecto grotesco. Tras la cordillera, sin embargo, con los primeros rayos del Sol, un hermoso juego de colores vuelve a cautivarme.

Pasamos por cuatro brazos del río, uno de los cuales es muy profundo y torrentoso. Para los que no están acostumbrados a tales maniobras, el espectáculo produce vértigo. Por esta razón, Maas atraviesa con la nariz dirigida hacia el cielo y con los ojos cerrados. Por el brazo principal pasa un puente muy parecido al que existe sobre el Maipo. Para poderlo aprovechar, tuvimos una espera de más de una hora, pues, estando aún frescos los cueros con que lo han cosido, con el tránsito diario el puente se estira. Cuatro hombres provistos de guantes aprietan los látigos. Mientras esperamos, por el poco cuidado del sirviente de Maas, el río se lleva a mi caballo Elefante y a un caballo viejo perteneciente a don Juan Renous y casi se ahogan. La corriente es por demás peligrosa. El ruido que producen las grandes piedras al rodar arrastradas por las aguas, semeja a truenos. No concibo cómo han podido salvarse los caballos.

Los caminos comienzan a hacerse pedregosos y muy ásperos. La tierra es muy plana, el paisaje monótono y los campos mal cultivados. La población muy rala. Mucha paciencia hemos debido tener con nuestros mozos vigilando continuamente que nuestros caballos no se extravíen. A los sirvientes parece importarles bien poco. El camino se nos hace eterno. No hay sombra en parte alguna, y la marcha muy calmosa, a causa de lo polvoriento del terreno, nos hace sentir una verdadera pesadumbre. ¡Si hubiera siquiera un árbol!

Con el calor insoportable, llegamos a media tarde a la Hacienda de las Cañadillas, de propiedad del obispo Elizondo de Concepción, quince leguas al sur de Rancagua. Por espacio de más o menos una legua el camino se encuentra bordeado de frondosos peros, que deben producir una cantidad enorme de frutos. Por lo demás, el suelo es pobre y muy cenagoso. No es tierra a propósito para trigos. El administrador de este fundo es don Alejo Lemus, para quien traigo una carta de recomendación de Arriagada. Estando ausente, hemos sido recibidos por su esposa, que es una mujer muy amable y buena. Llega don Alejo, que, a su vez, no es menos amable que su esposa, y nos

congregamos en agradable conversación, organizando un verdadero entretenimiento filarmónico. Kindermann está más muerto que vivo y ha sido mandado a guardar cama y tratado con gran deferencia por nuestros amigos.

Don Alejo nos lleva a la mañana siguiente a San Fernando. Llegamos en día domingo y me produce la impresión de un gran pueblo, eso sí, semejante a todo lo que hemos visto.

De regreso a la hacienda, que por rara excepción carece de viñas, me he podido imponer del trabajo de destilación de mostos que aquí llevan a cabo. Usan para ello un alambique francés muy bueno, que no requiere agua para enfriar la vaporización.

Los alrededores de este fundo, que son al mismo tiempo las afueras del pueblo de San Fernando, forman una bella planicie cubierta de álamos y de sauces. Hay también algunos terrenos llamados de rulos, o sea, tierras de secano, muy fértiles, regadas solo por las aguas lluvias, por estar a un nivel superior al que alcanzan los canales y acequias.

En la cumbre de un árbol flamea una bandera de Chile. Nótase gran concurrencia de gente del pueblo. Por todas partes tocan la guitarra, cantan y las parejas se pasean por entre los espesos matorrales de las inmediaciones. ¡Todo el mundo bebe, grita y se divierte!

La puesta del sol ha sido maravillosa. Abstraído en su contemplación, me he quedado solo al regresar la cabalgata a la casa del fundo, donde don Alejo nos atiende con tal solicitud que abre champaña durante la cena. Poco después de la medianoche nos levantamos y ya don Alejo no aguarda, ofreciéndonos dinero. Le hemos comprado caballo para Kindermann, uno para Maas y una mula para todos. Tendré que corresponder a tanta amabilidad, en cuanto se pueda.

El 23 de febrero, la comitiva llega a las orillas del Tinguiririca y nos toca esperar otra vez que arreglen un nuevo puente colgante, que pende en mal estado. Observo que algunos de nuestros caballos comienzan a perder sus herraduras a causa de los terrenos ásperos y pedregosos. Después de andar bastante de prisa, todo el día, nos hemos detenido en un pequeño caserío que llaman la Calle de la Obra, y en una pequeña pulpería tomamos mate. Esto se halla dentro de una hacienda que pertenece a un señor De la Fuente. No sé si el egoísmo de este hombre u otra causa cualquiera lo han hecho cerrar el camino, razón por la cual hemos tenido que hacer un gran rodeo. Para fortuna nuestra, este desecho nos ha permitido conocer un camino lleno de bellezas y la vista que tengo ante mí es melancólica. A mi derecha, extiéndose una cadena de colinas de líneas suaves, pero de tierras rocosas, a cuyos pies serpentea el camino; la larga caravana de hombres, mulas y caballos, fatigado, sofocado por el calor, perdidos a ratos entre las nubes de polvo, siguiendo siempre el cansado camino; a nuestra izquierda, un río que contornea las colinas y, más allá, un valle verde y exuberante.

El camino comienza de nuevo a ascender y se pone en extremo pedregoso. Desemboca por fin en un estrecho desfiladero en todo el alto de un cerro y desciende una vez más, gradualmente ahora, a un terreno quemado, en que el calor se hace excesivo.

Hay en este llano multitud de colinas de forma cónica, sobre las cuales parece que hubieran llovido trozos de piedra volcánica.

Sobre una roca solitaria y muy negra, hay un nido de cóndores. La piedra es muy porosa y se me presenta como un centinela que contemplara desde allí los progresos y retrocesos de la obra de los hombres. Cruzamos el Teno. Sus aguas, blanca como la leche y correntosas, llenan un vasto lecho. Al otro lado, llego a una aldea construida en la ribera escarpada y donde me deleito admirando una gruta natural socavada en la tierra arcillosa cubierta de enredaderas y de flores del país.

Sigue un llano estéril, cruzado por varios esteros secos, y después de recorrer un camino al parecer interminable, a la una de esta tarde llegamos al pueblo de Curicó, distante dieciocho leguas de San Fernando. Es esta una aldea pobrísima y abandonada donde existe una posada de lo peor.

Encontré a un italiano de apellido Moriani y al hijo de un inglés de apellido Bruce. Este último vendió a Kindermann un caballo, bueno al parecer, pero que en verdad resultó no valre ni un peso. No se encontró ningún herrero y hastiados y fatigados nos recogimos en una pieza miserable. Debajo del corredor vecino, duermen, en común, una partida de cinco mujeres y tres hombres. Descansamos el día entero, pues hemos resuelto viajar de noche.

Hoy, 24 de febrero, hace diecisiete días que venimos viajando. De acuerdo con nuestro nuevo plan, salimos a las cuatro y media de la tarde y comenzamos a recorrer una comarca muy plana y monótona, en medio de una tarde maravillosa; muy luego la puesta de sol parece engrandecer la escena y escribo unos versos mientras cabalgamos.

No tenemos guía, y el camino, que pasa por una pampa, se divide en muchas sendas; nos hemos visto obligados a recalar a las nueve y media de la noche en una casa solitaria donde hemos encontrado una familia, gozando del fresco, bajo un amplio corredor. Hay una señora de edad acompañada de siete hijas jóvenes. Nos proporcionan amablemente un niño para que vaya a indicarnos el camino, no sin habernos invitado, diciéndonos: “Desmóntense, caballeros”. No nos hemos apeado, para avanzar algo más aquella misma noche. No hay ni agua ni árboles en este páramo y la luz de la Luna está encantadora. A medianoche todos estamos rendidos y resolvemos acostarnos en una era que encontramos junto al camino.

La próxima jornada la hemos iniciado a las cuatro de la siguiente mañana, recorriendo en el día diecinueve leguas. Hemos atravesado el Lircay, para llegar a Talca al anochecer. Al acercarnos a la noble villa comprobamos la existencia de terrenos pobres y áridos. La cordillera está muy distante.

Para entrar a la ciudad hay que recorrer una larga Alameda. Talca, cuyo nombre significa “trueno” en el idioma del país, vista desde lejos, ofrece un precioso golpe de vista. En los alrededores de esta ciudad, se libró –en tiempos de la Independencia– la batalla de Cancha Rayada, la cual comenzó en la Alameda. Los patriotas fueron perseguidos unas tres leguas hacia el río, y sufrieron un rudo golpe.

La primera calle, por el norte, es muy estrecha y sucia, mejorando un poco las más centrales. Los alojamos en la Fonda Italiana, conocida con el nombre más vulgar de Picantería; el dueño no es atento y me mira con una cara agriada. Después de reponernos, durmiendo varias horas, mi primera visita ha sido para el mayor Sutike¹², un antiguo soldado alemán con un viejo mostacho. Héroe de la campaña de 1812, 1813 y 1814, después de firmada la paz tuvo un duelo y se vino América, al servicio de Chile. Acompañó a San Martín al Perú, recibiendo un balazo en la cadera, que lo dejó cojo y con la salud un tanto quebrantada. Es un viejo y caballeroso soldado, de buen corazón, pero no un genio sobresaliente... Se alegró mucho de encontrar en mí a un *kriegscamarad* (compañero de armas), como le gusta decirme. Su mujer es hija del país, una chilena de las mejor educadas que he conocido. Gran admiradora y amiga personal del pintor Rugendas, posee una buena cantidad de dibujos y un álbum con numerosos trabajos originales de este artista.

El doctor Möller se encuentra con nosotros y con él hemos ido al día siguiente a visitar la hacienda de don Agustín Gana. El suelo es pobre y sólo desde hace poco tiempo ha comenzado a ser cultivado. El regadío es deficiente; la tierra, por lo general, pedregosa; un valle de más adentro, verde, pero expuesto a las inundaciones del río.

El hotelero de la Picantería ha tenido sus facultades mentales perturbadas y aun parece estar medio loco. Su mujer es una devota, una beata. Diviso el nuevo volcán, que parece distar unas veinticinco leguas; arroja grandes masas de lava parece tener un cráter enorme. Hasta la fecha nadie se ha aventurado a acercarse. A la distancia en que me encuentro en él, no puede apreciarse lo que hay de cierto, y oigo que, a causa de las erupciones, un brazo del Maule ha quedado seco.

Hemos almorzado en casa de Sutike. Nos ofrece con toda galantería vinos de marca de la casa, una imitación de los vinos europeos; algunos de ellos son, sin duda alguna, puro veneno. La noche se ha pasado bastante entretenida, hemos cantado himnos alemanes, alegrando de esta suerte al anciano militar, que hacía mucho tiempo que no oía nada de estas cosas.

En la plaza, la banda de músicos toca bastante mal, pero no tanto como yo me lo habría imaginado. La tarea de hacerse cortar el pelo en Talca es algo increíble. Entre los diarios de la localidad se destaca *El Alpha*.

Esta ciudad, por su vida más o menos intensa, por su comercio, parece tener mayores expectativas de adelanto que la mayor parte de las ciudades chilenas. Tiene veinte mil habitantes. La estética no está lo suficiente desarrollada.

El doctor Möller tiene arrendada en las inmediaciones de Tagua-Tagua una hacienda, pero yo me temo que no sea capaz de administrarla. Es un hombre muy irregular en su modo de vivir y, además, muy indolente; a pesar de todo, tiene un buen carácter.

¹² Este apellido, pronunciado a la inglesa, me hace pensar en la posibilidad de que haya dado origen a la palabra chilena siútico, cuya etimología no está explicada (Nota de Aquinas Ried).

Cerca de Talca, en las colinas que quedan a sus espaldas, otro doctor, el señor Lageth, trabaja una mina de oro, y otro doctor más, el señor Simmonds, es socio. ¡He aquí una firma que promete!

A las tres de la madrugada del día 27, salimos de la fonda de Antonio Leva, que así se llama el apostadero de la Picantería, y después de unas cinco horas de marcha hemos llegado a Loncomilla, que es una región fértil, con casas de forma irregular distribuidas y cruzada de muchos esteros. El principal edificio de la comarca es un molino, construido por su propietario, un yanqui de apellido Allen. Las maquinarias son excelentes, el agua para el establecimiento no deja nada que desear, pero para los fines mercantiles es la peor situación que uno pudiera imaginarse, considerando las dificultades para la exportación y lo desparramado de las viviendas. Allen es muy amable y tal vez demasiado sincero, ya que nos ha contado todos sus asuntos particulares y hasta los más íntimos... Allen no se conforma con su suerte. ¡Vaya! ¿Y quién se conformará alguna vez? Duermo dos horas atormentado por un sin número de pulgas, tantas como jamás he encontrado juntas en un mismo lugar. A media tarde hemos partido con rumbo a Linares, adonde llegamos después de un viaje muy fatigoso. El Maule lo hemos cruzado en la mañana, antes de arribar a la casa del señor Allen. Es aquí un río estrecho, muy correntoso y desilusiona tanto más cuanto que las gentes de por acá lo llaman con gran énfasis el Támesis chileno. Hay gran demora en el balseo, por cuanto en la balsa solo caben de cuatro a cinco animales cada vez.

Nada de notable ofrece el camino; llegamos al pueblo a la puesta del sol (dieciséis leguas). Los alojamos donde Silverio Encina, un oso viejo que gruñe entre dientes y el monstruo más intratable que hemos encontrado en todo este largo viaje. Tuvimos que esperar la cena hasta pasadas las diez de la noche, y por añadidura el bestia nos dejó dormir fuera de la casa, tratando a nuestros pobres caballos igualmente mal. La comida fue mala e incomible. Tuve que comprarle un pellejo de cordero y una cincha para mi mula y le pagué dos pesos. Nosotros y los caballos pagamos un peso y dos reales, demasiado dinero para nada que se nos ofreció. Con alguna dificultad encontramos un baqueano para que nos condujera hasta el Perquilauquen. Salimos desgastados, tanto los hombres como las otras criaturas. Pasamos varios riachuelos algunas pampas muy monótonas.

La visión de estos mares solidificados, de tierras resacas, prodúcenme una impresión opresiva. Deben ser hermosas praderas en la primavera, pero en el verano y en el otoño, son desiertos que se convierten durante el invierno en pantanos intransitables. Llegamos a un fundo que se llama La Rinconada. Hace algunos años fue vendido en subasta pública a un señor Waddington en veintitrés mil pesos. Abarca siete mil cuerdas de tierras trigueras. El juez anuló enseguida esta compra por lesión enorme, y el fundo volvió a ofrecerse en venta después de un largo pleito. Esta vez hubo dos interesados: el obispo Elizondo de Concepción y el ministro Camilo Vial. El Presidente rogó a Arriagada de no presentarse como postor, lo que este prometió, creyendo que Bulnes

tenía la intención de comprarlo para sí; pero cuando supo que el interesado era Vial, mandó un propio a su agente en Talca, donde debía llevarse a cabo el remate, con orden de ofrecer siempre un peso más que cualquiera otro postor, cualquiera que fuese la suma. El propio, sea por haber sufrido un percance, sea por haber sido sobornado, que es otro percance, llegó tarde, un día después a su destino y Vial adquirió el fundo en la suma de cuarenta y ocho mil pesos. Un día después de haberse tenido noticias de la venta en Santiago, fue publicado un bando por el cual se ordenaba arreglar el camino “que pasa por medio de la hacienda” y que va a Concepción. ¡Cuando uno conoce las verdades causales de estos actos humanos, cómo cambian ellos de aspecto!

Hoy cruzamos tres ríos considerables: el Achibueno, el Longaví y el Perquillauquen; la población sigue rala y la comarca se presenta como una vasta llanura no interrumpida. Grandes dificultades hemos tenido para encontrar alojamiento y forraje para nuestros animales. Después de mucho rogar y de mucho buscar, fuimos admitidos por un hombre muy pobre. Comimos muy mal. Para protegernos contra el fuerte viento del sur que se ha desencadenado sobre el llano como un verdadero huracán en este mar de tierra y por temor a las pulgas, hemos dormido en una carreta. El viento nos lleva las mantas y contraigo un resfrío con fuertes dolores de estómago. La hacienda del señor Price está a siete leguas de aquí. Con noche partimos al día siguiente, sin guía, a través de este mar muerto. Después de no pocas molestias y de soportar calores increíbles, llegamos a San Carlos, pueblo que cruzamos sin detenernos, para llegar a Chillán. He aquí una ciudad de importancia; tuvo un colegio o universidad; tuvo un obispo, etc. En 1835, el año en que Darwin vino a Chile, la ciudad fue destruida por un terremoto. Los habitantes emigraron a un punto situado a dos leguas hacia el oriente y construyeron Chillán Nuevo. Hoy día, ambas poblaciones juntas tendrán unos diez mil habitantes. Poco después del mediodía llegamos a la ciudad y nos hemos demorado algunas horas en conseguir alojamiento en una sola casa. Hemos encontrado gente que al vernos, nos aconseja que arrendemos una casa, otras ni contestan a nuestras preguntas. De Chillán Nuevo nos encomiendan a Chillán Viejo y viceversa. En ninguna parte hay fondas ni restaurantes. Un comerciante que no tuvo escrúpulos en engañar a Maas vendiéndole un caballo roñoso, y cuya casa habría tenido bastante capacidad para haber alojado a un escuadrón entero, nos dijo “que sentía mucho, pero que no tenía espacio para recibirnos. Quizás podrá recibirlos mi vecino...”. Y así nos entretienen con palabras y promesas. Hemos estado a punto de salir de inmediato de la ciudad para alojarnos con la naturaleza en pleno aire libre, y una anciana se nos ha presentado para invitarnos a su casa. Es doña Pastora Quejada, tiene a lo menos ochenta años, y como está en vísperas de salir para su hacienda en una carreta tirada por bueyes, nos cede su casa de Chillán.

Amanezco gravemente enfermo del estómago. En la noche el caballo de Maas trizó de una patada un plato y mi amigo ha tenido que comprar otro; el quebrado valdría un real y a él le ha cobrado un peso y cuatro reales. ¡He aquí un colmo de las cosas de Chillán!

A las cuatro de la mañana del día siguiente nos hemos puesto en marcha; esta vez con don Miguel Burgos, el desconocido que el día anterior nos había negado su casa.

Él, su esposa, su hija, su sirvienta y mulas van todos camino a Concepción. En vano se empeña ahora el desventurado en buscar nuestra amistad, porque el recibimiento que se le ha hecho es bastante frío. Maas, por desgracia, es el único que habla con él, siendo que fue el mismo Maas quien recibió de este badulaque una bestia que se tildaba caballo y que solo lo era en el nombre. Pronto las dos caravanas se han separado. El día es en extremo caluroso. Cabalgamos sobre un suelo formado por una capa de arena de color azulado. La vegetación se reduce a unos pocos arbustos raquíticos y el camino es abrumador. Es la jornada más difícil y pesada que hemos hecho hasta ahora. Para colmo de desgracias, nos hemos perdido varias veces del derrotero y hemos seguido a lo largo de un río que llaman el Itata. Lo hemos vadeado en un sitio donde se pescan muchos pejerreyes.

Mi ánimo está deprimido. Veo peligrar mi salud. Después de muchos rodeos y vueltas inútiles, llegamos al valle de Coyanco. Preguntamos por alojamiento en una casa muy cómoda, y somos recibidos afablemente. Jamás he sentido tanto cansancio. Me acuesto sin ver a nadie. La heredad en que me encuentro se denomina Las Mercedes y pertenece a dos viudas entradas en años. La una es una vieja de ochenta y la otra de sesenta. La primera, desde la edad de catorce, se encuentra paralítica, y ambas tienen la intención de vender la propiedad, aun cuando declaran que la viña es muy productiva, ya que le da más de mil arrobas de mosto al año y podría producir cinco veces más. Este lugar está ahora arrendado en quinientos pesos. Cada una de las dos mujeres tiene una o dos hijas solteras; cada una de estas tiene dos o tres vástagos. El hijo mayor (veinticinco años) está demente; toda la familia es tísica o escrofulosa, y yo, hasta el cansancio, he tenido que darles prescripciones médicas. Esta tierra es la más apropiada para el cultivo de la vid en todo Chile y quizá en toda América. El suelo es poroso y arenoso, con lluvias y aguas naturales suficientes, de modo que nunca se necesita el regadío artificial. La importancia de este distrito no se conoce bien aún. Grandes estancias podrían comprarse con muy poco dinero. La mencionada más atrás, desde luego, podría contener doscientas mil cepas de vid y adquirirse por la friolera de cuatro mil quinientos a cinco mil pesos, y por el estilo todas las demás. Tres o cuatro de nuestros compatriotas, establecidos aquí con una docena de familias de viñaderos, podrían hacer una buena fortuna.

Mientras estuve en cama, compuse versos. El descanso me ha repuesto y a medianoche me he levantado para salir. Por mal de nuestros pecados, podemos comprobar que nuestro guía está completamente pasado de alcohol y convertido en un idiota. Con otro baqueano salimos a la una de la madrugada siguiendo por algún tiempo el curso del río, cuyas riberas emboscadas ofrecen buena cantidad de madera para construcciones, lo mismo que matorrales de leños muy gruesos. Gran trabajo hemos tenido en la oscuridad con los animales, durmiendo, cabeceando y vigilando.

Al amanecer, la laguna Turbia está ante nuestra vista. Es un pequeño receptáculo lacustre en una depresión rocosa de colinas. Parece ser profunda y de aguas amarillentas y barrosas, pero al sacar un poco en un vaso, compruebo que son cristalinas y heladísimas. Dicen que es una laguna “sin fondo”; pero lo que hay de cierto es que, siendo el agua muy pura y transparente, deja translucir el color del fondo, que es arcilloso, amarillento, y a la vista aparece como si el agua estuviera revuelta y sucia.

La Florida es un mísero villorrio establecido sobre terreno aurífero, estéril y monótono. De aquí en adelante el camino se hace arriesgado para los caballos. Transmontamos la cordillera del Intermedio, que es una cadena de montañas de tierra arcillosa, deteriorada, con escarpas considerables y valles carcomidos y ensanchados por las fuertes lluvias. Algunas colinas, por la causa anterior, quedan comunicadas entre sí por angostos pasos, casi puentes artificiales de terreno áspero, tan estrechos que precisa desarmar el birlocho para pasarlos. En el fondo de estos desfiladeros divísanse campiñas, cercados, árboles, vida. Cada año el invierno continúa su obra destructora, y con el tiempo este camino se hará intransitable. En algunos lugares hay vestigios de cal. Así sigue el camino por espacio de veinte leguas.

Al mediodía llegamos al llano que habíamos estado admirando desde temprano; fatigados por el polvo y la sed, encontramos una carreta cargada con uvas, y nos deleitamos no poco con tan exquisita dádiva del suelo. Queriendo obsequiar a nuestros sirvientes, les ofrecemos uvas, como, asimismo, al baqueano. Los pícaros soberbios no quisieron, aun cuando fueron incapaces de ir a buscarlas. Un arroyuelo que da miles de vuelta nos obliga a vadearlo no menos de diez veces. A derecha e izquierda siguen los viñedos, en cantidades exiguas, si pensamos todo esto podría estar cubierto de ello.

Desde Florida hasta Concepción no se ve ninguna piedra. Después de haber atravesado una región arenosa y habiendo tragado no poca tierra, arribamos a Puchacay, donde encuentro un molino de harina de un señor Burton.

A las dos de la tarde llegamos a Concepción. Nos bajamos en la Fonda del Comercio. El hotelero se llama Bustos y nos dice que el hotel está repleto. Al día siguiente visitamos el puerto de Talcahuano, a tres leguas de distancia de la ciudad de Concepción. Hicimos aquí una visita al gobernador Rondizzoni, antiguo oficial de dragones de Napoleón y amigo de la familia Sutike. Se inició en 1808, peleando en las batallas de Eckmühl, Ratisbona, Wagram, Aspern, en Rusia, en Leipzig y Dresden y, por fin, en Waterloo. Después de firmada la paz se vino a Buenos Aires, llegando a Chile con San Martín. Aquí se radicó. Es un hombre de mundo, amable y amigable como viejo y caballeroso soldado.

En Concepción entregó una carta al doctor Möller para don Manuel Zerrano, millonario, rudo, pero probo, de mirada perspicaz, pero serena, intrépido de temperamento; nos trata como si fuésemos hermanos de él.

Talcahuano es una pobre villa. Su comercio en vinos y harina es, sin embargo, considerable. Durante la guerra de la Independencia esta plaza porticada fue el ba-

luarte de los españoles. De espléndida estrategia, fue sitiada por Freire, aunque no tomada, en 1817. Los españoles dominaban de aquí al mar y habían fortificado el semicírculo de colinas que se extiende entre la bahía y el río con ciento trece cañones de veinticuatro libras. Freire mandó al ataque a dos partidas contra todo el centro de las líneas enemigas y donde más nutrido era el fuego. Todos cayeron; Bulnes, teniente entonces, al oír zumbir las balas que pasan sobre él, se agachó. Freire le dijo: “Oiga amigo, ¡estas papas queman!”.

Volví a Concepción, porque la hermana de don Manuel se encontraba gravemente enferma. No se han omitido sacrificios pecuniarios en consultar médicos. ¡Los doctores! Los doctores Goldbeck, Lacour (belga) Ferrier (francés), su yerno, y un flacuchón, doctor Francisco Vermeuil. Yo, en lugar de todos estos, la sané. (Más tarde dejó de existir a consecuencia de una fiebre). El último de los nombrados, es decir, Vermeuil es un hombre extravagante, que vive aquí desde el terremoto. Conoció a Poeppig; ascendió también el Antuco. Parece bueno, a pesar de todo. La señora Zerrano es una mujer encantadora. Lee francés, los escritores modernos y es, además, muy entendida en negocios, y de imaginación amplia y fuerte.

Vi el batallón de los “Invencibles de Carampangue”. ¡Había que verlos!

Subí con Zerrano unas colinas que hay a espaldas de Concepción y encontramos en uno de los montes un fuerte español ubicado en un sitio desde el que, de seguro, no pudo hacer nunca mal a nadie.

Escombros cubren una gran parte de las calles de Concepción. Dicen que los movimientos de la tierra fueron como las olas del océano, que era imposible mantenerse de pie, o de quedarse sentado. El primer día hubo ochenta y dos sacudimientos, ¡y alguien que los contara!, y durante un año se repitieron día a día.

Fui a bordo de un ballenero de Hamburgo. El capitán es un bruto. Habla un cuarto de alemán, un cuarto de inglés, dos cuartos tomados de cinco idiomas que me son desconocidos; menea su cuerpo, como si estuviera acechando una ballena. Con buen vino y una buena comida, quedamos, a pesar de todo, satisfechos. Nos sirvió vinos del valle de Coyanco, de dieciocho años de edad y muy semejantes a los vinos de Málaga.

El Biobío es un río caudaloso, ancho, pero poco profundo. Gran número de barcas y de balsas traen por aquí los productos del interior.

Visitamos al anciano Obispo; es un hombre muy amable. Me regaló un caballo. La catedral es una inmensa ruina. Se estaba reconstruyendo con un presupuesto de ciento cuarenta mil pesos cuando vino la catástrofe. El Obispo me pregunta por María Teresa, mi cuñada, y por don Fernando, su marido, lo mismo que por Catalina, mi mujer. Le conté todo y el anciano alegróse a saber de ellos.

Un lunes partimos de nuevo, repuestos y bien provistos, llevando, además, una carta del intendente don José De la Cruz, un caballero muy político y bastante laborioso, quien nos mostró un manuscrito referente a un viaje efectuado por su padre, atravesando la cordillera austral y siguiendo a Buenos Aires.

Los bordes del Biobío por el lado sur son bien distintos de lo que habíamos visto hasta ahora. Grandes árboles indígenas extienden sus ramudos brazos sobre el camino; las lomas son muy verdes y el río, a pesar de lo avanzado de la estación estival, mantiene su caudal de aguas, que ocupan un ancho lecho y se mueven lentamente hacia el oeste. Tiene semejanza con los ríos de la patria.

¡Qué contraste hace el paisaje de acá con el de las calurosas y polvorientas regiones que hemos dejado al norte! El camino toma primero al este y recorre unas siete u ocho leguas, ascendiendo una antigua cadena de montañas que mira a un explayado delicioso.

Nos hemos detenido bajo el primer bosquecillo de peros y manzanas silvestres. Burgos, nuestro guía, es un indígena pequeño y travieso que monta sobre un caballo que se parece a él. Después de un corto descanso seguimos avanzando ahora por cuevas, en que todo ha cambiado y que ponen espanto en el alma. Son abruptas y más pendientes aún que las que hemos atravesado antes de llegar a Concepción. El Biobío queda, por fin, tras de unos montes, y estampamos nuestros nombres en la corteza de un árbol secular. Toda la comarca es un inmenso campo de tierra suelta arenosa y arcillosa. Al llegar a una zona cubierta de espesos matorrales, nos sorprendió la oscuridad y detuvimos la marcha. Los caballos cansados obedecen a duras penas. De improviso, el tañido de una campana de tonalidades solemnes llena el espacio. Los caballos y los jinetes cobran nuevos ánimos y en mi alma esto hace un efecto mágico. Eran las campanas de Rere, que, según tradición, tienen este singular tañido a causa de haber sido fundidas con una buena cantidad de oro. Este pueblo se halla situado a dieciocho leguas de Concepción y no es otra cosa que una aldea grande.

Presento a don Narciso Larenas la carta de Manuel Zerrano. Don Narciso, que es un caballero de edad, desdentado, la mira y la coloca en su bolsillo. Es reservado en su trato y nos deja puertas afuera. Esto ya no nos sorprende. Después de una hora nos invita a tomar una taza de té. En el entretanto debe haber leído la carta mencionada más atrás y quién sabe si por eso nos comienza a tratar con la mayor deferencia. Nos hacen servir luego una succulenta cena. Toco la guitarra, acompañándome con cantos de mi propia cosecha. Él nos devuelve la mano con mostos a discreción.

Al levantarnos a la mañana siguiente, el catre de Maas, cediendo con gran estrépito, sepulta vivo a mi amigo entre sus ruinas.

El camino sigue en dirección este y sureste. Baja la cordillera del Intermedio y va a dar al puente del Laja. Tras de una aparente última loma, aparece en el oriente el volcán Antuco.

El río Claro y el Laja son tributarios del Biobío. En este sitio sufrieron los españoles, por parte de los araucanos, uno de los mayores desastres. El volcán Antuco es célebre en la historia científica por ser el único volcán conocido cuyo cráter se ha formado por hielos que no se derriten cuando la blanca chimenea vomita sus masas incandescentes.

Hemos encontrado una pequeña carreta muy peculiar, cargada de uvas. Va un hombre y su mujer. Esta nos ofrece un racimo, con la gracia de una reina. ¡Oh, bello

gesto! Sigue el camino fatigoso sobre arenas endurecidas en capas gruesas asoleadas y cubiertas de piedras volcánicas. Al caer la tarde, llegamos al puente del Laja, ideado y construido por don Narciso Larenas. El puente tendrá unos sesenta pies de elevación sobre el nivel de las aguas, y media de largo unos treinta pasos. De construcción curiosa, pero sencilla, es obra exclusiva de don Narciso. El gobierno no es capaz de construir ni un puente sobre algún río de este país, donde son indispensables. Aquí, un hacendado pobre le da el más hermoso ejemplo. A pie nos hemos puesto en marcha hacia las famosas cataratas del Laja, río que, como dejo dicho, nace del Antuco. En un principio, sus aguas, negras como la tinta, corren muy encajonadas, se precipitan luego, formando varias cascadas, cayendo de los contrafuertes rocosos. Más abajo son todavía oscuras y, aunque silenciosas, van corriendo a raudales.

Nos hemos alojado en medio de unos matorrales y junto a una cascada hemos instalado nuestro campamento. Los rayos del sol poniente producen en las aguas que se precipitan vistosísimos matices, y un sentimiento de honda melancolía se apodera de mí.

Llegada la oscuridad, duermo muy poco, debido a que se escapan de continuo nuestros caballos. Debo levantarme antes de las tres de la madrugada, pues me avisan que faltan tres caballos. Después de varias horas de búsqueda, los encontramos, pudiendo partir de nuevo con el Sol ya bien alto. El camino demasiado parecido al que hemos recorrido el día anterior. Recorrimos, con dirección suroeste, una distancia de oho leguas, hasta llegar al pueblo de Los Ángeles. He aquí una villa tremenda.

La calle principal la forman una docena de pequeñas tiendas en cuyas puertas cada una ostenta una bandera chilena. La población ha estado a menudo expuesta a los ataques de los araucanos. Dos veces ha sido incendiada por los indios y una vez destruida totalmente por un terremoto. Reconstruida, comprenderá ahora unas cinco mil almas. La planta del pueblo es irregular.

Somos muy bien recibidos por un francés llamado Antonio Descat. ¡También aquí residen varios curas!

Hay una tienda en que se comercia al estilo primitivo: los clientes entregan animales, cereales y toda clase de productos y los comerciantes les devuelven mercancías manufacturadas.

Conozco a don Juan. Es un hombre calvo, de pequeña estatura, muy hablador, francés y cirujano del ejército.

Ante mi vista desfila una banda de músicos que pertenece a un cuerpo de cazadores a caballo. Se organizan para tocar. Poseen solo ocho instrumentos y tocan muy mal. ¿Pues qué creéis que nos tocan? Weber. ¡Ah!, ¡pobre Weber! ¡Jamás habría de imaginarse que su último vals hubiera de ser mutilado y estropeado con tanta crueldad en un lugar perdido en la semicivilización! ¡Qué impresión rara me produce esta música y qué efecto de profunda alegría se apodera de mí al escuchar las últimas notas agonizando en el aire oscurecido por el manto de la noche siempre hermosa!

Poco más caracteriza a Los Ángeles. Una barraca, que es al mismo tiempo un fuerte y que no es otra cosa que un reducto cuadrangular rodeado de fosos y flanqueado por torres desmoronadas. Hállanse emplazados aquí dos cañones de campaña y uno de veinticuatro libras.

Aparecen los primeros indígenas. Tienen aspecto bárbaro y mirada penetrante. Compro dos mulas.

Estamos a 12 de marzo. El guía ha sido mandado de regreso a Concepción.

Maas ha tenido otra vez mala suerte con sus cabalgaduras. Canjea uno de sus caballos por otro del guía que se ha ido y compra uno adicional del pueblo: ambos tienen no pocas mataduras.

El 13, a las siete de la mañana, proseguimos nuestro viaje, esta vez acompañado por nuestro hospedero. Recorrimos tierras planas y secas. En el horizonte aparece el volcán Villarrica. Las llanuras están cubiertas de hierba. Nos apresuramos para llegar al río y tenemos la primera y gran visión de un bosque donde hay muchos manzanos silvestres. Se hace agradable el camino a las orillas del río. Llegamos al vado a la una de la tarde y aquí nos aguarda una lancha bastante grande, cuyos lancharos están muy malhumorados.

El río, que se llama el Vergara, y que es afluente del Biobío, tendrá aquí unas dos cuadras de ancho; es profundo y la travesía se hace muy fastidiosa. A las cuatro de la tarde llegamos a Nacimiento.

Llegados al pueblo de Nacimiento, lo primero que atraen la atención es el convento de los Franciscanos. Fray Felipe de Luca fue el primer misionero italiano que hemos encontrado. En 1835 vinieron a esta región, contratados por el gobierno, que tenía la intención de someter por medio de las predicaciones de estos religiosos a los indómitos araucanos, veinte monjes. Los antiguos españoles habían introducido ya la cruz mucho tiempo atrás y la habían mantenido a sangre y fuego, haciendo llegar hasta aquí la Inquisición. Para desventura de ellos, el argumento más contundente en su favor hizo siempre falta, y lo mismo hoy día, porque ninguno de estos hombres sabe darse cuenta de lo que significa el ejemplo. Si una doctrina predicada a seres de cultura inferior no permite al hombre no civilizado convencerse de sus buenos efectos, cuando los encargados de dicha doctrina se empeñan más en buscar su propio interés y se entregan en mayor escala a vicios como el indígena mismo, al cual pretenden redimir, ¿cómo pueden ellos creer entonces poder conseguir algún progreso en la civilización de estos rudos hijos de la naturaleza?

Ustedes les enseñan los misterios de su religión, los bautizan, los obligan a repetir mecánicamente el Credo y el Ave María, pero ustedes también les arrebatan sus tierras y los engañan en la compraventa. Ustedes seducen a sus esposas e hijas, tratan a los indígenas como se trata a los perros, no les enseñan ningún principio útil y, a fuer de todo, después se asombran que persistan en su fiereza y en su obstinación, y que guarden un odio y desprecio implacables contra todos los blancos. ¡Oh ignorancia! ¡Cuán grande es tu imperio y cuán ruin tu influencia!

La ubicación topográfica de Nacimiento no puede ser más pintoresca; rodeado de un vasto y hermoso panorama, domina el valle de los dos ríos. Tiene todo el aspecto de una villa de la frontera indígena. Hay un fuerte con todas las características de los fortines españoles. Hacia tres de sus lados, fosos; hacia el cuarto, un barranco. Defendido por una pieza de campaña y por una compañía de infantería, es también poca cosa.

Hemos sido recibidos por Rosauro Díaz, un hacendado cariñoso, agente de Zerrano. Es un buen hombre, atormentado por dolor de muelas. Debo presentarle mi carta de recomendación del gobierno al Gobernador, para poder conseguir pasaporte, ya que según los reglamentos en vigor, ninguna persona puede penetrar en el territorio indígena sin este requisito especial.

En la casa de las misiones, encuentro un órgano Seraphine de Berlín. Toco algo en él. ¡Qué sensación producen mi alma este descubrimiento! Hallar aquí, en la última frontera de los indios, tal testimonio de civilización.

Visitamos al Gobernador. Es un caballero muy desprendido, que se esfuerza por darse un aire marcial. Lo encontramos lavándose las manos, toma nuestra carta mientras conversa con nosotros, estamos de pie; se sienta y lee lo escrito en la cara del sobre. “Al Gobernador, o en su ausencia, al Comandante de la Plaza de Armas” abre la carta y repite las palabras “Al Gobernador...”, arroja luego el papel diciendo con petulancia: “Es un asunto puramente militar”. Su orgullo me parece estar ofendido. La expresión de su boca me lo ha hecho comprender.

Hemos visitado el fuerte. Jamás valdrá cosa alguna y ahora se encuentra convertido casi en ruinas. La guarnición se halla haciendo ejercicios; el oficial instructor parece estar más acostumbrado al lomo del caballo que al paso de parada, y al ver que uno de los visitantes tiene bastante aire militar, quiere lucir él sus galas y marcha a través del patio, moviendo sus piernas que semejan semicírculo y toma un carácter severamente militar.

Nuestro hospedero sufre de atroces dolores de muelas, manda buscar una tenaza a casa de uno que dice llamarse “el doctor”. Este responde en forma lacónica diciendo “que él no presta sus instrumentos quirúrgicos a ningún bruto”.

Los oficiales llamados “comisarios de indios” datan del tiempo de los antiguos españoles, es decir, la designación de estos señores. Han tenido y tienen por consigna prevenir discordias y disensiones. Aun hoy día los hay en estas regiones y cada cual tiene a sus órdenes a un determinado número de subalternos llamados “capitanes de amigos”. Aquí los comisarios son dos y no sé cuántos los subalternos o capitanes de amigos. El personaje más característico de la localidad es el mayor Zúñiga. Traigo una recomendación también para él. Por desgracia se encuentra entre los indígenas. Lo subroga su hijo, un tipo desenfrenado e indolente que nos recibe atentamente y nos presenta a Pinoleo, el primer cacique que vemos. Es hermano del cacique principal, o sea, de Colipí. Tiene seis pies de estatura, viste a la chilena, un traje semimilitar. Habla un poco de español; de expresión fría, pero no del todo estúpida, promete acompañarnos. Se embriaga poco después como un chancho y olvida su compromiso. Él y

su hermano poseen las dos mejores casas de Nacimiento. Sus hijas residen también aquí. Son dos muchachas grandes y nada feas. Dominan bien el español, pero siguen vistiendo el traje mapuche.

Nacimiento progresa en forma considerable. Las casas modernas son construidas de adobes; las gruesas murallas se apoyan en su interior por medio de gruesos postes y se considera que este es el mejor medio para impedir los derrumbamientos ocasionados por los terremotos.

El domingo 14 de marzo de 1847 hemos partido, por fin, al país de los araucanos, a las siete y media de la mañana. Nos acompañan el joven Zúñiga y Lorenzo Cid, que van como capitales de amigos, y el orden de la caravana es el siguiente: A la cabeza Zúñiga, Kindermann y Maas. Tras de ellos un guía. Vienen enseguida los sirvientes con dos mulas cargadas de tiro. Dos mulas de repuesto, ocho caballos, también de repuesto, dos sirvientes, el señor Grünh y yo.

Los terrenos son muy planos y fértiles, pero no cultivados. A mediodía ya hemos vadeado el Vergara y otros dos ríos cuyos nombres ignoro. Caminamos de Nacimiento en dirección sur-suroeste, y a las ocho leguas descansamos a orillas de un manso y ameno arroyo que se denomina el Renaico. Los caballos se escapan metiéndose a un campo cultivado. Una mujer indígena toma un lazo y consigue con habilidad capturarlos. Mientras discutíamos con ella respecto a los perjuicios ocasionados, llega hasta nosotros el hijo de Pinoleo, pero por fortuna no interviene y las cosas se arreglan. Es alto, obeso y de aspecto estúpido. Hasta aquí llega el joven Zúñiga. Avanzamos cuatro leguas más para detenernos en un rincón triangular de la campiña, rodeado por dos de sus laderas por matorrales tupidos y donde queremos pasar la noche. Colocamos tres centinelas, y yo he tenido que vigilarlos casi todo el tiempo. El joven Pinoleo nos sigue y se muestra de sumo interesado por dos barriles que llevamos. Al anochechar se separa de nosotros. Individuos que trataron de robar nuestra cabalgadura perturban nuestro sueño, repetidas veces en la noche, y precisa hacerles algunos disparos para amedrentarlos.

A cinco leguas de Nacimiento se encuentran las ruinas de Colín¹³, una de las ciudades antiguas y en sus tiempos, más grande que Concepción.

Nuestro compañero de viaje, don César Maas, se ha acomodado y ha dormido muy bien, mientras otros hemos velado.

A las cuatro de la madrugada los preparativos de partida lo han despertado, y al dirigirme a él, me ha dicho que todavía la oscuridad es infernal y temible y se ha dado vuelta para el otro lado. A las cinco, hemos salido siempre en la misma dirección, y durante quince leguas hemos seguido un camino por demás monótono, que atraviesa algunas cuevas no tan resacas como las del norte.

¹³ Es posible que con el nombre de Colín se refiera a Angol, ciudad española fundada en 1553 que fue destruida y refundada en varios emplazamientos ubicados, geográficamente, al suroeste de Nacimiento, y a no mucha distancia de este fuerte.

Después de una jornada bastante larga, por campos despoblados, de improviso se nos presentan los primeros hombres de la raza del país. Colipí, acompañado de un séquito de no menos de cincuenta indígenas, ha hecho un alto, de viaje a una fiesta, y descansa a orillas de un arroyo encantado, donde la comparsa parece haber estado durmiendo la siesta.

A unas cien yardas de esta gente, paramos nuestra marcha y le enviamos nuestros intérpretes, con instrucciones de darle cuenta de nuestro cometido como, asimismo, de las recomendaciones del Gobernador y otras, manifestándole también nuestros deseos de atravesar toda la Araucanía y pidiéndole un baqueano.

Colipí es un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura, ancho del cuerpo y grueso de miembros. La expresión de sus facciones indica buenos sentimientos e inclinaciones sensuales, así como firmeza de carácter. A pesar de tener menos edad que su hermano Pinoleo, ha sabido conquistarse el rango de jefe de los indígenas independientes de Chile. Usa una camisa blanca. Envuelve su cabeza con un pañuelo de color, cuya manera de atarlo le daba una forma semejante al gorro que usan los escoceses. Envuelve su cuerpo con una pieza de tela cuadrada del país. Calza botas de cuero de caballo, las cuales, como dato ilustrativo, se fabrican desprendiendo el cuero de una pata del animal recién muerto y amoldándolo, aún caliente, a la forma del pie y de las pantorrillas. Este sistema proporciona un excelente calzado, que no tienen otro inconveniente que dejar afuera los dedos de los pies.

La manera de vestirse de Colipí es la usual entre los indígenas, exceptuando la camisa, y este hombre intencionalmente conserva esta indumentaria, en vista de que su hermano Pinoleo, adoptando el estilo español, ha ido perdiendo su ascendiente entre sus compatriotas.

Después de una considerable demora volvieron los intérpretes, invitando a nombre del cacique “a los caballeros” a avanzar. Llegados al sitio en que se encontraba la comitiva, fuimos recibidos por parte de este con la mayor dignidad, estrechándonos el cacique a cada cual la mano y asegurándonos en su lengua nativa, que nos recibía como a amigos. Preguntó secamente por Bulnes y si había alguna novedad en Santiago. Mientras duraba este interrogatorio, su séquito se mantenía de pie a cierta distancia de nosotros, cuidando los caballos. Terminada la ceremonia de presentación nos invita a la fiesta a donde él iba, y más por temor de ofenderlo que por sumisión, Kindermann y yo aceptamos el convite.

Puestos en marcha, el indio va a la vanguardia seguido a alguna distancia por un muchacho que es su mensajero. Más atrás va Pedro, su hijo, que tiene unos veinte años y que es un individuo de fisonomía muy poco expresiva y tuerto. A continuación vengo yo, que conversó con el heredero y quien domina bastante bien el castellano. Por último, el acompañamiento de indígenas, en grupos de a dos o tres. Cabalga yo mi Coipo y todos los indios tienen deseos de comprármelo o de cambiármelo porque ven que es buen caballo. Bastante intruso ha sido a este respecto un sujeto primo her-

mano de Colipí, y en tiempos de guerra su ayudante de campo, un indio neto, pero bueno. Mucho les ha llamado la atención mi montura y sobre todo mis espuelas, por lo livianas y cómodas para calzarlas.

Por espacio de dos o tres leguas cabalgamos por tierras asoleadas y onduladas. En una quebrada se cultiva maíz, cereales y papa y en una altura inmediata de cuatro casas, de las cuales una tiene aspecto muy decente. Todos se han detenido frente a ella delante de un cerco; el propietario es un hombre gordo, de fisonomía vulgar, de edad no muy avanzada. Aparece y saluda a todos y a cada uno de los concurrentes con las palabras *mari mari peñi* que quiere decir “Te saludo, hermano” o “Bienvenido seas, hermano”, y solo después de esta pequeña ceremonia es lícito apearse y buscar el interior de la casa, donde nos guarecemos del Sol, sentándonos en el suelo con las piernas cruzadas y en hileras de a cuatro, los unos frente a los otros, distanciado por un espacio de solo dos pies.

El dueño de casa, bajo el corredor que nos alberga, entona con expresión monótona la fórmula de saludo que se usa en ocasiones solemnes y que es un canto sobre la base de tres notas: la, mi, la, repetido. La primera parte de este canto es pronunciada con ímpetu, los dos últimos tonos con calma majestuosa. Los invitados contestan en forma análoga, principiando por los tonos reposados. Este himno cantado así dura su buena media hora, y en la letra se van haciendo mutuas averiguaciones sobre sus mujeres, hermanos, hermanas, abuelos, abuelas, tíos, tías, chacras, ganados, etcétera.

Por último, el personaje se acuerda de nosotros y con tono musical da amplias informaciones sobre nuestro viaje y los motivos que nos llevan al sur. Habíamos dicho a Colipí que íbamos a Valdivia en busca de nuestras mujeres e hijos, y el cantante, solemnemente al llegar a esto, agrava el tono y se calla. Hay un rato de sosiego y de recogimiento. El ceremonial se ha desarrollado con gran solemnidad y poniendo todos caras severas. Terminado el ritual, aparecen las mujeres que vienen del interior de la casa trayendo grandes fuentes humeantes llenas de carne asada. La más grande de todas estas fuentes, de greda, es colocada frente a Colipí, quien, después de servirse, pasa la vianda a los huéspedes más distinguidos, por orden jerárquico.

Todos comemos a la rústica y como caníbales. Como en el día anterior yo no había comido casi nada y el de hoy lo había pasado en ayunas, cabalgando y arreando las recuas de hombres, de caballos y mulas, me sabe a manjar lo que estoy comiendo.

La carne de caballo es el guiso preferido de los mapuches. Se suceden los platos y son tan parecidos los unos con los otros, que casi se diría que seguimos comiendo la misma cosa. Los condimentos cambian un poco y de repente se nos presenta la carne caballuna aliñada con una salsa ardiente de ají que casi nos deja sin resuello. Hay que servirse de todo lo que nos traen, usando como únicos utensilios los dientes y los dedos para destrozar las presas. Los comensales se afanan ahora en libar algunas gotas de un líquido horrible, que se escancia en unos cucharones tallados en madera, lo suficientemente grandes y chatos para que quepan en las fauces de un rinoceronte. Los

dedos engrasados se limpian en las botas y la boca grasientas en los ponchos. Observo que esto no deja de ser una ventaja, ya que contribuye a ponerlos impermeables, aquí donde llueve tanto.

Después de no sé cuántos platos, me han servido la bebida. ¡Dios mío! ¡Qué líquido! ¡Maíz verde mascado por mujeres viejas!, ¿por qué han de tomar para esta delicada tarea justo a las viejas sin dientes o casi sin ellos? Mezclado con saliva, recolectan este jugo en grandes tinajas de greda y agregándole un poco de agua lo dejan fermentar. ¡Esta infernal mezcolanza es la que se afanan en servir en cada festejo! Las viejas brujas, encucilladas junto al botijo, mastican sin cesar el maíz, moviendo las lacias y arrugadas mejillas y la visión de las hechiceras de Macbeth se presenta a mis ojos.

Para honrar a los convidados, en este caso, para honrarme a mí, Colipí llena un cacharro de madera, que tiene la forma de un aguamanil, me brinda su contenido y se lo bebe. Vuelto a llenar lo pasa a su víctima infeliz, que soy yo, y la obliga a no dejar gota en él. No puede ser veneno, ya que en un solo día he tomado galones de este néctar y, ¡todavía estoy vivo!

La mayor distinción prodigada a un huésped consiste en obsequiarle un cuenco lleno de este brebaje, provisto de un cacharro. Precisa, entonces, más bien dicho, es entonces obligación beber con todos los que han brindado antes con uno. Al presente, esta fórmula, paréceme algo que no tendrá fin.

Inspirado por una idea, me dirijo al cacique y le digo que nos permita ir a ver a nuestros caballos y a nuestros mozos que han quedado solos. Accede el araucano, más al querer nosotros montar a caballo, se nos acerca él y el dueño de casa provistos ambos de largos y retorcidos cuernos llenos de líquido y, como despedida, nos exigen beber todo el contenido. Al darse cuenta Colipí de que yo me he engullido todo aquel néctar de un solo trago, el indio me estrecha la mano y en tono de gran satisfacción me dice: “Tú eres muy hombre”. Con uno de sus mozos nos manda de regalo una oveja.

Arribamos a la vivienda de Colipí, que consta de dos establecimientos con buenas casas.

En la del centro vive él con sus mujeres preferidas, y en las casas vecinas, el resto de sus esposas, catorce en total, fuera de la prole. El segundo establecimiento pertenece a su hijo mayor que, siendo aún muchacho de veinte años, tiene ya dos mujeres.

Fuimos instalados bajo la ramada que se destina al recibimiento de los forasteros. La comida fue servida enseguida bajo uno de los corredores de la casa mayor y en una mesa cubierta con un mantel no muy sucio; se nos ha ofrecido cazuela de aves, asado de cordero, maíz y papa a manera de budín; en fin, una comida abundante y bien preparada, eso sí, con abundante grasa y demasiado ají. En el centro de la mesa fue colocada una gran fuente. Cada persona tenía delante de sí un plato. De entre el conjunto había cuatro de plata pura, lo mismo que cucharas y tenedores, aunque de tosca manufactura. Los cuchillos no eran finos. La comida se sirvió a voces de comando dadas por Colipí; todos los comensales esperaban estas voces con las cucharas y los

cuchillos en la mano. El cacique dijo: “a la carga, coman nomás”. Si durante la comida se necesitaba algún utensilio, como cucharas o tenedores, se arrebatan del comensal que estuviera más cerca.

Terminada la comilona, las mujeres se reunieron en un rincón apartado para aprovechar las sobras. Tanto mujeres como hombres pintan sus caras de una manera muy singular, a excepción de Colipí, su hijo y el dueño de casa. Usan para este arreglo los colores ocre y añil. Algunas mujeres ostentan la cara enteramente roja; otras llevan pintada una línea roja de mejilla a mejilla. Algunos hombres ostentan bigotes rojos y azules, otros aun marcan en cada mejilla una lágrima roja y otra azul. Este último adorno es casi general en todas las mujeres. Su peinado consiste en mechones retorcidos y ajustados alrededor de la cabeza, semejando salchichones. Adórnanse, además, con zarcillos y con una plancha de plata de tamaño extraordinario, que, colgando de las orejas, algunas veces les topa la nariz.

Para sujetar la vestidura emplean un alfiler o prendedor de plata de enorme tamaño, o una plancha de plata en forma esférica, cuyo alfiler mide de seis a siete pulgadas de largo. El cuello lo envuelven innumerables veces con sargas de chaquiras rojas o azules y en cada sarga cuelgan chinches que campanillean con los movimientos del andar. La expresión de sus rostros no es desagradable. Son buenas, serviciales y humildes estas pobres mujeres. Hay entre ellas muchas que parecen ser de origen blanco; parécense un poco a las mujeres holandesas y no me cabe duda que son de origen sajón. En la época de las disensiones entre Holanda y las colonias españolas, las monjas de varios conventos, que eran flamencas o alemanas, fueron robadas por los indígenas en esta parte de Chile; de aquí quizá esta semejanza con los antepasados europeos.

Las mujeres araucanas son, por lo general, obesas, chicas, de pie ancho y de andar pesado, semejante al andar de los patos. ¿Cuál es la causa de esto? Supongo que sea la vida misma y los hábitos, la costumbre de manejar las criaturas colocadas a la espalda dentro de una especie de cuna, que consiste en una tabla que atan a la cabeza. Los hombres no participan tanto de esta peculiaridad en el andar, quizá por estar acostumbrados desde niños a ejercicios corporales de toda clase. Montan a caballo, corren a pie, cosas ambas que las mujeres casi nunca hacen. Por mi parte, jamás he visto una india que no tenga esta manera de andar. La cuna, como he dicho, cargada a la espalda, la sostienen con cintas que la madre afirma en la frente.

He visto madres tan precoces que no podrían tener más de doce o catorce años y que parecen chiquillas. En cuanto a los bailes, los araucanos no los conocen. Sus mujeres no son otra cosa que esclavas, que están a cargo de todos los trabajos, desde sembrar, arar, cosechar, partir leña, acarrear agua, moler cereales, hacer chicha y cocinar. Los hombres, demasiado guerreros y belicosos, no le han tomado afición a diversiones como el baile; en cambio, enseñan a bailar a sus caballos. Hasta tienen maestros encargados de enseñar este arte. El jinete sujeta las riendas con firmeza y apretando los costados de la cabalgadura de una manera muy especial, comienza por entonar un canto monótono.

El principal paso de esta danza ecuestre consiste en hacer cruzar las patas delanteras del caballo, y es el más aplaudido quien las cruce mejor. Muy pocos consiguen que los animales ejecuten esta prueba con las cuatro patas a la vez. Solo Colipí y su hijo tienen un caballo de esta especie. Para los indios, en general, un animal de esta clase es una demostración de gran riqueza, y la danza ecuestre una de las diversiones preferidas.

Por este caballo, Colipí pagó doscientos pesos, un precio excesivo si se quiere, pero, según él, no lo habría vuelto a vender por menos del doble y en plata sonante, porque no quiere recibir oro.

Las caras pintadas dan a los indios un aspecto desagradable y ridículo; sobre todo a las mujeres cae mal esta manera de adornarse. Aquí, como en todo el mundo, reina también la moda, y en verdad no hay gran diferencia entre las sartas de chaquira que envuelve el cuello de una ignorante indígena de Chile, y el collar de oro de alguna farsante imperial.

Pasamos una noche intranquila por los caballos molestados por innumerables tábanos, que abundan en las inmediaciones del arroyo donde habíamos instalado nuestro campamento. Mientras nos vestíamos, apareció Colipí acompañado solo de un niño. Kindermann había cambiado un caballo grande, pero gastado, con un indígena de las inmediaciones, entregándole este uno bayo. En la noche del caballo recién adquirido desapareció. Expusimos nuestras quejas al cacique, que mandó llamar al expresado indio de inmediato. Tras de algunas diligencias, el animal fue encontrado. A pesar de haber sido desventajosa la negociación para el indígena, que solo en su estado de completa embriaguez pudo efectuar, Colipí consideró bien efectuada la venta, pero recomendó a Kindermann que indemnizará al indio de alguna manera, ya que el caballo canjeado se hallaba en estado lastimoso.

Acompañamos a Colipí a su casa, que distaba unas tres leguas. El camino recorre terrenos poco atrayentes; de distancia en distancia vemos colinas artificiales que recuerdan antiguas sepulturas. No podría decir si los indígenas tendrán alguna tradición al respecto, pero lo cierto es que, murmurando, hacen reverencias al pasar sobre ellas sin que sepan explicar porqué. Son de considerable tamaño y bastante numerosas. Esta parte del país ha sido muy a menudo teatro de sangrientas luchas, que se han resuelto, por lo general, en favor de los indios. Si fuesen sepulturas, estas colinas tendrían gran semejanza con la de los antiguos germanos y celtas. Todos los indígenas dicen que son de origen artificial, pero jamás darían su consentimiento para que alguien las examinase.

Colipí nos mostró sus grandes engordas en que pastaban miles de animales vacunos. Tiene ocho o diez potreros donde se crían vacas y yeguas. Uno o dos establecimientos de quesería, tres mil vacas lecheras, trescientos caballos de silla, muchas ovejas, y en un cenagal, que queda cerca de la casa, numerosos chanchos alzados.

Las viviendas del cacique están, por lo habitual, situadas en lugares estratégicos para ser defendida con facilidad. Forman en total una isla de difícil acceso. Colipí posee cerca de dos mil cuerdas de excelentes terrenos; rodea la casa por dos de sus lados

un inmenso pajonal, dando acceso al interior un angosto paso; por el tercer costado se encuentra la cordillera de la Costa y por el cuarto unas colinas y una laguna que permitirían una tenaz resistencia. Difícilmente un ingeniero de oficio habría podido escoger un sitio más apropiado, y ningún ejército de línea podrá jamás penetrar aquí sin sufrir enormes pérdidas. Aquí suele pasar revista a su séquito que comprende hasta ocho mil lanzas.

Los araucanos usan una lanza bastante larga, de veinte a veinticinco pies, de caña natural del país, secada y endurecida al humo por espacio de dos años por lo menos. La punta es corta y de toscó labrado, y muy particular la manera de usarla, que contraría, al parecer, toda regla guerrera. El golpe decisivo viene siempre de abajo; el indio afirma la lanza del suelo y aprovechando su elasticidad la hace levantarse como dando un guascazo de punta contra el enemigo. Entonces, en vez de seguir por el mismo impulso, enseguida empuña la lanza más firme aún y arremete. A pesar de esta manera de pelear, al parecer absurda, los indios desprecian toda clase de armas y de estrategias. Solo la lanza es la excepción. Han vencido así, con frecuencia, a los españoles, que fueron los mejores soldados de la Europa.

Por su carácter, los araucanos son de un valor indómito, pero generosos; astutos, distingúense por un amor irreductible por su libertad. Por otra parte, el araucano es indolente y flojo. La embriaguez solo le hace salir de su inherente flojera.

Durante las batallas, el indio es bravo y resiste tenaz el ataque, y vencido, se repone con pasmosa facilidad. Va a los combates completamente desnudo para no ser molestado por sus vestiduras y solo los cabecillas usan una coraza de cuero, compuesto de seis o siete cueros superpuestos, mal cocido, que alcanzan a cubrir el tronco, el cuello y hasta las caderas. Colipí tiene su casa algunas de estas defensas que proceden del lado oriental de los Andes. Parécenme un excelente preservativo contra los golpes de lanza y espada, no así contra las balas.

Manejan de forma admirable el caballo, asidos con fuerza a él con o sin montura; son jinetes cuya agilidad asombra. Al atacar, lanzan gritos horrorosos a todo pulmón y se golpean constantemente la boca con la mano.

En cuanto a las manifestaciones artísticas y a la música particular, revelan mucho menos afición que otros pueblos en idéntico estado de cultura. Como he dicho, no bailan, tampoco cantan y tienen solo aquellas recitaciones monótonas que ya he mencionado. El único instrumento musical que conocen es la “trutruca”, que consiste en una caña en forma de corneta de diferentes tamaños, que varían entre un pie y doce o catorce pies de largo. En este último caso, un hombre sostiene el instrumento sobre uno de sus hombros mientras el otro sopla. Produce este instrumento un solo tono semejante al berrear de una vaca.

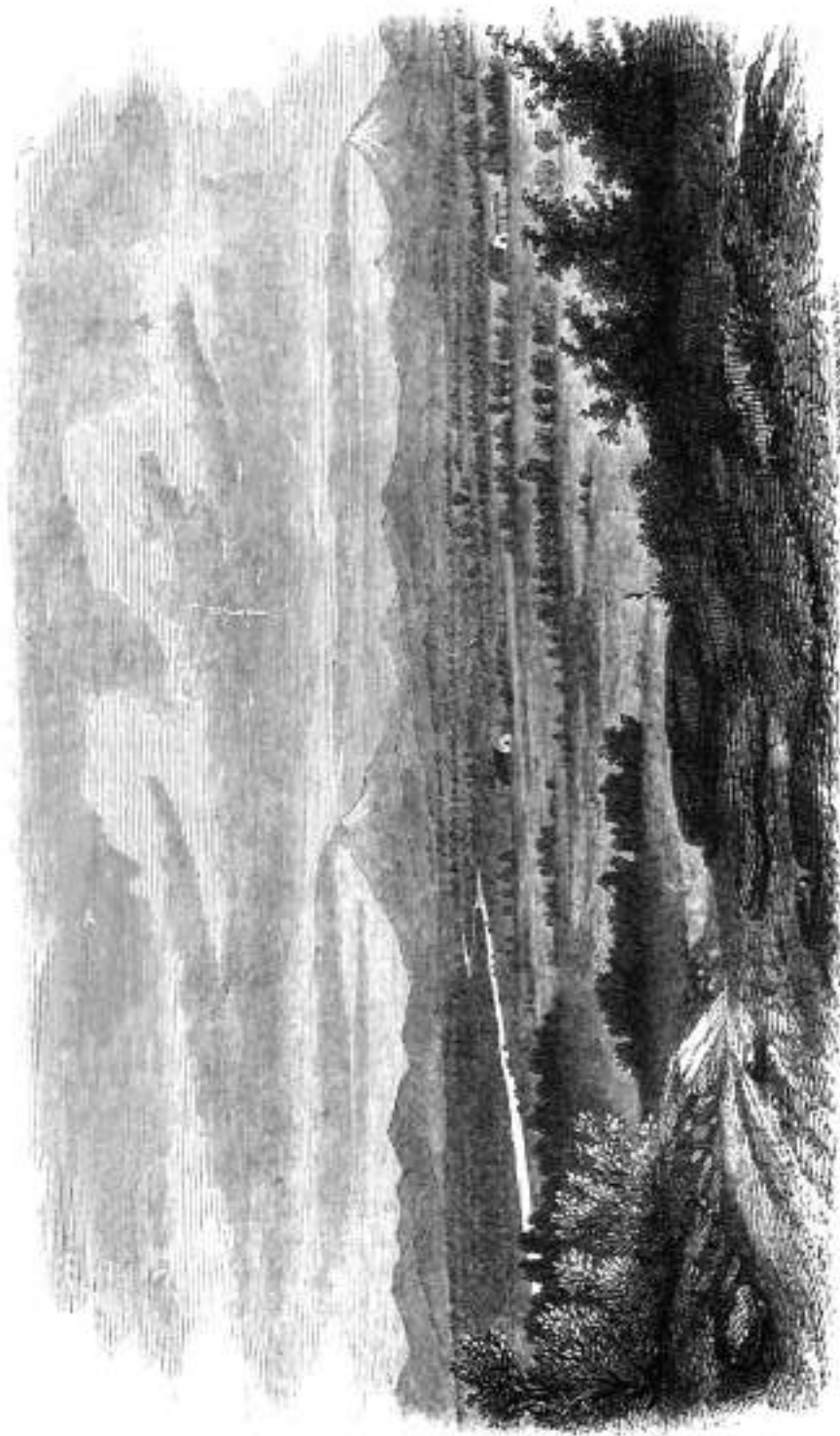
En cuanto sentimiento de ternura, como el amor filial o el amor conyugal, apenas caben dentro de sus corazones. Dicho sea de paso, la base de la sociabilidad araucana es la poligamia. Las mujeres ocupan el primer lugar entre los seres irracionales. La

riqueza de un indígena expresa así: tantas mujeres, tantos caballos, tantas vacas, tantas ovejas y chanchos y tanto terreno.

Sus incesantes guerras han originado este estado de cosas, aumentando cada día el número de las mujeres sobre los hombres. Estas infelices esclavas, en ausencia de los hombres, quedan a cargo de todos los trabajos, y apena a un hombre civilizado ver como estas indias parten y cargan leña, mientras los hombres ociosos, que han regresado de una correría, sirven de espectadores¹⁴.

¹⁴ A pesar de que en el título de este diario se expresa que se trata de un viaje de ida y regreso, los originales que poseemos quedan interrumpidos en esta parte, a causa de haberse extraviado la continuación (Nota de Aquinas Ried).

Edmond Reuel Smith, *The Araucanians; or notes of a tour among the indian tribes of southern Chile*, New York, Harper & Brothers, Publishers, Franklin Square, 1855
Plano de Boroa.



LOS ARAUCANOS. NOTAS SOBRE UNA GIRA EFECTUADA ENTRE LA TRIBU INDÍGENA DE CHILE MERIDIONAL

Edmond Reuel Smith

PREFACIO

En 1849 el gobierno de Estados Unidos autorizó una expedición bajo el mando del teniente de Marina James M. Gilliss, con el objetivo de practicar en Chile observaciones astronómicas. Considerando que esta sería una oportunidad excepcionalmente favorable para visitar un país algo alejado del camino ordinario de los turistas, presenté una solicitud al Ministerio de Marina, recibiendo como resultado mi nombramiento de miembro de la expedición.

Al llegar a Chile, se estableció un observatorio permanente en Santiago, la capital.

No es mi objetivo tratar de la naturaleza de nuestras observaciones, ni dar una descripción científica del país, ni aun presentar al lector la agradable y refinada sociedad que hizo atractiva nuestra prolongada residencia en la sede del gobierno. Tales temas se han dejado a la pluma más hábil, de una persona cuya alta posición en el mundo científico dará a su opinión un grado de autoridad que jamás podría atribuirse al presente volumen.

Basta decir que la naturaleza de nuestro trabajo era tan esclavizadora, que al fin de tres años, cuando se ordenó el regreso de la expedición, habíamos gozado de muy pocas oportunidades de salir de los límites de la ciudad en que estábamos estacionados.

No queriendo volver a Estados Unidos sin conocer primero un poco el país en que habíamos residido por tanto tiempo, presenté mi renuncia para poder efectuar una gira por las provincias del centro y sur de Chile.

Después de viajar durante varias semanas por regiones del país que han sido descritas con frecuencia por otros, llegué a Concepción, de donde, poco después, salí a visitar a los indios araucanos, quienes forman el tema de las páginas que siguen.

En un momento como el actual, cuando se siente un interés tan grande por todo lo que se relaciona con las razas aborígenes de América, creo que no se necesita disculpa para publicar cualquier noticia respecto de una tribu de indios muy poco conocida y raras veces citada; a pesar de haber ganado una reputación envidiable por su resistencia al avance de los blancos durante más de trescientos años.

Ha sido mi objetivo dar una relación de las costumbres, los usos, la religión y el estado actual de los araucanos; de una manera que puede interesar tanto al etnólogo como a la generalidad de los lectores.

La narración de mi viaje, desde el momento de salir de Concepción hasta entrar en el territorio indio, puede tal vez considerarse poco oportuna; pero he decidido incluirla aquí a fin de dar al lector alguna idea del carácter y de la vida de los habitantes de la frontera de Chile, que están emparentados muy de cerca con los aborígenes del país.

LOS ARAUCANOS

Capítulo I

El 4 de enero de 1853, impulsado por el amor de aventuras, salí de Concepción para visitar aquel campo clásico de la historia chilena, la Araucanía.

Encontré algunas dificultades respecto de los caballos; demoras en obtener el equipo necesario y, a última hora, me abandonó mi sirviente, atemorizado por las advertencias y ruegos de sus amigos, quienes le aseguraron que un viaje entre los indios estaba rodeado de peligros. Pero yo, resuelto a no detenerme más, busqué un guía, que se comprometió a acompañarme hasta Los Ángeles, y, a pesar de lo avanzado de la hora, partimos de inmediato.

Dejando la ciudad, llegamos al Biobío, a cuyas orillas serpenteaba el camino por varias leguas. Sus bordes son ondulados y, en general, están cubiertos de bonitos bosques, y aun cuando la corriente es rápida, la superficie del agua es tranquila. Este río es ancho y profundo; es el más grande de Chile, y todo su aspecto me hizo recordar el Potomac cerca de Washington.

Un viaje de pocas horas nos llevó al triste caserío de Hualqui. El lugarejo carecía de atractivos para el viajero; pero como ya caía la noche y el cielo estaba nublado, la prudencia nos aconsejó que no siguiéramos. Nos detuvimos, y después de algunos trajines descubrimos un rancho, en el cual, según un tablero clavado en el muro, se podía obtener alojamiento para hombre y bestia. Era la posada, y puede tomarse como muestra de las que se encuentran en todos los distritos rurales.

La magnífica declaración de que podían servirnos lo que pidiéramos, no pudo traducirse en forma práctica, pues resultó que las únicas provisiones obtenibles eran el charqui, que jamás hace falta, y una cazuela de ave, que pedimos enseguida. Creyendo

que donde había gallinas debían de haber huevos, rogué a la anciana que hacía las veces de dueña de casa, que nos hiciera freír algunos. Su contestación fue eminentemente característica –“Aquí, S’ñor, los huevos andan a caballo!”– Como no comprendí el alcance de esta expresión, nueva para mí, respondí de una manera tonta, lo que divirtió a la anciana. No la satisfizo la explicación de que era inglés, y luego la vi en conversación con mi sirviente. Al asegurarse que en verdad era extranjero, se sorprendió más aún “Benaiga sea Dios, S’ñor”, exclamó, “pero be Usted que habla per-fauta-mente como nosotros mesmo!”.

La posada estaba construida de cañas, estucada con barro y techada de paja. Se componía de dos cuartos, el uno ocupado como despacho para la venta de tabaco, velas, charqui, etc., y el otro reservado para los pasajeros. Este último tenía, más o menos, quince pies por lado, sin más piso que el suelo. Las paredes no habían sido blanqueadas y tampoco había cielo raso; pero los tijerales estaban hollinados y adornados con telas de araña en festones. La luz entraba solo por la baja puerta; muebles no habían, si exceptuamos un rudo marco de madera cubierto de un cuero de buey, que servía de catre.

Al entrar al rancho notamos un olor algo desagradable, proveniente de la molienda de trigo tostado, que ejecutaba en medio del cuarto un individuo robusto, arrodillado el suelo, inclinado sobre una piedra plana de dos pies de largo por uno de ancho. Un extremo de esta piedra estaba un poco levantado para permitir que la harina corriese hasta un cuero de oveja, colocado debajo para su recepción. A un lado había un montoncito de trigo, del cual el hombre alimentaba su molino; enseguida, tomando con ambas manos un pequeño rodillo de piedra, lo propulsaba activamente hacia adelante y hacia atrás, con un movimiento rotatorio que permitía escapar la harina, y reemplazarla al mismo tiempo por una nueva provisión de grano. A juzgar por la abundante transpiración que corría por su frente, su tarea no era de las más fáciles.

De vez en cuando, un muchachuelo sucio, vestido de algo que en un tiempo había sido camisa, entraba de carrera, toma un puñado de harina, la revolvía en una taza de agua y la bebía. Esta bebida se llama ulpo y es muy usada por las clases pobres del sur de Chile para sustituir el pan, el cual raras veces se encuentra fuera de los pueblos.

En un pequeño galpón tostaban trigo en una pequeña paila de greda colocada sobre un buen fuego. Una muchacha harapienta, sentada en cuclillas en medio de las cenizas, lo revolvía para impedir que se quemara.

Nuestra cena fue una cazuela de ave verdadera –el mejor plato que se sirve en Chile– y que creo firmemente no puede conseguirse en otra parte.

La cena fue seguida por el mate. Como esta bebida es especial de Sudamérica, el método de prepararla merece ser descrito. Se trajo al cuarto un brasero encendido, y se puso a hervir en él un pequeño jarro de cobre llamado tacho. Entró la dueña de casa con una cajita de lata que tenía dos divisiones, una con azúcar y la otra llena de yerba. Una pequeña calabaza y una bombilla de lata completaron la batería.

Sentándose en el suelo la vieja sopla el fuego con la pollera hasta que hierve el agua; toma una brasa y la deja caer sobre el azúcar para quemarlo; se coloca la bombilla en la calabaza, con un puñado de yerba y un terrón de azúcar quemado; y sobre esto echa el agua hirviendo. Después de chupar la bombilla para ver si aspira, la bebida se pasa a la persona de mayor importancia. El que ha tomado “sherry cobbler” con una paja, luego se acostumbra a tomar mate; pero mientras es novicio, hay que tener cuidado de no quemarse la boca.

El que viaja por el interior de Chile debe llevar siempre un almofrej, utensilio indispensable para su confort y respetabilidad. El almofrej es un saco de cuero, bastante grande para contener una cama y su ropa (las cuales no se encuentran en la mayor parte de las posadas), como también los demás artículos necesarios para el viaje. Se carga con facilidad sobre las mulas, protege su contenido contra las lluvias y sirve de noche como catre. Es verdad que en este caso el cuarto contenía algo en que dormir, pero tenía un aspecto sospechoso que sugería la existencia de bichos, y preferí tender mi cama en el suelo.

Mi guía durmió afuera al aire libre, con unos arrieros, quienes llevaban sus tropas a Concepción.

La robustez y el sistema perfecto de estos viajeros profesionales los hacen dignos de estudio, sobre todo en lo que se refiere a la manera como se arreglan para pasar la noche.

Al terminar el viaje del día, su primera atención es para la recua; enseguida arreglan sus cargas, no solo en vista de la seguridad de ellas sino, también, con miras hacia su propia comodidad. Amontonan los objetos más grandes y más pesados de tal modo que forman con ellos una perfecta barricada que los protege contra el viento; y los objetos más pequeños los colocan a su alcance, a fin de dominarlo todo y precaver el robo.

Si por fortuna el arriero encuentra qué cenar, come hasta repletarse, como la anaconda, sin preocuparse de cuándo volverá comer; si no encuentra nada y sus alforjas están vacías, aprieta su cinturón, fuma un cigarrillo y se queda muy tranquilo.

La cama no le hace falta. La montura chilena se compone de media docena de cueros de oveja, la mitad de los cuales se coloca debajo de la grosera enjalma y la otra mitad encima. Estos cueros tendidos en el suelo le sirven de colchón y la enjalma de almohada. Envolviéndose en su poncho, que nunca abandona, y sin quitarse ni los pantalones ni las botas, el cansado jinete se acuesta sin otro abrigo que el cielo azul de la estrellada bóveda.

Si en el silencio de la noche siente el menor ruido o si se acercan pasos, se pone al instante en guardia con su formidable machete listo.

Se levanta a la madrugada. No necesita vestirse, y, sin lavarse parte de inmediato en busca de sus animales; luego está en punto para marchar de nuevo.

Capítulo II

Al salir de Hualqui, el camino atraviesa la cordillera de la Costa. Hacia el norte, las montañas que forman esta cordillera se dividen en cordones paralelos con extensos llanos intermedios; pero en esta latitud todos se reúnen. Constantemente uno se ocupa en caracolear, subir y bajar un laberinto de cerros, cuya confusión produce una monotonía que fatiga tanto al cuerpo como al ánimo. Mirando desde alguna altura, el viajero se siente perdido en medio de un desorden interminable de subidas y bajadas, sin indicio que determine los puntos cardinales. Aun la vista ocasional de cumbres boscosas, de valles risueños o de arroyos que saltan bulliciosos en su curso hacia el mar, no alivia el tedio de aquel viaje.

La tierra es rojiza, y parece estar compuesta casi por entero de granito desagregado tan friable y cada fuerte lluvia lo socava, dejando enormes zanjones en las faldas. En muchas partes encontramos grandes grietas abiertas de doscientos o trescientos pies de profundidad que orillan el camino, y amenazan destruirlo en el próximo aguacero. Esto sucede a menudo, y el viajero que no está al corriente de los cambios, a veces encuentra su marcha interrumpida por abismos que cortan el camino.

Cruzamos varios arroyos, de los cuales el principal es el Quilacoja, que pasa por una hermosa hacienda del mismo nombre. Más allá llegamos al Gomero, pequeño riachuelo que corre por el valle fértil de Talcamávida, del cual dice el poeta:

“Valle de Talcamávida importante
De pastos y comidas abundantes”

Ya se acercaba la noche; los caminos eran peligrosos después de puesto el Sol, estábamos cansados, de modo que resolvimos detenernos aquí y pedir alojamiento en la hacienda vecina. El día siguiente cuando ofrecimos pagar al mayordomo, no quiso aceptar nada; pero al mismo tiempo insinuó que podríamos ofrecer unos reales a la cocinera. Ella no se hizo de rogar.

Después de una cabalgata de cuatro o cinco horas, llegamos a un punto, desde el cual se presentó a nuestra vista un panorama magnífico. Por delante se extendía el gran llano central de Chile; más allá, la dilatada cordillera y, en ella, el nevado de Chillán, hermoso y sublime con su grandioso cono; más cerca, la escarpada Sierra Velluda con la vecina mole de Antuco envuelta en nubes. Al norte y al sur los pináculos de Longaví, el cono truncado del Descabezado y las cimas de Santa Bárbara, con otros picos distantes y apenas visibles, se destacaban como islas sobre el horizonte del llano que ondeaba en lontananza como un mar.

Bajando la llanura, luego llegamos al Yumbel. Preguntamos por la posada, pero nos informaron que aun cuando en un tiempo había existido una, se había cerrado por falta de clientes, y que lo más probable era que tendríamos que seguir nuestro viaje sin almorzar.

Creyendo que tal vez pudiera encontrar a alguien capaz de darnos hospitalidad, me dirigí a varias de las mejores casas para averiguarlo; y en todas ellas no recibí otra respuesta que un encogimiento de hombros y la noticia de que el pueblo no tenía comodidades para forasteros.

Por fin, una señora más caritativa que las otras nos insinuó la idea de que posiblemente al otro extremo de la calle encontraríamos alguna gente pobre, dispuesta a prepararnos almuerzo en cambio de unos pocos reales.

En la afueras del pueblo había un grupo de ranchos miserables, y logramos encontrar a una vieja con voluntad y medios para atender a nuestras necesidades.

La choza era bastante desaseada, y no queriendo perder el apetito al ver la manera de cocinar, me fui en dirección de unos manzanos cerca de allí, y tendiendo mi poncho a la sombra, me eché a dormir una siesta. Después de dormir por una hora, me avisaron que ya estaba el almuerzo, y al entrar al rancho encontré un cajón que parecía un almud, cubierto de un paño sucio, encima del cual humeaba un valdiviano.

El valdiviano, plato nacional entre los chilenos, se hace de charqui cocido con verduras, la principal de las cuales es la cebolla. Este plato apetitoso se hace con facilidad, y para un viajero hambriento es un buen bocado. Puede ser que para un estómago delicado sea repugnante; pero una marcha de veinte millas a caballo, sobre caminos malos, es un remedio infalible contra la regalía.

Me senté en el alto estrado que circundaba el cuarto, y la mesa apenas me llegaba a las rodillas. Después de invitar a los presentes que se sirvieran —atención que se usa en el país, pero que a nadie se lo ocurre aceptar—, ataqué mis viandas sin más ceremonia. Siguieron un enorme cacho¹⁵ de vino y un plato de aceitunas.

La aceituna raras veces se come en Chile, verde y en escabeche, como España, sino madura y en aceite. Es una fruta que a casi todos les gusta una vez que se acostumbran a ella, pero que pocos extranjeros comen con agrado en un principio.

Al salir de un Yumbel, partimos en dirección sureste para visitar el salto del Laja. El camino atraviesa un llano de arena negra, volcánica, casi intransitable, que se mueve con el viento y se amontona en forma de dunas.

Este desierto arenoso es un fenómeno de especial interés geológico, sobre todo considerado junto con las enormes capas de tufa y de escoria que se encuentran en otras partes de la misma llanura.

El viajero, por poco que sepa de ciencia, no puede menos que impresionarse a la vista de estas grandes manifestaciones que con tanta claridad hablan de una época relativamente moderna de vasta actividad volcánica.

El camino por la arena era pesado y fatigoso para los caballos y molesto para los jinetes, debido a las nubes de polvo impalpable que se levantaban con cada sople de viento. Esto continuó hasta que llegamos al río Claro, riachuelo límpido, como lo indica su nombre, que serpentea por un ancho lecho y cambia de curso con frecuencia.

¹⁵ Cacho, cuerno, asta de buey, que en el campo se emplea como vaso.

El río no es muy profundo y lo vadeamos sin dificultad. Ya se ponía el Sol cuando llegamos al Laja. Como la llanura está tan pareja, no divisamos otra cosa que nos indicara la presencia del río hasta que llegamos a su misma margen, que unos pocos árboles y el vapor de agua que envuelve la catarata.

El camino pasa a pocas cuadras de la cascada, pero la curiosidad que en el pueblo despiertan tales cosas es tan pequeña, que de las muchas personas que viajan por esta ruta son contadas las que se desvían de su camino para contemplar uno de los espectáculos más hermosos y casi único de su clase en Chile. Mi mozo, aunque había cruzado el río muchas veces, no sabía que tan cerca existiera algo digno de verse y se quejó cuando le propuse pasar la noche en las inmediaciones.

No vimos las cataratas hasta que estuvimos en la misma orilla del cañón en que se vacía el río. Los últimos rayos del sol poniente formaban un hermoso arco iris sobre el velo de agua desmenuzada que se levantaba como humo desde el lecho del río; abajo todo era oscuro; pero el sordo rugido de las aguas advertía la furiosa lucha que continuaba sin cesar bajo nuestras plantas, y no produjo una impresión más sublime, quizá, que si la hubiéramos presenciado a la clara luz del mediodía.

A unos pocos metros de la orilla del río funcionaba un pequeño y primitivo molino, y en sus cercanías había dos o tres ranchos hacia los cuales nos dirigimos en busca de alojamiento.

En la puerta abierta estaba sentada una mujer nada mal parecida, quien, cuando le preguntamos si podríamos pasar allí la noche, nos miró con recelo y contestó:

- Quien sabe, el dueño de casa no está.
- ¿Puede darnos algo de comer?
- Creo que no, señor.
- ¿No tiene pollos?
- No, señor.
- ¿Ni carne?
- No, señor.
- ¿Ni verduras?
- No, señor.

Pero sucedió que muy cerca divisamos varios objetos emplumados que tenían todo el aspecto de los gallináceos, y que una pequeña chacra situada detrás del rancho parecía bien surtida de cebollas y de papas. Existía, pues, una gran discrepancia entre los dichos y los hechos; pero como antes me había encontrado en situación semejante, sabía bien lo que debía hacer. Al mozo le mande descargar la mula y echar los animales al corral. Enseguida me senté para esperar con paciencia la llegada del dueño de casa.

La mujer alzó los hombros y no dijo nada. Sin duda no era hospitalaria porque no son jamás los chilenos de baja esfera, pero temía tal vez los celos de su marido y no se atrevía a asumir la responsabilidad ofrecer atenciones a los forasteros.

El dueño de casa, que con su familia, había estado atendiendo sus faenas agrícolas en la vecindad, no demoró en aparecer con una pequeña carreta de ruedas de madera de una sola pieza. Nos recibió con mucha hospitalidad, asegurándonos que éramos bienvenidos y poniendo a nuestra disposición cuanto podía proporcionar su casa. Era comunicativo, inteligente, y más independiente en sus opiniones que la mayor parte de los de su clase, y me entretuvo con las noticias que me proporcionó, de modo agradable.

Al preguntarle sobre volcán Antuco, en ese entonces en estado de erupción, me informó que era visible desde allá cerca y ofreció conducirme un punto, desde el cual se lo podía contemplar con facilidad.

A corta distancia de la casa, en un punto despejado de árboles, el espectáculo se presentó de repente a nuestra vista.

La noche era oscura y las montañas estaban envueltas en nubes; pero pudimos ver con claridad las llamas que jugaban al rededor del cráter, y que de vez en cuando subían en el espacio; mientras un deslumbrante arroyo de lava corría hacia el llano, como un río de hierro derretido.

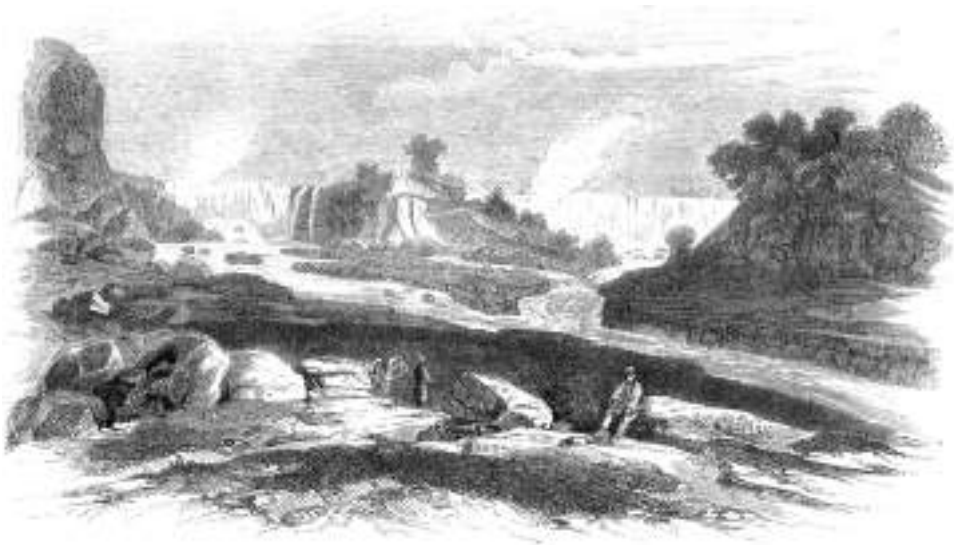
La grandeza del efecto aumentaba con el rugido del Laja —que completaba armoniosamente la escena— y quedé como extasiado hasta que mi acompañante me llamó la atención hacia el viento helado que corría desde la cordillera nevada y me propuso que nos volviéramos a la casa.

Nos esperaba una cazuela humeante en la composición de la cual —cosa extraña— entraban casi todos aquellos numerosos artículos cuya existencia había negado la buena señora.

La mañana siguiente pasamos examinando la catarata.

La llanura está aquí cubierta de una delgada capa de lava compacta, la cual, en una época geológica relativamente moderna, debe haber bajado desde algún volcán de los Andes, quizá del Antuco, en tiempos en que era más activo que al presente. El Laja corre sobre esta estrata en dos brazos de poca profundidad, y en su término salta desde una altura de setenta pies, labrando varios cauces angostos y encajonados en una extensión de algunas millas, y reuniéndose enseguida en un ancho río hasta que desemboca en el Biobío.

Con la cámara lúcida logré sacar un croquis bastante exacto, que allí mismo pinté a la acuarela con colores que llevaba preparados. Estas operaciones causaron considerable sorpresa a mi acompañante, quien creyó que estaba investigando los misterios ocultos de la naturaleza. Me preguntó si había descubierto tesoros en la profundidad del río y quiso saber si el color azul de las aguas indicaba la presencia del oro. Traté de explicar lo que hacía, pero no me creyó, y aun cuando era demasiado político para expresar sus sospechas era evidente que las tenía.

Salto del Laja. Reuel Smith, *op. cit.*

Capítulo III

A alguna distancia más arriba del salto, hallamos el Laja ancho y poco profundo; y a pesar de la fuerte corriente, lo vadeamos sin dificultad. Estábamos ahora sobre el camino central, que une todos los pueblos interiores del sur con la distante capital, aquella gran arteria por la cual pasa la mayor parte del comercio interno del país.

La llanura quemada por ambos lados a causa de la falta de lluvia durante la larga estación de verano presentaba un aspecto sombrío y poco delectable; pero el camino por sí solo ofrecía bastante interés al extranjero, por los frecuentes grupos de campesinos que llevaban sus productos a los mercados.

De pronto se siente un ruido que se asemeja al que hace un tren sobre su camino férreo, y pasa una larga fila de mulas cargadas de madera. Cada animal lleva atadas media docena de tablas y tijerales, las puntas de adelante asoman por encima de su cabeza y los otros extremos arrastran por el suelo. Mientras pasan, el viajero debe darles ancho campo, si no quiere que lo desmonten de su cabalgadura.

De repente hiere nuestros oídos un chillido semejante al que harían cien carretillas; y mirando a ver de dónde proviene, observamos una o dos yuntas de bueyes que se acercan con lentitud. Solo cuando casi nos alcanzan comprendemos la causa de tanto crujido: un par de toscas ruedas sólidas, cortadas a hacha de la sección transversal de un grueso tronco, y sin llantas, giran sobre un rudo eje, que jamás había conocido la grasa: sobre el eje se han fijado dos troncos delgados que sobresalen detrás y se unen por delante para formar el pértigo, el cual está sujeto al yugo, que descansa sobre el cogote de los bueyes y se liga a sus astas por medio de correas. La cama del carro no es más que un cuero de buey estirado sobre el armazón, y cuelga a solo un pie de distancia del suelo.

Estas carretas chatas se usan en todo el país, y cuando la cargan por completo, llevando encima al carretero que dirige sus bueyes con un largo palo, su apariencia es en extremo grotesca.

Se acerca otra tropa de mulas. Los cueros hinchados que llevan son las famosas botellas de que nos hablan las Sagradas Escrituras; van llenas de los renombrados vinos de Concepción.



Carreta chilena. Reuel Smith, *op. cit.*

Los jinetes que siguen atrás no son iguales a otros que hemos visto. No usan el alto sombrero de Guayaquil ni los anchos calzones tan comunes más al norte; tampoco el gorro casi militar de la gente del sur.

Sus cabezas están cubiertas de un bonete azul cónico; en vez del paletó europeo viste una camiseta suelta, de un tejido fuerte que termina en punta, delante y atrás; sus piernas están envueltas en largas botas de cuero crudo y sus pies calzados con ojotas del mismo material. Un ojo experimentado ve también algo especial en el color de sus ponchos.

Estos hombres son los maulinos, nombre dado a los que viven cerca del Maule o de sus afluentes. Son de aspecto algo rudo y su fuerte voz y rostro encendido parecen justificar la idea corriente de que los vinos que transportan los aguan bastante, haciéndolos

perder su excelente aroma, antes de llegar a su destino. Pero por bulliciosos que sean, no olvidan levantar sus bonetes luego con el saludo de “¡Adiós señor!” “¡Buen viaje amigo!”.

Esta cortesía es innata a todos los chilenos y usan de ella en todas partes, en todas sus acciones, desde el negocio más importante hasta cuando piden lumbre para encender un cigarrillo.

Llegando a Los Ángeles me dirigí a la casa del Intendente, don José Erasmo Jofré, con las cartas que el Gobernador de la provincia me había dado, exponiendo mis proyectos y recomendándome a la atención de las autoridades.

El Intendente me recibió con promesas de procurarme la ayuda necesaria para que siguiera adelante con mis planes.

Como no había posada en el pueblo, me convidó a participar de su estrecho departamento, ofreciéndome, al mismo tiempo, buscarme alojamiento en casa de alguna familia donde podría estar más cómodo, si así lo prefería.

Sabiendo que era preciso molestar a alguien, acepté su hospitalaria invitación, antes de recurrir a ninguna de las familias; porque una petición del Intendente, cualesquiera que fueran los términos en que se dictaba, habría sido probablemente considerada como una orden y cumplida como tal.

Como mi huésped tenía que ocuparse de algunos asuntos oficiales, me entregó al cuidado de un joven a quien encargó me atendiera mientras tanto; este me llevó a una casa vecina donde encontramos reunidas un gran número de personas.

La reunión tenía por objetivo celebrar el cumpleaños de la dueña de casa o, más bien, el día de su santo.

Es una regla casi invariable en Chile, darle al niño el nombre del santo del día en que nace aun cuando sea del sexo contrario. Por esto encontramos tantas Franciscas, Josefás y Pablas entre las mujeres, y tantos Marías entre los hombres. Todos celebran su cumpleaños cuando llega el día del santo de su nombre, pero en muchos casos estos son movibles en el calendario, y a menudo un chileno no sabe el verdadero día de su nacimiento.

Tuve la esperanza de poder desempeñar el papel de tranquilo observador, sin tomar parte activa en la fiesta, porque después de tan largo viaje un asiento en algún rincón me habría sido más agradable que el ejercicio violento del baile.

¡Inútil!, mi amigo, insistió en presentarme a todos los invitados, dándome un número de títulos verdaderamente desconcertante, y luego me encontré en la posición poco envidiable de ser el objeto de todas las atenciones. No se me admitían disculpas; me llenaron de dulces y de confites; me buscaron compañeras y, a pesar del sueño que sentía, tuve que bailar polcas, vales, cuadrillas y zamacuecas hasta las dos de la mañana.

Casi todas las damas eran bonitas y de buena figura; todas, bien vestidas y de agradable trato; eran vivas e inteligentes y, sin ser muy instruidas, poseían un grado de refinamiento que era extraño encontrar en un lugar de poca importancia, tan alejado de la capital. Los jóvenes se mostraban verdaderos provincianos, con bastante pretensión de elegancia exagerada, aunque vestidos con trajes pertenecientes a modas un poco

antiguas. No fue esta la primera oportunidad que se me presentó de observar –como no pueden menos de hacerlo todo extranjero en Chile– la superioridad inexplicable tanto intelectual como física, de las mujeres sobre los hombres.

Regresando de esta fiesta a una hora bastante avanzada, tuve ocasión de presenciar otra celebración de carácter muy diferente.

Al pasar por delante de una casita, atrajo mi atención el canto y los fuertes gritos que salían de adentro. Una mujer que estaba de pie en la puerta abierta, viendo que me detenía, me convidó a entrar.

– ¿Qué es lo que pasa?, Pregunté.

– “Estamos velando a un angelito de Dios”, respondió ella.

Una contestación tan poco inteligible no hizo sino aumentar mi curiosidad, y entré.

La pieza estaba llena de hombres y mujeres del pueblo, ocupados en beber y en palmotear al son de la música, dos mujeres, sentadas en el suelo, guitarra en mano, cantaban, con voz pausada versos en que se refería la felicidad de alguien en la gloria.

Pero el objeto que más saltaba a la vista era una especie de altar rodeado de velas encendidas y adornado con flores artificiales. En el medio estaba sentada la figura de un niño de tamaño natural, pintada con profusión de blanco y rosado y vestido de chucherías y adornado con alas de gasa. Es solo la imagen de algún santo, pensé, e iba a retirarme, cuando una segunda mirada me convenció de que la figura presentaba algo extraño. El cabello parecía natural; los ojos eran vagos y apagados, y las uñas de los dedos, perfectamente formada.

Al parecer, había demasiado arte para que fuera natural y, a la vez, era demasiado natural para que fuese todo arte. Me aproximé más para hacer un examen más prolijo.

– ¡Era un cadáver!

– ¿Qué es eso?, pregunté a uno que está presente.

– Un angelito, señor.

– “¿Un qué?”.

– Un niño muerto.

Me retiré disgustado.

Después supe que estos velorios son muy comunes en todos los distritos rurales, y que frecuentemente se continúan, con música, bailes y borracheras, noche tras noche, hasta que el cadáver principia a descomponerse.

En Los Ángeles se hace un comercio considerable con los indios, consistente en el cambio de paños, cuchillos, vinos y cachivaches, por animales y lana.

Esta zona provee de gran cantidad de trigo a los extensos molinos de la vecindad; pero nada se fabrica en ella si exceptuamos los pocos ponchos y otros artículos similares tejidos por la gente del pueblo.

Mientras vagaba por las calles, llegué a una casa donde varias niñas estaban ocupadas en tejer ponchos de diversas clases. Se sentaban en el suelo o en pisos muy bajos y sus telares eran de construcción muy primitiva.

Sin oponer dificultad me permitieron entrar, pero por cortesía, dejaron de trabajar, y solo después de muchos ruegos conseguí que continuaran su tarea.

Me sorprendió saber que los colores brillantes que muestran aquellos tejidos y que tanto llaman la atención de los extranjeros, no son teñidos por los naturales, cuyos tintes son, en la mayor parte, sombríos: café o azul oscuro. La lana escarlata y otra de colores brillantes que usan para adornar sus ponchos, se obtienen deshilando las franelas inglesas o francesas. Las hebras delgadas que así se procuran son después torcidas unas con otras, hasta conseguir un hilo del grueso necesario.

Había en el telar una chamanta –nombre que se da a ponchos que se componen nada más que de listones de colores diversos– el cual me llamó la atención a causa de su fina textura y hermoso trabajo.

Había sido mandada hacer, y el dueño había escogido el dibujo y entregado los materiales. Su valor intrínseco sería, más o menos, de treinta y cuatro pesos, una vez determinada.

La pobre niña calculaba que demoraría cuatro meses en terminarla e iba a recibir por su trabajo la suma de doce pesos. Antes, jamás se me había ocurrido pensar en la inmensa revolución causada en la labor humana por el vapor. No obstante, es un hecho singular, que con todos los adelantos de la ciencia moderna, los telares más célebres de Europa no han podido igualar las telas producidas por la maquinaria más primitiva. No solo permanecen sin rivales los chales del oriente, pero aun la frazada sudamericana no ha podido imitarse con éxito.

Todos los años envían los fabricantes ingleses gran número de ponchos a Chile, pero no pueden confundirse con los nacionales; aunque su textura es más fina y sus colores más suaves, no duran lo mismo, y la lluvia los traspasan con facilidad, en tanto que, los hechos en el país, al mojarse un poco, se ponen tiesos y compactos, lo que permite que la lluvia corra de la misma manera que por sobre el techo de una casa, protegiendo así al que los usa.

Sentí no haber salido de Concepción una semana antes, porque el Intendente me informó que acababa de volver de una visita hecha al volcán Antuco, acompañado de varios oficiales y de un caballero inglés de Valparaíso, a quien yo conocía.

Su objetivo había sido averiguar si existían motivos que justificasen el temor de los habitantes de la provincia, de que las aguas de la laguna de la Laja, aprisionadas por una corriente de lava, pudiesen romper el dique y causar una gran inundación. Encontraron que el peligro era solo imaginario; pero el viaje había resultado de sumo interesante y me aconsejó que demorara lo menos posible en hacer mi visita proyectada.

Determiné partir de inmediato. El Intendente me proporcionó una carta de introducción para el cura y una orden para el subdelegado del distrito y a sus buenos oficios debí también el guía que me acompañó.

Capítulo IV

El volcán se encuentra casi al oriente del pueblo, pero el camino conduce más al norte.

Poco después de partir llegamos a una gran llanura, muy pastosa y con grupos de hermosos árboles esparcidos aquí y allá, que aumentaron en número cuando encontramos a la espléndida Hacienda de las Canteras, extensa propiedad que pertenecía al expresidente Bulnes.

Esta hacienda tiene fama de ser una de las mejores del sur de Chile, y como tantas otras de la región, se compró directamente a los indios.

Se dijo que el gobierno tenía la intención de examinar los títulos de las propiedades obtenidas de esta manera, y de confiscar las adquiridas por medios fraudulentos o que hubiesen sido traspasadas de una manera incorrecta; pero mientras la Hacienda de las Canteras esté en poder de su actual dueño, no es probable que nadie le dispute el título, aun cuando tal vez en manos de una persona de menos influjo, pudiera pasar otra cosa. A la distancia divisamos las grandes casas de la hacienda; pero no nos acercamos a ellas.

Llegamos a la casa del cura de Antuco a las ocho de la noche. Nos sirvieron una abundante cena a la cual hicimos plenos honores. El cura era joven, bien educado y de distinguidos modales; su casa era el punto obligado de alojamiento de cuantas personas extrañas pasaban por aquella vecindad; y, al parecer, esta situación le era agradable porque la sociedad que así se proporcionaba distraía la monotonía de su existencia.

A la comida siguió una botella de mosto generoso; y sacando yo, después, algunos habanos escogidos que guardaba para ocasiones especiales, nos acercamos al bracero para pasar algunas horas en agradable charla.

El día siguiente era domingo, y desde temprano comenzó un formidable traqueteo que anunciaba la celebración de la misa en una capillita situada a corta distancia. El campanario era un manzano, en el cual estaba montado un muchacho, quien golpeaba con todas sus ganas en una pequeña campana trizada, suspendida entre las ramas. La capilla era pequeña y carecía de adornos; pero era aseada y estaba arreglada con gusto. La asistencia era grande y se componía en parte de indios; quienes, aunque atraídos probablemente por la curiosidad, se portaron con respeto y circunspección.

Después de la misa, la casa del cura se llenó de hombres y mujeres, que traían toda clase de quejas y demandas para que él se las resolviera. Al parecer, el cura era el árbitro de todas sus disputas, y ejercía sobre ellos una especie de dominio patriarcal que nadie discutía. En rigor, estos asuntos pertenecían al subdelegado, oficial subalterno nombrado por el jefe del departamento; pero como en los lugares de poca importancia, el cura, además de su carácter sagrado, es generalmente la persona de más inteligencia, con facilidad adquiere gran ascendiente sobre todos, lo cual a menudo produce los más felices resultados.

Indígenas pehuenches. Reuel Smith, *op. cit.*

Durante el día se vio un buen número de indios ociosos en la vecindad. Volvían de una expedición comercial de Chillán a donde habían llevado para vender animales vacunos y sal, y ahora iban en viaje de regreso a Buenos Aires por vía de los Andes y las Pampas, con los productos de sus negocios. Se habían detenido en esta última población de su camino para armar una jarana, y parece probable que llegarían a sus hogares más pobres que cuando salieron.

Eran sucios, de aspecto salvaje, y bulliciosos; aunque alcoholizados, no eran ni turbulentos ni pendencieros. Horas enteras permanecían sentados en círculo, pasando el cántaro de boca en boca, mientras uno u otro recitaba un discurso monótono, intermezclado con gritos, los cuales eran contestados por los oyentes con sonidos guturales de aprobación.

Su traje era el vestido corriente del gaucho de las Pampas: un poncho terciado sobre los hombros o amarrado a la cintura; otro, sujeto por una faja arreglado a manera de pantalones turcos, debajo del cual usaban anchos calzones blancos con flecos en las orillas. Calzaban botas de cuero de caballo, por las cuales el dedo grande del pie asomaba lo suficiente para permitir su introducción en las pequeñas estriberas triangulares de madera que usan. Llevaban el cabello largo, contenido solo por un pañuelo de algodón de color resaltante. Unos pocos lo llevaban trenzado en parte, y adornado con cuentas de plata; pero, por lo general, no hacen ostentación de riqueza cuando están fuera de sus hogares.

Estos indios eran pehuenches o puelches, término general aplicado a todos los que viven al este de la cordillera; o tal vez entre las montañas al oriente de la llanura. El nombre significa (pehuén pino, y che gente) gente de los pinares; probablemente a causa de los bosques de pinos que se encuentran al pie de la cordillera. La palabra

puelche también se usa mucho por la gente del pueblo en el sentido de oriente o de viento que sopla desde esa dirección.

Estos indios son de la misma raza que los araucanos, hablan el mismo idioma, y difieren de ellos solo en las peculiaridades de usos y costumbres que resultan de la diversidad del clima, suelo y modo de vivir.

Antuco es una pequeña aldea construida por entero de cañas, barro y totora. La capilla y la casa del cura eran los únicos edificios blanqueados.

En la noche, acompañado de dos de los oficiales del piquete estacionado allí, hice una visita a una de las notabilidades del lugar, y fuimos recibidos con la mayor hospitalidad. La casa, como todas las demás, estaba enlucida de barro por dentro y fuera y los tijerales estaban a la vista. El amoblado consistía en unas pocas sillas de madera (que juraría fueron hechas en Connecticut) y una tira de alfombra o jergón de fabricación casera, tendida delante del asiento de honor, donde la señora rodeada de sus hijas, esperaba a sus visitas.

La formalidad de la presentación pasó rápidamente, y después de los ruegos, disculpas, ronquera, falta de memoria, tos, etc., usuales en tales circunstancias, una de las señoritas tomó su guitarra y nos favoreció con una tonada. Siguió una polca; pero como la ejecución de las rápidas vueltas que exigía la música de la guitarra, y con compañeras no muy diestras, no era tarea muy fácil en el piso desparejo de barro, los bailes de etiqueta cedieron su lugar a la zamacueca nacional.

La zamacueca ha sido muy difamada por los extranjeros que la han visto solo en los puertos y en las localidades de carácter cuestionable; pero tal como se baila en la buena sociedad, o aun entre la gente del pueblo, en el interior, no es menos graciosa, y sí mucho más modesta que los chotis y redovas del salón moderno.

La pareja se pone de pie, él al frente de ella, a unos pocos metros de distancia. Suena la guitarra, comienza el canto, el auditorio golpea las manos marcando el tiempo de la música. Los bailarines avanzan, retroceden con coquetería, circulando o girando como se lo sugiere el capricho; pero siempre enfrentando una a otro, agitando constantemente sus pañuelos, mientras ejecutan pasos intrincados. Como la figura y el paso son arbitrarios, cada uno tiene su estilo especial, que aumenta mucho la belleza y el interés del baile. La música, aun cuando es una repetición monótona de unas pocas notas, es inspirante; y los versos, si no son grandes obras poéticas, sirven para animar el baile. Doy aquí un ejemplo:

“Dices que no me quieres,
Porque no tengo que darte;
Enséñame a aborrecerte
Porque no sé más que amarte”

En la mejor sociedad de la capital y de los puertos ha desterrado la zamacueca, por el hecho de ser plebeya; la misma razón ha causado el abandono de la guitarra, y aun le ha creado una mala atmósfera entre los encopetados; pero en sus bailes y tertulias,



La zamaceca. Reuel Smith, *op. cit.*

después de la cena, cuando la etiqueta ha mermado, la música y bailes nacionales suelen reasumir su antigua supremacía, y son siempre recibidos con entusiasmo.

Al principio, el cura parecía no querer comprometer su dignidad, y se mantuvo un poco alejado de la tertulia, pero acosado por bromas de buen tono, se entregó y después de arremangarse la sotana, se puso a bailar con todo entusiasmo.

Este joven cura tenía muchas cualidades que le hacían agradable; parecía sincero, e interesado en velar por el bienestar de sus feligreses, sin embargo, no tenía nada de ascético, ni de terco en su carácter; era compañero simpático e hizo todo lo posible para contribuir a la comodidad y entretenimiento de sus huéspedes.

En otra ocasión había tenido que recurrir a la hospitalidad de uno de sus colegas a quien conocí bien; y le conté la recepción que me había hecho. Se divirtió mucho con mi narración y, aunque tal vez no resulte tan interesante para el lector, sin embargo, me tomaré la libertad de reproducirla aquí.

En mis viajes más al norte de Chile, la casualidad hizo que me encontrara con B., joven inglés, quien viajaba hacia Chillán con una gran tropa de mulas de carga, por algún asunto cuya naturaleza nunca alcancé a descubrir.

Era un día helado y lluvioso cuando llegamos al pueblecito de R... Durante algunas horas habíamos viajado en medio de una tempestad deshecha, mojados hasta los huesos, pero teníamos una buena expectativa por delante, porque B. llevaba una carta de presentación para el cura de la localidad, quien, según le habían asegurado, nos atendería con todo cariño.

La vista de dos torrecillas blancas hizo latir nuestros corazones. Mientras veníamos caminando cansados, por el barro y el agua, habíamos pensado con placer en las comodidades del curato, y habíamos formado en nuestra imaginación muchos retratos del buen padre, con su cara rubicunda y su obesidad pronunciada; un modelo de hospitalidad y de buena vida. Ahora nuestros sueños iban a materializarse.

Al doblar una esquina, tuvimos por delante la tranquila casa del cura, muestra de aseo y de comodidad, bien resguardada a la sombra de la iglesia. Un jardincito delante de la puerta indicaba la presencia de alguna persona del bello sexo. Si hubiéramos tenido recelos, estos ahora se habrían desvanecido; y espoloneando a nuestros corceles nos lanzamos hacia la casa sin detenernos hasta llegar a la misma puerta.

Una guitarra sonaba, y sentimos el ruido de risas apagadas; pero ambas cesaron al momento y media docena de caras femeninas se asomaron a la ventana, para retirarse enseguida. Luego se sintió correr los picaportes; la puerta se abrió un poquito y se asomó una naricita arremangada, acompañada de dos ojos negros que brillaban con una impertinencia encantadora y nos miraba con sangre fría desconcertante a la vez que con admiración inquisitiva. Más atrás se veían otras narices y ojos, todos con la misma expresión de sorpresa.

Haciendo un profundo saludo preguntamos:

– ¿Está en casa el padre?

– Sí, señor.

– ¿Podemos verle?

– Ahora no, señor; está durmiendo la siesta y no se le puede estorbar por otra hora todavía.

Al oír esto, B. sacó de su bolsillo algo que parecía un trapo mojado, y extendiéndolo hacia la doncella, la informó que era una carta para el cura. Le dio vueltas interrogativamente, diciendo que se lo entregaría cuando despertara.

– Pero –gritó B poniéndose impaciente, porque la lluvia caía a chorros–, es una carta de recomendación: hemos venido a alojarnos aquí.

– ¡Ah! –dijo ella con asombro–, entonces sería mejor que entrasen a esperar hasta que despierte el cura.

Nos introdujeron a un cuarto pequeño que servía de pasadizo entre la calle y el patio interior. Una ventana y una puerta, ambas abiertas de par en par, mantenían una libre circulación del aire y la temperatura era casi tan desagradable adentro como afuera. Una mesa de pino, una banca y dos sillas anticuadas con respaldos de cuero formaban el único amoblado; y el húmedo piso de ladrillos no tenía ni alfombra ni estera.

No nos sorprendió encontrar una pieza de esta índole en el campo, donde las que sirven de salón, de cocina, de dormitorio o de gallinero son, en general, por el mismo estilo; pero una puerta medio abierta nos mostró un saloncito muy cómodo, bien amoblado y alfombrado; e hizo nacer en nuestra mente opiniones que no eran muy favorable para la cortesía de nuestros huéspedes.

Las damas nos miraron por algún rato, hicieron algunas observaciones sobre el mal tiempo, agotaron todas las preguntas a que las obligaba la curiosidad y entonces se retiraron alegremente al salón para reasumir sus bailes. De la misma pieza también venían el olor de azúcar quemada, el ronquido de una tetera hirviendo y otras muestras inequívocas de que el mate estaba ejerciendo su influencia habitual.

Esto, para nosotros, era desesperante: un asiento en ese salón confortable habría sido delicioso; un baile agitado habría calentado nuestra sangre casi helada por el frío, yertos, mojados y hambrientos como nos encontrábamos, era un colmo tener al alcance de nuestros sentidos el confortante mate, símbolo de hospitalidad del hogar chileno, sin poder participar de sus beneficios.

B metió ambas manos en los bolsillos y dejando caer la cabeza sobre el pecho, principió a lanzar las más furiosas invectivas contra la vileza de la humanidad, en general, y en especial contra los chilenos.

En cuanto a mí, aunque tenía hambre, cansancio y no poco disgusto, sin embargo, esta repentina e inesperada destrucción de todos nuestros hermosos sueños me parecía tan burlesca que no pude menos que reírme a carcajadas y embromar a mi compañero sobre su excelente carta de presentación. Pero sobre ese punto estaba seguro —“lo que hemos sufrido se debe principalmente a la poca educación de unas muchachas inconscientes, y el buen padre cuando despierte nos acomodará muy bien”— dijo él.

Pasó una hora —para nosotros una eternidad— cuando una de las niñas vino a advertirnos que iban a darle un esquinazo al cura para espantarle el sueño. Entonces, todas salieron corriendo como bacanales y luego sentimos resonar en un corredor distante, el toque monótono de la guitarra, un fuerte coro interrumpido por risas y el alternado frotamiento y golpes de un cuero de oveja contra la puerta, imitación del chirrido y de la explosión de los cohetes.

Volvieron las niñas en tropel, nos miraron de nuevo con curiosidad y partieron en medio de la lluvia, cada una a su casa.

No demoró en aparecer el cura. Era hombre grande y corpulento, vestido de sotana como es costumbre entre el clero; sobre sus anchos hombros había echado un poncho de color café; sus pies estaban metidos en suecos que le daban dos pulgadas más de estatura y su cabeza todavía ostentaba un blanco gorro de dormir cuya borla caía hacia adelante. Un formidable par de anteojos adornaba su nariz; sus labios estaban comprimidos sobre un cigarrillo de papel, el humo del cual echaba despreciativamente por las ventanillas de la nariz; su ancha cara tenía el color del bacalao seco; hasta su doble barba no indicaba ninguna expresión benévola; y mientras se paraba allí, con

las manos en los bolsillos, mirándonos de reojo, todo su aire demostraba muy poca hospitalidad espontánea.

– Traje una carta para Ud. señor, dijo B –inclinándose políticamente.

– Sí, la he leído –fue la contestación seca y significativa del clérigo, mientras se dejaba caer en un sillón.

Ambos tuvimos la misma idea –abandonar la casa y buscar alojamiento en otra parte– pero, ¿dónde podríamos ir? El temporal continuaba sin piedad –nuestros sirvientes habían ido a dejar al potrero nuestros caballos, no conocíamos el pueblo y no teníamos ningún medio de transportar nuestros equipajes.

Siguió un silencio, roto al fin por B –quien dijo:

– Sentimos mucho señor, darle tanta molestia.

– De ninguna manera, señor: la casa está enteramente a su disposición –fue la respuesta en tono fríamente cortés.

– Le libramos de nuestro cuidado, a la primera hora de la mañana.

– “¡Ah!” –exclamó el cura, mirándonos y el montón formidable de equipajes, como quien creyera que habíamos venido a pasar un mes a lo menos. Era evidente que sintió cierto alivio, y preguntó en tono más conciliador cuantas horas habíamos andado ese día.

– Partimos muy temprano por la mañana sin esperar siquiera el desayuno –dijo B–, dándome un codazo en las costillas para llamar mi atención sobre la manera delicada con que había hecho la insinuación. Aunque ni la indirecta ni el codazo me pasaron inadvertidos, el buen padre al parecer no entendió ni la una ni el otro.

– ¿Llovió mucho por el camino?

– Sí, señor, el temporal fue violento y hacía mucho viento; nos mojamos mucho y nos helamos hasta los huesos.

El codo otra vez me buscó las costillas, pero nuestro cura no comprendió que alimento y lumbre aumentarían nuestra comodidad y siguió fumando su cigarrillo en silencio.

Mi pobre amigo llegó al colmo de la desesperación. Había sido derrotado, y habría abandonado la lucha si no hubiera divisado en mis labios una sonrisa que en vano traté de reprimir. Eso picó su amor propio y reuniendo todas sus energías exclamó:

– Mi querido señor, tenemos mucha hambre, ¿no nos dará algo de comer?

El cura nos aseguró, con un ademán lleno de dignidad, que no teníamos para qué preocuparnos por ese capítulo.

– Pero, señor –continuó B, determinado a seguir manteniendo su ventaja–, también tenemos mucho frío; ¿no nos hará Ud. el servicio de pedirnos un poco de fuego?

Dio las órdenes del caso y después de unos pocos momentos pasados en silencio, apareció la sirvienta con un enorme brasero lleno de carbón. El padre, entonces, se retiró y nos dejó para que gozáramos del fuego en libertad.

– ¿Qué te parece ahora, su magnífica recomendación? –pregunté cuando había salido el cura.

Mi compañero se desquitó con un furibundo discurso sobre las cartas de recomendación y los que las escribían.

Habló con vehemencia contra todos los sudamericanos, sobre todo contra los chilenos y en especial contra los habitantes de R, entre los cuales demostró con toda claridad que los padres eran los más viles y los más descastados. Pero su enojo se apagó por sí solo y llegó pronto a disposiciones más caritativas, hablando enseguida de las ventajas de viajar y de estudiar la naturaleza humana, de una manera que habría hecho mérito a un filósofo.

De manera lenta pasó otra hora, cuando de repente entró una señorita, quien, abriendo un cajón, principió a poner la mesa. Hecho esto, acercó una silla al brasero y sentándose entró en conversación. Era joven —al menos no muy vieja— viva como todas sus compatriotas, y bonita, de tipo claro, mejillas rosadas y ojos negros encantadores. Bajo su suave influencia principiamos a modificar nuestras opiniones y a creer que tal vez, dado por sus manos aun el pan amargo de una hospitalidad forzada tendría un gusto más dulce.

Nos dijo que era sobrina del buen cura, y que había venido a acompañarle a fin de dirigir su casa y vigilar sus asuntos temporales. No le habíamos hecho ninguna pregunta; pero parecía que ella estimaba necesaria esta explicación, porque el mundo es a veces poco caritativo.

Luego trajeron la comida, que fue abundante. Había una cazuela de ave, que olía a cebollas, seguida de un buen trozo de asado con ensalada de betarraga; todo ello acompañado de algunas botellas de vino tinto —el rico mosto del sur. El buen padre (o tal vez la sobrina) se había sobrepasado y subió mucho nuestra estimación.

La señorita insistió en sentarse a la mesa para servirnos; y determinado a hacer honor a su bondad, tomé una cucharada llena de la succulenta cazuela. Había olvidado la predilección de los chilenos por el ají y cuando me detuve para respirar, sentí que me picaban la boca, la lengua y la garganta como si hubiera tragado plomo derretido. La picazón fue intensa y tomando lo que había más a la mano —una botella de mosto— me serví un vaso lleno. Era un vino fuerte y alcohólico y pasó como fuego líquido por mi ya lacerada garganta. Pude haber gritado de dolor, las lágrimas me saltaron a los ojos y miraba por todos lados con desesperación para ver si encontraba con que aliviar el intolerable ardor de mis fauces.

La señorita, viendo que algo me faltaba, me dijo con una sonrisa angelical: —¿Qué le puedo pasar, señor? Tal vez le gustaría un poco más de ají. Así hablando, colocó al lado de mi plato una fuente con estos pimientos rojos.

Tomé el plato nerviosamente; y si este ofrecimiento hubiese venido de un hombre, se lo habría tirado por la cabeza. Pero ello fue hecho con tanta solicitud y con una sonrisa tan bondadosa, que vencieron mi fastidio. Ella, sin duda, creyó que el ají era el condimento más delicioso del mundo. De modo que, refrenando mis sentimientos y presentando una cara más agradable, le aseguré que el caldo no podía mejorarse con la

adición de alguna cosa, y que no habría sido mejor, aun cuando lo hubiesen preparado sus propias manos, cumplimiento perfectamente español y, al contrario de la mayor parte de las lisonjas, absolutamente verídico.

Durante esta escena, tuve temor de mirar a B, sabiendo que le había llegado su turno para reírse de mí. Le di, sin embargo, una mirada de soslayo, y pude verlo con la cara roja por los esfuerzos que hacía para reprimir su hilaridad. Había sido más advertido que yo, y escogía las presas con mucho cuidado, dejando a un lado todas las que no eran suculentas. Por el momento, yo tan solo deseaba que él y su amigo, su recomendación, el padre, los ajíes y todos (menos la señorita) estuviesen en los quintos infiernos.

Toda tentativa de comer más era inútil. La señorita se mostraba muy preocupada, creyendo que yo había perdido el apetito o que estaba enfermo. Muchos días después, mis labios hinchados y mi boca llena de ampollas me recordaban constantemente al buen cura y su cazuela.

Nuestras meditaciones digestivas fueron interrumpidas con la llegada de dos caballeros, quienes deseaban ver al señor cura. Me pareció reconocer en uno de ellos a un mayor S –a quien había visto en Santiago y no me equivocaba, porque, después de mirarme por un momento, se adelantó con prisa y me sacudió con violencia la mano, como lo hacen aquellas personas que quieren aparentar mucho gusto ante un casual encuentro. El cura quedó pasmado; necesitaba una explicación, que no demoró en ofrecerse, porque el bueno del mayor, viendo que nos conocíamos imperfectamente, me presentó al punto como el Sr. don Eduardo, uno de sus amigos íntimos, y además oficial de la marina de Estados Unidos. Siguió explicando de una manera nueva y original la naturaleza y objetivo del Observatorio de Santiago, del cual, según él, era yo uno de los altos oficiales, puesto honorable y lucrativo, y terminó por recomendarme al cura como sabio muy distinguido.

Yo estaba abrumado por la volubilidad del mayor, y sorprendido con tanta atención de parte de una persona con quien nunca había tenido relaciones de confianza; pero fuere el que fuere su propósito yo nada perdía con el encuentro. Los amigos de un dignatario tan distinguido como lo era el jefe militar de la zona (tal era el puesto que ocupaba el mayor) no podían ser sino personas de alta consideración y en vez de figurar como forasteros oscuros, poco deseados y quizá sospechosos, nos encontramos de repente amigos íntimos y festejados de las autoridades militares, civiles y eclesiásticas.

El cura ahora estaba satisfecho de nuestras credenciales, se mostró tan amable como antes había sido reservado. Hizo todo lo que pudo para entretenernos y, al día siguiente, cuando nos preparábamos para salir de madrugada, insistió en que nos quedáramos otro día más o, por lo menos, a almorzar, prometiéndonos que la segunda parte de la visita sería mucho más agradable que la primera. Sin embargo, no aceptamos su hospitalidad, habiendo resuelto seguir nuestro viaje; pero le dijimos que pasaríamos a visitarle a nuestra vuelta, si ello era posible.

Cuando estábamos a punto de partir, se divulgó el secreto de nuestra singular recepción.

Un buen número de aldeanos llegaron a la casa y preguntaron por nosotros.

– ¿Tienen cuerdas de guitarra para vender? –preguntó uno.

– ¡No! –fue la contestación.

– ¿Tienen cintas? –preguntó otro.

– No, no tenemos nada que vender.

– ¿Cómo? ¿Por qué llevan tantos baúles entonces? –exclamó un tercero, mostrando con el dedo las mulas cargadas.

– ¡Han de creer que somos mercachifles! –gritó B, indignado.

– Para decir la verdad, caballeros –dijo el cura–, así creí yo al principio.

Cada cuento tiene su moral; y si el lector alguna vez está obligado a viajar en Chile, que se fije en las mulas de carga y en el equipaje superfluo, si es que aprecia su respetabilidad.

Capítulo V

Aun cuando el pueblo de Antuco está a la vista del volcán, y a pesar de que sus habitantes habían tenido el mayor temor a causa de la erupción, encontré que ninguno de ellos se había atrevido a acercarse al monte, con excepción del cura, quien acompañó al Intendente en su visita oficial. Tuve, por lo tanto, que valerme de la carta que había recibido para el subdelegado y pedir los servicios del capitán de amigos (intérprete indio), quien vivía cerca del volcán y conocía todos sus alrededores. Se le advirtió que estuviera listo y, al día siguiente, a las cinco y media de la mañana partimos.

Después de cinco horas de viaje llegamos a la casa del capitán, nuestro guía, donde almorzamos y dejamos descansar a los caballos.

Cerca de este punto se encuentra el fuerte de Ballenar o, más bien, sus ruinas, situadas sobre un cerro de forma tal singular que al principio me imaginé que el nombre Castillo de Ballenar se daba al cerro mismo por su parecido a un castillo con terrazas, bastiones, torres y almenas.

El fuerte fue construido de ladrillo y, aunque pequeño, era de mucha importancia en los tiempos de Pincheira, para tener a raya a los indios que acostumbraban dejarse caer por el paso vecino y devastar todos los campos cercanos, pero desde hace tiempo ha sido abandonado por inútil. Los únicos indios que ahora viajan por esos caminos son pacíficos comerciantes, quienes hacen excursiones amistosas para negociar en los pueblos que desolaban en tiempos pasados.

A mediodía continuamos nuestra marcha. El guía echó dos o tres pedazos de charqui entre los pellejos de su montura y llenó sus alforjas de cebollas, como provisiones para el viaje.

A medida que avanzábamos, más hermosos eran los paisajes, porque nos internábamos en profundas quebradas, atravesando una y otra vez el torrentoso riachuelo que en un

punto formaba una espléndida cascada, al pie de la cual las aguas se reunían en pozo tan puro y cristalino, que cada piedrecilla se destacaba clara y definida en su límpido fondo.

Con dificultad subimos un alto cordón y desde el portezuelo pudimos observar un panorama de carácter completamente alpino. No recuerdo haber visto nada más grandioso. Por un lado, se levantaba con orgullo la escarpada Sierra Velluda, que elevaba hacia el cielo sus pináculos rocosos, coronados de nieves eternas; por el otro, se alzaban más picos nevados, llenos de torrentes y cascadas que saltaban y rugían sobre los peñascos en su carrera para aumentar el caudal del Laja, que aquí no era más que un riachuelo turbulento que corría a nuestros pies.

Por delante, desolado y negruzco se destacaba el cono aislado del Antuco. Es verdad que estaba cubierto de nieve; pero no blanca y pura, brillando bajo los rayos del Sol, sino grisácea y manchada con un velo de cenizas caídas del volcán. No se veía más indicio de su actividad, que un poco de humo y vapor que flotaba como nubecilla sobre el cráter principal.

Al bajar de este cordón notamos señales más frecuentes de la erupción última; trozos de escoria y fragmentos de piedra esparcidos a lo largo del camino y que aumentaban en número hasta que llegamos al Tuvunlevu, arroyo bullicioso, cerca del cual se encuentran los restos del último resguardo que queda a este lado de la cordillera. Aquí hallamos una masa de escoria que durante alguna erupción anterior corrió desde el volcán y después de hacer un circuito de ocho o diez millas entre los cerros, invadió este valle, interrumpiendo el curso del Laja.

Era de color negro ceniciento más semejante a la escoria de una fundición de hierro que a cualquiera otra cosa. No era compacta, homogénea y ricamente vetada de varios colores como la lava, sino una masa tosca, como si las rocas, trizadas y partidas por convulsiones violentas, se hubiesen cimentado y unido al enfriarse. En partes se presentaba en forma de tortuoso río, en otras como gigantesco muro, y, a veces, se asemejaba a olas que avanzaban con cresta espumosa y ondeada o como un torrente impetuoso de la montaña que, habiendo roto su barrera de hielo, se precipita en loca carrera, encontrándose de repente sujetado y petrificado en medio de su desenfrenado curso. Sobre él anduvimos cautelosamente, siguiendo el sendero formado por los indios, para llegar luego a un manzanar situado en una hermosa vega donde verdeaba el pasto mezclado con fragantes fresas y cruzado por un riachuelo de helada y cristalina agua que corría con suave murmullo a través del prado. Descansamos un rato y el guía quiso pasar la noche aquí. Me aseguró que en ninguna parte podríamos encontrar panorama más hermoso, ni lugar más adecuado para pastorear los caballos.

Los cerros que se elevaban abruptamente a nuestro alrededor se componían de arena volcánica suelta y de cenizas; eran áridos, sin más vegetación que unos cedros que crecían a sus pies o en algunos puntos de la falda donde existía un poco de humedad. Como el volcán se encontraba a una corta distancia y eran solo las cuatro de la tarde; preferí más bien avanzar.

Casi al frente del lado del volcán, donde había tenido lugar la erupción, en un cerro alto por donde teníamos que pasar, se podían divisar algunas manchas verdes, y las nieves cercanas ofrecían agua en abundancia. Como parecía estar cerca insistí en llegar hasta allá, y el guía, de mala gana, dio su consentimiento.

La distancia era mayor de lo que me había imaginado y el camino mucho más difícil de lo que aparentaba. Desde nuestra posición se divisaba un vasto lecho de escoria que teníamos que atravesar con lentitud, en curso ondulado para evitar las partes más ásperas donde podían lastimarse los animales. Tuvimos que cruzar el río, que no era profundo ni ancho; pero sí, impetuoso y lleno de hoyos y de piedras resbalosas. Pasando una honda quebrada, principiamos la subida. El primer cerro se componía de arena suelta, cenizas y fragmentos de escoria angulosos y constantes; y se levantaba por más de cien metros, de manera tan abrupta, que parecía casi perpendicular. Subí a caballo por una parte del camino, haciendo cortos zig-zag, pero el pobre bruto se esforzaba tanto y avanzaba tan lento que lo desmonte y seguí a pie, a veces gateando debido a lo escarpado del trayecto. Mi sirviente también se desmontó; pero el guía quedó firme en su silla, y dijo que prefería que el caballo se estropeará y no él. Llegó arriba sin novedad, pero yo a cada momento esperaba verle rodar con caballo y todo por el barranco pendiente y traicionero.

Siguieron otros cerros ásperos, cubiertos de trecho en trecho por pequeños y raquíuticos arbustos que daban una especie de baya; y después de una cabalgata muy fatigosa llegamos al punto que habíamos divisado desde el valle. El Sol se había puesto, estaba oscureciendo y, aunque el espectáculo desde allí debía quizá ser hermoso durante la noche; no había pasto; lo verde que yo había visto resultaron ser unos montes bajos y ramoso. Me encontraba perplejo y estaba deliberando si me alojaría allí, mandando los animales con el guía y mi sirviente a un punto donde pudiesen hallar pasto, cuando el problema fue resuelto de otra manera. Una tempestad, que desde hacía rato nos había amenazado, estalló de repente.

El relámpago principió a alumbrar la cima, seguido por el estruendo resonante del trueno, y gruesas gotas de lluvia más tupidas cada instante, pronto nos empaparon. No había donde refugiarse ni pudo hallarse otro abrigo próximo, sino una profunda quebrada bordeada sombríos pinos que se encontraba a una milla de distancia.

Se me presentaba una oportunidad única de pasar aquí una noche en medio de todos los elementos que constituyen lo sublime. Pero la idea de quedar saturado de agua y sin comer, con el séquito consiguiente de resfriados y reumatismos, apagó todo mis ardores de romanticismo y partimos a galope por un llano de arena y cenizas, cortado por hondos zanjones, hasta que alcanzamos un árbol protector, cuyas bajas y frondosas ramas nos ofrecieron abrigo para la noche. Un banco de nieve daba nacimiento a un pequeño arroyo a cuyas orillas el pasto crecía fresco y tierno.

Dejamos en libertad a los rendidos animales, y haciendo una enorme fogata de las ramas secas que se encontraba en abundancia, luego tuvimos un campamento digno de los gitanos.

El capitán ensartó en un palo un buen trozo de carne y lo puso azar. En breve nos encontramos con la cena lista, sin otro condimento que un poco de sal y un buen apetito.

Nos tendimos debajo del árbol y cortamos la carne con nuestras navajas en perfecta igualdad y compañerismo.

También saqué un poco de charqui y una cebolla, las que eche en una olla colocada sobre el fuego y traté de hacer una sopa. Aunque el agua hervía a borbotones, ni la carne ni las cebollas se ablandaban. Al reflexionar se me ocurrió que en esta altura el punto de ebullición debe ser muy bajo. Esto resolvió el misterio y boté la sopa sin ofrecer ninguna explicación filosófica a mis compañeros.

Tendimos nuestras camas debajo de las ramas tupidas del árbol; y después de haber tomado la precaución de extender un poncho sobre las ramas más bajas como resguardo adicional nos echamos a dormir.

No duró mucho la lluvia. Continuaron los relámpagos y los truenos que producían efectos maravillosos entre las altas cumbres, y a veces las nubes negras que cruzaban el espacio reflejaban los fulgores del volcán que estaba escondido detrás de un promontorio del cerro. Pero la música nasal de mis compañeros que roncaban a gusto pudo más que los resonantes truenos y luego formábamos un terceto olvidados de toda la sublimidad de la naturaleza.

Nos levantamos al amanecer. El viento helado y penetrante que bajaba de los ventisqueros nos hacía castañetear los dientes. El suelo estaba en partes dorado con la amarillenta flor de perdiz. Las fresas recién estaban en flor. En la llanura, allá abajo, muy lejos, el grano otoñal estaba listo para la siega; en los valles cercanos podíamos ver la verdura estival, pero allí donde estábamos era todavía temprana primavera; y muy poco más arriba reinaba el eterno invierno.

Después de una larga carrera tras los animales, que habían vagado durante la noche en busca de abrigo, volvimos al punto que habíamos alcanzado la noche anterior. Desde allí subimos a otro cerro alto que nos ofreció un panorama de todos los campos circundantes. La escena me causó un sentimiento de tristeza y de desolación que nunca antes había experimentado. Por donde quiera que se mirase no se divisaba ser viviente, ningún sonido se oía ni indicación de existencia animada; todo era un desierto inhabitado e inhabitable; entregado a los elementos en lucha.

Negro y amenazante el vasto cono del Antuco se levantaba a nuestra vista. La nevada cumbre se extendía lejos de donde estábamos, mientras su ancha base nacía debajo de nuestras plantas. Orillando el abismo podíamos ver centenares de pies más abajo, el sitio donde había corrido el río de lava hasta encontrarse con el muro del precipicio, cerrando con una sólida barrera de piedra el lecho del Laja, represando las aguas del lago, que habían subido más de veinte pies sin hallar una salida.

Los dos nuevos cráteres que se habían abierto con la última erupción se encontraban por la falda norte del cono, a las dos terceras partes de su altura, un poco antes de llegar a la línea de las nieves y más o menos a un nivel con el punto en que nos encontrábamos.

La negra corriente de materia escoriácea que había fluido de ellos se extendía en su base en una anchura de media milla.

Aunque había cesado la erupción, al menos por el momento, penachos de humo y vapores sulfúreos salían de las grietas fulgurosas que seguían los contornos de las principales corrientes de lava todavía en estado semiígneo.

De vez en cuando, una pequeña cantidad de materia fundida se derramaba por el borde del cráter o una piedra incandescente rodaba sin rumbo por las faldas escarpadas.

Las explosiones, retumbantes como disparos de cañones, que habíamos sentido desde la aldea de Antuco habían concluido; pero seguía un ruido incesante, como si en las profundidades de la tierra las rocas partidas y destrozadas fuesen revueltas y molidas en constante agitación. El ruido se asemejaba mucho al que produce el hierro en barras llevado por una calle pedregosa en una carreta sin resortes. El único otro sonido que se oía era el de la caída de las aguas desde grandes alturas, hasta el lago o los valles inferiores.

Al suroeste del volcán se encuentra la Sierra Velluda, masa agreste de montañas que termina en picos puntiagudos, envueltos en ventisqueros y campos de nieves eternas. En muchas partes se levantaban escarpes altos y perpendiculares en los cuales no se sujetaba la nieve; y forman con sus tintes morados, un fuerte contraste con las capas níveas que los rodean.

Podíamos distinguir los plateados hilos de las cascadas que bajaban por esos precipicios para aumentar el caudal del río.

Al este del volcán y rodeando su base está la laguna de La Laja, masa de agua de siete millas de largo, y de una a tres de ancho.

De aquí, donde estábamos parados, a la orilla del farellón, se podría dejar caer una piedra al agua verde y tranquila que bañaba sus pies. Ni el más ligero movimiento estorbaba su plácida calma, ningún ave surcaba su superficie, semioculta en la niebla matutina, y con las montañas que se elevaban azules e indistintas desde sus bordes opuestos; se mostraba tan triste, tan sombría y tan muerta que parecía una digna compañera del desolado Antuco, sobre cuyos vastos flancos no se divisaba una hoja de pasto ni otra señal de vida.

Esta laguna me la habían descrito como hermosa cuando el Sol alumbra sus playas con risueña alegría, y baila sobre sus aguas agitadas por la brisa. Puede ser, pero nosotros la vimos bajo otro aspecto, y no despertó en mí ningún sentimiento agradable.

Las impresiones que me causó toda la escena eran las de tristeza, decaimiento y temor. A pesar de ser interesante como estudio de uno de los agentes más maravillosos en la formación del mundo físico, no tenía nada que alegrase o exaltase el ánimo. No parecía ser la contemplación de las obras siempre hermosas de la naturaleza; sino más bien de sus ruinas negras y humeantes, las evidencias de su ira.

Se había sido difícil la subida, la bajada no lo era menos. En algunas partes podíamos andar a caballo, en otras era imposible. Aun el capitán se convenció que existen

lugares donde es más fácil seguir a pie que a caballo; pero no sin mucho rezongos, se desmontó y se confió a sus propios pies.

Hay una antigua canción andaluza que dice:

“Para las cuestas arriba
Quiero mi mulo
Pero las cuestas abajo
Yo me las subo”.

Pero un chileno ni en las cuestas abajo alivia su bestia; y el verdadero huaso nunca se considera tan seguro como cuando está a caballo¹⁶.

Echamos adelante los animales para que nos formaran un sendero y seguimos sus pasos. En muchas partes juntaban las cuatro patas y se dejaban resbalar. Nosotros también tuvimos que seguir su ejemplo, resbalando por las cenizas y escoria de una manera muy poco beneficiosa para los pantalones.

Llegamos al valle en mucho menos tiempo del que habíamos demorado la subida; pero no sin algunos golpes, y un perjuicio considerable en nuestro calzado. Las patas de los caballos se cortaron con los afilados fragmentos de lava, y uno de mis animales se estropeó tanto que después quedó casi inutilizado, sin poder andar por terreno pedregoso sin manquear.

Tenía gran deseo de hacer la ascensión al volcán –la cima del cual jamás se había visitado según mi guía; aunque algunos extranjeros habían subido hasta muy arriba–, pero como demandaba considerable demora y gasto, y ni mi sirviente ni el guía me querían acompañar, tuve que abandonar la idea. Ambos parecían tener un temor supersticioso de no sé qué; y cuando yo propuse llegar al cráter para mirar adentro; sacudieron las cabezas y contestaron – “quién sabe señor, si no se enoje el volcán”.

No estoy seguro de que estuvieran muy satisfechos de la naturaleza y objetivo de mi expedición; con toda probabilidad la relacionaban de alguna manera con el arte negra o con la busca de tesoros; la idea de viajar solo por fines científicos o por placer no lo podían comprender.

¹⁶ Un joven yanqui en Santiago, entusiasta cazador, acostumbraba de vez en cuando echar su rifle al hombro y partir a las montañas en busca de caza. Una de las localidades que prefería era La Dehesa, hacienda en las faldas de la cordillera y llegó a adquirir fama por la facilidad con que trepaba los cerros, y por su magnífica puntería para cazar los ligeros guanacos que frecuentaban altos cerros y saltan de roca en roca como la gamuza. Después de estas excursiones, don Manuel, el cariñoso propietario de la hacienda llegó a la ciudad y nos hizo una visita.

Animándose bajo la influencia genial de un ponche caliente, nos hizo una brillante relación de la expedición y de la destreza en el manejo del rifle de nuestro campeón, pero lo que parecía asombrarle más de todo era la agilidad que desplegaba en subir las montañas. –¡Por la Santa Virgen!– exclamó, golpeando la mesa con su vaso; –ese bribón subía a pie por partes donde yo no podría ir ni siquiera caballo. (Nota de E. Reuel Smith).

Un incidente divertido que ilustra bien este sentimiento entre las clases bajas me sucedió en mi viaje desde Los Ángeles a Antuco. Fuimos alcanzados en el camino por un campesino, quien entabló conversación con mi sirviente. Como su charla no me interesaba, anduve delante, prefiriendo estar solo, pero luego noté que hablaban misteriosamente en tono bajo, interrumpido de vez en cuando por exclamaciones de sorpresa.

Al llegar al estero desmonté para tomar agua, levantándola con las manos. El campesino se adelantó al instante y sacando un cacho me lo ofreció.

Después de beber partí de nuevo, pero el dueño del cacho, creyendo favorable la oportunidad, se colocó a mi lado y me empezó a bombardear en el verdadero estilo yanqui. Con gran tino descubrió de dónde venía y a dónde iba; pero como no me halló muy comunicativo principió a sondearme, preguntando si existirían grandes cantidades de oro en el volcán. Yo opinaba que no. —¿Ni plata? —No. —¿Ni cobre? —No.

— “¿No habrán piedras preciosas en la laguna?”, preguntó.

— Quizás muy pocas.

— “Pero su merced va tra'minar la la'una, s'ñor, ¿por eso trujo la máquina, sin duda?”, dijo señalando el trípode de la cámara lúcida, que iba en la carga de la mula.

No pude aguantar más y espoleando mi caballo seguí adelante a todo galope para deshacerme de él.

Como la cámara era algo que no pudo comprender, la había considerado como un instrumento misterioso que permitía a su dueño escudriñar las entrañas más ocultas de la tierra para descubrir los tesoros sepultados allí. La explicación de que mi viaje no tenía otro objetivo sino la curiosidad y el placer, solo sirvió para convencerle de la exactitud de sus sospechas.

Habiendo llegado al valle, volvimos nuestras espaldas al volcán y nos dirigimos a la aldea de Antuco. Cerca de Tuvunlevu nos detuvimos, y mientras los otros se ocuparon en hacer un charquicán para el almuerzo, yo hice un croquis del volcán desde un punto donde el paisaje era más bello, debido a una hermosa cascada doble que pude dibujar en primer término.

Dejamos al capitán en su casa, cerca de Ballenar. Cuando nos faltaba solo una hora para llegar a Antuco, apresuré el paso y dejé bastante atrás a mi mozo. Al pasar por una parte boscosa del camino, sentí una gran gritería y el ruido de pisadas de caballos. Mirando hacia adelante vi una partida de indios borrachos que venía acercándose.

No lejos de allí había un sendero que se apartaba del camino y como me gustaba poco la idea de encontrarme con un grupo de indios embriagados en semejante lugar, volví por allí mi caballo. Preocupado en no perder de vista el camino principal, no me fijé mucho en las condiciones del sendero que seguía, hasta que, de repente, una rama baja me tomó debajo de la barba y casi me sacó de la montura. Con alguna dificultad sujeté el caballo, y un breve examen me mostró muchas otras ramas colgantes que impedían el avance, y me convenció de que no quedaba más remedio que retroceder. En ese momento llegaron los indios, quienes me saludaron con un fuerte *mari-mari*.

Les contesté de la misma manera y recogiendo las riendas, traté de pasar a galope. Pero se anticiparon a esta maniobra y sujetaron sus caballos en semicírculo para cerrarme el paso. En la condición en que estaban, borrachos, con las caras hinchadas, semidesnudos, los ojos inyectados de sangre y los rostros horriblemente pintados, no tenía mucha confianza en sus buenas intenciones y casi de forma involuntaria metí la mano debajo del poncho para preparar mi revólver.

Su intérprete, salvaje joven y bien parecido, se avanzó un poco y me dirigió la palabra en mal español, preguntándome si había ido a ver el volcán. Contesté que sí. Al saber esto me aturdirieron a preguntas. —¿Estaba enojado el volcán? —¿Ya habían cesado las erupciones? —¿Se podría pasar luego por el antiguo camino que bordeaba el lago y que se había cubierto por la lava? Todas estas las contesté lo más favorablemente que pude.

Después de traducidas mis respuestas, un viejo, que parecía ser el cacique, dijo algo para que el joven lo interpretara. Dijo que habían estado largo tiempo en Antuco, donde se portaron muy bien y creían que en consideración de su sobriedad y de que ninguno de ellos se había embriagado, debía darles un real.

El gesto y el hipo que acompañaban esta declaración eran un desmentido, pero de buenas ganas les di dos reales, y como llegó mi mozo en ese instante, seguimos nuestros viajes, tan divertidos como contentos, del feliz término de mi cuasi aventura. Pasamos la noche en Antuco y al día siguiente partimos para Los Ángeles.

Capítulo VI

Una mañana temprano llegó a mi alojamiento un caballero y me invitó a acompañarle a un paseo campestre a una hacienda vecina.

Acepte con gusto la invitación, pero se presentó una dificultad: no tenía caballo. Los míos estaban cansados, y los había mandado al potrero; varios me fueron ofrecidos de inmediato, pero por desgracia estos, al igual de los míos, estaban todos en potrero, y se perdería una hora o más en mandarlos a buscar; entretanto, la comitiva estaba toda montada y lista para partir. En este apuro llamé a un vigilante y le pregunté si conocía a alguien de la aldea que quisiese alquilarme un caballo.

— Yo mismo tengo uno muy bueno, dijo, y corrió a traerlo.

Como el caballo del vigilante es bien conocido en Chile, no me sorprendió cuando lo vi; era típico de su clase y podía haber servido de modelo para el Rocinante.

Con las patas extendidas como para abarcar la mayor superficie posible, con cada costilla patente y cada hueso al punto de romper la piel, parecía un enorme fantasma, revestido del cuero de un hermano menor. La cola la llevaba levantada en un ángulo inverosímil, sus orejas echadas hacia adelante para no perder el menor sonido y sus ojos, muy abiertos, se movían constantemente, como si sintiera su responsabilidad de miembro de la policía y tuviera que estar siempre alerta.

Aunque sabía la figura que iba a presentar cerré el trato inmediatamente, satisfecho de que se divertiera a la comitiva, aunque fuera a costillas mías. Sacudí las riendas para arreglarlas, cuando mi rocín saltó hacia adelante con tantos bríos que casi salí por la cola y al tirar fuertemente sobre el freno para sujetarme, se paró tan de repente que faltó poco para que me botara por delante. El menor contacto de mi bota en las costillas le hacía volverse como un trompo, y la presión desigual causada por este brusco movimiento producía una revuelta igual de violenta en el sentido contrario, todo ejecutado con la mayor rapidez.

Cada demostración de esta naturaleza era recibida con una salva de aplausos por los espectadores, y por un momento creí que me habían dado un animal lleno de mañas. Pero después de estudiar sus acciones durante cinco minutos llegué a comprender todo su sistema de táctica: solo obedecía a órdenes que la costumbre diaria le había enseñado, porque la equitación policial es peculiar y los movimientos del cuerpo comunican telegráficamente al caballo los deseos del jinete.

Una vez comprendido esto, no encontré más dificultad; lo podía manejar sin espuelas ni chicote, porque, a pesar de su apariencia poco atractiva, era inteligente y todavía bastante fogoso.

Por el camino cada persona que pasaba se daba vuelta para reírse del ridículo papel que hacía en medio de esa compañía de caballeros bien montados. La historia de mi cabalgadura estaba visible en todos sus movimientos; y más de una vez algún mal intencionado, poniendo los dedos en la boca hacía un silbido en imitación del llamado de los vigilantes. Cuando sentía ese sonido familiar, mi caballo partía a todo escape y al sujetarlo se echaba para atrás como si creyera que yo arrojaba el lazo de la justicia al cuello de algún criminal fugitivo.

Por fin llegamos a la hacienda donde fuimos atendidos por el propietario. Viendo que yo era extranjero ofreció mostrarme la hacienda.

Vimos muchos animales hermosos, pero la mayoría del ganado se encontraba a mucha distancia de la parte del fundo que alcanzamos a visitar.

Para los extranjeros acostumbrados a ver la crianza de animales para la lechería, el sistema adoptado en Chile es nuevo. Enormes manadas, que no tienen valor sino por la carne y los cueros. Corren semisalvajes por las montañas sin otro resguardo que los ranchos de los inquilinos situados cerca de los linderos para impedir que se internen en otras estancias. Vagan de valle en valle, subiendo las montañas cuando el Sol de verano seca los pastos de los llanos y el retiro de las nieves permite verdear las faldas. Cuando se acerca el invierno bajan otra vez a los valles, aunque sucede a menudo que los pillan las repentinas nevazones y muchos perecen. Una vez al año hay una gran reunión de todos los animales, que son llevados a los corrales donde son marcados y donde se lleva a cabo la matanza.

En este caso, como en todos los demás en que se necesita un numeroso personal, el trabajo se hace por los inquilinos, quienes en pago del privilegio de vivir en la estancia son obligados a rendir al propietario ciertos servicios todos los años.

Este es el tiempo en que se ve el huaso a la perfección. Vestido con su traje pintoresco, montado en su mejor caballo, recorre sin cuidado cerros y valles, armado de su lazo, lanzando maldiciones cuando algún animal refractario escapa de su control; persigue temerariamente a los fugitivos por encima de las piedras, a través de los montes y quitando el cuerpo con agilidad a los quiscos espinudos en su desenfrenada carrera.

Cada uno tiene fijado un sitio en alguna parte del enorme semicírculo que se forma para cercar el ganado y todos se esfuerzan para arrearlo hacia el punto central. A medida que el círculo se va estrechando, resuenan los gritos y las risotadas; cada acción de destreza, cada escapada de las astas de un animal enfurecido se aclama con fuertes aplausos.

Todos procuran demostrar su propia habilidad y la ligereza, la fuerza o la hermosura de su caballo; cuentan una y otra vez los hechos maravillosos que han ejecutado durante el día; a menudo dando freno a su imaginación para suplir detalles o entretejiendo su relación con todos los prodigios de equitación o de arrojo que han oído contar desde niños.

Cuando todos los animales están reunidos en algún punto conveniente, comienza la aparta.

Los novillos se encierran en corral separado.

Cada uno al entrar es laceado y arrojado al suelo; un hierro caliente chirrea por un instante en su costado, o el cuchillo le hace alguna señal peculiar de la hacienda. Enseguida se le suelta para hacer la misma operación con otro. A cualquiera de los animales más grandes, cuya marca se ha borrado se le vuelve a marcar de igual manera.

Se reserva para la matanza otro corral; al cual conduce un angosto callejón, por donde son llevados los animales a toda carrera. Todo el que entra es diestramente desjarretado por un hombre escondido detrás la entrada, y cae sobre un cuero tendido para recibirlo. Otro hombre aturde la víctima postrada con un golpe de hacha; se engancha una pareja de caballos montados al cuero y este es arrastrado con su carga. Otro cuero se tiende en el mismo lugar y el desgarreteador queda listo para voltear otra bestia, cortando los tendones en el momento preciso, que le indica su larga práctica.

Los animales muertos son llevados a una corta distancia donde se encuentran los carniceros. Se quitan los cueros; los retiran y quedan destacados en el suelo pelo abajo para que se sequen al sol. La carne se saca en lonjas en el sentido de los músculos y después de salpicarla con un poco de sal, se cuelga sobre cordeles al aire libre; expuesta al sol y al viento en una atmósfera excepcionalmente pura y libre de humedad, luego se pone seca y dura y forma el charqui del comercio. Cuando se detalla, se vende por vara.

Los huesos se consideran sin valor y no se utilizan; los cuernos se convierten en tasas, copas y otros artículos semejantes. Estos cachos, o tazas de cuerno, reemplazan casi por completo los vasos de vidrio entre las clases bajas, cuyo principal alimento es el charqui.

Los animales que no se destinan a la matanza o que son reservados para la crianza, son contados y largados otra vez al cerro.

Todas estas varias ocupaciones dan empleo constante durante más de una semana a un gran número de hombres y requieren la supervigilancia del propietario, quien, por regla general, pasa la mayor parte del tiempo en la capital, o en uno de los pueblos grandes, visitando su hacienda, que se deja al cuidado de un administrador, solo en las épocas importantes, como ser la matanza, la siembra, la cosecha o la vendimia.

Los inmensos trigales, listos para la siega, despertaron mi admiración. El clima de Chile es adecuado al cultivo del trigo y cuando hay facilidad de riego el rendimiento es grande y la calidad excelente. La manera de cultivarlo es de lo más primitiva.

El arado se forma de un madero puntiagudo; en este se inserta un palo, en un ángulo conveniente; otro palo colocado perpendicularmente sirve de mango, y es tomado en una mano por el arador, mientras que en la otra lleva una larga picana para guiar sus bueyes. La punta del arado a veces se calza de hierro, pero aun así no hace más que rasguñar la tierra. La única rastra que se usa es una de ramas, cargada de varias grandes piedras sobre las cuales se sienta el peón que la maneja.

Cuando está segado el grano se arruma en grandes montones al aire libre. Alrededor de ellos, a la distancia de algunas varas de su base, se erige un cierro en el cual se deja una entrada. A esta especie de corral se echa una manada de yeguas (mantenidas en todas las haciendas para este propósito) seguida por jinetes, quienes las hacen correr a todo galope; mientras unos niños colocados encima del montón arrojan las gavillas a la cancha. Después de cinco o diez minutos las yeguas son largadas a otro corral; el grano se empareja con rastrillos, nuevas gavillas son distribuidas por la cancha, a la cual se echa nuevamente la manada.

Con este procedimiento se trillan grandes cantidades de trigo en poco tiempo y con un gasto reducido, y con mucho menos daño para el grano que el que puede suponer; y como la cancha se endurece luego, queda muy poco revuelto con tierra. El mayor inconveniente es la pérdida de la paja, que se muele como polvo bajo las pisadas de las yeguas.

El aventamiento se hace tirando el grano al aire con palas, y el viento se lleva la paja menuda mientras que el grano cae al suelo. El hecho de que en este llano el viento sopla con gran regularidad en la misma dirección después de cierta hora del día, hace fácil aventar grandes cantidades de trigo por este método.

Algunos de los ricos propietarios de Chile han tratado de introducir en sus haciendas instrumentos y métodos de cultivo europeos, pero hasta ahora con poco éxito. Los peones, más retrógrados que adelantados, vuelven siempre a las costumbres de sus antepasados y tienen una aversión arraigada a las innovaciones, sobre todo si exigen mucha aplicación, física o mental.

Las herramientas extranjeras, por lo general, han sido rápidamente destruidas por ignorancia o por malicia y los peones vuelven a sus antiguos métodos.

Una gran viña completa esta hacienda.

En Chile, las tres grandes ramas de la agricultura son: la crianza de animales vacunos, las siembras de trigo y la viticultura. Otras ramas, por importantes que sean, son solo practicadas por los pequeños propietarios; porque no son bastante remunerativas o porque demandarían demasiada atención.

Cuando se trata de una vendimia chica, las uvas son aprensadas por hombres a pie desnudo, como en Europa meridional; pero cuando los productos de inmensas viñas son dedicados por entero a la fabricación de vino, las uvas se colocan en grandes bateas circulares y son pisadas por caballos; el jugo corre a los toneles donde se deja hasta que fermenta. El vino, cuando está fermentado, se vende o se guarda en enormes jarrones de greda, de seis o siete pies de alto, los cuales son tapados y sellados con arcilla o con brea.

A pesar de que en Chile la uva crece en la mayor profusión y de calidad excelente—debido a alguna influencia climatérica, al cultivo impropio o defectos de la fabricación— los vinos no contienen una cantidad suficiente de alcohol y raras veces se pueden guardar sin agregarles alguna cantidad de este espíritu, o de vino hervido.

Los mostos de las provincias del sur son ricos y algo semejantes al oporto, pero como casi nunca se guardan por más de un año, uno de los méritos esenciales de los buenos vinos, la edad, les falta. Por eso carecen del aroma de las célebres marcas europeas.

Unos pocos extranjeros se han propuesto producir en el país vinos finos; pero no lo hacen en escala de bastante importancia para ejercer una influencia benéfica; y aun cuando las ventajas de Chile para el cultivo de la vid son tal vez sin iguales, han de pasar muchos años antes de que pueda entrar a competir con los países productores de vinos del mundo antiguo.

La “chicha”, nombre—dado al vino nuevo— se consume en grandes cantidades y es una bebida agradable para los que están acostumbrados a ella; pero en su estado crudo y fermentado no puede ser sino perjudicial para la salud.

La casa, como la mayor parte de las que se encuentran en las haciendas del país, era un largo edificio de un solo piso, construido de adobes, y techado de tejas; las puertas toscamente labrada de tablones macizos, las ventanas cruzadas de barrotes de hierro y sin vidrios, pero con postigos contra el viento y la lluvia.

En el largo y bajo salón se habían reunido los convidados; sentados en dos filas a ambos lados de una tira de alfombra extendida por el centro de la pieza. Estaban presentes una docena de señoritas, acompañadas de sus vigilantes mamás; y como muchas de ellas tocaba la guitarra y cantaban, luego se armó una zamacueca. De vez en cuando se tocaban una polca o un vals, y algunas parejas se atrevieron a bailarlos—tarea que no era fácil, porque la etiqueta exigía que no se saliera de la angosta faja de alfombra, que cubría el áspero piso de ladrillos.

A la oración vino la despedida; los caballeros ensillaron y montaron sus caballos, pero para las damas se había reservado otra clase de locomoción. Llegó a la puerta de la casa una enorme carreta tirada por cuatro bueyes.

El cuerpo de este vehículo estaba cubierto por un techo en forma de arco, construido de cañas y esteras, perforado en su costado por pequeñas ventanas con barrotes y abierto en ambos extremos, donde se habían colocado cortinas blancas y rojas. El aparato tenía la apariencia de una casita sobre ruedas. El fondo se llenó de colchones, almohadas, abrigos y cojines; se ayudó a subir a las damas; sonó la guitarra y toda la comitiva se puso en marcha.

Capítulo VII

En Los Ángeles –tan cerca de la frontera araucana– había esperado reunir toda clase de información sobre los indios y su territorio; pero, en general, las ideas al respecto eran muy vagas. Nadie me alentó; casi todos me disuadieron, y muchos me aseguraron que la expedición contemplada era peligrosa para mis bienes y mi vida. Aun el Intendente, a pesar de ofrecerme todas las facilidades a su alcance, consideró que me exponía a considerable peligro.

Viendo las cosas así y sin poder encontrar mozo que me acompañara, me resolví a ir hasta Nacimiento. Como ese pueblo se encuentra dentro del territorio indio, esperé hallar allí comerciantes y otras personas, cuyos negocios les obligasen a ir a Valdivia por la ruta que yo deseaba seguir, y a quienes les agradecería encontrar compañero de viaje.

Fui acompañado por un capitán de amigos, que tenía el nombre retumbante de Pantaleón Sánchez. No había necesidad de un intérprete, puesto que el camino entre Los Ángeles y Nacimiento es corto y bien traficado; pero el Intendente supuso y no sin razón, que semejante compañero me sería útil, y me podría dar más noticias que las que por otro medio podía reunir y, por consiguiente, le dio instrucciones para que me acompañara hasta el río Vergara.

Al lado del camino encontramos muchas crucecitas plantadas en grupos. Había visto muchas parecidas por todo el sur de Chile, y siempre había creído que eran recuerdos piadosos colocados encima de las sepulturas de los que habían muerto en la última guerra civil o, tal vez, indicaban el lugar donde habían caído; pero al interrogar a mi guía me informó que estos lugares eran “paraderos de los difuntos”.

En los distritos rurales, donde la población es escasa y las parroquias son grandes, las iglesias distan mucho unas de otras; y como los cementerios están casi siempre en las vecindades de las iglesias parroquiales, frecuentemente es necesario hacer con el cadáver un viaje de uno o dos días para poderlo enterrar en tierra sagrada. En estos viajes, donde quiera que se detienen a descansar los que llevan el ataúd, se planta una crucecita y se rezan oraciones por el descanso del muerto.

En puntos especiales, donde es conveniente o necesario descansar, cunden las cruces, y estos lugares llegan a llamarse, como hemos visto, paraderos de los difuntos.

Nos fijamos que las cruces eran más numerosas en las orillas de los ríos; pero no pude averiguar si la elección de estas localidades tenía algo que ver con la antigua creencia respecto del diablo y el agua corriente.

Como a las dos horas después de salir de Los Ángeles, pasamos el Duqueco, riachuelo que es fácil vadear, a pesar de ser en partes rápido y profundo. Hora y media más tarde llegamos al lugarejo de San Carlos, reunión de ranchos pobrísimos a las orillas del Biobío.

Solo la existencia de un piquete militar y de las balsas para el transporte de pasajeros y carga dan alguna importancia a este caserío.

El Biobío en este lugar es angosto, pero muy rápido; las balsas fueron agitadas como pajas por la fuerte corriente y llegaron a la orilla opuesta muy abajo del punto de donde habían partido, y necesitaban ser remolcadas río arriba antes de volver a hacer la travesía. Pero la rapidez de la corriente se comprendía mejor viendo bajar las balsas de troncos, que pasaban como flechas y desaparecían tras el codo del río. Cada una de estas balsas se compone de media docena de troncos y son tripuladas por dos o tres hombres, completamente desnudos, con excepción de un pañuelo llevado a manera de calzones. Usaban largos palos para evitar los choques y saltaban de un lado a otro según las necesidades de la peligrosa navegación.

Al pasar, noté con sorpresa que no nos cobraban pasaje, porque nuestros pasaportes —sin los cuales nadie puede entrar al territorio indio— certificaban que yo estaba al servicio del gobierno chileno. Esto era nuevo para mí, pero como no ganaba nada al contradecirlo, me quedé callado.

La orilla sur del río la forma un llano bajo y arenoso, mientras que San Carlos, al lado norte, está situado en un alto barranco que domina el río y la orilla opuesta.

Algunas seis u ocho millas más allá del Biobío, llegamos a Budeo, reunión de media docena de ranchos ocupados por chilenos, quienes como Sánchez arrendaban y cultivaban tierras pertenecientes a los indios. Mi guía poseía una casa en San Carlos, donde residía; pero en ese momento la familia se encontraba en Budeo, donde lo ayudaba en la cosecha de trigo.

Llegamos tarde y después de una buena comida nos retiramos a dormir. Como la casa estaba llena de gente —adultos y niños de ambos sexos— sin hablar de perros, preferí dormir al aire libre, e hice tender mi cama debajo de una ramada detrás de la casa.

Al abrir mi cama para meterme entre las sabanas, vi a la luz de la Luna una enorme araña del tamaño de peso fuerte y con las patas proporcionadas cubiertas de largo pelo. Despaché a este caballero y después de revisar con mucho cuidado la ropa de cama para asegurarme que no tenía compañero, me acosté; pero pasó mucho rato antes que pudiera librarme de los temores provocados por este bicho asqueroso.

El día siguiente continué mi viaje a Nacimiento.

Tuve mucha conversación con Sánchez y lo encontré más inteligente que la mayoría de su clase.

Comprendió luego mis deseos y discutió con entusiasmo mis planes, pero no estaba de acuerdo con ellos en muchos puntos esenciales. No consideró que un viaje a Valdivia me daría buen resultado, porque los que siguen esa ruta lo hacen por lo general muy rápido y tienen escasas relaciones con los indios. Además, siendo ese camino tan

traficado, los indios que se encuentran a lo largo de él, han abandonado gran parte de sus costumbres nacionales y han asimilado poco a poco el traje, los usos y hábitos de los españoles.

Creí que sería mejor agregarme a una expedición comercial y penetrar con ella a las partes poco visitadas del interior, con el objetivo ostensible de negociar con los indios, único que ellos comprenden y miran sin recelo.

Por fin me propuso, en el caso de no encontrar nada que más conviniera a mis propósitos, que él se encargaría de organizar una expedición con los fondos que tenía disponibles y el dinero que pudiera pedir prestado a sus amigos, llevándome a mí como aparente patrón o jefe del partido, siempre que yo pudiera conseguirle la licencia necesaria del Gobernador. Así podría proporcionarme la entretención e informes que deseaba y, al mismo tiempo, llevar a cabo una especulación que podría resultarle provechosa.

Me pareció buena la proposición y prometí considerarla; pero no quise determinar nada en definitiva hasta visitar Nacimiento y ver que se podía hacer allí.

Por el camino pasamos las ruinas de Colhué, pueblecito destruido por los indios y nunca reconstruido.

La alineación de las calles y los cimientos de las casas, a pesar de estar cubiertos de pasto y de montes, podían trazarse con facilidad.

Estos eran los primeros orgullosos monumentos de las proezas araucanas que había visto. La ruca de un indio se encontraba cerca, mientras su ganado pacía tranquilamente entre las habitaciones arruinadas de sus arrogantes opresores.

A las tres de la tarde llegamos al cerro Negrete; nombrado así en honor de Egidio Negrete, que derrotó aquí a los araucanos en una batalla sangrienta y, de este modo, salvó el pueblo de Nacimiento que amenazaban destruir. En esta vecindad viven aislados muchos chilenos.

El llano es un desierto de fina arena volcánica semejante a la que habíamos encontrado antes cerca del río Claro; y como el Sol nos abrazaba y el aire estaba lleno de nubes de polvo impalpable, el viaje durante las dos horas siguientes fue en sumo desagradable.

Un poco más allá del cerro Negrete corre el río Vergara y sobre su orilla occidental, en posición alta y dominante, se encuentra el pueblo de Nacimiento.

El objeto que más llama la atención es el gran fuerte que corona la barranca del río. El pueblo, visto a la distancia, presenta un aspecto de importancia.

Se cruza el río en balsas o lanchas, y aquí como en el Biobío mi carácter oficial me proporcionó pasaje gratis.

El pueblo no ofrecía alojamiento para forasteros, pero tan luego como presenté las cartas que me había dado el gobernador de Concepción, fui bien recibido y alojado con toda comodidad por el comandante militar don Bartolomé Sepúlveda.

Al hacer indagaciones, se me informó que pocos días antes una partida de comerciantes había salido para Valdivia y que nadie más iba a partir en aquella dirección. Si

no quería esperar, quien sabe por cuánto tiempo, mientras se reunía otra partida, no quedaba más camino que ir solo, con los gastos consiguientes de guías y sirvientes.

El comandante aprobó plenamente el plan propuesto por Sánchez y me aconsejó que lo adoptara. De Sánchez mismo, me habló en términos encomiásticos, asegurándome que era el mejor de todos los intérpretes del gobierno; como también el mejor informado y más digno de confianza. Se convino, entonces, en que tan luego como le fuera posible, se mandaría una solicitud al gobernador de Concepción, que era el único que podía darle licencia para ausentarse.

Una lancha que iba a Concepción nos ofreció la manera más rápida de comunicación, y por ella mandamos la carta.

Más de una semana pasó antes que llegase la contestación; pero a pesar que la impaciencia que me causó la demora, debido a la bondad de mis amigos pude entretenerme agradablemente. Cuando llegó la respuesta del Gobernador, se me hizo necesario volver a Los Ángeles, guarnición a la que estaba incorporado Sánchez.

Volvimos por una ruta más corta. Siguiendo las orillas del Vergara por poca distancia, llegamos a la unión de este río con el Biobío, donde lo cruzamos en lancha; de allí el camino cruzó el llano, y en cuatro horas nos encontramos en Los Ángeles.

Como el Intendente había salido del pueblo, llevé la carta del Gobernador a casa del comandante militar, que me invitó a alojarse en su residencia, y mandó avisar a Sánchez que se alistara para acompañarme dentro de veinticuatro horas.

Por ser necesario reducir nuestro equipaje en cuanto era posible, deje mi cama y almofrej, llevando solo un par de frazadas y algunas sábanas, en conformidad con los consejos del guía, que me aseguró que nunca faltarían cueros de oveja con que hacer cama. Se rió de la idea de llevar aparato para cocinar y declaró que las indias me darían de comer mejor de lo que había comido en cualquier otra parte. Aun me aconsejó que dejara mi revólver, que él consideraba carga inútil; pero sobre ese punto me puse firme, prefiriendo conservar en mi poder ese compañero de apuros.

El poncho que llevaba era muy pesado, y resolví comprar otra más a propósito para el tiempo caluroso. Con alguna dificultad encontré uno a mi gusto, pero como precisaba enhuincharlo¹⁷ para impedir que se deshilara, lo dejé con la mujer del tendero, quien me dijo que lo tendría listo para cierta hora. Llegó el momento y lo fui a buscar. No estaba terminado y se fijó una nueva hora.

Con toda puntualidad pasé otra vez. El tendero estaba dormitando detrás de su mostrador. Cuando pedí mi compra, frotó los ojos, y enseñando misteriosamente una puerta cerrada, detrás de donde estaba sentado, exclamó –“Está durmiendo, señor”.

– Pero necesito mi poncho –dije yo, suponiendo que no me había entendido.

– Mi mujer está durmiendo, señor, –contestó nuevamente, señalando la puerta como si fuera un santuario, donde no se atrevía entrar.

¹⁷ Huincha. Ribete, cinta para ribetear.

– Muy bien, démelo Ud. entonces.

Solo sacudió la cabeza, no podía meterse en los asuntos de su mujer.

– Entonces, ¿Por qué no la despierta? –grité con impaciencia.

– ¡Interrumpirla en la siesta, señor! –exclamó, abriendo los ojos con asombro, –imposible. En vano le dije que me había citado para esta hora, el apuro que tenía, etc., todo fue inútil.

Tendría que esperar un ratito hasta que la señora terminara su siesta, porque no podía en ningún caso despertarla.

Después de otra media hora encontré a la señora despierta y muy repuesta. No me ofreció ninguna disculpa por haberme hecho esperar, porque no comprendía que el tiempo valiera algo.

Interrumpa la comida de un goloso, si Ud. quiere; moleste a un filósofo en medio de sus más profundos pensamientos o distraiga a un orador en la preparación de su discurso, pero tenga cuidado de no perturbar la siesta de un español.

Dejando todo mi equipaje con el comandante, que me prometió guardarlo hasta mi vuelta, partimos y más o menos a la puesta del Sol llegamos a San Carlos. Como allí esperábamos conseguir un mozo para el viaje, resolvimos quedar la noche en casa de uno de los numerosos compadres¹⁸ de Sánchez.

La casa en que nos alojamos, como todas las demás de la aldea, no estaba ni blanqueada ni pintada, no tenía piso y muy pocos muebles; sin embargo, nuestra recepción fue cariñosa.

Mis proyectos sorprendieron a esta buena gente, quienes no podían comprender por qué un caballero quería exponerse a tales molestias y peligros; pero se confortaron en decir, “¡pero ve Ud. que los forasteros no son como nosotros!”.

Mientras seguía esta conversación, oí una voz de mujer que decía: –¡Qué lástima! Miré para descubrir quién hablaba y vi a una niña alta y bonita que me observaba con un aire de compasión, como si yo fuera un cordero a punto de ser degollado. No le pregunté cuál era la causa de su lástima; pero era evidente que se refería a mí; porque al momento que se cruzaron nuestras miradas, bajó los ojos y volvió la cara hacia otro lado, llena de confusión.

Trajeron la comida y fue servida por la simpática joven de los ojos compasivos. A mí me asignaron el asiento de honor, los demás fueron monopolizados por los hombres. Este arreglo no fue de mi gusto y protesté contra la exclusión de las damas –especialmente de la que se había molestado en servirnos.

La señorita se sentó a la mesa, avergonzada; y todos mis esfuerzos para entablar conversación con ella salieron frustrados. Sin embargo, luego se me presentó una oportu-

¹⁸ Compadre y comadre, son el padrino y madrina de un niño en su bautismo o del novio y de la novia en un casamiento. En todos los países de habla española estas palabras se emplean como término de cariño; y uno de los saludos más corrientes entre las clases bajas al encontrarse es –¿cómo le va compai're?, –Ay vamo comai're. (Nota de E. Reuel Smith).

tunidad favorable de romper el hielo. Ella sacó del fondo de la cazuela el hígado del ave y me lo pasó en la punta del tenedor, diciendo al mismo tiempo: –“Dispense Ud. la mano”. Esta delicada atención la retribuí de inmediato, pasándole la molleja que tenía en mi plato.

Ante este intercambio de atenciones desapareció rápidamente toda reserva y luego conversábamos como antiguos amigos. Esta costumbre, como la de pasar el vaso de boca en boca, es quizás de origen oriental y ha descendido a los chilenos de los españoles, quienes la habrían adquirido de los moros. Como todas las costumbres netamente nacionales, está cayendo en desuso, salvo en el campo, o entre las clases bajas, en los círculos más cultos de las ciudades no se conoce.

Es verdad, que una vez recibí una atención parecida de manos de una dama de la capital; pero como en ese caso fue una cabeza de ajo, sacada del relleno de un pavo, lo que se me pasó, jamás pude determinar si fuera muestra de especial favor o una broma que me quería hacer.

Semejantes costumbres no indican tal vez una alta cultura; pero demuestran un sentimiento de cordialidad y simpatía que no se compensan con ninguna etiqueta refinada.

El isleño de Sándwich le pone en la boca, con la punta del dedo, el delicioso *poé-poé*; el árabe saca la mejor porción de la vianda y se la pasa con la mano; la chilena le ofrece un bocado en la punta de un tenedor; el yanqui le convida a tomar una copa y la paga él; el inglés le hace la misma invitación, pero deja que Ud. pague el consumo. Un extremo puede resultar tan malo como el otro, y el justo medio se encuentra entre los dos.

Después de la comida me retiré a un rincón para fumar; tan luego como saqué un cigarrillo, se levantó mi nueva amiga y quitándomelo, lo encendió en la vela. Para que no se apagara lo puso entre los labios y aspiró unas cuantas bocanadas de humo. Le ofrecí un cigarrillo, pero no quiso aceptarlo, alegando que no sabía fumar; al mismo tiempo hizo un gesto de asco para convencerme; pero noté algo científico en la manera de echar humo en espirales, que me hizo dudar de su veracidad. Por supuesto, esto no fue más que una pequeña atención y no soñé que conduciría a una larga conversación; pero antes de terminar nuestra charla ya se había apagado la vela y me convencí de que, a pesar de su aparente inocencia, esta hermosa aldeana era bastante coqueta.

Hicieron mi cama en una especie de estrado, levantado unas seis pulgadas del suelo y que corría por todo un costado del cuarto, donde servía de diván.

No había llevado almohada y usaba para este propósito el fuste de mi montura; pero el ojo registrador de doña Pablita (así se llamaba mi amiga) notó la falta al instante y corriendo a su dormitorio me trajo una e insistió en que la usara. Era muy blanda, limpia y muy bonita, como lo son todas las almohadas en Chile. No era de seda, ni de satín cubierto de costosos encajes; pero su color rosa translucía por la delicada funda de batista y pude adivinar que los elegantes bordados que la orillaban eran trabajo de las pequeñas manos de su hermosa dueña.

Con tan buenos auspicios me acosté, gozando anticipadamente de los sueños agradables que esperaba me visitasen.

¡Lector! ¿Se ha desvelado Ud. alguna vez durante largas horas de la noche, dando libre curso a las fantasías deliciosas que corren una tras otra por la mente, sin querer cerrar los ojos para no perder los bellos cuadros producidos por la activa imaginación? Yo sí, y entonces permanecí despierto por un largo rato; pero debo confesar que mi desvelo fue causado, no tanto por mis pensamientos de la amable Pablita, sino por el ejército de pulgas que invadieron mi cama en toda dirección.

Cuando partimos el día siguiente, nuestros amigos se despidieron de nosotros con verdadero sentimiento y prometieron rogar a Dios por nuestro feliz regreso; sobre todo doña Pablita, quien me prometió pedirle a san José que velara por nosotros. A cambio de estos buenos oficios, yo me comprometí a llevarle un ternero negro.

Esta señorita era muy piadosa, como lo son la mayor parte de sus compatriotas. Me dio pena ver que usaba camiseta de crin. Al embromarla sobre la enormidad del crimen que exigía una penitencia tan bárbara, me contó que cuando su padre había ingresado al ejército durante la última guerra civil, ella había hecho una promesa a Nuestra Señora de no sé cuánto, de usar por un año una camiseta de crin, si permitiera volver sano y salvo a su padre; voto que cumplía escrupulosamente.

Trajes de promesa son muy usados en Chile para cumplir con ciertas devociones; sin embargo, como los hay de varios colores, según el santo invocado, las damas pueden ejercer, dentro de ciertos límites, considerable gusto y coquetería, para hacer más llevadera la penitencia que se imponen; pero el uso de las camisetas de crin y de las flagelaciones no es muy practicado.

Una vez que nos encontramos al sur del río me consideré ya bien encaminado y dije adiós por un corto tiempo a la civilización.

Nos detuvimos, como antes, en Budeo, donde todavía permanecía la familia de mi guía.

Capítulo VIII

Durante los pocos días que quedamos en Budeo, Sánchez y yo tuvimos muchas discusiones respecto de la mejor manera de proseguir nuestro viaje.

Yo quise andar sin ambages, informar a los indios del verdadero objetivo de mi visita, y decirles que iba a verlos, animado por el deseo de llegar a conocer los usos y costumbres de un pueblo que se había defendido con éxito contra el poderío de España, conseguido las alabanzas de sus enemigos y conquistado renombre en los anales del heroísmo.

Este programa me parecía la mejor manera de ganar su confianza y buena voluntad, por otra parte, creía que sería una política muy dudosa el engañarlos. Pero Sánchez tenía otro modo de pensar. Dijo que mis ideas eran bonitas, pero muy por encima de la comprensión de los indios, que me mirarían con desconfianza, y probablemente

cortarían de raíz todos mis sueños, echándome de su territorio al primer indicio de que quería estudiar su modo de vivir.

En cuanto a la falta de moralidad en engañarlos, no la pudo ver; porque siendo ellos embusteros por naturaleza; consideraba legítimo atacarlos con sus mismas armas.

De mala voluntad abandoné mi convicción de que la mejor política es la honradez, pero al capitán poco le importaban las ideas abstractas. Había pasado la mayor parte de su vida entre los indios, los conocía a fondo y estaba acostumbrado a hacerles creer lo que él quería. Pudo asegurar el éxito de sus propios proyectos, pero no quiso patrocinar los míos. Dadas estas circunstancias, fue necesario otorgarle completa libertad, con la condición de que sería él quien contaría las mentiras y que asumiría la responsabilidad de ellas. Su plan era el siguiente: formaríamos una expedición comercial; pero él, y no yo, sería el patrón. Había resuelto no llevarme en esa condición; porque, decía, que los caballeros nunca acompañan a sus agentes, que son siempre intérpretes o mestizos y quienes compran el ganado y llevan a cabo los negocios.

Para mí, había encontrado algo mejor.

Durante la guerra de la independencia chilena, entre otros realistas que buscaron asilo con los indios y que con ellos lucharon contra la república, hubo un oficial subalterno llamado Vega. Mientras estaba entre ellos, había vivido con la familia de Mañín (ahora uno de los caciques de mayor influencia entre los araucanos); pero después de la guerra volvió a Concepción, donde se casó y formó su hogar.

Más de treinta años habían pasado desde entonces; pero el indio todavía volvía con placer a recordar su amistad con el español, y con frecuencia había hablado de Vega y expresado su deseo de volverle a ver a él o a sus hijos.

Sánchez había resuelto cumplir con los deseos del cacique, y presentarme como uno de los hijos de su amigo, bajo el nombre de don Eduardo de la Vega, asegurándole que había ido expresamente a saludarle en nombre de mi supuesto padre.

Después de haber conseguido la buena voluntad de Mañín, nadie se atrevería a decirnos nada; y probablemente no habría dificultad en obtener permiso para ir a donde quisiéramos.

A fin de anticipar cualquiera sospecha que pudiera despertar mi modo de hablar o mi apariencia, se diría que mi padre me había enviado a Europa cuando niño para educarme, y que solo hacía poco que había vuelto a Chile.

Una vez convenido todos los detalles y estudiado el papel que iba a representar, tuve que arreglar todas mis mercancías en paquetes pequeños, separando los objetos para que estuviera todo a la mano. Las mercaderías que había comprado en Concepción y Los Ángeles consistían en los siguientes artículos: seis varas de paño rojo afranelado, otras tantas de franela azul, seis docenas de pañuelos de diversos colores y tamaños, una gruesa de dedales de cobre, tres docenas de trompas¹⁹, una docena de cascabeles, cinco

¹⁹ Trompas. Birimbaos, instrumento musical de percusión.

libras de cuentas de vidrios de colores surtidos y dos libras de añil. Llevaba también un par de viejas charreteras, que destinaba para regalo al gran Mañín.

Las mercaderías que había reunido Sánchez para su comercio eran en general artículos de mayor valor que los míos, e incluían cinturones y espuelas de plata. Llevaba bastante dinero en pesos fuertes, medio pesos y reales, y para no tener que molestarme con pagos durante el viaje, también le entregué mi bolsa.

Cuando todo estaba listo para la partida, tuvimos un atraso por el mal tiempo, que duró por varios días e impidió que saliéramos de la casa.

A causa de la lluvia, se estableció la cocina dentro del cuarto. Es fácil imaginar cómo sería aquello, con el humo, tanta gente y la humedad. Se podía soportar durante el día; pero de noche se hacía intolerable. El rancho no tenía más que un solo cuarto de doce pies por diez y el agua pasaba por el techo como un harnero. El cuarto contenía tres camas, en las cuales dormían dos matrimonios y dos muchachas grandes; los otros, jóvenes y niños, dieciséis personas por todos, dormían sobre cueros tendidos en el suelo.

Como muestra de respeto, me dieron un cuero de buey, solo para mí, en el cual arreglé mi cama. Mientras quedaba alguien despierto, no se dejaba entrar a los perros; pero tan luego como todos se durmieron, principiaron estos a entrar uno por uno, destilando agua. Uno de ellos se echó sobre mis pies y me despertó. A puntapiés corrí al flacuchento animal y vi al mismo tiempo que otro había usurpado mi manta. También lo corrí a golpes, pero luego volvieron. Me levanté a tientas y busqué hasta encontrar un palo con el cual golpeé a gusto los hambrientos canes, que corrían aullando. Con sus gritos causaron cierta molestia a los que dormían y sentí que más de uno me echaba maldiciones. Guardé el palo debajo del fuste que me servía de almohada y luego me quedé dormido. Por la mañana encontré que durante mi sueño los innumerables animales habían monopolizado mis mantas, y un constante cosquilleo y una fuerte picazón no me dejaron la menor duda de que las pulgas tenían más afición por un cristiano seco que por un perro mojado; preferencia que dejaba de manifiesto su buen gusto.

Cerca de la casa de Sánchez había un cementerio indio, pero no lo visitamos, porque los mapuches no son como los indígenas de Norteamérica, quienes gustan visitar las sepulturas de sus antepasados. Aquellos, por el contrario, pasan delante de ellas en silencio, con las caras vueltas, y les disgusta ver que los extraños, y en especial los blancos, las visiten. Como muchos indios habitan la vecindad, no deseábamos despertar sus recelos.

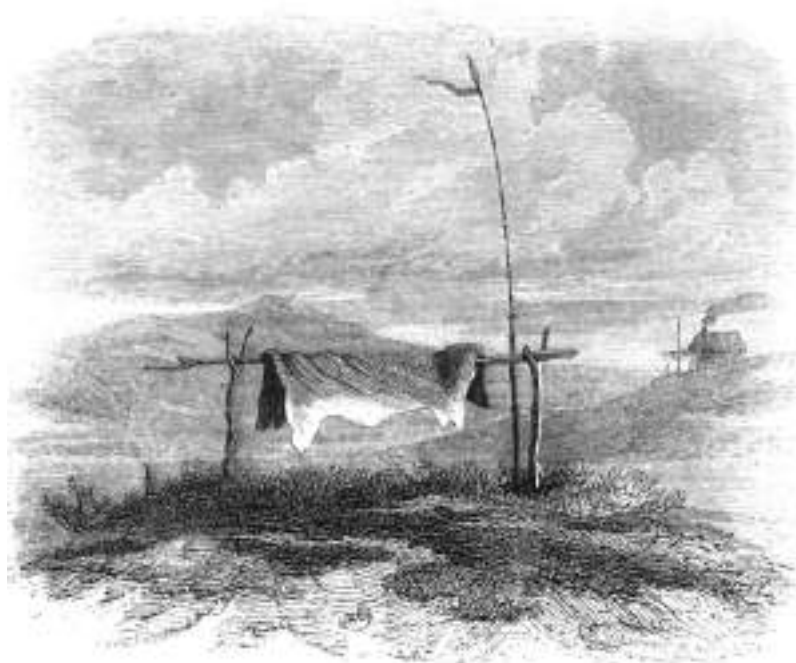
Se decía que había muchas personas enterradas en este cementerio, pero no había monumentos u otros indicios de sepulturas; salvo en un caso sobre la tumba de un célebre cacique que se llamaba Cari-Coyam (el roble verde). A la cabeza y al pie de la tumba, se había plantado un poste en forma de horqueta que sostenía un palo atravesado sobre el cual estaba tendido el cuero del caballo favorito del cacique. La

condición del difunto estaba señalada por una larga lanza de colihue²⁰ de la cual pendía una banderola blanca.

La punta de hierro de la lanza se había reemplazado por una de madera, que sin duda sería igual de útil en la tierra de los muertos. Fieles a los mismos principios, los deudos entierran con los muertos sus armas y atavíos; pero los objetos de valor, como espuelas y frenos de plata son sustituidos por otros de madera. Es muy probable que los parientes no colocarían ni siquiera la piel del caballo que hemos mencionado si no fuera por la afición que tienen los indios por la carne de ese animal, la que siempre comen, dejando que se contente el difunto con el cuero y el ánimo.

Solo cuando muere un cacique o un hombre rico hacen grandes fiestas y matan caballos; las almas de la gente pobre no deben andar a caballo, como no lo hacen en vida y, por lo tanto, los ritos funerarios para ellos son pocos y sencillos.

El cadáver queda expuesto durante varios días para que los deudos lo puedan visitar y despedirse del muerto y ofrecer sus condolencias a la familia. Después es llevado a la sepultura por los principales parientes. Un grupo de jóvenes a caballo precede el cortejo, corriendo rápidamente para despejar el camino. Detrás van las mujeres, llorando y lamentándose, con las mayores demostraciones de pesar. Al último va otra mujer que derrama cenizas por el sendero para impedir que el muerto vuelva a su antigua habitación.



Sepultura indígena. Reuel Smith, *op. cit.*

²⁰ Colihue. *Chusquea culeou*. Una especie de bambú que crece al suroeste argentino y en el sur de Chile.

El cadáver se coloca en la sepultura, sentado, mirando hacia el oeste, en cuya dirección se imaginan que está la tierra de los muertos.

La montura y las armas del difunto se colocan a su lado; se agregan algunas provisiones para el viaje y unas pocas cuentas de vidrio o una moneda para que pague el Caronte indio. Los amigos se despiden del muerto, le desean un feliz viaje, rellenan la sepultura y se retiran.

En el caso de una mujer, las ceremonias son las mismas, solo que en vez de una montura y armas, se entierran con ellas los utensilios de tejer y de cocinar.

Se ha dicho que cuando muere un cacique distinguido se mata una de sus mujeres, la cual se entierra juntamente con él; pero Sánchez me aseguró que no existe semejante costumbre; aunque tal vez esto haya sucedido en una u otra ocasión.

Los indios no saben a punto fijo donde se encuentra la laguna Estigia, pero suponen que sea el océano. No pueden indicar tampoco la ubicación de sus campos elíseos, llamados por ellos *Alhué-mapu* (tierra de los espíritus). — ¿Cómo podemos saberlo cuando nunca hemos estado allí?, dicen. Menos aún tienen idea de las ocupaciones de las almas, en la otra vida. Estos son asuntos de que no se preocupan y si es verdad que poseen algunas nociones mal definidas de la otra existencia, son relacionadas más bien con un cambio de lugar y no de un cambio de estado. A toda pregunta al respecto contestan *chum pecky* (quién sabe) con la misma indiferencia con que lo hacen los chilenos.

Según pude averiguar no creen ni en la recompensa ni en el castigo después de la muerte por las acciones realizadas en esta vida. Atribuyen, sin embargo, su mala o buena suerte a la voluntad de un ser superior. Algunos pocos tienen nociones confusas de la Gloria y del Infierno, pero es indudable que estas ideas las han adquirido por el contacto ocasional con los misioneros cristianos.

Molina dice que los mapuches tienen la creencia de que los muertos protegen a los vivos y que se unen con ellos en combate contra los enemigos de su patria. Cuando estalla una tempestad en la distante cordillera se imaginan que sus antepasados, montados en las nubes, persiguen a algún enemigo invisible y con frecuencia alientan a los combatientes gritando: ¡Bien hecho! ¡Ay que bien! ¡Buenos amigos!

Capítulo IX

Al salir de Budeo, nos dirigimos hacia el sureste, al corazón del territorio araucano.

El terreno sube desde el valle del Budeo hasta las llanuras. Esta zona todavía forma parte del gran llano central de Chile, pero es más ondulada, y bajo otros aspectos más hermosa que las continuadas llanuras de la región que queda más al norte. Las lluvias, que son más abundantes aquí, producen en los campos una vegetación que falta en otras partes y, a la vez, forman numerosos arroyuelos que evitan una monotonía que de otra manera sería aburridora. Sobre las cimas de los cerros y en todos aquellos

puntos donde se guarda la humedad, se ven antiguos robles y otros hermosos árboles que aumentan en número a medida que avanzamos.

Nuestra comitiva se componía de cuatro personas, Sánchez y yo, con dos mozos, uno de los cuales llamado José, era alto y atlético y muy aficionado a la vida errante, pero demasiado flojo para ser muy aventurero; el otro era bajo, bien hecho y activo, siempre dispuesto a todo, y se hacía amigo de todo el mundo a causa de su buen humor. Era miembro adoptivo de la familia de Sánchez y se llamaba Juan de Dios, pero era más conocido por el apodo de Huacho, a causa de su origen dudoso.

Sánchez, o don Panta como le llamaba todo el mundo, era de aquellos individuos a quienes mientras más se conoce, más se quiere. Era hombre grande y fornido de cuarenta y cinco a cincuenta años de edad y de aspecto digno y varonil. No tenía mucha educación, pero era inteligente y comunicativo, con cierto orgullo innato sin ser reservado y honrado a toda prueba, a pesar de haber sido contrabandista en su juventud.

Cuando estalló la revolución chilena, su padre, que era oficial en el ejército realista, al triunfar las armas de los patriotas, huyó a las montañas como tantos otros y se unió a la banda de Pincheira, español que había reunido una compañía de realistas e indios con el propósito de molestar a los republicanos en la esperanza de que algún día la revolución fuera dominada.

El objetivo original de Pincheira y su séquito fue honorable, y su conducta durante la continuación de la guerra, hasta cierto punto justificable, pero ese jefe era persona de poco carácter y no pudo luchar contra los elementos intransigentes que se plegaron a su estandarte. Después de la declaración de la paz, temiendo la traición o, tal vez, creyendo que la causa realista volvería a levantarse, se negó a deponer las armas y fue declarado proscrito y bandido.

Su campamento llegó a ser punto de refugio de todos los desesperados, quienes, cuando se estableció un régimen de orden, fueron obligados a huir del castigo que merecían por crímenes cometidos durante la época de guerra. Estos bandidos no reconocían ninguna autoridad ni obedecían a ninguna ley, sino a sus propias pasiones brutales. Fueron por muchos años el azote de la frontera. Sin esperar cuartel, tampoco lo daban a nadie; eran como ismaelitas: levantaban la mano contra todos y por todos eran perseguidos; sin Dios, sin patria, sin hogar.

Bajando por los pasos de la cordillera, en el silencio de la noche se dejaban caer sobre alguna indefensa aldea y exterminaban a sus pacíficos habitantes, sin respetar sexo ni edad.

Si perdonaban la vida de algún niño de pocos años o de alguna mujer de buena presencia, era solo con la esperanza de hacer rescatar al primero y de abusar de la debilidad de la segunda, destinándola a una deshonra peor que la muerte misma.

Antes de que se pudieran reunir las tropas para rechazar sus ataques, volvían cargados de botín a sus escondites en la montaña o a las pampas en cuya inmensidad se perdían.

Tan grande fue el terror inspirado por esta cuadrilla de bandidos entre los vecinos de los boquetes de la cordillera, que aún hoy, después de tantos años, cuando han

desaparecido los últimos vestigios de esta banda formidable, muchas madres hacen callar a sus niños con el temido nombre de Pincheira.

El padre de Pantaleón, cuando servía bajo el mando de Pincheira, aprendió la lengua de los indios y adquirió tanto ascendiente entre ellos, que llegó a ser conocido en toda la frontera por el nombre de El Rey Sánchez. Por fin, fue capturado por el coronel Godoy, quien lo pasó por las armas. Muchos otros fueron tomados y ejecutados sumariamente, y poco después la banda fue disuelta, principalmente a causa de la influencia de Pantaleón Sánchez, quien obtuvo condiciones favorables para muchos de los que se sometían. El mismo recibió en pago de sus servicios el empleo fiscal de intérprete, que aún conserva. Como había pasado quince años de su juventud entre los indios y, más tarde, había estado en comunicación constante con ellos, hablaba su lengua tan bien como la propia y conocía a fondo sus usos y costumbres.

Por el lado del camino, los indios habían quemado el pasto en grandes extensiones a fin de procurar un nuevo brote en los campos agostados por el Sol de verano.

Debido a la última lluvia el pasto nuevo se asomaba como verde alfombra, salpicada de innumerables flores encarnadas en forma de tulipán. Vimos también, en grandes cantidades, una planta rústica, que es un forraje excelente para el ganado.

Al pasar por un arroyuelo, me fijé en una capa delgada de lava escoriácea muy parecida a los depósitos recientes de Antuco. Allí cerca había un pequeño montículo compuesto, al parecer, de la misma materia; en cada caso, la tierra vegetal que la cubría era solo de algunas pulgadas de espesor. Después, encontramos más al sur, en muchos puntos, al pasar por los arroyos, estratificaciones semejantes.

Como no existen respiraderos volcánicos sino en la cordillera, la existencia de estas capas es un problema interesante. Tal vez son muy comunes, pero solo donde el suelo superficial ha sido removido por las aguas, se encuentran a la vista.

Cerca de un pequeño estero llamado Chumalco, nos detuvimos en la casa de un platero —artesano primitivo— que fabricaba espuelas y otros artículos para los indios y comerciantes. Su taller era un ranchito y sus herramientas de la clase más tosca. Sus mercancías eran rudas y groseras, pero ofrecían una bárbara magnificencia, muy en armonía con los gustos de sus clientes; porque los indios recelan de todo trabajo acabado y pulido y tienen ideas propias respecto de lo que constituye la moda, que aun entre ellos cambia de vez en cuando. Son tan fastidiosos para comprar un par de espuelas como cualquier bella francesa para la elección de un sombrero. Al mismo tiempo, tienen el mayor desprecio de todo lo que es imitación y el *hueñi*²¹ más pobre con espuelas de hierro o aun sin ellas, se sentiría insultado con la oferta de un par plateado o de plata alemana.

Además de los frenos, estribos, jaquimones y aperos de plata, los indios usan zarcillos, prendedores y otros adornos del mismo metal, que es el único que ellos emplean para fines ornamentales.

²¹ Hueñi. Gañan, peón.

No se le ve jamás con nada de oro. Existe una idea generalizada de que no usan el oro porque lo consideran la causa de todas sus guerras con los españoles y desean ocultar la existencia de ese metal en su territorio; pero Sánchez creía que no era esa la razón, sino, más bien, que ello dependía de la dificultad en obtenerlo y de su incapacidad de trabajarlo y de probar su pureza. Cuando se fabrica en el extranjero no quieren comprarlo y lo mismo pasa con los artículos de plata si no son fabricados por sus propios artífices o por alguien que viva en medio de ellos y haya ganado su confianza.

La cantidad de plata usada en la manufactura de objetos para el comercio con los indios es grande, y como proviene exclusivamente de las monedas del país, siempre hay escasez de sencillo en todas las provincias fronterizas.

Si suponemos que trafican con los indios dos a tres mil personas y estimamos que cada uno de ellos dispone, al año, de veinte o treinta pesos en monedas de plata, se puede ver fácilmente la considerable dificultad que causa la sustracción de esta cantidad de la circulación de una zona no muy poblada ni muy rica.

Una legua más allá llegamos a otro riachuelo llamado Malvén, cerca del cual viven esparcidos un gran número de cristianos. Aquí también en un tiempo residía un anciano fraile dominico que pasó muchos años tratando de convertir a los indios. A pesar de ser muy respetado, como lo son siempre los sacerdotes por su carácter sagrado y como bienhechor –porque a causa de sus conocimientos de la medicina había sido muy útil– era probable que no pudiese contar con un solo convertido y fue aun mirado con cierto recelo.

En vano trató de conseguir permiso para introducir una misión y establecer un convento de su orden. La contestación que recibió de los indios fue característica, lo que probó que la experiencia anterior no se había olvidado por completo.



Espuela indígena. Reuel Smith, *op. cit.*

– Padre –dijeron ellos–, cuando quiera Ud. visitarnos será bienvenido y recibirá alimento y abrigo, pero si vienen sus hermanos necesitaran tierra para construir una casa, habrá que darles de comer y tendremos que proporcionarles ganado; necesitarán, entonces, más tierra para mantener sus animales; otros cristianos vendrán a vivir con sus hermanos; ellos también desearán casas, ganado y tierras. De este modo, Uds. llegarán a enriquecerse y nosotros a empobrecernos y por último seremos expulsados.

Más allá del Malvén, los indios eran más numerosos y encontramos muchos por el camino.

Todos se mostraron sorprendidos de verme a mí; pero conocían bien a Panta (así llamaron a Sánchez) y luego creyeron la explicación que les dio de mi viaje. Hubo uno más incrédulo, un muchacho de doce o trece años, que había vivido entre los chilenos lo suficiente para aprender algo de su lengua y costumbres; él insistió que por usar yo un sombrero de paño de anchas alas debía ser un cura disfrazado, e hizo un número de observaciones respecto del *pichi-patiru* (pequeño padre) que nos dieron mucho que reír. Este niño había capturado en el riachuelo vecino, un *huillín*²², que estaba desollando; le compré la piel por una trompa y quedó de tenérmela seca y preparada para mi vuelta.

En el camino nos encontramos con una partida de indias; las primeras que había visto de cerca. El agua corría de su largo pelo, porque recién se habían bañado. En las espaldas, suspendida por una correa que pasaba por la frente, llevaban grandes jarros de agua, cubiertos con ramas fragantes de menta. La mayor parte de ellas llevaban tomados de la mano niños barrigones, y una o dos llevaban criaturas suspendidas a sus espaldas. Estaban adornadas con todos sus mejores atavíos, con profusión de joyas de plata y de cuentas de todos los colores. Presentaban un aspecto pintoresco, pero poco puede decirse de su hermosura.

Los indios, y en especial las indias –cuando viven cerca de algún río–, son muy aficionados a bañarse, una de las pocas costumbres de aseo que practican.

En la tarde nos detuvimos en la casa de un cacique anciano llamado Anticheo²³ (gaviota del sol).

Deteniendo los caballos a alguna distancia de la vara que se coloca delante de todas las casas como barrera, esperamos algunos momentos hasta que salió el cacique y nos saludó uno tras otro. Enseguida nos convidó a desmontar, pero nos disculpamos y después de una breve conversación nos dirigimos a un manzanar no muy lejos de allí, prefiriendo pasar la noche debajo de sus ramas a exponernos a los ataques de los bichos que frecuentan las rucas²⁴ de los indios.

Tan luego como habíamos establecido nuestro campamento, principiaron a llegar los curiosos, hombres y niños, atraídos por la novedad y tal vez con la esperanza de poder hurtar algo. Casi todos vestían la chiripa, prenda en forma de poncho que

²² Huillín. *Lontra provocax*. Especie de nutria que habita en el sur de Chile y en la Patagonia.

²³ De *Antü*, sol y *chelle*, gaviota.

²⁴ Ruca. Casa.

envuelve el cuerpo desde la cintura hasta los tobillos, y sujeta por un cinturón o faja. Algunos usaban ponchos, y unos pocos llevaban también camisas, viejas y mugrientas. Un indio de anchas espaldas, a pesar de no tener camisa, lucía un chaleco, demasiado estrecho para cruzar su poderoso busto y llevaba en la cabeza un gorro viejo con galón de plata muy oxidado, en vez del pañuelo, o cinta de colores con lo que, por lo general, sujetan el pelo.

No demostraban la taciturnidad e indiferencia estoica que estamos acostumbrados a atribuir a todos los indios; al contrario eran vivos, habladores y en extremo novedosos. No dejaron nada sin examinarlo, y aun mi traje, botas y sombrero no se escaparon de sus pesquisas, que acompañaban de risas, chanzas y exclamaciones de sorpresa.

El cacique no demoró mucho en acercarse también, y luego entabló conversación. Tenía mucho que preguntar sobre los sentimientos e intenciones del gobierno para con los indios; y expresó muchas dudas respecto de la anunciada visita del presidente Montt a las provincias del sur; temía complicaciones y aparentemente se sintió muy aliviado por las explicaciones de Sánchez. Nadie parecía mostrarle mucha deferencia y me sorprendió la falta de respeto que se notaba para con los superiores, sobre todo entre los niños, quienes gozaban de la mayor libertad, mezclándose en las conversaciones, expresando sus ideas de una manera no superada por la misma juventud yanqui.

Mientras conversábamos, se anunció un mensajero de Mañín, enviado a causa de unos robos que habían ocurrido últimamente.

El propio, sin desmontarse, dio su mensaje en tono de sonsonete en que se notaban algunos sonidos guturales y la frecuente repetición de las palabras *-piu, pi, pioe-* (“yo digo, dije yo, dijo él”). El cacique le escuchó de pie, y todos los demás guardaron un silencio respetuoso. La respuesta se dio con la misma modulación monótona, sin ademanes ni inflexiones de voz, de manera parecida a la de los niños cuando repiten una lección aprendida de memoria.

Para mi modo de ver, pronunciaron sus discursos en un estilo poco llamativo; pero Sánchez me dijo que ambos eran considerados oradores y muy reputados por la pureza de su dicción.

Los mapuches tienen ideas propias respecto de la elocuencia, la que se estudia por ser el camino más seguro para distinguirse. Cualquier joven que posee cierta facilidad de palabra y una buena memoria puede aspirar a una alta posición. Los caciques siempre eligen para ayudante y mensajeros a aquellos jóvenes que son capaces no solo de expresar con claridad sus propias ideas sino, también, de repetir con exactitud las palabras de otros; punto de importancia capital para la transmisión de las comunicaciones orales. Los mensajeros, por su constante roce con los hombres principales y por tener que hablar en las asambleas nacionales, obtienen gran influencia y, a menudo, suceden a los que son superiores a ellos en cuanto cuna.

No han faltado escritores españoles que han elogiado altamente la elocuencia araucana; pero, estimada por las reglas clásicas, no merece las alabanzas exageradas que ha

recibido. Sus oradores son muy inferiores a los que se hallan entre los indios de Norteamérica, tanto por la materia como por la elocución de sus discursos. Si pudiéramos descubrir la verdad, es probable que tanto los mohawks como los araucanos deben mucho de su fama de oradores a las traducciones floridas de sus intérpretes.

El cacique, al advertir que todavía no comíamos, ordenó matar un cordero para nosotros. El animal fue suspendido por las patas a una rama y degollado. Una mujer recibió la sangre en una fuente de palo, a la cual echó un puñado de sal para ayudar la coagulación; otra trajo un canasto para recibir las entrañas y las llevó a su casa. La sangre y las entrañas son comidas por los indios; la primera cruda o cocida y las últimas en forma de guiso. Se sacó el cuero y el cordero fue partido en dos mitades, una de las cuales se puso a azar sobre un buen fuego.

El cacique se levantó enseguida y nos dio las buenas noches, ejemplo que siguieron los demás, a excepción de algunos ociosos que se quedaron con la esperanza de participar de nuestra cena.

No tuvimos más mantel que el verde pasto, y sentados alrededor del humeante asado, lo despedazamos con nuestras navajas, pasando una porción a cada uno de los que nos acompañaban. Para completar nuestra fiesta, nos trajeron un jarro de *mudai*, licor fermentado, algo espeso, pero de un gusto no desagradable. Cuando levantaba el jarro a la boca, Sánchez me dijo en tono de bromar —¡Tenga cuidado señor!, no sabe lo que está bebiendo. Conformándome con la idea de que hay muchas cosas que no conviene saber, bebí un buen trago, antes de pasar el jarro a otro. Si hubiera visto la manera de fabricar el *mudai*, como después la vi, no habría llegado a tocar mis labios.

Tan luego como se retiraron nuestros visitantes —lo que hicieron cuando se agotaron los comestibles— tendimos nuestras camas de pellones y ponchos debajo de los manzanos y nos echamos a dormir, después de guardar todo con la mayor seguridad posible, porque nos dijo el guía —estos diablos les robarán la lengua si duerme con la boca abierta.

Por la mañana recibimos nuevas visitas, entre otras la de un viejo que hablaba castellano con regularidad. Dijo que había conocido a mi padre (Vega) respecto de quien hizo muchas preguntas, que me costó bastante contestar, puesto que jamás había visto la persona cuyo nombre me había dado. Después preguntó por el Presidente, por su carácter y sus designios para con los indios. Quedó más o menos satisfecho con mis respuestas sobre estos puntos y luego quiso saber si Su Excelencia era rico y poderoso; y para averiguar la importancia del Mandatario me preguntó el número de sus esposas.

— No tiene más que una, contesté.

— ¡Hué! —exclamó el indio, atónito—. ¿Una nomás?, levantando un dedo para que no me equivocara.

— Sí, una nomás.

— Entonces debe estar muy pobre.

— ¿Por qué?, pregunté yo.

– Porque yo, que soy pobre, tengo dos; muchos de nuestros *ghelmenes*²⁵ tienen cinco; y el Presidente que es gran cacique debe tener a lo menos diez –y contaba sobre los dedos, *Quiñe, epu, quechu, mari* (1, 2, 5, 10)–, para determinar mejor los grados de importancia. Le costó mucho convencerse de que él no era una persona de mucho más rango que un presidente, que no tenía más que una mujer.

No quedó conforme cuando le expliqué que los cristianos no se casaban sino con una mujer. No pudo comprender la razón de esto; los de su pueblo, decían, siempre vivían felices con varias mujeres, lo que no sucedería si la costumbre no era del agrado del Ser Supremo. Cuando recordaba las tendencias polígamas de los personajes bíblicos tuve que confesar que, según sus luces, no dejaba de tener razón el viejo.

Este ha sido siempre uno de los entorpecimientos que encontraban los misioneros (quienes muy poco han logrado entre los mapuches) porque constantemente han comenzado por atacar la poligamia nacional, la más arraigada y mantenida de las costumbres sociales de los indios.

El sistema es honrado, pero su eficacia es dudosa.

Si dejasen esta reforma para el final, en vez de tratar de implantarla desde el principio, y no se preocupasen tanto de las costumbres inveteradas hasta adquirir la influencia necesaria para extirpar los vicios menores, tal vez podrían conseguir mayores resultados; de todos modos, una institución como la poligamia solo puede desterrarse poco a poco.

Después de almorzar bien, montamos a caballo, y nos dirigimos a la casa del cacique. Aquí hicimos algunos regalos de añil y cuentas a sus mujeres, y de pañuelos y trompas a los niños y, enseguida, nos despedimos con toda formalidad. Uno de sus sobrinos, joven bien parecido e inteligente y que era amigo de Panta, se agregó a nuestra comitiva.

Cruzando el riachuelo Renaico, pasamos a la casa de Calbucoi, uno de los caciques más poderoso de esta comarca, pero no se encontraba allí. Le hallamos después en los campos, negociando con unos mestizos. Era persona grande, corpulento y de agradable fisonomía. Iba acompañado por un sobrino llamado Railému, joven poco simpático, a quien no deseamos encontrar, porque sus conocimientos del castellano, lengua que hablaba con facilidad, podrían hacerle sospechar que yo era extranjero.

Todo el grupo rodeaba un poncho extendido en el suelo, en el cual vimos amontonados numerosos pesos fuertes y espuelas de plata, cebo tentador para el dueño de grandes ganados. Pero el viejo cacique era incrédulo y prudente.

Examinó cada artículo con el mayor cuidado, oliéndolo y probándolo con la lengua, haciéndolo sonar para constatar la pureza del metal. Sacó de su cinturón una pequeña balanza de caña con platillos de cuero, y procedió a pesar los artículos uno por uno, usando como norma unos pesos fuertes que lleva sobre su persona. El sobrino no era menos cauteloso y ambos parecían conocer a fondo todas las maulas del negocio.

²⁵ Gulmenes. Se refiere a los ülmenes, y que se traduce como hombre rico e influyente.

Sánchez no quiso comprar ganado aquí, y estaba muy contento de que estuviera tan ocupado el cacique, quien no tuvo tiempo ni disposición para fijarse mucho en nuestros movimientos. Le dimos un gran pañuelo rojo adornado de brillantes flores amarillas en cambio del privilegio de pasar por sus territorios, y seguimos apresuradamente nuestro viaje.

El sistema de imponer tributos es universal entre los caciques; pero, por fortuna, sus exigencias son tan moderadas que no vale la pena discutir las. Conocí a un caballero inglés, residente por largos años en Chile, quien me contó una aventura divertida, relacionada con esa costumbre.

Durante un viaje tuvo ocasión de pasar por el territorio de un cacique, y se sorprendió al ser detenido en el camino con la exigencia de un derecho de tránsito. Valiéndose de su condición de inglés rehusó someterse a una gabela que consideraba injusta, declarando que, como era viajero y no comerciante, tal molestia era contraria a las costumbres internacionales. Su guía le aconsejó que cumpliera con la costumbre; el cacique insistió, pero todo fue inútil. El inglés se negó a ceder. Volvió riendas para seguir su viaje, pero entonces un joven fogoso corrió a su cabaña, sacó un cuerno, con el cual dio, tal trompetazo de alarma, que resonó por todos los cerros vecinos y fue contestado de veinte partes. De todas las cabañas salió gente armada que venía corriendo, a pie y a caballo, agitando sus largas lanzas y listas para el encuentro.

Cuando John Bull se enoja, no es fácil amedrentarle; e inmediatamente preparó sus pistolas, resuelto a vender cara su vida; pero el guía corrió hacia él y le dijo:

– Por el amor de Dios, señor, ¿qué va a hacer? Deles algo, aunque sea un pañuelo.

De repente, vio lo absurdo de la situación y riéndose de su torpeza, regaló al enfurecido cacique un cortaplumas.

Se hicieron las paces al instante; el cacique, más que contento, juró amistad eterna al generoso forastero, pidió disculpa por la detención, e insistió en que alguno de sus más bravos guerreros le escoltara como guardia de honor por muchas millas de camino.

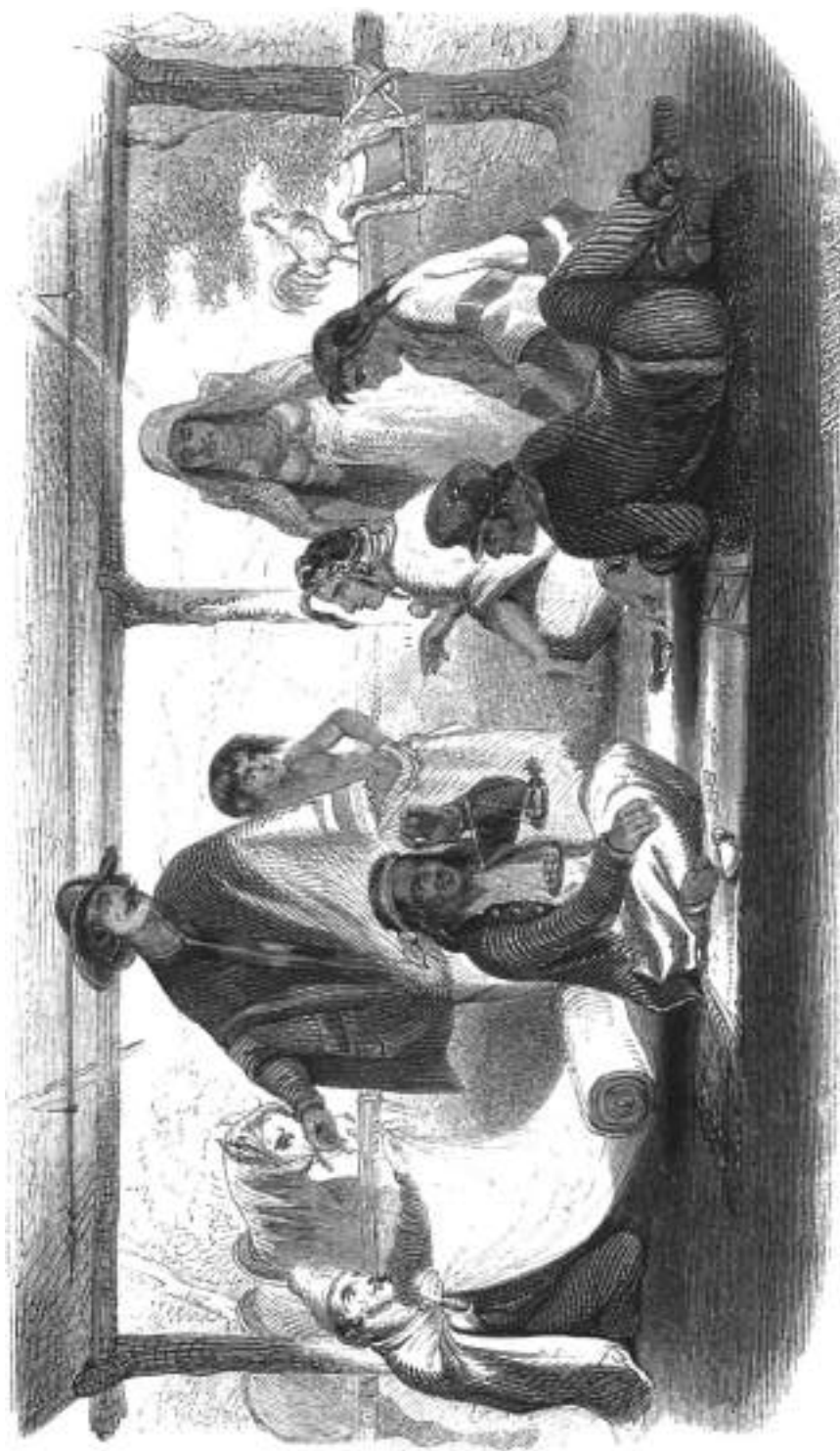
Capítulo X

Hicimos otro alto en la casa de un cacique llamado Kilal.

Como antes, nos detuvimos delante de la barra, y esperamos que saliera el dueño de casa, quien nos hizo el saludo acostumbrado de –*Mari, mari, peñi* (que traducido de forma literal significa: un ciento, hermano, tal vez una contracción de *sea bienvenido cien veces* u otro saludo primitivo). Entonces llamó a sus mujeres, dos de las cuales, después de saludarnos a su manera –*¿Emy ê?* (¿Es Ud.?), barrieron el suelo debajo de la ramada de cañas y tendieron cueros de oveja para nuestro servicio. Concluido esto, nos convidaron a desmontar.

Entrando en el patio, nos sentamos a piernas cruzadas sobre los cueros, y nuestro compañero indio pronunció el discurso formal, que es una de las exigencias más

Comerciendo con los indígenas. Reuel Smith, *op. cit.*



indispensables de la etiqueta mapuche. No es más que el intercambio de cumplidos, pero su omisión, salvo entre vecinos próximos o amigos íntimos, sería considerada imperdonable.

Si el huésped es forastero, el dueño de casa se dirige a él primero con las palabras: –No le conozco a Ud. hermano o, bien –No le he visto a Ud. nunca antes. Entonces el huésped menciona su nombre y el lugar de residencia y pregunta por la salud de su interlocutor, la de su padre, madre, mujeres y niños; pide noticias de sus tierras, de sus siembras y de su ganado. Después pregunta por el jefe del distrito, los vecinos, sus mujeres y familias, siembras, etc. Si ha habido incidentes desagradables, enfermedades, accidentes o muertes en la vecindad. Si las respuestas son favorables, expresa su satisfacción, y discurre sobre los beneficios de la salud, las riquezas y la amistad, que califica de grandes bienes por los cuales debe darse las gracias a Dios.

Si, por el contrario, las respuestas se refieren a malas noticias, se condeule con el afligido y se pone a filosofar sobre las desgracias, que deben soportarse con resignación, puesto que no siempre se puede evitar los males.

Terminadas las preguntas del visitante, el dueño de casa a su turno hace las mismas y comenta las respuestas en la forma que el caso requiere.

Esta formalidad demora diez o quince minutos. Las preguntas y respuestas son recitadas en voz monótona que recuerda el rezo del rosario o la entonación de los sacerdotes durante una misa. Al final de cada frase, si la última palabra termina en vocal la voz se levanta, pero si termina en consonante, se redondea con una inspiración nasal. El oyente expresa su satisfacción por un sonido gutural, o indica su sorpresa por la exclamación –¡Hué! Salvo estas excepciones, no interrumpe jamás, hasta que el que habla avisa por una cadencia especial que ha terminado. A menudo, durante estas conversaciones, no se miran uno a otro y a veces se sientan vueltos de espaldas.

Después de concluir con estas formalidades, la conversación sigue de una manera más natural.

Vestigios de esta costumbre se notan entre los campesinos chilenos, con sus invariables y numerosas preguntas y respuestas cuando hacen visitas o se encuentran por casualidad. La misma cosa pasa con el formal recado mandado con un sirviente.

Siempre principia con las frases: –Muy buenos días, señor. ¿Cómo está su merced? Manda decir mi señorita doña Mariquita, que cómo está la salud de su merced; que se alegra mucho que no tenga su merced novedad ninguna, etc. Solo cuando concluye esta introducción da su recado. Si se le interrumpe, es casi seguro que comenzará todo de nuevo.

Semejantes costumbres impacientan a un anglosajón, pero como se originan en la bondad e indican una disposición amistosa, deben mirarse con indulgencia y aun con admiración.

Viendo que estábamos cansados de estar sentados inmóviles, el cacique mandó traer unos banquitos cubiertos de cuero para que en ellos apoyáramos los codos. Al

mismo tiempo, apareció una de las mujeres y colocó delante de cada uno, una fuente de caldo de cordero. El caldo era excelente, pero me fue difícil tragarlo en la posición reclinada en que me encontraba.

La fuente no ofrecía inconvenientes; pero no pude manejar la cuchara de palo porque su forma era tal que no se acomodaba a mi boca. Mi poca pericia causó diversión; y después de embadurnarme la cara y de llenarme los bigotes de grasa, tuve que abandonar la cuchara de palo y recurrir a la que llevaba, junto con un cuchillo y tenedor, en mis alforjas.

No aumentó mi apetito, ver a unos cuantos niños desnudos que jugaban allí cerca, con sus cuerpecitos cubiertos de manchas y rascándose constantemente; efecto, como supe después, de la sarna. Si hubiera sabido lo común que era esta asquerosa enfermedad entre los nobles hijos de Arauco, tal vez no habría empezado mi viaje; pero Ercilla había olvidado describir este inconveniente y aunque me habían hablado de él los chilenos, no creí que estuviera tan esparcida la enfermedad como para no dejar casi hombre, mujer, o niño que se libre de tan odiosa peste.

Entre otros remedios, llevaba uno contra este mal, pero confiaba principalmente en el empleo liberal de agua y jabón y en el uso de guantes para proteger las manos, que es la parte más expuesta al contagio. Con estas precauciones, aunque varias veces pasaba buenos sustos, escapé ileso.

La sarna es la enfermedad nacional de los araucanos y debe haber existido entre ellos desde tiempo inmemorial, como consecuencia natural de su modo de vivir. Se dice que mucho antes que se conociera en Europa la verdadera naturaleza de esta peste, los mapuches habían descubierto el método de sacar de la piel los pequeños parásitos que causan la irritación.

Hay ciertos inconvenientes y molestias relacionadas con lo que los poetas y filósofos llaman el estado de naturaleza, que solo puede apreciarse por aquellos que han visto al hombre más alejado de las amenidades de la civilización. Sin duda perderíamos mucho del respeto y admiración de los patriarcas de antaño, si conociéramos más de cerca su vida doméstica.

Después de la siesta, Kilal nos acompañó a través del pequeño estero de Nininco, hasta los campos extensos donde pacían sus ganados. Media docena de *hueñis*²⁶ bien montados, nos acompañaban y luego llegó a ser interesante la partida.

No hay nada más pintoresco que ver a estos jóvenes salvajes correr a escape por el llano con sus largos cabellos flotando al viento y sus lazos silbando en el aire mientras se lanzan tras los animales que quieren coger.

Los indios son buenos jinetes, y durante sus corridas parecen formar parte del caballo que montan. Su destreza con el lazo es admirable; es maravilloso ver la facilidad con que eligen cualquier animal, lo separan de sus compañeros y lo laceran; pero a

²⁶ Hueñi. Mozo, indio de clase inferior.

veces un caballo corredor alleccionado por la experiencia, desbarata sus maniobras y los lleva en furiosa carrera por el llano.

La montura mapuche es muy sencilla; se forma de una enjalma basta, debajo de la cual se ponen unos cueros de oveja; encima se colocan pellones, todos ellos sujetos por una fuerte cincha. Los estribos, cuando no son de plata, son generalmente de colihue, torcido en forma de triángulo, de tamaño suficiente para admitir el dedo grande del pie; el freno, como el usado por los chilenos, es muy pesado y poderoso; las riendas son de cuero sin curtir, torcido con firmeza o de un trenzado ingenioso en el cual se notan a veces algunas hebras de plata.

A diferencia de los chilenos, dejan las cinchas muy sueltas, y se mantienen en la montura por el perfecto equilibrio del cuerpo. Esto se hace necesario por el hecho de no sacar ni la montura ni el freno cuando están fuera de su casa, aun en el caso de permanecer varias horas desmontados. Como todos los salvajes, son muy suspicaces y temiendo la traición, están siempre alerta, listo para montar y huir a cualquier aviso. La fuerza y el aliento del caballo se economizan así porque no se oprimen sus pulmones.

De nuevo me llamó la atención la impertinencia de los niños, que me rodeaban y manoseaban mi traje, montura y estribos, riéndose sin moderación a costillas mías y manteniendo una serie de comentarios que divertían a todo el mundo menos a la persona directamente implicada, quien por fortuna no comprendía la mayor parte de sus observaciones.

Esta procacidad insolente, que en cualquier otra parte sería castigada, es alentada más bien entre los mapuches, quienes creen que semejante mala crianza inculca un espíritu de independencia.

Ellos nunca castigan a sus niños varones, porque consideran que el castigo es degradante y que dispone al futuro hombre para que sea pusilánime y poco apto para llenar su deber de guerrero. Sin embargo, a pesar de su impertinencia, los indiecitos son de buen carácter, y aun cuando sus chanzas resultan a veces pesadas, no obran con malicia, ni tienen la intención deliberada de molestar a su víctima.

Con semejante educación o, más bien, falta de educación en la juventud, puede parecer extraño que los mapuches no sean groseros en su trato social. Tienen una etiqueta especial y la observan con la mayor escrupulosidad. Siempre se saludan al encontrarse, aunque sean completamente desconocidos, en la conversación nunca se interrumpen; jamás pasan por delante de una persona, o entre dos que conversan sin pedir disculpas y, en muchos otros casos, demuestran una buena crianza digna de naciones más civilizadas.

Después de mucho discutir el precio (a lo que son muy adictos los indios), Sánchez eligió varios animales para llevarlos a su vuelta. Lo que me sorprendió fue que los pagara al momento, pero me dijo que en todo negocio conveniente, los indios son más honrados que los cristianos. —No tengo la misma confianza con mis compatriotas, agregó, —porque si pagara anticipado a un chileno me engañaría si le fuera posible.



Silla y manta de montar y estribos mapuches. Reuel Smith, *op. cit.*

Durante muchas millas el camino nos llevó por un hermoso llano, salpicado de bonitos árboles, hasta que llegamos al estero de Kaillím, que corre por un profundo cajón, formado por abruptos cerros, de los cuales los del lado norte son muy boscosos. Las casas estaban esparcidas por sus orillas a corta distancia unas de otras; la población, como de costumbre se había concentrado cerca del curso de agua.

Al sur del arroyo, tuvimos que escalar los cerros y llegamos a otra llanura ondulada, cubierta de buenos pastos y sembrada de grandes robles tan próximos los unos a los otros que raras veces salíamos de su sombra. Los robles son árboles hermosos de gran ramaje y dan a la comarca (donde no se ve matorrales) el aspecto de un bien cuidado parque inglés; pero ocasionalmente un enorme tronco carbonizado, a punto de caer o ya derribado, advierte la triste verdad de que está llegando el día de la destrucción de estos monarcas de la selva.

La costumbre de quemar el pasto todos los años —que se practica tanto por los mapuches como por los indios de Norteamérica— destruye con rapidez las selvas del sur de Chile, produciendo el mismo aspecto que se nota más al norte. Aunque ha sido negado por personas, cuyas opiniones merecen gran respeto, no pude desprenderme de la convicción de que en otro tiempo las llanuras de Chile central han estado cubiertas de bosques que han desaparecido por iguales motivos. Así los campos, faltos de protección de los árboles, se encuentran áridos y desolados y los ríos se han secado porque las vertientes que los alimentaban han desaparecido bajo los ardientes rayos solares.

Se ha dicho que por falta de lluvia y de humedad en la atmósfera no podían haber florecido los árboles; pero es probable que se haya confundido la causa con el efecto

y que la escasez de lluvias se deba en gran parte a la destrucción de bosques que antes existían. En Estados Unidos se comprende bien la influencia ejercida sobre el clima por haberse despejado grandes extensiones de tierra antes boscosas; y más aún, entre las personas más inteligentes de Santiago prevalece la opinión, de que, desde que se han cultivado más las llanuras vecinas a esa capital, han aumentado las lluvias de una manera perceptible.

El Sol ya se había puesto cuando detuvimos nuestros caballos delante de la casa de un indio llamado *Chancay-Hueno* (isla del Cielo), amigo íntimo de don Panta. No se encontraba en casa; pero su mujer (en este caso había una sola) nos recibió con cordialidad y nos invitó a desmontar. Su cara era simpática y risueña y el timbre de su voz me llamó la atención por su tono de tristeza que le daba un interés melancólico.

Chancay no llegó hasta después de la oración. Al entrar no hizo caso de nosotros, sino volviéndose hacia su mujer le dijo:

– Pon más leña al fuego para que haya luz y pueda distinguir la cara de mis amigos. La mujer obedeció y echó unas cañas al fuego. Tan luego como nos pudo distinguir nos saludó uno por uno y principió a conversar con Sánchez. Después de manifestar su contento por nuestra visita y de haber charlado un rato amistosamente, volviéndose hacia nuestro compañero indio, a quien no conocía, le dijo:

– ¡Su cara es nueva para mí, hermano!

Siguieron los quince minutos de cumplimientos mutuos que exige la etiqueta, quedando callados los demás. Entretanto, tuve una oportunidad favorable para estudiar la economía doméstica del hogar indio.

La casa era rectangular, construidas de cañas con techo de paja y tenía más o menos treinta pies de largo por quince de ancho. Se asemeja mucho a los ranchos comunes entre las clases pobres chilenas. En medio del techo había un agujero que servía de chimenea, para el fuego colocado inmediatamente debajo de él. Este agujero y la puerta bastante baja eran las únicas partes por donde podían entrar la luz y el aire.

En dos de los rincones habían toscos marcos de colihues sobre los cuales se habían estirado cueros de buey, que servían de catres; en otro se encontraba una división bien hecha de cañas: detrás de ella estaba el granero donde guardaban el trigo. El centro de la pieza estaba ocupado por ollas de greda, fuentes de madera, cucharas y otros utensilios domésticos, todos abandonados en la mayor confusión. De los tijerales, negros y festoneados de telas de araña, colgaban mazorcas de maíz, trozos de carne, zapallos, cuelgas de ají y una bolsa tejida llena de papas.

En medio de estos símbolos de la paz y prosperidad, figuraban dos largas lanzas con sus puntas de hierro dirigidas hacia la puerta, lista para el uso, pero estaban enmohecidas a pesar de hallarse protegidas contra el orín por pedazos de grasa.

Uno de los pies derechos que sostenía el techo estaba algo inclinado y tenía muescas para que pudiera servir de escalera para llegar a una especie de desván, lleno de hollín y de humo, donde se guardaban sacos de frijoles y otros comestibles.

Junto a las camas estaban suspendidos, espuelas, frenos y estribos de plata, prendedores, zarcillos, collares de cuentas y numerosas otras zarandajas destinadas a aumentar los encantos de la dueña le casa.

Al lado del fuego estaba sentada en cuclillas una anciana arrugada y legañosa, más parecida a un mono disecado o a una momia que a un ser humano. Se apoyaba en sus flacos y descarnados brazos, para atisbarme a través del humo, y al parecer no pudo determinar quién era yo. De vez en cuando soltaba una exclamación de sorpresa —¡Hué!—. A juzgar por su aspecto, sería muy vieja. La dueña de casa estaba sentada cerca de ella y se ocupaba en revolver el contenido de una gran olla, colocada junto al fuego y de cuando en cuando tiraba de la correa pendiente de una cuna que estaba suspendida de los tijerales. En esta se hallaba acostada una criatura de brillantes ojos negros que se entretenía en mirar a la gente. A ratos, cuando levantaba la mano para protegerse del calor del fuego noté que también me examinaba furtivamente de pies a cabeza.

Tan pronto como terminaron las exigencias de la etiqueta, nos sirvieron una abundante comida de caldo y carne. La cena era excelente, pero habría comido más a gusto si no hubiera sido por las atenciones de un gozque que metía el hocico en mi plato cada vez que me descuidaba. Un puntapié me habría librado del incómodo compañero, si el código mapuche lo hubiera permitido; pero cualquier ataque dirigido contra este fiel y audaz guardián se habría considerado como un insulto hecho a su dueño.

Arreglamos nuestras camas al aire libre, usando como colchón cierto número de blandos cueros proporcionados por la bondadosa dueña de casa quién dijo riéndose —nuestro *pichi huenthu* (hombrecito) no debe dormir en el suelo pelado.

Capítulo XI

Permanecimos varios días en la ruca de Chancay, y como Sánchez era muy amigo de la casa, se me proporcionó una oportunidad muy favorable para estudiar las costumbres de los araucanos.

La dueña de casa, para honrar a sus visitas, o tal vez por una perdonable vanidad femenina, apareció el día siguiente a nuestra llegada, con la cara recién pintada y luciendo todas sus joyas.

Los colores que usan para pintarse la cara son el rojo y el negro. Son dos especies de tierra, las cuales se mezclan con grasa para que dure más tiempo su efecto. El rojo se aplica en una ancha faja que corre de una oreja a la otra y cubre las mejillas, los párpados y la nariz. El negro se usa para hacer resaltar las cejas —las cuales se arrancan, dejando solo una línea delgada—, las puntas de las pestañas y las orejas, de la misma manera que lo hacen las mujeres del Oriente emplean la *henna*. El borde inferior de la faja roja que cruza las mejillas y la punta de la nariz es también señalada con línea negra recta u ondulada.

El gusto individual hace variar con frecuencia esta moda, agregando en negro el dibujo de lágrimas que corren por las mejillas; pero la costumbre establecida se observa estrictamente, aunque con modificaciones periódicas. El efecto que producen estos colores es curioso. El negro, sin duda, imparte a los ojos un brillo especial; pero el rojo les da un aspecto sanguinolento y extravagante que muy poco agrada.

Los tocados femeninos, compuestos por completo de cuentas de varios colores, arreglada de tal manera que forman dibujos, me parecen muy bonitos. Caen por la frente y cuelgan sobre los hombros y espaldas y llevan como guarda una hilera de dedales que suenan como cascabeles.

El cabello se divide en dos trenzas, enlazadas con cuentas azules. Las puntas se unen con otra hilera de dedales. No se usa este tocado a diario y las trenzas con sus hileras de cuentas se enrollan alrededor de la cabeza como culebras, cayendo las puntas sobre la frente o asomándose hacia adelante como cuernos. A veces no usan más que una cinta adornada de cuentas para sujetar el cabello.

El cuello se circunda con un collar de cuero tachonado de plata. Un número de hileras de cuentas de varios colores caen sobre el pecho, como también pesos fuertes, dedales, etc., según los medios de cada cual. Usan brazaletes y cintas de cuentas, en los cabellos no solo la mujer sino, también, los *gulumenes*, como distintivos de rango; pero en este caso son de lana de diversos tintes.

El vestido de una india elegante se compone de dos prendas, muy parecidas al *chiripá* de los hombres, en cuanto a forma y confección; pero usadas de otro modo. Una, envuelve el cuerpo debajo de los brazos y se sujeta sobre el hombro por un gran prendedor dejando libres los brazos, se asegura a la cintura por una ancha correa adornada de hebillas de plata.

La otra se lleva sobre los hombros como capa, prendida por delante con un gran alfiler de plata, de cabeza a veces globular y con más frecuencia plano y del tamaño de un plato de postre. Las prendas mencionadas son de fabricación doméstica, de color negro o azul oscuro; pero a veces se hacen de franela roja importada. Para completar sus encantos llevan grandes zarcillos también de plata.

Por lo general, el pintarse y ataviarse de joyas es considerado distintivo del bello sexo; pero no lo es exclusivamente; porque algunos de los mocitos se adornan de la misma manera, y aun cuando se contentan por lo general con trazar algunas rayas o manchas, no faltan algunos que se pintan los ojos, la cara y aun los labios con mucho primor.

La mujer de Chancay era simpática a pesar de la cara pintada, no tanto porque tuviera buenas facciones, las cuales como las de casi todas sus compatriotas eran algo toscas; si no a causa de una expresión melancólica que despertaba interés. Era viva y habladora y, al parecer, buena y cariñosa; pero era evidente que ocultaba algún pesar que aminoraba su felicidad. Sánchez, con quien hablaba de mis impresiones, me lo confirmó, y me dio una explicación muy sencilla. Hacía muchos años que estaba ca-

sada, pero hasta entonces no había tenido hijos y los pequeñuelos que había visto en el rancho eran de una cuñada quien se los había prestado.

Existe inherente en el pecho de toda mujer, el deseo intenso de tener algún objeto en que depositar su amor maternal, y hace que la esterilidad sea la mayor de las desgracias; pero entre los mapuches como entre todo pueblo primitivo es considerada, no sólo una desgracia, sino reproche. Esta situación se agrava por cuanto el marido queda libre y puede tomar a otra mujer que reemplace en sus afectos a la que no ha podido darle ese vínculo sagrado e indisoluble, un vástago de su propio linaje.

Eran dos los niños prestados, un niño y una niña. El primero era un muchacho vivo e inteligente de siete años de edad y se llamaba Panta en honor a su padrino, Sánchez. La niña era menor y llevaba el nombre poético de *Elyape*, abreviatura de *Elya-pewé-coyam*, que significa “Roble que brota en la primavera”. Era bonita y graciosa, pero traté en vano de conquistar su amistad; porque cuando me quité el sombrero se asustó tanto como si me hubiera sacado la cabeza y después no quiso ni acercarse y gritaba llena de espanto si movía la mano en dirección de mi sombrero.



Mujeres moruches. Reuel Smith, *op. cit.*

Además de estos dos, había una guagua²⁷ que pasaba suspendida de un gancho, o apoyada contra la pared; estaba fajada de tal manera a un marco de colihues que solo por el movimiento de los ojos se podía notar que estaba viva. Era de suponer que el constreñimiento tan prolongado sería bastante molesto para la criatura; pero no demostró ninguna intranquilidad y mis observaciones me convencieron de que el más sosegado y contento de todos los nenes es el de los mapuches.

²⁷ Guagua. Bebé, niño pequeño.

Molina, generalmente muy bien informado, dice que los araucanos jamás fajan a sus infantes, pero yo encontré que la costumbre era universal entre ellos, y aun cuando se la encuentra hasta cierto punto común entre los chilenos de baja esfera social, no se puede suponer que la hayan adquirido de los españoles. No es extraño este error de Molina si se toma en cuenta que describe un pueblo que nunca visitó, del cual solo obtuvo información de extraños.

La verdadera madre de los niños en una mujer gorda y de buen genio, que había aprendido unas pocas palabras en castellano, de modo que con lo poco que sabía yo de mapuche y con la ayuda de mi diccionario de esa lengua, logramos conversar bastante. A veces estaba acompañada de otra mujer más joven y bonita que ella, a quien señalaba con evidente orgullo como –la otra yo– es decir, la segunda esposa de su marido –agregada a la familia hacía poco. Lejos de enfadarse o de sentir celos de la recién llegada, decía que deseaba que su marido tomará aún otra mujer; porque lo consideraba un gran alivio tener quien le ayudara en los quehaceres de la casa y en la manutención de su marido.

El sentimiento no es tan antinatural como parece, porque entre los mapuches, son las mujeres las que hacen todo el trabajo, desde las tareas agrícolas, hasta la de ensillar y desensillar el caballo para el dueño de casa, quien hace poco más que andar a caballo y divertirse. Se justifica con la reflexión de que sus mujeres le han costado bien caro y no es más que justo que trabajen para recuperar lo gastado.

Es verdad que una joven araucana no se ofrece en el mercado como las huríes de Oriente; pero no por eso deja de ser un objeto de comercio, comprada por el que aspira a su mano. No tiene mayor libertad para elegir su marido que la de la esclava circasiana.

Aquí, como en otras partes, a veces nace un cariño mutuo y, aunque los amantes tienen pocas oportunidades de comunicar libremente sus sentimientos, recurren a veces a cantos amorios, tiernas miradas y otras artes que solo son comprendidas por los enamorados. Pueden llegar a casarse, pero no es considerado necesario este cortejo, ni se estima de importancia el consentimiento de la mujer.

Por lo general, cuando un joven resuelve casarse, se dirige primero a sus amigos para que le ayuden a llevar a cabo su proyecto. Si es pobre, cada uno de ellos ofrece contribuir según sus medios para sufragar los gastos; uno regala un buey gordo, otro un caballo, un tercero un par de espuelas de plata, etc. Se elige una noche cuando no hay luna, y se fija el punto de reunión. A la hora nombrada, el novio y sus amigos, todos bien montados, se reúnen como se había convenido. Con cautela y silencio se acercan a la casa de la elegida y la rodean.

Una media docena de los más avisados, entran y conversan con el padre de la niña, a quien explican el objetivo de su visita; ensalzan los méritos del pretendiente; que le hacen ver la conveniencia del enlace, etc., pidiendo su consentimiento que, suele concederse con facilidad; tal vez porque consideran a las hijas como carga pesada, o como una mercancía de que conviene deshacerse. Entretanto, el novio ha encontrado el lecho de la que pretende; y ella, como es de rigor, grita y pide auxilio.

Al instante comienza una tremenda refriega. Se levantan todas las mujeres y, armándose de palos, piedras y proyectiles de toda clase, corren a defender a la joven amenazada. Se interponen los amigos para ayudar al novio, con súplicas o violencias aparentes y tratan de desarmar a las feroces mujeres; pero estas no se amedrentan y es feliz el que escapa sin que le hayan roto la cabeza o le hayan dado otro recuerdo sangriento de la batalla.



Cuna y bebé indígena. Reuel Smith, *op. cit.*

Es punto de honor por parte de la novia por más conforme que esté con el rapto; resistir y luchar hasta que el pretendiente, cansado de tantos preliminares, la toma por el pelo, el brazo, el talón, o por donde sea más conveniente y la arrastra hacia la puerta abierta. Una vez afuera, sin soltar su presa, monta a caballo, la coloca sobre la montura, y parte a escape dando gritos de triunfo. Sus amigos también se retiran, seguidos por las enfurecidas mujeres, y huyen detrás de los fugitivos.

Al llegar a los bosques, el novio se interna en la oscuridad de ellos, mientras los amigos se detienen a la entrada hasta que los gritos de la raptada no se oyen más y se convencen de que nadie los persigue. Entonces vuelven cada uno su casa.

Es de suponer que la dama por fin se entrega al brazo fuerte y a las ardientes súplicas de su galán; porque dos o tres días la pareja emerge de la selva, y sin más ceremonia son considerados marido y mujer.

Sucede a veces que los padres de la novia están en contra del matrimonio. En este caso, piden auxilio a los vecinos con los sonidos de un cuerno y salen a cazar a los fugitivos; pero si estos alcanzan el bosque y se ponen a salvo, el casamiento no puede anularse después.

Se dejan pasar algunos días, entonces el novio recibe la visita de sus amigos. Cada uno trae la contribución que ha prometido; y arreando delante de ellos el ganado ofre-

cido, toda la comitiva sale en dirección al antiguo hogar de la novia. Se hace entrega de los regalos al padre, quien cuando considera que ha recibido el justo valor de su hija, se muestra muy contento y sigue un intercambio mutuo de felicitaciones.

Solo la madre de la niña no se da por conforme, porque se supone que ella debe sentirse ultrajada por el rapto de su hija y expresa su indignación negándose a hablar a su yerno o, aun, mirarle. Pero al mismo tiempo la buena crianza le exige que haga los honores de la casa; de modo que se sienta al lado de la novia (volviendo la espalda al galán) y dice: —Hija mía, pregunta a tu marido si tiene hambre. Se hace la pregunta, y de esta manera se sigue una conversación y por fin las visitas son obsequiadas con una comida en que la madre hace lujo de su arte culinario.

Este punto de honor a veces se lleva tan lejos, que por muchos años después del casamiento, la madre no se dirige jamás a su yerno sino vuelta de espaldas o con la interposición de un cerco o tabique.

La manera más usual de conseguir una mujer es la descrita; pero a veces, cuando un hombre encuentra a una niña sola en los campos, lejos de su casa, le entra el deseo de mejorar su condición de soltero y la lleva a la fuerza. Por otra parte, en sus fiestas y borracheras (en las cuales las mujeres se mantienen algo separadas de los hombres), puede ser que algún joven sienta nacer una pasión repentina por una de las muchachas presentes; o envalentonado por el vino declare su preferencia por alguna bella que antes no se había atrevido a cortejar. Sus suspiros y miradas amorosas posiblemente son correspondidos; y saltando en medio de las damas, que no sospechan sus intenciones, toma en brazos a la de su elección y huye con ella antes de que pueda arrepentirse de su ternura.

Cuando se sospecha que esto puede suceder, las niñas solteras rodean a su compañera y tratan de protegerla; pero los ataques bien dirigidos del enamorado y sus amigos generalmente logran romper el círculo mágico, y llevan en triunfo a la muchacha y con frecuencia algunas de sus protectoras caen presas del entusiasmo del momento.

En todos estos casos el equivalente acostumbrado se paga después al padre de la niña.

Los bienes o las sumas contribuidas por los amigos para ayudar en el pago de la mujer son considerados deudas de honor, que deben pagarse cuando ellos se encuentren en semejante situación o, a más tardar, al primer casamiento de una hija fruto de aquella unión.

El matrimonio no se considera indisoluble, y el marido puede permitir, aun después de muchos años de vida marital, que su mujer vuelva a la casa de sus padres o, bien, dejarla en libertad de casarse con otro; pero en tal caso reclama la entera devolución del precio que le haya costado.

Una viuda, a la muerte de su marido, recobra su libertad, salvo cuando este haya dejado hijos adultos, tenidos en otra mujer. En este caso se la considera como herencia y llega a ser la concubina común de ellos. No parece creíble que una costumbre tan escandalosa pudiera existir, pero mi guía me aseguró que no cabía la menor duda al respecto.

La infidelidad de la mujer se castiga siempre con la muerte y el culpable, si es cogido en el acto, se expone a sufrir la misma pena; pero si escapa se le exige el valor original que el marido pagó por la mujer.

Tuve la ocasión de ver un caso de esta naturaleza mientras estaba en Nacimiento.

Un comerciante de este pueblo había entrado al territorio indio, acompañado de su hijo. El joven era buen mozo y simpático, cayó en gracia con una dama, quien seducida por su buena presencia y posiblemente por el regalo de unos collares de cuentas, olvidó que era la esposa de un poderoso cacique. Su desliz fue descubierto y el marido enfurecido la mató. El joven, gracias a un buen caballo y la corta distancia pudo huir y llegó salvo en Nacimiento.

Unos pocos días después fue seguido por una diputación, enviada por el cacique para exponer sus demandas ante el Intendente. Hizo presente que aun cuando estaba en su poder confiscar todos los bienes del comerciante, no quiso hacer nada que pudiera entorpecer las relaciones amistosas que existían entre los blancos y los indios, y prefirió dejar el asunto en manos de las autoridades chilenas, confiando en que las leyes obligarían al culpable a restituir el valor, que en este caso era grande; porque la mujer había sido la favorita de su marido.

Después de deliberar, el Intendente consiguió que el joven se comprometiera a entregar joyas y ropa, en cantidad equivalente al valor de cinco bueyes gordos; suma que había costado la finada mujer. Los indios, por su parte, le aseguraron que en cualquier negocio futuro no le molestarían y le recibirían en las mismas condiciones que antes.

Mucho se ha hablado de la virtud las indias, pero Sánchez se reía de la idea y dijo que entre las solteras el comercio sexual no se consideraba vergonzoso, aun cuando pudiera ser motivo de una depreciación en el valor matrimonial. Cualquiera joven, decía él, que no fuera mal parecido, que podía disponer de algunas joyas, y que no fuera de gusto delicado, encontraría tantos favores entre estas bellezas morenas, como entre sus hermanas civilizadas y quizá más.

El hombre, cuando le domina su naturaleza animal y no tiene ni religión ni código moral poco refrena sus pasiones y hace poco caso de las virtudes abstractas. Los hijos de Arauco, por famosos que sean en cuanto a sus hechos de armas, no constituyen excepción a esta regla.

Capítulo XII

A fin de estudiar el efecto, mostré a las mujeres mis materiales de dibujo, y les ofrecí algunos de mis colores de pintar; aunque se admiraron de sus hermosos tintes, en especial del bermellón, no quisieron aceptarlos; temiendo que pudiesen producir en ellas algún efecto misterioso. Solo después de pintar la cara de mi mozo José, dejándola de todos los colores de un arco iris, para convencerlas de que no había brujería, me permitieron pintar las de los niños. Tuve que lavarlos mucho antes de que los colores

se adhiriesen a su cutis grasiento, más una vez pintados, las madres quedaron encantadas, pero después se quejaron bastante porque se salieron los colores en el baño. Sin embargo, a pesar de traer los niños para que los pintara nuevamente, no pude conseguir que ellas usasen los brillantes colores que les causaban tanto agrado.

El papel y los lápices los sorprendieron y se divertían mucho con los dibujos que hacía de los perros, los pollos y otros objetos familiares que reconocían al instante. Hice el dibujo de una mujer que estaba sentada cerca de mí y la pinté enseguida con colores, al natural; con su tocado, adornos, etc. Los hombres se reían a carcajadas y ella parecía estar contenta, sin embargo, guardaron ciertas sospechas y, aunque Sánchez trató de explicar todo a su satisfacción ninguno de los demás consintió en que le dibujara.

Sánchez también les mostró un retrato de mi padre (es decir, el dibujo de un viejo de Budeo que se decía era parecido Vega) y les dijo que lo llevaba para mostrar a Mañín. Yo agregué que mi padre tenía ganas de ver a su antiguo amigo otra vez y que pensaba sacar un retrato del gran cacique; pero ellos sacudieron la cabeza y uno dijo:

Mañín tiene el genio de un toro bravo; tenga cuidado de no hacer nada que pueda ofenderle.

La repulsión a dejarse retratar es universal entre este pueblo; porque como son muy supersticiosos y creen en la magia, temen que el que posee el retrato puede dañar o destruir a la persona representada.

El mismo temor supersticioso se nota también en cuanto sus nombres y pocos son los indios que le dirán como se llaman, por miedo de que, sabiéndolo, uno puede adquirir algún poder sobrenatural que redundaría en su contra. Un día pregunté su nombre a nuestro compañero indio y me contestó:

– No tengo.

Creyendo que no me había comprendido, le volví a preguntar y dijo:

– No sé.

Yo pensé que mi mapuche no era inteligible; pero Sánchez me dijo después que había hecho bien la pregunta y me explicó la causa por la que no me había querido contestar.

No pueden comprender el arte de escribir: es considerado por ellos como una especie de magia. Especialmente se asombraron cuando vieron el diccionario (escrito por un misionero jesuita) y supieron que al consultarlo pude saber palabras de su idioma. Toda tentativa para explicar este misterio fue en vano, porque quedaron estupefactos y apenas pudieron dar crédito a sus sentidos.

Uno de los presentes señaló un objeto y me preguntó su nombre indio, lo busqué en el diccionario y le contesté de inmediato. Quedó incrédulo y asomándose, miraba el libro para ver si podía encontrar alguna semejanza entre el objeto y la palabra impresa. Le indiqué la palabra, pero no se conformó con mirar, sino que pasó la mano por el libro para palpar las letras. Un soplo de viento hizo sonar las hojas. Quitó la mano al instante, creyendo que el libro le había hablado bajito en lengua desconocida. Como

era la mano izquierda, lo consideré de mal agüero. Se retiró y envolviéndose en su poncho pasó varias horas sumido en un silencio pensativo.

No consideré prudente escribir en presencia de algún indio por temor de despertar recelos y solo a escondidas pude anotar mis impresiones. Para este fin utilicé un matorral vecino donde pude retirarme y permanecer oculto. Aun así, cuando me ausentaba mucho rato me solían preguntar dónde había estado. Pero el hecho de viajar con Sánchez, quien era muy estimado, junto con el objetivo ostensible de mi viaje, disipó todas las dudas y nadie sospechaba que no era lo que aparentaba ser.

El hermano de Chancay –que había formado parte de expediciones comerciales por las pampas hasta Buenos Aires y había conocido muchos extranjeros– sospechó, tal vez por mi aspecto que no era chileno, porque solía llamarme el *pichi inglés* (inglés chico). Nunca supe si realmente creyó esto o si lo decía por broma. Sánchez negó rotundamente que fuera ni inglés ni francés y declaró que no podía hablar palabra de esos idiomas. Si no era igual a todos los chilenos era porque me había educado en España.

Aun cuando la presencia de un inglés entre ellos tendría la misma novedad que causaría la de un araucano en las calles de Londres, estos indios sienten una gran antipatía contra aquella nación.

Este sentimiento, que al principio parece inexplicable, fue quizás provocado por el antiguo gobierno colonial y tal vez nutrido después por los chilenos a fin de poner en salvaguardia, contra cualquiera invasión extranjera, el sur de Chile, porque la historia de la Colonia registra dos tentativas de quitar a los españoles las provincias del sur del Biobío, una hecha por los ingleses bajo Cavendish, quien desembarcó en Quinteros²⁸ en el año 1586 y trató de establecer relaciones amistosas con los indios; pero fue repelido por los españoles; la otra por los holandeses, quienes en 1600 tomaron y saquearon la isla de Chiloé y mataron a la guarnición. También quisieron formar una alianza con las tribus vecinas, después proveerlas de armas para combatir a los españoles. Sus planes fueron desbaratados por los mismos indios, que miraban como enemigos a todos los extranjeros. Hicieron un ataque repentino a la isla, derrotaron a los holandeses, quienes huyeron en sus buques después de sufrir pérdidas considerables.

Los prejuicios de los mapuches pueden haberse fomentado también por los misioneros, para impedir el establecimiento de misioneros rivales; porque a pesar de que los indios no profesan el cristianismo, tienen un horror a los moros, herejes e infieles, términos aplicados en todo Chile a los que no son católicos apostólicos romanos.

Frecuentemente me interrogaban acerca de los ingleses y me preguntaban si no era gente muy mala, que tenían mucho empeño en adquirir el territorio de los mapuches etc. Yo vindiqué su carácter en cuanto pude, y presenté razones para demostrar que

²⁸ Existe aquí una confusión. Desembarcó primero en las cercanías de Concepción, donde trató de sublevar a los indios y viéndose frustrado en sus designios navegó más al norte, desembarcando en Quinteros para procurarse agua y leña, y fue aquí atacado y derrotado por los españoles.

no podrían desear tal conquista; pero comprendí que no sería prudente defenderlos demasiado porque me podrían creer interesado en ello.

En alguna parte, Chancay había oído hablar de una locomotora, que él describió como monstruo fogoso, más grande, ligero y fuerte que un caballo. Se le habría dicho que los moros hacían uso de esta inversión infernal, y deseó saber si en mis viajes yo me había encontrado con uno.

Se sorprendió mucho al saber que estaban al punto de introducirse en Chile, y me preguntó si no los consideraba de mal agüero para los indios.

Traté de explicarle algo de la construcción y el objeto de los ferrocarriles; pero como *Llanque-Hueno*, quien me servía de intérprete, no entendía bien el español, es muy dudoso si el auditorio comprendiese mucho de mi disertación; pero logré mi objetivo de convencerlos que las locomotoras eran agentes de la paz y no precursores de la guerra.

Había notado que en la vecindad de la casa de Chancay, se habían circado muchos de los árboles más grandes, con el propósito de destruirlos, costumbre que también se practica en las partes boscosas de mi propio país. Es el único medio que poseen los indios para deshacerse de los árboles, porque el hacha es desconocida entre ellos, y no encontré nada que pudiera reemplazarla, excepción hecha a un pequeño instrumento de forma algo parecida a una azuela, toscamente elaborada, e inútil para otros propósitos que no fuesen los más triviales.

No se me ocurrió preguntar si este instrumento fuera de fabricación india, porque creía que los mapuches no se dedicaban a fabricar artículos de hierro. Molina dice que conocían ese metal antes de la conquista española —opinión que trata de reforzar con la existencia en el idioma araucano de la palabra *panilhue* que significa hierro.

Puede ser que el sabio abate tenga razón, pero en ese caso los indios poco han aprovechado sus conocimientos, porque en sus primeras guerras no usaron armas de hierro y después han dependido enteramente de los españoles para abastecerse de frenos, cuchillos, puntas de lanzas y otros artículos de este metal.

Encontré una diferencia marcada entre los cementerios de esta región y los de más al norte; pero puede ser casual, debido a la mayor abundancia de madera en esta vecindad.

En vez de los postes y palo transversal notado en Budeo, casi todas las sepulturas estaban rodeadas de tablones en forma de cierro, en medio de los cuales se levantaba una larga lanza.

En uno de nuestros paseos fuimos a ver a una india, que cuando chica había sido capturada por los cristianos y criada entre ellos.

Hace muchos años atrás, cuando el gobierno de Chile mandó devolver a sus deudos todos los cautivos indios, muchos no quisieron regresar al estado de barbarie que miraban con horror, debido a las enseñanzas que habían recibido. Esta mujer era una de ellas y se negó a ello por largo tiempo, hasta que por fin cedió a los ruegos de su anciana madre. Estaba muy contenta de ver a unos correligionarios y nos recibió

con muchas atenciones. Vestía a la chilena, no usaba ninguna prenda india, hablaba español como penquista y no se distinguía en nada de una mujer del pueblo chileno.

Expresó las esperanzas que tenía de convertir al cristianismo a varios miembros de su familia y aun cuando su propia religión no era tal vez muy elevada, sin embargo, es probable que mucho podría conseguirse por los esfuerzos constantes de personas en situaciones semejantes. Desgraciadamente, por lo general, los que vuelven a sus hogares después de una larga estadía entre los blancos, en vez de ejercer alguna influencia sobre los indios, luego vuelven a las costumbres paganas, en especial las mujeres, quienes son muy buscadas como esposas a causa de sus mayores conocimientos. No demoran en ser llevadas por algún cacique amoroso, y los cuidados de una familia las hace olvidar en breve tiempo cualquier principio de la religión cristiana que hayan adquirido.

En la cuestión de los cautivos, los indios se sienten muy agraviados por el gobierno chileno.

Se llegó a un acuerdo mutuo por el cual los cautivos de ambas naciones debieron devolverse a sus parientes si estas lo pedían: los indios cumplieron lealmente por su parte, y aun obligaron a volver a los que no querían hacerlo por buen grado. Muchos habían sido tomados en su niñez y se habían criado en la barbarie y ahora no querían acompañar a los que les reclamaban como hermanos o hijos, mirándolos como extraños. Por su parte, el gobierno de Chile, actuando por motivos humanitarios, se negó a valerse de medios coercitivos y dejó en libertad a los cautivos indios de volver a sus hogares o de quedar al servicio de sus amos; pero es probable que se hicieron valer muchos influjos particulares y aun amenazas para impedir que volviesen, inspirados en parte por el temor de que pudiesen olvidar las enseñanzas religiosas que habían recibido.

El número de cautivos indios que se encuentran en poder de los chilenos es quizás mucho mayor de lo que se supone; pero como son repartidos y ocupados en las faenas domésticas, poco se notan. Según los indios alcanzan a muchos centenares los que sus padres afligidos lloran como perdidos, quejándose con amargura de que pasan su vida en servidumbre entre un pueblo extraño.

Al volver a la casa de nuestro huésped, encontramos que las mujeres y niños lloraban con tristeza la pérdida de un cordero. Ellos sacrifican una oveja con toda voluntad para festejar a un amigo, pero es considerada una calamidad que se pierda una, no tanto por su valor intrínseco, sino, más bien, por la mala suerte que trae, precursora sin duda de otros males mayores para después.

El mismo Chancay al parecer sentía la pérdida tanto como los niños y mujeres, y su temor de alguna influencia maléfica me hizo recordar el verso:

– *Nescio quis teneros oculus mihi fascinat agnos*²⁹; porque el mapuche de hoy, como el romano de hace dos mil años, cree en la misma superstición del mal de ojo.

²⁹ No sé que mal de ojo maleficia a mis tiernos coderitos. Virgilio. *Bucólicas*, 3^a, 103.



Sepulturas mapuches. Reuel Smith, *op. cit.*

No hay ningún país mejor adaptado para la crianza de ovejas que el habitado por los araucanos. La carne de cordero —que forma una parte importante de su cocina— es de calidad excelente, muy superior a la de Chile central. Los vellones también son de buena clase y si fueran bien lavados podrían venderse a buen precio.

Hasta ahora la lana producida se consume por los mismos indios; pero desde hace dos o tres años ha llegado a ser un artículo de comercio con los chilenos. Como casi todas las familias tienen rebaños, la cantidad de lana que podría exportarse es considerable y probablemente se aumentará a medida que crezca la demanda.

Uno de los principales inconvenientes para los comerciantes era la necesidad de transportar la lana a lomo de mula, con un gasto que reducía mucho las ganancias. Pero esto se ha cambiado ahora por el empleo de carretas.

La introducción de las carretas en el territorio alarmó a los indios, quienes temieron algún proyecto siniestro —pensaron tal vez que el gobierno había adoptado este método para probar la posibilidad de invadir su país con artillería. Se valieron de todos los medios —salvo la violencia— para obstruir su paso. Derribaron árboles en las rutas acostumbradas y colocaron otros obstáculos para impedir no solo la ida sino, también, la vuelta de cualquier vehículo rodante. No se contentaron con estas medidas, sino que mandaron una diputación al comandante Sepúlveda, de Nacimiento, en quien tenían mucha confianza, para saber el significado de la innovación.

El comandante aparentó sorprenderse y declaró, indignado, que la audacia de los comerciantes debía de castigarse con severidad. Cuando había asegurado la confianza de los indios de este modo, preguntó por el motivo de los comerciantes y qué era lo que cargaban en sus carretas.

– Nada más que lana –fue la respuesta.

– ¿Es posible?, dijo él – y entonces como si se le hubiera ocurrido una nueva idea exclamó:

– ¡Quién sabe! Puede ser que los pobres no tuvieran mulas suficientes para el transporte y han tenido que usar bueyes.

Esta idea era nueva para los indios; y después de alguna discusión admitieron la fuerza del argumento y dijeron:

– ¡Bien! Dejemos que los pobres diablos usen sus carretas, hasta que tengan dinero para comprar las mulas que les hacen falta.

Este es un buen ejemplo de la táctica que siguen los agentes del gobierno en su trato con los indios. El mapuche no admite contradicciones, y es reacio al mando. Es imposible lograr resultados combatiendo sus prejuicios; pero aparentando tener las mismas ideas y desviando sus pensamientos, se le puede convencer con facilidad y conseguir éxitos momentáneos.

Pero cuando se encuentra solo, vuelve a sus antiguos prejuicios o cambia nuevamente su opinión, bajo la influencia de la primera persona con quien conversa.

Capítulo XIII

En uno de mis paseos con Sánchez, entramos en una casa donde hallamos a toda la familia llorando, en especial el padre, que se deshacía en lágrimas sobre el lecho de su mujer.

Ella sufría de un gran tumor en el pecho, originado de una caída del caballo.

Solicitaron mis consejos, pero no pude ofrecerles ninguno, y a falta de mejor remedio, el marido le aplicó un cauterio en la espalda, que se efectuó en la forma más primitiva. Se apretó sobre la carne una pelotita de meollo de colihue, que se encendió enseguida, permitiendo que se quemara totalmente. La pobre mujer se retorció con el dolor y, al parecer, su verdugo sentía tanta angustia como ella, porque le recorrían las lágrimas, las que echaba un lado con la mano desocupada.

Sin embargo, este hombre tenía la reputación de ser un valiente guerrero y habría soportado a manos del enemigo cualquier tortura, con estoica filosofía, como todos los de su raza, pero los valientes hijos de Arauco, los descendientes de Caupolicán y de Lautaro, en el seno de sus familias, son tan sensibles como las mujeres.

No pude comprender con claridad el motivo de aplicar un cauterio a la espalda para sanar un tumor en el pecho; pero a juzgar por las numerosas cicatrices sobre el cuerpo de la mujer, debe haber sido la panacea del marido.

Los mapuches tienen sus médicos, que son bastante peritos en el tratamiento de las enfermedades comunes, y conocen bien el uso debido de los eméticos, catárticos y sudoríficos; todos emplean vejigatorios y con frecuencia recurren a la sangría. Esta última operación la ejecutan con una pequeña lanceta de pedernal o de obsidiana.

Para hacer inyecciones usa una vejiga, como también lo hacen los chilenos en la mayoría de los casos. Sus remedios son principalmente vegetales, aunque administran muchos compuestos asquerosos de materias animales que, según ellos, son dotados de cualidades milagrosas. Muchas de sus prescripciones son entre las mejores conocidas en la materia médica; como, por ejemplo, la zarzaparrilla y aquel excelente febrífugo —ahora bien conocido por los europeos—, la *canchalagua*³⁰.

Debido a la práctica de amputaciones, los médicos mapuches han adquirido lo que para un pueblo bárbaro constituye un conocimiento extraordinario de la anatomía humana; pero como no poseen un idioma escrito poco avanzan de una generación a otra. El progreso de la ciencia es también cohibido por el sistema de engaños que adoptan, que envuelve en misterio todas sus operaciones y atribuye a medios sobrenaturales todos sus éxitos, en vez de considerarlos resultados de causas naturales o físicas.

Sin ser investidos de carácter sacerdotal, profesan las artes de la adivinación y de la magia y demuestran mucha destreza en la prestidigitación que forma una parte principal de sus curaciones.

Los médicos se conocen con el nombre de *machis* y los ritos o ceremonias curativos son llamados *machitun*. El abate Molina, además de los *machis*, enumera otras dos categorías de médicos, los *ampives* y los *vileus*. Los primeros son empíricos y se dedican exclusivamente al estudio de medicina botánica; los últimos creen que todas las enfermedades provienen de los insectos o gusanos. El jesuita Febres, cuyas oportunidades de estudiar las peculiaridades de los mapuches eran sin iguales, no hace distinción en su diccionario entre los tres términos, y los considera sinónimos.

Como son pocos los médicos y los que hay cobran remuneraciones exorbitantes por sus servicios, raras veces son llamados, salvo en casos de mucha urgencia. Cuando se recurre a uno de ellos, este hace su visita al anochecer, porque esa hora es la más propicia para sus operaciones, y después de desnudarse y de pintarse lo más horrible que puede, da comienzo a su *machitun*.

El enfermo se tiende de espaldas en medio del rancho y echan afuera a todos los miembros de la familia, o se sientan vueltos hacia la pared. Después de examinar los síntomas de la enfermedad, el *machi* principia una larga ceremonia mágica que consiste en un canto monótono acompañado por el golpe de un pequeño tambor, formado de un cuero de oveja estirado sobre un aparato de madera. Se excita, haciendo gestos y contorsiones violentas hasta que cae de espaldas como en ataque epiléptico, con los ojos

³⁰ Esta palabra es una corrupción del español 'cachanagua' que a su vez se deriva del nombre mapuche cachanlahuen. Cachanagua. *Erythraea chilensis* (Gay), es una planta usada como febrífugo y depurativo.

vueltos hacia arriba, la espuma saliendo de la boca y el cuerpo agitado por convulsiones espasmódicas, y yace en el suelo como muerto, por mucho rato.

A esta señal, unos jóvenes, desnudos y pintados de una manera que causa espanto, montan a caballo sin montura, y corren furiosamente alrededor de la casa, llenando el aire con sus alaridos y gritos. Llevan antorchas que giran sobre las cabezas y blanden sus lanzas para espantar los malos espíritus que se supone están en acecho para dañar al enfermo.

Cuando se recobra de su ataque, el médico declara la naturaleza y el asiento de la enfermedad, y procede a administrar los remedios al paciente. Manipula al mismo tiempo la parte del cuerpo afectado, hasta que puede extraer la causa del mal, que exhibe con demostraciones de triunfo. Esta, por lo general, asume la forma de una araña, un sapo u otro bicho que ha tenido cuidadosamente escondido en su persona. Enseguida, deja obrar los remedios, y si sana el enfermo la curación se considera milagrosa, pero si muere se atribuye la muerte a la voluntad de Dios o a las maquinaciones de algún enemigo.

Después de la muerte se buscan de nuevo los servicios del machi, sobre todo si el difunto es una persona de distinción. El cadáver es disecado y examinado: si el hígado se encuentra sano se atribuye la muerte a causas naturales; pero si al contrario se le encuentra inflamado, supónese que la muerte ha sido producida por las maquinaciones de alguna persona malintencionada, el machi queda en la obligación de descubrir al malhechor.

Esto se cumple de una manera muy parecida a la empleada por la diagnosis de la enfermedad. Se extrae la bilis, se la coloca dentro de un tambor mágico y después de varias operaciones misteriosas se la vuelve a sacar para ponerla, en ollita tapada, al lado del fuego. Si después de calentarla por un buen rato se encuentra en el fondo de la olla una piedra biliaria, se declara que esta ha sido la causa de la muerte.

Estas piedras, como también las arañas, los sapos, las flechas o cualquier otro objeto que el machi saca del enfermo, son llamados *huecuvu* (el malvado). Con la ayuda del *huecuvu*, el machi produce un estado de éxtasis, durante el cual descubre y denuncia al causante de la muerte y describe la manera en que esta se produjo.

Se presta la mayor credulidad a estas adivinaciones; y con frecuencia la persona acusada es perseguida y muerta por los deudos. Algunas de las riñas más sangrientas que hayan turbado la tranquilidad de la nación se deben a esta causa. A veces suceden casos en que los amigos del difunto hacen una demanda formal al cacique del distrito para que entregue al supuesto culpable, a fin de ejecutarlo después de haberle torturado para hacerle confesar su crimen. No siempre son rechazadas estas demandas; y ha habido casos en que la angustia producida por la tortura ha hecho que el condenado admitiese una falta que no había cometido.

Por estos medios, los machis consiguen una influencia terrible, que utilizan en su propio beneficio o para propiciar una venganza particular.

Son consultados también para descubrir los asesinos y autores de otros crímenes, y sus declaraciones son consideradas, cuando menos, como antecedentes presuntivos de gran fuerza contra los acusados. Observé en persona un caso de esta naturaleza. Un año antes se había asesinado a un indio en un lugar poco frecuentado, y resultaron infructuosas todas las averiguaciones hechas por los amigos; hasta que por fin resolvieron consultar a la famosa machi (era mujer) de Boroa. La decisión que dio fue que los criminales eran dos, un indio y un chileno; y las indagaciones probaron que ambos habían estado cerca del lugar al tiempo del asesinato.

El indio vivía en Budeo; y el cristiano, después de un viaje de negocios había vuelto a su casa en Los Ángeles.

Cuando íbamos de vuelta nos alojamos en el rancho de un cacique y me llamó la atención una prolongada conversación en tono bajo que tuvo con Sánchez.

Supe después que era una consulta respecto del asesinato y las revelaciones de la machi. Los amigos del muerto habían acordado capturar al indio y querían que Sánchez ejerciera su influencia con las autoridades de Los Ángeles para que arrestasen y procesasen al chileno.

El oficio de médico es practicado generalmente por hombres; pero no les pertenece por completo la profesión. Al tiempo de nuestra visita, la machi más conocida era una negra (mulata) que había adquirido una fama universal, por su habilidad, unida a su aspecto horripilante y al aire de misterio que investía; porque a pesar de tener cierta apariencia de mujer, vestía traje masculino, hablaba en voz ronca y áspera y trataba por otros modos de poner en duda su sexo. Pero estos casos son raros; porque el derecho de la mujer para participar en las profesiones liberales pertenece a un estado de civilización mucho más alto que el de los mapuches.

Aparte de los verdaderos profesionales, aquí como en todas partes del mundo, no hay vieja que no tenga sus propios remedios infalibles contra todos los males ordinarios, y, generalmente, mientras más absurdas y asquerosas sean sus composiciones, tanta más fe tienen, ella y los suyos, en sus recetas.

La fe en las nauseabundas y ridículas arcadas, tan común en las clases bajas de Chile, es quizás de origen indio y no español; y dudo si los huasos, como entidad, son más avanzados a este respecto que los hermanos mapuches. Pero como la mayor parte de sus enfermedades nacen de la indigestión o de repletarse demasiado, cualquiera prescripción que produzca el vómito no puede ser sino benéfica, y para este fin son adaptadas la mayor parte de sus remedios.

Capítulo XIV

Después de pasar muchos días con Chancay, Sánchez y yo resolvimos hacer una visita formal al gran Mañín, sin que nos acompañaran los otros de nuestra comitiva. Pero

antes de seguir adelante, será mejor, tal vez, informar al lector de la naturaleza del gobierno araucano, a fin de que pueda comprender plenamente la importancia de este jefe salvaje, a quien los caciques menores rinden un completo homenaje.

La Araucanía se divide en cuatro provincias paralelas, que se conocen con los nombres de: *Lauquen-Mapu*, región del mar, que incluye las zonas de Arauco, Tucapel, Illicura y Boroa; *Lebun-Mapu*, región de los llanos, que abarca en Encol (Angol), Purén, Repura, Maquegua y Marequina; *Inapire-Mapu*, la región al pie de la cordillera, y que comprende Malvén, Colhue, Chacaico, Quechereguas y Guanague; y *Pire-Mapu*, los valles de los Andes. Estos distritos son subdivididos por arroyos en parcialidades menores, poseídas por clanes, cada uno gobernado por jefes hereditarios, quienes ejercen una especie de autoridad patriarcal y pueden considerarse como las cabezas de las familias. Las obligaciones de los miembros del clan para con su jefe son de naturaleza general y de poca importancia. Él es el juez de las disputas y el dispensador de la justicia contra quien no hay apelación; pero no percibe tributo ni tampoco exige servicio personal salvo en tiempo de guerra o en los negocios públicos. Aun cuando la tierra desocupada se considera como propiedad común de todas las personas del clan, solo el jefe puede disponer de ella por venta u otros medios a individuos que no lo son. Pero no puede venderla a personas que no sean indios; porque los araucanos, como medio de conservar su integridad territorial y su independencia, desde antaño han decretado la muerte de los que venden su territorio a los blancos. Por otra parte, no faltan los que han logrado, primero por la intoxicación y luego por amenazas de denunciarles, ocupar grandes extensiones de tierra, al principio como arrendatario; pero con la idea de hacer valer sus derechos en la primera oportunidad favorable.

Estos jefes (llamados *apo-gulmenes*, pero conocido por los chilenos por el nombre de caciques) son independientes unos de otros y políticamente son iguales; pero en cada distrito hay uno, a quien por su linaje, su gran valor o sus habilidades superiores, los demás conceden cierta supremacía.

El cargo de cacique desciende al hijo mayor, pero puede transferirse de otro modo, por el tutelaje al morir, y con frecuencia se deja a un lado al heredero en beneficio del hijo favorito. Aún sucede a veces que se elige para sucesor a una persona que ni siquiera es de la familia. Cuando muere un cacique sin dejar ni hijos hombres ni hermanos, sin nombrar sucesor, el derecho de elección se transmite al pueblo que, por lo general, nombra uno de los *gulmenes* –clase de nobles hereditarios, intermedia entre los caciques y el pueblo común.

Se elige como *toqui* o jefe de la provincia a uno de los diferentes caciques principales. Los toquis forman un consejo de paz; que bajo condiciones normales, gobierna la nación. El consejo es presidido por uno de sus miembros llamado *gran toqui*, el oficial de más alto grado en el Estado, a quien corresponde vigilar por el bienestar común; dar noticia a sus colegas de cualquier acontecimiento de especial importancia, adoptar las medidas necesarias para afrontar una emergencia imprevista y llamar a la nación a asamblea general en el caso que sea preciso tratar asuntos trascendentales.

En las asambleas nacionales, la discusión se deja generalmente a los caciques principales y a los de más experiencia; pero se admite el derecho de todos de tomar parte y las ideas de los más inexpertos son consideradas y discutidas y parecen tener alguna importancia.

Los consejos nacionales se convocan raras veces; pero en tales casos son ocasiones de mucha ostentación y cada uno trata de sobrepasar a su vecino en la riqueza de sus trajes, el valor de sus adornos y la hermosura de sus caballos. Son pretextos también de grandes fiestas, borracheras y comilonas. Las consultas del día son seguidas por un banquete, al que suceden orgías o bacanales que continúan toda la noche y, a menudo, el día siguiente, hasta que los dolores de cabeza y la saciedad obligan a los legisladores embriagados a reasumir sus labores.

Algunos filósofos han opinado que esta debilidad encierra un hábil designio, y nos aseguran que los araucanos debaten un asunto de importancia cuando tienen sed, lo meditan cuando borracho, y lo resuelven cuando sobrios; hacen esto para evitar conclusiones apresuradas. Pero esta explicación a pesar de ser ingeniosa carece de fundamento. El indio se embriaga porque le gusta el licor y no con la idea de sacar juicio de la intoxicación y se festeja después de su labor patriótica, de la misma manera como lo hacen muchos congresales, para divertirse y no por otro motivo.

No se puede decir propiamente que los araucanos tengan leyes; pero existen muchas antiguas costumbres que son consideradas sagradas y que se observan con mucha estrictez. Como sus costumbres son en gran parte comunales, no ofrecen tantos alicientes para el litigio como se encuentran cuando la diversidad de intereses es mayor. La sangre derramada es vengada por los parientes del muerto; los robos son compensados por la devolución de la propiedad robada o de un mayor valor, según resuelve el cacique a quien se refieren todos los delitos semejantes.

En tiempo de guerra, el gobierno araucano es mucho más eficiente. Tan luego como acuerdan romper las hostilidades, queda sin poder el Consejo de Paz, el cual se reemplaza por el Consejo de Guerra, presidido por un toqui, quien tiene poder ilimitado, salvo de vida y muerte. Él nombra a sus oficiales, determina el número de hombres de guerra, anuncia al toqui de cada *uthal mapu*³¹ los contingentes que necesita de su provincia. Los hombres, caballos y provisiones son todos bajo su control; y aun cuando puede ser removido por voto popular, durante el tiempo que dura el ejercicio de sus funciones, no responde a nadie por sus acciones.

Cuando se concluye la guerra, el Consejo de Paz reasume sus funciones, y el gran toqui se reconoce nuevamente como el jefe del gobierno.

Mañín, a quien íbamos a visitar, había desempeñado el puesto de toqui de la paz o gran toqui, que durante más de veinte años y su autoridad se respetaba mucho, no solo por su posición y su familia sino, aun más, por su sagacidad y porque había hecho

³¹ *Uthal-mapu*. Butalmapu o fütalmapu. Provincia.

más que cualquier otro para apaciguar las disensiones internas de sus compatriotas y evitar dificultades con extraños.

Nos acompañó una parte del viaje, un chileno que trabajaba por cuenta de un vecino indio, recibiendo en recompensa de su labor en cultivar los terrenos, cierto porcentaje de los productos. Se encuentran chilenos por todo el territorio; casi todos son fugitivos de la justicia, que se ganan la vida ocupándose en cualquier trabajo que se les proporciona. Con frecuencia se casan con indias y rápidamente se ponen al nivel de los salvajes, con quienes se asimilan, sin conservar otro distintivo de la civilización que el nombre de cristiano.

El camino nos llevó en dirección al oriente hasta pasar un cerro y de allí continuaba al sur. Cerca de este cerro nos detuvimos para negociar un caballo, y me llamó mucho la atención el aspecto de los curiosos que se juntaron para mirarnos. Pertenecían a la tribu guerrera de Colyico (Collico) y físicamente eran los mejores tipos de mapuches que había visto hasta entonces, más altos y más robustos que la generalidad de sus compatriotas. En este respecto quede desilusionado con los araucanos, porque no correspondían a mi concepto de la gente indomable descrita por Ercilla. Son de estatura media, de anchas espaldas, de gruesas extremidades y, con frecuencia, corpulentos cuando llegan a viejos. Como raza son de aspecto inferior a los aborígenes de Norteamérica.

Las pantorrillas y los tobillos los tienen grandes y carnosos y el pie corto, ancho y de alto empeine, que se levanta desde el dedo grande hasta el tobillo casi sin curva. La cabeza del mapuche también tiene una forma especial; la frente es angosta y baja mientras la parte posterior es ancha y alta y cae casi en línea recta al corto y macizo cuello.

Este tipo, de pie y cabeza, es también característico de los chilenos de baja esfera y, hasta cierto punto, de las clases superiores. Depende del grado de mezcla con la sangre española. Es tan pronunciada la forma especial de los pies, que los extranjeros en Santiago experimentan bastante dificultad en encontrar calzado que les quede bien; porque el que hallan es demasiado ancho y muy alto de empeine para el pie europeo. La forma de la cabeza se nota con mayor facilidad en las mujeres, que acostumbran a andar sin sombrero y raras veces deja de llamar la atención a los que vienen de afuera. Estos hechos indican claramente que la sangre india es preponderante en el pueblo, como el estudio de la historia de Chile también nos hace comprender.

Los peones no son otra cosa que los descendientes de las tribus indias subyugadas, y se sabe que los conquistadores españoles eran aventureros militares, que con pocas excepciones, no trajeron consigo sus familias, y al radicarse en el país mantuvieron frecuentes relaciones con las indias.

Los chilenos se acostumbran a pasar por encima de estas verdades, y el término 'indio' es rechazado como el peor de los insultos. En una ocasión el teniente Gillis pidió a la Oficina de Estadística datos para averiguar la proporción relativa de sangre pura y mestiza en el país y le contestaron, con cierta indignación, que apenas un chileno

en diez tenía mezcla de sangre india. Si hubieran contestado que casi no había uno en cien de puro origen español, se habrían acercado más a la verdad.

Muchos de los indios que vimos en Collico tenían pintadas las caras de rojo y negro, y presentaban un semblante ceñudo que me inspiraba poca confianza. A pesar de su conducta cordial y respetuosa, no pude menos que pensar que había obrado con poca previsión al guardar mi revólver en la maleta; pero no demoró en desvanecerse este sentimiento. Sánchez, lo mismo que los otros que nos acompañaban, no llevan más armas que un machete –cuchillo largo que todo huaso considera indispensable y lleva siempre para cortar carne, para la cocina, para operaciones veterinarias, etc. Al comenzar mi viaje, Sánchez me había aconsejado no llevar armas, y me aseguró que en el territorio indio podría viajar con mayor seguridad que en cualquier otra parte de Chile; y el resultado demostró que tenía razón.

Cuando continuamos nuestro viaje, distribuimos entre los indios unos pocos pañuelos y trompas con los cuales, especialmente con las últimas, quedaron muy contentos. Este instrumento se ha hecho nacional entre los mapuches, de la misma manera que la guitarra entre los españoles, y ningún galán se considera equipado para sitiar el corazón de una dama si no anda provisto de una trompa. Como los trovadores de antaño llevaban el laúd suspendido el cuello por cinta de seda, así también el amante mapuche cuelga sobre su pecho la trompa con que canta sus amores y la lleva pendiente de un cordón de cuentas de color, y amarrada cuidadosamente a un pequeño bloque de madera para que no se rompa.

Los indios tocan bien este sencillo instrumentito, no por exhalación como en otras partes, sino por aspiración. Expresan las diversas emociones, tocando de diferentes maneras y las niñas araucanas todas las entienden; pero por mi parte confieso que se me escapaba su significado.

El enamorado se sienta a alguna distancia del objeto de su adoración y desahoga sus penas con los sonidos lúgubres que saca de su instrumento, entre tanto indica por sus gestos y tiernas miradas, cuál de las oyentes es su elegida. Este sistema de cortejo tiene la ventaja de ser sentimental y podría recomendarse a muchos pretendientes más civilizados, que pierden el uso de la lengua en el momento más preciso.

Al internarnos en una de aquellas selvas vírgenes que han embellecido las faldas de los Andes con su solemne majestad durante tantos siglos, sin que aún hayan sido violadas por el hacha devastadora del hombre blanco; todavía se sentía el eco lejano de la música de las trompas de fabricación alemana.

El silencio de las selvas es imponente: no se oye en ellas ni un ave, ni el movimiento de otro ser viviente. Y a pesar de nuestra vigilancia, no encontramos indicios de la presencia de los diminutos siervos que, según se dice, frecuentan estas soledades.

Muchos de los árboles eran de especies enteramente nuevas para mí; sus inmensos troncos se elevaban a grandes alturas, sin ramas ni hojas salvo en las copas. Las enredaderas envolvían los árboles y caían en festones: entre ellas sobresalía el gracioso

copihue³² engalanado de hermosas flores encarnadas. Crecen pocos arbustos entre los árboles; pero el colihue forma densos cañaverales y levanta en el aire sus largas y delgadas puntas, retorcidas y entrelazadas a manera de lianas.

Tuvimos poca oportunidad de ocuparnos en admirar las bellezas de la floresta, porque el sendero tortuoso ondeaba entre los árboles, pasando por encima de los troncos caídos y otros obstáculos que sembraban peligros inminentes a cada paso. Al mismo tiempo, era preciso ejercer la mayor vigilancia para no quedar enredados en los colihues que formaban arcos sobre nuestras cabezas, o no empantanarnos al pasar por el lecho cenagoso de alguna quebrada que cruzaba nuestra ruta. En el camino, surcado y destruido por el mucho tráfico, era el peor que había visto hasta entonces.

Caminábamos con el mayor cuidado, unos en pos de otros, cuando nos alcanzó un indio, quien anunció su proximidad por el saludo *—¡Mari-mari epu!*— (buenos días ambos). Al juntarse con nosotros comenzó el diálogo usual en tales ocasiones, dirigiéndose a Sánchez, quien andaba adelante. Continuó la conversación por más de una hora, evidentemente con el fin de aliviar el tedio del viaje; pero para mí produjo el efecto contrario, y me habría quedado dormido a caballo si las peripecias del camino no me hubiesen mantenido despierto.

Al salir de los bosques, llegamos a una hermosa llanura salpicada de numerosos grupos de árboles y mirando hacia el oriente vimos por primera vez la cumbre del Ketredeguin. Este pico prominente es un cono truncado que presenta la apariencia de volcán, no solo por su forma y color sino, también, por el hecho de que estando cubierta de nieve la base, la cima se encuentra, sin embargo, desnuda. No se veía humo; ni puede obtenerse noticias sobre erupciones anteriores; pero un mestizo, que conocía bien la zona montañosa, me aseguró que él había visto salir humo de un boquete en la falda oriental y otros que han visitado la vecindad me dijeron que alrededor de su base existen grandes capas de escoria.

Como la mayor parte de los volcanes chilenos están apagados, y demuestran señales de actividad solo a largos intervalos, es probable que el Ketredeguin sea uno de ellos. Por otra parte tengo razones para creer que son más numerosos en los Andes de lo que se supone.

Capítulo XV

El palacio real de Mañín está situado en un rincón pintoresco, respaldado por cerros coronados de bosques, al pie de los cuales corre un riachuelo cristalino que baila alegremente sobre su lecho de guijarros. Con sus verdes prados, aguas puras y elevados árboles, me parecía uno de los lugares más hermosos de la región más apetecible de Chile. Sánchez contaba maravillas de su fertilidad.

³² Copihue. *Lapageria rosea*. Planta enredadera cuyas flores cubren la gama entre el rojo intenso y el blanco.

– Si pudiéramos deshacernos de estos bárbaros –decía–, nosotros los cristianos luego echaríamos abajo los árboles.

– Mejor que queden los bárbaros con sus árboles –dije yo.

– ¿Para qué sirven? –preguntó.

Encontramos la casa igual a todas las de los indios, solo que era más grande. Tenía ochenta pies de largo por treinta de ancho. La ramada era muy grande, del mismo largo que la casa, con una anchura de sesenta pies. Se apoyaban en cinco hileras de postes de doce a quince pies de alto y era capaz de contener un gran número de personas. Se había construido evidentemente, para acomodar el congreso de caciques que se reúne aquí de vez en cuando para sus deliberaciones. Por un lado, corría un rudo diván, levantado dos o tres pies del suelo y que tenía cuatro pies de ancho, construido de toscos tablones que descansaban sobre troncos. El respaldo de esta especie de sofá lo formaba la enorme mole de un monarca de las selvas. Todo era cubierto por cueros de oveja y ponchos. En este asiento de honor reclinaba Mañín cuando llegamos a la casa.

– Le traigo el hijo de su viejo amigo Vega –dijo Sánchez.

– ¡Vega! –Exclamó el anciano jefe levantándose con aire de sorpresa; y tomándome la mano la apretó contra su corazón. Esta señal de afecto la devolví, no sin ciertos remordimientos de la manera como engañaba al noble salvaje y con la reflexión de que si descubría la superchería no solo perdería su confianza sino que, con toda probabilidad, las orejas también.

Después de un intercambio de cumplidos hiperbólicos el toqui nos invitó a sentarnos en el diván, y empezó a sondear a Sánchez respecto de los movimientos e intenciones del gobierno chileno. No quedó muy satisfecho de la proyectada visita del Presidente, temiendo que no aportaría beneficios para los indios. Le molestó el recuerdo de que en la guerra civil, terminada no hace mucho, había tomado una parte innecesariamente pronunciada a favor de los revolucionarios, hecho que no pudo suponer que se hubiera olvidado tan luego.

Durante esta conferencia yo me entretuve en estudiar al viejo cacique y sus disposiciones domésticas. Mañín-Hueno (El pasto del cielo) o Mañín-Bueno como dicen los chilenos, era muy anciano –se calculaba su edad en noventa a cien años o aún más– pero su aspecto no indicaba una vejez tan avanzada. Derecho, pero sin gran vigor, con ojo vivo y penetrante y el cabello poco canoso, podía tomarse por persona de unos sesenta años. Tenía la nariz ligeramente aguileña, las mejillas arrugadas, la barba cuadrada y maciza, y el aire de quien tiene inflexible voluntad y costumbre de mandar. Su voz era fuerte sin ser áspera, hablaba, pensando bien sus palabras; también escuchaba con atención, como conviene a la persona elegida por su talento para presidir los destinos de la nación.

Pero hay que confesar que el traje del gran toqui no era lo de esperarse, si se toma en cuenta su elevado rango. Llevaba una camisa que no se había lavado por varios meses, un chaleco militar sucio y roto, y un poncho objetado a la cintura, que le envolvía las

piernas a manera de pollera; su cabeza estaba amarrada con un pañuelo rojo y amarillo que completaba su indumentaria. Sin embargo, me fijé que colgada de la ramada había una brida, con freno, cabezada y riendas, cubiertas de adornos de plata maciza; y, aunque Mañín se considera pobre, doscientos pesos fuertes no habrían pagado todo el metal que vi en los aperos que usaba para montar a caballo.

Cerca de nosotros estaban suspendidos varios trozos de carne, restos de una vaca que había muerto. Bajo estas circunstancias quedamos conformes de que no nos ofreciesen carne, sino que, en cambio, nos trajesen trigo tostado y *mudai*. Los platos y las cucharas eran de madera y no vimos en ninguna ocasión la vajilla de plata con que los grandes caciques regalan a sus huéspedes, según las representaciones de algunos autores. Los mapuches adornan a sus mujeres y sus caballos con extravagancia, pero en ningún otro respecto demuestran una magnificencia barbárica y se preocupan más de la cantidad que de la calidad de sus alimentos, o la manera de servirlos.

Después de haber discutido los asuntos nacionales, Mañín, volviéndose hacia mí, me preguntó por mi padre y sus amigos. Me dio que hacer contarle el número de mis hermanos y hermanas, o si mi madre estaba viva y otros datos de mi familia que deseaba saber, pero mis contestaciones parecía satisfacerle y no tuvo sospecha.

Enseguida me hizo preguntas sobre España, Buenos Aires y Lima que indicaban más habilidad y mayores conocimientos geográficos de lo que esperaba. Preguntó especialmente acerca del gobierno español y de la probabilidad de la reconquista de Chile. Es curioso que los indios guarden un cariño por los españoles que no lo tienen por los chilenos. Ellos desean que vuelvan aquellos días del poder de los virreyes, cuando la voluntad del Monarca se daba a conocer por medio de parlamentos, en los cuales se recibía a los caciques con música, banderas, regalos y otras atenciones destinadas a conquistar su buena voluntad. Bajo la República se ha seguido una política distinta; los indios son tratados con un desprecio apenas disimulado, y ellos no dejan de sentir la diferencia.

El hecho de que el actual monarca de España sea una mujer le causó mucha admiración; el viejo cacique no pudo comprender cómo una mujer pueda ocupar, en una comunidad bien organizada, un puesto que no sea subordinado.

Trate de averiguar si estos indios tenían algunas tradiciones de los tiempos anteriores a la conquista española, sobre todo, respecto del dominio de los incas del Perú; pero me sorprendió observar que sus recuerdos históricos apenas llegaban hasta las guerras de la independencia. Acerca de la conquista española tienen solo ideas vagas y confusas. Las ruinas de las ciudades de los llanos se encuentran dentro de su territorio; canales, arboledas y otras señas de una civilización superior todavía indican los sitios que antes ocupaban los establecimientos florecientes de los jesuitas; pero el indio los pasa todos en silencio. Tiene un recuerdo indefinido de que en un tiempo los habitaban los blancos, que los hijos de Loyola ejercían una influencia misteriosa sobre su pueblo; tal vez han oído contar a los viejos, relaciones de terribles combates en tiempos lejanos; pero

los hechos mismos y aun los nombres de los que libertaron su patria son olvidados. Sánchez no quiso interpretar algunas de las preguntas que deseaba hacer referentes a las guerras con los españoles, asegurándome que los indios estaban ignorantes al respecto y que era mejor que quedasen sin saberlo.

Por lo que pude averiguar, los mapuches no tienen ninguna idea sobre su origen, pero aseguran que siempre han vivido en el mismo lugar, y de la misma manera que ahora; no tienen tampoco tradiciones respecto del diluvio.

El anciano cacique, al saber que yo había viajado bastante, quiso obtener noticias acerca de ciertos países de que había oído hablar; como, por ejemplo, la tierra de los pigmeos, la de los gigantes y aquella en la cual la gente llevaban la cabeza debajo de los brazos: todas estas regiones le habían sido descritas por los comerciantes que le visitaban de cuando en cuando; pero tuve que confesarle que nunca había conocido ni Liliput ni Brogdignag. No sabía que él había estado en proximidad toda su vida con los gigantes más renombrados del globo, y se sorprendió cuando le conté la reputación fabulosa que tenían sus vecinos los patagones.

Tanto él como Sánchez habían vagado por las pampas de la Patagonia, donde se habían encontrado con muchas tribus nómades, pero la mayor parte mapuches y, aunque los araucanos que viven en las montañas son de mayor estatura que los de las llanuras, y llegan en sus correrías hasta el estrecho de Magallanes, no había encontrado en sus viajes ningún pueblo de las proporciones gigantescas descritas por los antiguos navegantes.

Hasta aquí, no nos habían molestado ni las mujeres, ni los niños, ni los ociosos: se mantenían a una distancia respetuosa y solo se acercaron cuando fueron llamados por Mañín; pero cuando se abrió el equipaje y se supo que se iba a distribuir los regalos, comenzaron a aparecer por todas partes. No se acercaron hasta que se les llamó por sus nombres. Primero vinieron las ocho esposas, y a cada una de ellas se le dio una onza de añil, un collar de cuentas y una docena de dedales de latón. Una de las mujeres, llamada Juana, a título de ser católica, reclamó otro collar. Era chilena y de buena cara, pero estaba quemada por el Sol y el viento, y tenía la tez cobriza de una indígena. Cuando niña fue capturada por los indios y al ajustarse la paz estaba ya habituada al modo de vivir de los araucanos; prefirió entonces quedarse en calidad de mujer favorita de un poderoso cacique, antes de volver a casa de sus padres, que eran de humilde posición. Tenía varios hijos hermosos, pero la mayor de ellos, una niña ya casadera, estaba ausente en ese momento.

Después de las mujeres, llegaron corriendo los niños, de los cuales había más de veinte. Me sorprendió ver (tomando en cuenta la edad avanzada de Mañín) que entre ellos hubiera dos o tres criaturas de pecho, traídos por sus madres para recibir su parte de botín. Di a cada niño un pañuelo de brillantes colores y una trompa o collar de cuentas; y a dos o tres de los mayores, entre los cuales se contaba una joven de veinte años, le regalé otras cosas apropiadas a su edad.

Luego resonaron por todas partes melodiosas armonías producidas por la música de una veintena de muchachos y muchachas que corrían a saltos y a brincos con las cabezas envueltas en pañuelos rojos y amarillos. Atraídos por estos, aparecieron por diferentes direcciones un gran número de hombres y mujeres, viejos y jóvenes. Cada uno fue presentado como pariente inmediato del cacique y con este motivo esperaba recibir algún regalo.

Pero lo más interesante fue la presentación de las charreteras de oro de Mañín. Pertenecieron a un oficial, muerto hace muchos años, y que tenía un grado abolido ahora en el ejército chileno; las había comprado por una friolera. Causaron la admiración de cuantos las vieron. Su obsequio se hizo en un discurso lleno de alabanzas y le dije que

“no se las ofrecía por su valor intrínseco, sino como emblema de autoridad, su digno de un jefe que, tanto en la paz como en la guerra se había demostrado preeminente entre sus compatriotas”.

El anciano quedó pasmado con el regalo, pero supo mostrar una digna serenidad e hizo lo posible para aparentar una calma que no sentía. Le contó, en privado, a Sánchez que no hallaba palabras para expresar su gratitud y agregó que lo único que sentía era no tener una casaca bastante buena para lucir las charreteras. Lamentó haber mandado todos sus animales a la cordillera y no poder corresponder en el acto a mi magnífico regalo con uno de sus mejores caballos; pero dijo que en la primavera iba a mandar a Concepción a algunos de sus mocetones y que aprovecharía la ocasión para hacerme un retorno adecuado.

Su promesa estaba completamente de acuerdo con la costumbre establecida, porque los mapuches son una nación de negociantes. Cualquier regalo que se les hace, o cualquier servicio que se les presta es considerado como algo que tiene que ser devuelto; y el indio nunca omite pagar lo que cree en conciencia ser el equivalente de lo que ha recibido, aun cuando a veces pasen años antes de presentarse la oportunidad hacerlo.

El reparto de los regalos dio ocasión al anciano —que tenía una inteligencia poco común entre los de su pueblo— para hacer algunas preguntas sobre la fabricación de los cuchillos, fusiles, etc. En especial deseaba saber si había visitado *Lancatu-Mapu* (el país de las cuentas de vidrio). Creyendo que se refería a Alemania le dije que sí.

— ¿Es verdad —me preguntó— que las cuentas crecen sobre los árboles en la tierra del sol poniente y que los que las recogen entran a ese país de noche, en caballos muy ligeros y vuelven antes de salir el Sol, cuyos rayos son tan ardientes que achicharrarían de otro modo a los incautos que se quedaran allí después de amanecer?

Me sentí indignado de que alguien, para aumentar el valor de sus mercancías, hubiese contado semejante patraña al crédulo bárbaro, y le contesté en ese sentido. Pero Sánchez me advirtió que los que tienen techo de vidrio no debieran arrojar piedras, y tradujo mi respuesta de una manera diplomática para no destruir la fe de nuestro

huésped. Temía, tal vez, que pudiera poner en peligro a los que habían inventado la fábula; quizá él mismo tenía algún interés en su propagación.

Regalé una cantidad de tabaco al cacique, quien la pasó a una de sus mujeres, la cual trajo enseguida una pipa fabricada de piedra de talco con boquilla de caña y la preparó para su uso. Esta gente es muy aficionada al tabaco, que obtiene de los chilenos y en parte de los pehuenches, quienes lo traen desde Buenos Aires. A menudo para aprovecharlo mejor y para emborracharse, tragan el humo, que luego produce estupor y convulsiones. Dejan que el fumador permanezca en ese estado por algún rato y enseguida le dan un poco de agua; con esto no demoran en mejorarse. Los mapuches no han aprendido a mascar el tabaco como lo hacen en algunos países más civilizados.

Con los efectos del tabaco y los recuerdos de los grandes favores recibidos, el anciano principió a sentir gran cariño por el hijo de su antiguo compañero; y cuando Sánchez le contó que yo deseaba aprender la lengua de su raza, y hacerme mapuche, prometió hacerme *lacu* (tocayo) de uno de sus hijos más queridos y adoptarme como miembro de su familia.

Cuando llegó la noche, resultó que no cabían en la casa mis parientes en perspectiva y muchos de ellos, hombres y mujeres, se acostaron en el diván con poca más cobertura que la ropa que llevaban puesta. Para mí tendieron un cuero de buey en el piso. Allí arreglé mi cama y me dispuse a dormir, pero mis compañeros no eran ni bien olientes ni bien educados y me trataron con demasiada familiaridad, como si ya me consideraran miembro de la familia. No pude soportar sus atenciones y me levanté. Sin vestirme, arrastré mi cama hasta el verde prado, donde encontré a Sánchez, quien prefería dormir al aire libre. No tuve motivo de arrepentirme del cambio, porque la noche era hermosa y las estrellas brillaban con aquel esplendor especial que no se ve sino en el ambiente puro y seco de Chile.

Al día siguiente, bien de alba, me presentaron a mi nuevo *lacu*, niño vivo e inteligente, de unos once años, llamado *Nancu-Lauquen* (Aguilucho del mar) nombre que en adelante también iba a ser el mío. Le adorné la cabeza con un pañuelo de brillantes colores y partió inmediatamente al corral a matarme un corderito.

Cuando estuvo aderezado, la madre del niño me trajo la mitad del animal en una gran fuente de madera. Al mismo tiempo, Mañín me dijo que la aceptara como pequeña muestra de cariño, ya que era *lacu* de su hijo, y que esperaba, en una ocasión más propicia, ofrecerme otro animal de mayor tamaño, con vino, y convidarme a una fiesta más digna del parentesco que desde ese momento nos vinculaba.

A menudo había oído decir que era considerado de rigor entre los indios comer todo lo que se ofrece y que jamás perdona una falta en esta materia. Miré primero la fuente y después las caras de los que me rodeaban en expectación de lo que iba a hacer; y me quedé perplejo ante la tarea hercúlea a la que, al parecer, estaba condenado. Sánchez, viendo que no hallaba qué hacer, vino en mi ayuda, y se ofreció para sacarme

del apuro. Tomó la carne, la hizo pedazos con los dedos y la repartió entre todos los presentes. La otra mitad del cordero se sirvió más tarde en forma de cazuela.

Después de la comida me presentaron a las mujeres y a los niños, como hijo y hermano, respectivamente, y fui saludado por ellos con el nombre de *Ñancu-Lauquen* o (como los nombres son por lo general abreviados por la omisión de una o dos sílabas), *Ñamculan*. La ceremonia de recibir un hombre nuevo de este modo establece entre los tocayos una especie de parentesco, casi tan sagrado como el de la sangre y los obliga a la reciprocidad y consideración mutua, de rigor entre los miembros de una misma familia.

Entre los mapuches, como entre todos los pueblos primitivos, los nombres se dan, en primer lugar, para designar ciertos rasgos de carácter o de apariencia o, bien, se derivan de circunstancias particulares como, por ejemplo: *Eupuelw* (ganador de dos carreras), *Katri-lao* (el león rojo); pero la necesidad de poder diferenciar a las familias fue la causa de que se transmitiera a los hijos la última parte del nombre del padre, con las modificaciones necesarias para poder distinguir a los individuos. De aquí se derivan los apellidos como *Hueno* (cielo), *Coyam* (roble), *Lemu* (selva), etc., que son análogos a los de todas las lenguas europeas. Sin embargo, a pesar de que los apellidos tienden a fijarse con el tiempo, el uso nacional deja en libertad a los padres para transmitir o no su nombre a los hijos; es frecuente encontrar una familia numerosa en la cual ninguno de los nombres tiene relación con los demás.



Modos indígenas de dormir. Reuel Smith, *op. cit.*

Mi padre adoptivo creyó que al hacerle una visita había cumplido con el único objetivo de mi viaje y me propuso que en vez de seguir con los comerciantes, me quedara con él por algunos días, pues luego pensaba hacer una excursión hasta la frontera y en cuyo caso me acompañaría hasta San Carlos. Esta oferta me dejó algo perplejo; pero al darle las gracias le hice ver que como él no hablaba el español, ni yo el mapuche, el arreglo, que de otro modo sería muy de mi agrado, no resultaba satisfactorio. Admitió la justicia de mis observaciones y agregó que dadas las circunstancias sería mejor que acompañará a Sánchez y que siendo ya mapuche, ello constituía una buena oportunidad para conocer a mis compatriotas.

Capítulo XVI

Como ya habíamos conseguido el permiso codiciado de viajar por donde quisiéramos, salimos nuevamente para buscar el resto de nuestra comitiva, que había quedado en la casa de Chancay. Por el camino nos detuvimos varias veces y Sánchez no perdió la oportunidad de contar mi historia. Me alegré de ver que la disposición general era de tratarme como miembro de la familia gobernante y que a nadie se le ocurrió disputar la validez de mi título. Tengo la seguridad de que, si hubiera querido radicarme entre ellos, habría llegado a ser el dueño de extensas tierras y de tantas mujeres como mis medios hubiese permitido adquirir.

Cerca del riachuelo de Collico, que da su nombre a todo el distrito, pasamos por un gran cementerio. Sus reliquias enmohecidas no dejaban duda de que pertenecían a una época pasada. Posiblemente allí se había verificado alguna sangrienta batalla ya olvidada, cuyo nombre se había perdido con los de vencidos y vencedores; o quizá era el camposanto de otras generaciones cuando la población era más densa y las costumbres diferentes a las de ahora. Las sepulturas modernas de esa vecindad se encuentran siempre aisladas o en pequeños grupos de dos o tres y, a diferencia de lo que se acostumbra más al norte, se ubican cerca de la habitación del difunto.

En una de las casas en que nos detuvimos encontré a un indio a quien al principio tomé por europeo, porque durante varios días se había dejado crecer la barba. Su rostro estaba rojo y enronchado y a cada instante lleva la mano a la cara con un aire de resignado sufrimiento. Al acercarse más, comprendí que estaba ocupado en afeitarse o, más bien, en depilarse la cara. Los indios cortan o arrancar los pelos de la barba con pequeñas pinzas de metal. Este instrumento, en el principio, no fue otra cosa que la concha de un marisco (como lo indica su nombre araucano), pero ahora, debido a sus relaciones comerciales con los blancos, usan un artículo más elegante. Todo galán lleva sus pinzas suspendida del cuello, y en sus momentos de ocio se divierte en arrancar de la cara cualquier pelo que haya escapado a su atención.

Los argumentos que aducen en defensa de esta costumbre son los mismos empleados por los que se afeitan el rostro en el mundo entero. Su odio a las barbas no es mayor

que el de John Bull; pero en cierto modo los mapuches aventajan a los ingleses, porque no solo se depilan la cara sino que, también, se arrancan las cejas, sin dejar más que una delgada línea que pintan de negro para que resalte más. Algunos jóvenes se dejan crecer una sombra de bigotes, pero esta innovación es mal mirada por los mayores.

Se dice de los griegos que, en la época de su decadencia, se cortaban la barba para que no ofreciera asidero a los enemigos, pero los mapuches no están impulsados por semejante temor. Al contrario, ellos se corta el cabello en la corona, pero lo permiten crecer por los lados con el propósito de dejárselo tomar con facilidad. Para el indio, es una afrenta tener el pelo corto y decírselo equivale a llamarle cobarde. El desafío más común entre los muchachos no es, como entre los nuestros: –Ven a luchar si te atreves; sino: –Ven a tirarme el pelo si no tienes miedo. Semejante reto nunca se hacen vano. En un instante se quitan los ponchos, las chiripas se recogen para dar más libertad a las piernas, y los combatientes se colocan frente a frente. Cada uno se toma bien del pelo del otro y comienza la lucha. El objetivo que persiguen es torcer la cabeza del contrario hasta hacerle perder el equilibrio y caer al suelo, lo que constituye una victoria. Cuando uno de los contendientes queda derribado, ambos se sueltan y poniéndose de pie se disponen de nuevo a la lucha. Continúan de esta manera hasta que uno de los dos se da por vencido; pero después de la pelea quedan tan buenos amigos como antes.

Llegamos a la casa de Chancay a la hora de la comida y habría comido con gusto si no hubiera sido por el ají, que nunca falta en los guisos y es tal vez más usado por los indios que por los mismos chilenos; porque no solo lo emplean como condimento en sus cazuelas o guisos sino que, también, lo comen verde, mascándolo como si fuera un bocado delicioso.

Al día siguiente, mientras hacía mis abluciones, la dueña de casa se enamoró de tal manera de mi peine y espejito de bolsillo que prometí regalárselos a mi vuelta –promesa que la llenó de júbilo–. Me mostró la peineta que ella usaba, que no era otra cosa que un atado de púas. No tenía más espejo que la superficie de la cristalina fuente de donde traía el agua y que reflejaba su imagen cuando se inclinaba para arreglar su peinado o pintar de nuevo su rostro.

Después de desayunar partimos otra vez para la casa de Mañín. A la mitad del camino descansamos un rato en el rancho de un mestizo llamado Katrilao, cristiano en el nombre, como lo era también su mujer, india que había vivido entre los chilenos el tiempo suficiente para aprender el español y algunas de las costumbres de la vida civilizada. Sin embargo, es probable que la única diferencia entre el cristianismo de ella y el paganismo de sus vecinas era la posición de un crucifijo y una estampa de la Virgen.

Las tierras de Katrilao estaban bien cercadas y cultivadas y le aseguraban un porvenir halagüeño que no habría encontrado entre los chilenos de su misma esfera. Un manzano rodeaba la casa y a juzgar por la edad de los árboles y la regularidad de su distribución, habían sido plantados por los españoles, quizá por los jesuitas. El manzano abunda en el sur de Chile, y se encuentra en estado silvestre por todo el territorio indio;

pero no es indígena sino que debe su introducción a los españoles, como lo prueba el nombre de *manchana*, dado a su fruta por los indios y que no puede ser otra cosa que la corrupción de la palabra castellana ‘manzana’.

Al llegar a la casa de Mañín-Hueno vimos que el anciano jefe lucía una vieja casaca militar, de estilo anticuado, llena de roturas y profusamente adornada con galones de oro y grandes botones de metal, que llevaban las armas de España. Era, sin duda, una reliquia de los tiempos en que, bajo los auspicios de la Corona, luchaban contra las fuerzas de la república. Tenía cuello alto y tieso y era destinada a llevarse abotonada; pero él la usaba abierta y, como andaba sin camisa, su pecho y vientre quedaban desnudos y expuestos a los rayos del Sol.

La mayor parte de las mujeres estaban ausentes cuando llegamos, quizás habían ido a mendigar, porque vimos llegar a una de ellas con su caballo cargado de trigo, papas y otras provisiones. Como ya hemos dicho, los caciques no reciben tributo de una manera directa; pero cuando son pobres y tienen numerosa familia, con frecuencia hacen una ronda entre todos sus dependientes, quejándose de las malas cosechas, los tiempos difíciles, etc., y raras veces dejan de juntar numerosas contribuciones a pesar de que estas no son obligatorias. También tiene la costumbre de enviar a algunos miembros de la familia a visitar a los amigos y estos cuando se cansan de proporcionarles hospitalidad, los despiden con algún regalo para que se vayan contentos.

Para poder almorzar y para tener provisiones de viaje mandé a la casa de un vecino a comprar dos corderos. Esto se hizo necesario a causa de la etiqueta de los mapuches. Nuestro huésped nos había festejado con un corderito cuando llegamos; pero sus ideas respecto de la hospitalidad no le obligarían a matar otro, aun cuando nos quedáramos allí un mes. Sin embargo, si le hubiéramos ofrecido comprarle otro, lo habría considerado como un insulto a su generosidad.

Además de la carne así obtenida, llevamos abundancia de otras provisiones; porque tan luego como nos vieron listos para salir, principiaron a llegar las mujeres, trayendo cada una algo oculto debajo de la capa. Una traía huevos, otra una gallina cocida y muchas otras trigo tostado y molido con linaza, para hacer *ulpo*. Yo me había acostumbrado a este alimento, el cual, a falta de pan, llega a ser un artículo de necesidad. Estos regalos eran el pago de los pañuelos, cuentas y otras zarandajas recibidas cuando llegamos por primera vez. Las mujeres que tenían niños nos traían varios artículos y al presentarlos decían:

– A mi hijo le dio Ud. un pañuelo; él le manda estos huevos. Reciba esta harina en nombre de mi hija, a quien dio Ud. un collar, etcétera.

El mestizo Katrilao se agregó a nuestra comitiva y llevamos de guía a un sobrino de Mañín; quien le encargó que se portara bien y velara por nuestros intereses. Este joven, a pesar de ser de la alta nobleza araucana, tenía un aspecto poco calculado para inspirar confianza. Era bajo, grueso y muy moreno; una gran cicatriz le cruzaba la cara de un lado a otro y le desfiguraba la boca. Cuando se excitaba su rostro se ponía

horrible; pero a pesar de este defecto era de buen corazón, honrado y muy amigo de la broma y de la jarana. Los chilenos le habían cautivado siendo niño y habían pasado varios años entre ellos. Hablaba bastante bien el español para poder servir de intérprete, y a causa de su carácter alegre, el favorito de todos.

Tenía el mismo nombre que su tío Mañín, pero a causa de una manía verdaderamente yanqui de negociar todos los bienes que caían en sus manos había recibido el apodo de *Trauque*³³ (nombre dado a las personas que han hecho cambio de regalos).

Nuestra comitiva se componía de siete personas y formaba una expedición bastante respetable. Después de atravesar un hermoso arroyo que corría cerca de la casa, nos dirigimos hacia el sur, pasando por una extensa llanura ondulada, en que se encontraban esparcidos numerosos grupos de árboles.

Al saltar por sobre un tronco, tropezó y cayó una de las mulas. Los mozos en vez de golpearla y darle de puntapiés, como se acostumbra en estas ocasiones, principiaron a quitarle la carga, porque decían que se había deslomado. Librada del peso que llevaba pudo levantarse con dificultad. Sánchez sacó su machete y le hizo un tajo en la oreja para que sangrara. Se le echó un puñado de tierra en la herida causada por la fricción del aparejo y, a fuerza de golpes, se la obligó a seguir a sus compañeras, entre las cuales se había repartido la carga que ya no podía llevar. Esta me pareció una extraordinaria manera de curar a un animal deslomado; pero por prudencia no lo dije.

– Es una pérdida sensible –me dijo don Panta–, esa mula ya no vale nada.

Pero yo que le conocía como hábil negociante, tuve mis sospechas de que no sería él quien sufriría la pérdida, y de que una vez engordada la mula la vendería por un buen precio.

Este accidente se habría considerado de mal agüero si no hubiera sucedido luego otro acontecimiento más feliz. De repente nuestro compañero Trauque, espoleando su caballo, se lanzó hacia adelante a galope tendido, gesticulando y gritando con toda su fuerza. Un aguilucho blanco, espantado por la bulla, abandonó el árbol en que estaba posado y remontándose en espirales se dirigió hacia el sur en vuelo majestuoso. Esta ave era el ñancu, cuyo nombre yo había recibido unos pocos días antes y el hecho de encontrarse al lado derecho de nuestro camino fue considerado como el más favorable augurio. La plegaria que el indio dirigió al ave me pareció muy hermosa.

– “¡Oh Ñancu! –gritó– ¡Ser poderoso! ¡Observad a vuestros servidores, no con el ojo siniestro de la calamidad, sino con el diestro de la fortuna, porque sabéis que somos pobres! ¡Proteged a nuestros hijos y hermanos; velad por nuestra felicidad y permitid que volvamos sanos y salvos de esta empresa!”.

³³ *Trauque*. Quizás derive de la palabra mapuche ‘trafcüum’, que significa “persona con la que se tiene relaciones comerciales y de amistad”.

Los mapuches, como los antiguos, auguran mucho del vuelo de las aves, fijándose si se produce a la izquierda o a la derecha del que las viera. La especie de ave también es de gran importancia. El ñancu es la que más veneran entre todas. En sus ideas religiosas casi asume el rango de una divinidad y cuando menos es considerado como un mensajero que está en comunicación directa con el Ser Supremo. Esta creencia coincide de una manera extraña con los atributos asignados al águila por diversas naciones; pero no es más sorprendente que la existencia casi universal de muchas otras supersticiones y costumbres entre pueblos que no pueden haber tenido contacto ni relaciones sino en tiempos sumamente remotos.

Muy distinto del ñancu, que ejerce una influencia benéfica, es el pajarito negro que da un grito semejante a una risa socarrona. Cualquier indio que al iniciar un viaje oye a mano izquierda esa risa de mal agüero, continúa su camino con el ánimo deprimido, o quizás desiste de su empresa, diciendo: —“¿A qué sigo mi viaje cuando me va a resultar mal”. “¿No se está burlando de mí el demonio?”. Muchos otros pequeños incidentes son mirados como anuncios del bien o del mal; porque los mapuches, como todo pueblo ignorante, buscan un significado sobrenatural aun en las cosas más triviales. Si tropieza el caballo, pronostica peligro; el cosquilleo nervioso en cualquiera parte del cuerpo se interpreta como indicio del bien o el mal, según el lado en que se siente, o la parte afectada.

La religión de los mapuches constituye un problema interesante, pero muy difícil de resolver. Ercilla, en *La Araucana*, dice:

– Gente es sin Dios, ni ley —aunque respeta
A aquel que fue del cielo derribado.

Pero probablemente habría dicho lo mismo o, peor aún, de cualquier pueblo cuyas ideas religiosas no estuvieran conformes con las que él profesaba. Dobrizhoffer, en su historia de los abipones de Paraguay dice: —Los salvajes de Chile ignoran el nombre y el culto a Dios, pero creen en cierto espíritu aéreo que llaman *Pillán*, a quien dirigen sus súplicas. Al demonio lo llaman *Aloé* y lo aborrecen de todo corazón. Según Molina, Dios es llamado *Pillán* (el tronador), pero *albué* no es precisamente el demonio, sino cualquier duende o espíritu —algo que es temido más bien que odiado.

En *La Araucana* leemos de una clase de

“...predicadores
Tenidos en sagrada reverencia,
Que solo se mantienen de loores
Y guardan vida estrecha y abstinencia”

Una especie de sacerdotes mapuches que se mantenían del producto de sus prédicas y pasaban una vida muy austera; pero dudo que estos hayan existido fuera de la imaginación del poeta. De todos modos, hoy los indios no tienen ninguna clase de sacerdotes. Debido a la falta de expositores especiales de la religión, cada indio tiene

sus propias ideas al respecto y es raro encontrar dos individuos estén de acuerdo en la materia. La única opinión que parece ser general es la de la existencia de un ser benéfico y otro maligno. Fuera de estas no tienen divinidades, pero creen en varias categorías de espíritu. No tienen ídolos ni veneran a los cuerpos celestes, animales, ni otros objetos visibles.

Así como no tienen sacerdotes, tampoco tienen templos ni ceremonias religiosas fijas. El único ruido que practican, que se asemeja en algo a un culto, es el sacrificio y rogativa, que a veces emplean en sus consejos nacionales u otras grandes reuniones. Matan allí un animal, derraman su sangre como libación, y el corazón, traspasado por una rama de canelo, se lleva en procesión en torno del lugar, con el acompañamiento de bailes e invocaciones en coro. La carne se come y después de la fiesta los huesos son cuidadosamente recogidos y arrojados al río o arroyo cercano, porque sería considerado como una profanación el que los comieran los perros.

En tiempos de guerra, a veces se mata a un prisionero; pero esto sucede rara vez. Después de llevarle al lugar del sacrificio, montado en un caballo cuyas orejas y cola han sido cortadas, le obligan a cavar un hoyo, en el cual arroja un número de palitos, nombrando uno por uno los guerreros más célebres de su tribu o nación, en medio del ridículo e imprecaciones de los espectadores. Enseguida le obligan a rellenar el hoyo y, después de haber sepultado así la fama y el valor de sus compatriotas, le hacen saltar los sesos con un golpe de macana. Le abren el pecho, le arrancan el corazón, palpitante aún y lo entregan al toqui, quien chupa un poco de sangre y lo pasa a sus subordinados, que hacen lo mismo. De los huesos del cautivo hacen pitos, colocan la cabeza en la punta de una lanza y la pasean en triunfo; el cráneo lo convierten en vaso que usan en su fiestas³⁴. Pero estos sacrificios no son, como tales, actos de religión, sino homenajes ofrecidos a la memoria de los guerreros caídos en combate.

Si me dijo Sánchez que a la entrada de uno de los desfiladeros de la cordillera, expuesta a frecuentes tormentas, había una gran masa de roca, cuya superficie contenía muchas pequeñas cavidades. En estas, los indios que tienen que viajar por estos parajes, suelen depositar unas pocas cuentas de vidrio, un puñado de harina u otra ofrenda propiciatoria al genio que suponen vigila el lugar y dirige las tempestades. Dijo que tal vez habría otros puntos donde se practican ritos locales, pero que él no los conocía.

Al recibir un plato de caldo, el indio, antes de comer, derrama un poco en el suelo; otro tanto hace con la harina tostada y cuando va a beber, previamente, hace una pequeña libación, dejando caer algunas gotas de licor en agradecimiento de los beneficios recibidos, o para reconocer su deuda a la madre tierra. De este modo, los mismos ritos usados por los pueblos civilizados de la antigüedad, para agradecer a Baco y a Ceres, sirven al rudo indio de Arauco para expresar su gratitud al Ser Supremo,

³⁴ Molina es el responsable de estos detalles; personalmente ni vi ni oí hablar de estos lúgubres pitos y vasos. (Nota de E. Reuel Smith).

cuyos atributos no trata de descubrir, pero a quien ha aprendido a reverenciar como el bondadoso proveedor de todas sus necesidades.

Los jesuitas mantuvieron grandes establecimientos en el territorio mapuche y las ruinas de ellos se encuentran con frecuencia; pero del cristianismo que enseñaron no queda el menor vestigio. Tal vez convirtieron muy pocos indios, porque, aun cuando eran respetados como individuos, la influencia de la orden fue siempre mirada con desconfianza. A pesar de la benevolencia con que fueron tratados por los naturales, estos al fin los expulsaron, por completo y para siempre. Otros misioneros han entrado al territorio de cuando en cuando, pero los únicos indicios que quedan de sus trabajos son unos pocos nombres cristianos y algunas medallas o crucifijos, que ciertos indios usan todavía como talismanes o amuletos.

En Valdivia y en algunos otros puntos de la frontera existen misiones, pero su influencia se siente en un radio muy estrecho. Naturalmente son católicas, porque el gobierno de Chile no tolera otras. El abnegado Gardiner, que pereció más tarde mientras se esforzaba por esparcir la luz del cristianismo entre los salvajes patagones, en un tiempo trató de establecerse entre los araucanos, pero sin éxito.

Hace poco, el gobierno chileno ha traído un número de frailes italianos para establecerlos entre los indios, como medida preparatoria a la colonización del territorio por los blancos; pero aún quedan por verse los resultados de este ensayo. Los indios comprenden el sistema de táctica que hace de la misión un núcleo para formar un pueblo, al cual sigue otro más al interior y, sin duda, harán todo lo posible para que fracasen estos planes.

Capítulo XVII

El Sol se había entrado ya cuando llegamos a un profundo desfiladero por el cual corría un pequeño arroyo, y como el pasto era bueno y había abundancia de manzanas resolvimos pasar la noche allí.

Pronto se encendió fuego y se puso a asar la mitad de un cordero. José extendió en el suelo un cuero de oveja con la lana para abajo, como preparativo para la fabricación de chicha de manzana; Juan trajo una cantidad de esa fruta, para mi modo de ver muy verde aun, en el poncho y las vació en el cuero, los dos se arrodillaron y con un par de colihues flexibles principiaron a machucar las manzanas. Después de golpear la fruta con la fuerza de los brazos, esta quedó reducida a pulpa. Se vertió en ella un jarro de agua y después de revolver pulpa y líquido quedó lista la *chicha*.

Como patrón, a mí me sirvieron primero. José tomó un puñado de la masa triturada y lo estrujó entre sus manos huesudas, dejando caer el jugo en un cacho colocado en el suelo. Sus manos no estaban muy limpias, pero en ciertas ocasiones es inútil fijarse en pequeñeces. La chicha preparada así es de color café y bastante agria; pero durante

el viaje me acostumbré a tomarla, y con la adición de un poco de harina tostada no la hallé desagradable.

Después de la comida uno de los mozos se echó al hombro su montura —única cama que se usa en tales circunstancias— y se fue a dormir en la falda de un pequeño cerro, desde donde podía dominar el campamento, porque a pesar de no haber casas en la vecindad, algún vagabundo, atraído por la lumbre del fuego, podría estar en acecho para robar cualquier animal que se alejara de las inmediaciones. Los otros ocuparon posiciones estratégicas en contorno y yo tendí mi cama debajo de un frondoso manzano cuyas ramas tupidas me ofrecieron protección contra el fuerte rocío. Mi cama no era tan blanda como la de cueros que hasta aquí me habían proporcionado las cariñosas indias, pero a pesar de su dureza no tardé en quedarme dormido. En un clima tan benigno es una delicia dormir al aire libre, y uno se siente tan bien en aquel ambiente de libertad que no echa de menos las mayores comodidades de un dormitorio amoblado.

Por la mañana, temprano, atravesamos el romántico arroyo, en cuya vecindad habíamos alojado y luego pasamos otro; dos o tres horas más tarde otro más, que serpenteaba por un profundo valle. Eran todos pequeños y límpidos, sus aguas bailaban sobre fondos pedregosos. En ese momento llevaban poco caudal, pero en la época de lluvias aumentan mucho y se convierten en verdaderos torrentes. El valle por donde pasaba el último arroyo era muy fértil y en él había arboledas y sementeras. Las casas, cercanas unas de otras, acusaban una población relativamente densa, y Sánchez me informó que ello ocurriría en toda esta región. No era un caso excepcional, porque los indios utilizan las llanuras para el pastoreo y construyen sus casas en la vecindad inmediata de las vertientes o de los riachuelos. Si seca una vertiente, los vecinos se mudan a otra parte más favorecida, porque no saben cavar pozos o al menos no lo hacen.



Elaboración de sidra. Reuel Smith, *op. cit.*

Al pasar por una sementera, encontramos una banda de muchachos y muchachas ocupados en coger trigo —sacando cada espiga por separado—. Esta manera de cosechar fue la acostumbrada antes de la introducción por los españoles del caballo y la hoz de fabricación europea; pero ahora no se practica sino como entretención para los niños y jóvenes. En este pasatiempo se forman parejas que toman los aros opuestos de un canasto y al pasar por la sementera cada uno a medida que (él o ella) coge una espiga, la frota contra los nudillos del otro, desgranando de este modo el trigo que cae al canasto. Sus pasos marcan el compás de una cadencia que cantan alternadamente, improvisando los versos según la ocasión —tarea no muy difícil, puesto que las estrofas no riman ni tienen medida—. El tema del canto es casi siempre el amor y como las parejas luego se separan, preocupadas solo de sus propios intereses, se ofrecen oportunidades de dar expresión a muchas pasiones ocultas y muchas son las conquistas logradas por este medio.

La banda que encontramos estaba de buen humor y nos embromaban a su gusto, criticando nuestra apariencia y divirtiéndose de otros modos a nuestra costa; hasta que, volviendo nuestras cabalgaduras, no lanzamos hacia un grupo de muchachas que se burlaban de nosotros y las hicimos correr en todas direcciones, mientras retumbaban los cerros con sus risas.

Cerca del cerro de Huirlool nos apeamos para pasar la siesta en un lugar donde otros habían acampado recientemente. Entre los vestigios de su estada encontramos unos marcos de caña, usados para guarecerse de la intemperie, cubriéndolos con un poncho. Así, se asemejaban a pequeñas carpas y formaban un excelente refugio contra las lluvias y el rocío. Hicimos un fuego que luego nos atrajo visitas; entre ellas el hijo de un cacique vecino, con la mayor parte de su familia. Nos trajeron una cantidad de papas guisadas, excelentes, no solo en calidad sino, también, por la manera como habían sido preparadas. En ninguna parte de Chile —donde las papas son siempre buenas— las había visto mejores; pero se dice que más al sur, especialmente en Chiloé, alcanzan a mayor perfección aún. Por todas partes, en Chile y en el Perú, cualquiera que sea el suelo o clima, desde los más húmedos hasta los más secos, se encuentra la papa de calidad superior y libre de aquellas pestes que han hecho tan precaria la cosecha de este tubérculo durante los últimos años en Europa y en Estados Unidos. ¿No sería el preventivo más eficaz contra estas enfermedades, la importación a esos países de nueva semilla, originaria de Sudamérica?

Las mujeres de la partida eran bastante feas, con excepción de una indiecita de ojos vivos que era muy donosa; pero que luego perdió todas mis simpatías. Cuando los hombres nos rodearon para charlar, las mujeres se apartaron y como no tuvieran otra cosa en que entretenerse principiaron a peinarse. A falta de peines usaron los dedos para buscar, en las cabezas de sus compañeras, los parásitos que les molestaban. Me quedé completamente desilusionado al ver a la muchacha en esta faena; pero mi asco llegó al colmo cuando la vi cazar a alguna víctima y echársela a la boca, sonriéndose con coquetería a medida que la apretaba entre sus blancos dientes. Sentí que se me revolvió

el estómago. Después me habitué a ver esta costumbre, pero jamás pude reprimir mis sentimientos de repugnancia.

Los hombres, como de costumbre, eran curiosos y nos molestaron con el manejo de todos los objetos —mis guantes, en especial, los divertieron, porque decían que nunca habían visto a nadie que usara *sumeles* (botas de cuero de caballo) en las manos y querían saber cómo podía mover los dedos. Algunos de los niños porfiaron para que me los sacara, a fin de poder probárselos, pero no consentí en complacerlos.

Nos libramos de nuestros molestos visitantes, distribuyendo entre ellos algunos regalos; pero el hijo del cacique se quedó atrás para hacer una consulta con Sánchez acerca de un asunto de importancia que discutían en voz baja. Resultó que había robado el caballo de un vecino y corría el riesgo de ser descubierto y castigado; porque el gran Mañín había jurado ser implacable con los ladrones de caballos. Quería valerse de la mayor inteligencia de Panta para hallar algún medio de deshacerse del animal sin que nadie lo supiera.

En general, los indios tienen buenas disposiciones, pero, como todos los de su raza, son adictos al robo de caballos y este vicio ha dado lugar a la mayor parte de las peleas que se suscitan entre ellos y también con los chilenos. Mañín, durante mucho tiempo había predicado y aconsejado en vano y ahora furioso por el poco caso que hacían de sus consejos, había declarado que haría un escarmiento con el primer ladrón que descubriera y nadie dudaba de que cumpliría su palabra.

Al continuar nuestro viaje, anduvimos por algún tiempo entre los cerros que cercaban el llano por el oeste y desde la cumbre de uno de ellos divisamos por primera vez el volcán Llaima, con su hermoso cono doble que se alza sobre las montañas que lo rodean y cuya masa nevada se destaca en fuerte contraste con el azul profundo de la bóveda celestial. Me pareció que salía humo de ambos cráteres, pero, por la distancia, no pude cerciorarme de ello.

Por el camino encontramos una partida de jóvenes —que creí serían chilenos de clase media— vestidos a la europea, sin ponchos a pesar de que esa prenda se usa por todas partes en Chile, fuera de las grandes ciudades. Les saludamos en español, pero nos contestaron en mapuche. Eran los hijos de un cacique vecino llamado Juan Yevulcan, o más generalmente Juan Yevul, hombre de grandes riquezas, de mucha importancia y más inteligente que la mayor parte de sus compatriotas. Vivió por largos años entre los chilenos, hablaba bien el español y había adquirido muchas ideas europeas, adoptando en parte el modo de vivir de los blancos; pero mantenía un serrallo de ocho mujeres y pensaba duplicar su número. Sus tierras, por las cuales pasamos, son muy extensas y mejor cultivadas que las otras que habíamos visto y se decía que su casa era grande y amoblada en un estilo más o menos civilizado. Sánchez y Trauque se desviaron del camino para hacer la visita de etiqueta a este señor; pero por prudencia yo no los acompañé y seguí mi camino con los mozos, sin ver a este maravilloso indio, que se sienta a una mesa para comer y duerme entre sábanas.

Llegamos al anochecer a un lugarcito que se llama Renaico³⁵, situado sobre un riachuelo del mismo nombre. Era una pequeña aldea formada por seis u ocho casas alineadas al lado del camino, y era la única agrupación de edificios que vimos en todo el territorio indio, con alguna pretensión de haberse construido en forma de aldea. Los mapuches se oponen a vivir en poblaciones, no tanto por el temor a las influencias enervantes de la vida de las ciudades, sino, más bien, por las necesidades de sus ocupaciones agrícolas y pastoriles, y que cada uno desea estar alejado de sus vecinos para dedicarse a sus faenas sin las molestias que resultarían de un permanente contacto.

La casa en que alojamos pertenecía a un platero chileno –fugitivo de la justicia– quien había abandonado a su mujer e hijos para refugiarse entre los indios con una concubina; pero los encantos de esta no me parecían justificar semejante capricho.

Durante la noche perdimos una mula de valor y demoramos dos días mientras la buscaban. La demora fue bastante desagradable, pero nos divertimos como mejor se pudo, bañándonos y charlando con los vecinos, gente de buen carácter, pero ociosos y sin ninguna afición al trabajo.

Durante nuestra estada allí ocurrió un incidente que ilustra el sentimiento que existe entre los blancos y los indios. Una partida de dos o tres comerciantes chilenos que venían del interior, donde habían comprado animales, llegó a la casa y después de un rato se pusieron a jugar a la rayuela. Durante el juego uno de los comerciantes perdió una moneda de dos reales. Después de buscarla en vano por un momento, siguió jugando; pero al poco rato uno de los indios, hijo del cacique, sacó una moneda igual y la ofreció en cambio de una armónica. El comerciante la reclamó inmediatamente por ser la que había perdido. El joven rehusó entregarla. El chileno le tomó por el pescuezo, le arrojó al suelo y plantándole la rodilla en el pecho se la quitó a viva fuerza. El indio se levantó, los ojos centelleantes, tiritando de furia; aunque llevaba en el cinturón un gran cuchillo y el certero *laqui*³⁶, quedó con la afrenta y se retiró jurando venganza. A pesar de que el indio era hijo de un cacique rico, los espectadores miraban el incidente en silencio, sin tratar de defender a su compatriota. Como los antiguos espartanos, creían que el ladrón merecía castigo; no por el hecho de haber robado, sino porque permitió que se le descubriese.

Los comerciantes raras veces dejan de establecer y de ejecutar sus propias leyes, aun cuando estén muy al interior y a merced del pueblo, cuyos sentimientos ultrajan con frecuencia. Pero, salvo que las circunstancias sean muy graves, los espectadores casi nunca

³⁵ Está escrito Regnaco.

³⁶ El *laqui* (o bolas de los pampinos de Buenos Aires) es un arma arrojadiza compuesta de tres bolitas de piedra, cubiertas de cuero y sujetas a los extremos de una triple correa. Para usarlo se toma una de las bolas en la mano y las otras dos se hacen girar alrededor de la cabeza hasta que obtengan el ímpetu necesario y entonces se lanzan con gran fuerza y precisión. No es menos eficaz que el lazo para capturar ganado salvaje; porque se arroja de tal modo que enreda las patas del animal que huye y lo hace caer pesadamente al suelo. (Nota de E. Reuel Smith).

intervienen y, si a veces se derrama sangre, se debe generalmente a la ebriedad, producida por los infames licores introducidos por los mismos negociantes. Sin embargo, este pueblo moderado e inofensivo es a menudo tildado de turbulento y agresivo.

Al salir de Reinaco³⁷, anduvimos por un distrito boscoso y llegamos antes de mucho a Cholchol; único curso de agua que habíamos encontrado después de pasar el Biobío que merecía el nombre de río. Era demasiado profundo para poder vadearlo allí y tuvimos que seguir su orilla por algunas millas hasta llegar a un punto donde unas islas lo dividían en varios cauces anchos.

Cerca del vado nos detuvimos en una casa donde se había reunido un buen número de indios. Mientras estábamos parados allí se nos acercó un individuo hercúleo y después de mirarme de pie a cabeza, me principió a manosear y a examinar una por una mis prendas de vestir; suplicio a que me sometí con toda paciencia. Pero luego noté que todos me observaban y que las críticas del intruso se recibían con risas y chacota, en las cuales Sánchez tomaba una parte principal. No quería perder tanta diversión y le pregunté la causa de tanta hilaridad.

— ¡Oh! nada —dijo Sánchez—, solo ha creído que Ud. es mujer.

De inmediato comprendí lo que pasaba. Quemaba mucho el Sol y me habían envuelto la cara con un pañuelo, como se hace con frecuencia en Chile, dejando visibles solo los ojos y la nariz. Esto, tomado en conjunto con mi poca estatura y con mi traje tan distinto a los que se ven por allí, había hecho sospechar que pudiese ser mujer y nuestro amigo deseaba averiguar la verdad.

No era necesario que me diera mayores indicaciones. Clavé las espuelas, mi caballo dio un brinco tan inesperado que el bribón retrocedió cayéndose en medio de los compañeros y, al mismo tiempo, quité el pañuelo, descubriendo ante sus atónitos ojos mi poblada barba, lo que completó la derrota del curioso, quien fue saludado por los gritos y risas burlonas de todos los presentes.

Por fortuna, no había hecho caso de las insinuaciones de mis amigos, que me habían aconsejado que me afeitara para conformar con la costumbre mapuche; porque en varias ocasiones me tomaron por mujer, a pesar de un formidable bigote y quizá, si me hubiera afeitado, me habrían raptado, sin hacer caso de mis protestas y habría pasado a formar parte del serrallo de algún salvaje enamorado.

Una vez pasado el río nos preocupó una fuerte gritería. Sin saber la causa de tanto alboroto consideramos prudente detenernos, mientras Panta y Trauque avanzaron para averiguar lo que había, porque se necesita de mucho tino para acercarse a cualquiera reunión de los indios.

Después de un largo coloquio nos hicieron señas para que prosiguiéramos y encontramos una treintena de personas —hombres, mujeres y niños— ocupadas en trillar trigo. El método empleado era el de trillar con yeguas, a la usanza chilena. Media docena de

³⁷ Está escrito Regnaco.

jinetes estaban en la era, empapados de sudor, cubiertos de tierra y gritando a toda la fuerza de sus pulmones. Cuando largaron las yeguas entraron las mujeres con escobas de ramas para barrer a un lado el grano y la paja.

Como de costumbre, llegué a formar el centro de atracción. Despertaron mucha curiosidad mi traje, mis guantes y mi tez, la cual, a pesar de estar tostada por el Sol durante los meses que había durado mi viaje, era considerada muy hermosa por ellos. No se reciben semejantes cumplidos todos los días, pero el efluvio que emanaba de aquellos hombres sudorosos –para no hablar de las mujeres– era tan fuerte que me apresuré a escapar de su admiración; aun cuando para hacerlo tuvo que desprenderme de un número considerable de trompas y dedales.

Capítulo XVII

La comarca situada entre los ríos Cholchol y Cautín es fértil y bien poblada. Son numerosos los cementerios y notamos otra diferencia más en la manera de distinguir las sepulturas; las cuales, en vez de indicarse por cierros de tablones, se señalan por postes toscamente labrados y adornados en su parte superior; algunos con una figura parecida a un sombrero de copa y otros con una escultura, que, con un poco de imaginación, puede describirse como águila de dos cabezas.

No pude averiguar lo que quería representar esta última figura; pero es indudable que fue la misma vista por los españoles cuando visitaron esta región por primera vez. Concibieron que representaba el águila imperial de Austria y les sugirió el nombre de Imperial que dieron a la ciudad fundada en la vecindad.

El águila de dos cabezas fue el símbolo favorito de los españoles en tiempos de la Conquista y todavía se encuentra en muchos templos y casas antiguas, por todo Chile. Por lo tanto, no es extraño que les pareciera encontrar en las toscas esculturas de los indios una semejanza a este emblema y de deducir de ello un buen augurio.

Por la tarde, llegamos a un antiguo canal derrumbado, semejante a los usados para el riego en toda la parte española de Chile. Se encontraban viejos manzanos plantados en hileras regulares y aun me parecía que podía distinguir los surcos dejados por el arado. Pregunté a Trauque lo que significaban aquellos vestigios. Me dijo que no sabía, pero que probablemente eran obra de los patirus³⁸, nombre dado en Chile a los jesuitas.

Pasamos la noche en la casa de un indio que vivía en las orillas del río Cautín. Nuestro huésped no era cacique, pero se empeñó en convencernos que era *gulmen* y no quiso que se le confundiera con el vulgo. Hizo matar un cordero que nos fue servido con todo esmero. Aun la sangre, por lo general reservada para la familia, nos fue traída, coagulada con sal. Toda la comitiva sacó sus cuchillos y atacaron este plato delicado.

³⁸ Patiru. Padre. Nombre dado por los mapuches a los sacerdotes misioneros.

Por curiosidad probé un bocado, pero aun cuando el gusto no era desagradable, la idea de comer sangre cruda casi me quitó el apetito.

Después de la comida hicimos el reparto acostumbrado de regalos y como la familia era pequeña, nos congratulamos de haber salido bien; pero en ese momento entró un vecino y me lo presentaron como hermano mío. Antes que terminara de expresar su agradecimiento por el regalo que tuve que obsequiarle, llegó una vieja legañosa que resultó ser mi tía. Enseguida apareció una dama corpulenta, de cierta edad, radiante de pintura y joyas de plata. Entró con un aire de inocencia, como que fuera por pura casualidad: era mi hermana. Así siguieron hasta que creímos que no iba a terminar nunca la procesión de parientes.

Apenas se habían satisfecho las obligaciones impuestas por esta numerosa parentela, cuando comenzaron a llegar las mujeres de la vecindad. Era como si se hubiera teleografiado a todo el mundo que vivía dentro del radio de una milla de la casa. Todas trajeron, oculto debajo del manto, algún regalo o, más bien, algo que querían vender. Cada una, después de saludarnos y de esperar un rato en silencio, avanzaba y colocaba a nuestros pies la fuente de papas, harina u otra cosa que traía. Las provisiones las guardamos en las alforjas, dejando en la fuente un collar, una pequeña cantidad de cuentas o un dedal, lo que recogía la dueña, retirándose con cara risueña para dar lugar a otra. Pero estos regalos llegaron en tanta abundancia que ya no fueron más aceptables y Sánchez principió a disminuir la cantidad de cuentas hasta que sus pagos no fueron considerados justos y equivalentes. Al ver esto, las que llegaron al último se fueron silenciosas sin siquiera descubrir lo que traía.

Uno de los vecinos trajo un poncho, por el cual pidió seis pesos –seis veces más de lo que valía–. Me sorprendió que Sánchez aceptara este precio exorbitante sin protesta; pero sacó una bolsa y dio al hombre seis cucharadas de añil a un peso la cucharada. El indio se fue contento, convencido de que había hecho un buen negocio, aunque lo que recibió no costaba más de setenta y cinco centavos.

Cruzamos los dos brazos del Cautín y luego después el Quepe, sin encontrar dificultad en vadearlos. El distrito entre los dos ríos era llano y bastante poblado. Estábamos ya dentro del territorio del pueblo guerrero de Boroa, del que se cuentan tantas maravillas como las atribuidas a los fabulosos gigantes de la Patagonia. Muchos de los chilenos mejor informados creen que los *boroache* forman una raza distinta, de indios blancos, que son rubios y de ojos azules. Más aún, un extranjero distinguido, de muchas pretensiones científicas, hace pocos años hizo un viaje por el camino de la costa desde Concepción hasta Valdivia y habla con credulidad de los rubios guerreros boroanos, quienes guardan celosamente su frontera contra cualquiera invasión del hombre civilizado.

Muy extrañas son las conjeturas de los que han tratado de explicar la existencia de una raza tan singular, pero por desgracia, ni el ingenio de los filósofos ni las rapsodia de los poetas tienen fundamento; porque los boroanos son tan bronceados, feos,

sucios y poco civilizados como sus vecinos. Como entre las demás tribus, de cuando en cuando se encuentra un indio de pelo castaño, ojos claros y tez más pálida que la generalidad; que indica alguna mezcla de sangre blanca; mezclas que son, por otra parte, más numerosas entre los de Boroa, sin que se note un cambio del aspecto o del carácter de la tribu.

La razón de la leyenda es sencilla. Debe recordarse que al tiempo de la destrucción de las ciudades de la frontera, los habitantes de los pueblos septentrionales pudieron escapar, mientras que los de Imperial, Valdivia y Villarrica, tres poblaciones importantes de la comarca, cayeron en manos de los indios. Se llevaron cautivos a las mujeres y niños y fueron reducidos a la esclavitud por los vencedores. Si podemos creerle a Molina, la descendencia de estas cautivas llegaron a ser los enemigos más formidable de los españoles en las guerras posteriores y es probable que el aspecto rubicundo de individuos que vestían el traje mapuche y peleaban en las filas de los boroanos, haya dado origen a la creencia de una raza de indios blancos. Con el transcurso del tiempo, los efectos de la sangre española se borrarían por los constantes casamientos con indios de pura raza, y dentro de pocas generaciones los indios rubios de Boroa solo se encontrarían en la leyenda. Los pocos que se ven en la actualidad son solo rubios por comparación y en ningún caso podría confundirse con gente de la raza blanca.

Por el camino nos encontramos con un habitante de Boroa, quien con seguridad no podía considerarse de raza blanca como tampoco de india y que, al parecer, era africano de tipo puro. Esta persona —era difícil decir si fuera hombre o mujer— llevaba traje masculino y hablaba con voz ronca, pero su aspecto general era de mujer, aun cuando trataba de ocultar su sexo. Era joven, pero excesivamente fea; la expresión de su cara indicaba ferocidad y astucia y es probable que era émula o aun discípula de la famosa *machi* de Boroa, a quien tal vez esperaba heredar. Puede ser que fuera loca, pero es más verosímil que asumía aquella locura celestial que casi siempre se relaciona con la idea de la inspiración. Cuando nos acercamos a este enigma, nos atacó con voz dura, con toda clase de improperios. Pero como no teníamos deseo de indisponernos con una señorita tan interesante, la pasamos con un breve saludo.

Después de pasar el Quepe, volvimos hacia el oeste cruzando una serie de lomas agostadas y áridas hasta llegar a Cancura donde alojamos en la casa de un cacique llamado a Ayllal. La casa, como todas las demás de esta región, era diferente de las de más al norte. Tenía la forma de un bote volcado y como era construida enteramente de cañas y totora, a poca distancia presentaba la apariencia de un pajar. Tenía ciento cuarenta pies de largo por más de treinta de ancho y quince de alto. Su techo bajaba hasta el suelo, sin alero y formaba a la vez los costados. Por un lado, había una gran ramada y por el frente corría una larga vara, dentro de la cual no pasa ningún extraño sin especial invitación.

El interior me recordaba el entrepuente de un buque. Por cada lado había una hilera de particiones de cañas que formaban otros tantos camarotes para los diversos miembros de la familia, que era grande porque varios de los hijos estaban casados.

La parte alta estaba ocupada por un entretecho que servía para guardar provisiones y por el centro de la cabaña ardían media docena de fuegos, encima de los cuales había grandes portillos en el cielo para que pasara el humo, que salía por aberturas dejadas en el centro y los extremos del techo. Los hogares estaban formados de grandes piedras que servían de apoyo para las ollas, y las cenizas se acumulaban sin que a nadie se le ocurriera sacarlas alguna vez. Tampoco aumentaban el aseo de las mujeres, que, sentadas en el suelo al contorno de los fuegos, preparaban la comida.

Cuando la familia es chica, cada mujer tiene su hogar separado y la manera política de preguntar a un hombre el número de sus mujeres, es decir: —¿Cuántos hogares tiene Ud. en su casa? Pero cuando la familia es numerosa esto se hace imposible y, como en el caso presente, varias mujeres cocinan al rededor del mismo juego.

Como la cocina continúa a toda hora, las casas están siempre llenas de humo y es probable que sea la causa porque la mayor parte de las mujeres sufren de inflamación de los ojos.

Uno de los vecinos estaba enfermo de gravedad y durante la noche se celebró un gran machitún, ejecutado por aquella archi exorcista, la gran machi de Boroa. Yo quise presenciarlo, pero Sánchez no consintió y me hizo ver que nos expondríamos a serios peligros si aparentábamos mezclarnos en los asuntos de esta bruja, cuyo odio a los blancos era solamente igualado por su dominio sin límite sobre los indios.

La noche era oscura y amenazante —muy a propósito para las maquinaciones de la machi. Podíamos oír el golpeteo monótono del tambor y el canto discordante, que a veces se cambiaba en agudo chillido provocado por el frenesí del momento y enseguida bajaba a una cadencia gutural, durante la cual todo otro sonido se apagaba por temor a los ritos y encantaciones poco santas. De repente se paró el canto y siguió un largo silencio, roto al fin por la erupción de una banda exaltada de salvajes desnudos, que, algunos a pie y otros a caballo, corrían locamente al contorno de la casa blandiendo lanza y espada, agitando teas y antorchas y despertando los ecos de la noche con sus gritos desaforados. Los perros, espantados por la bulla infernal aumentaban el pandemónium con sus aullidos. Tan brusco como había comenzado, terminó otra vez y reinó el silencio. El espíritu maligno había sido exorcizando y corrido y no quedaba más al enfermo que mejorarse o morir.

En Cancura notamos algunas peculiaridades en los trajes de las mujeres, en especial en sus tocados. En vez de enrollarse el cabello alrededor de la cabeza como culebras o de dejarlo caer en trenza sobre las espaldas, lo encrespaban sobre las sienes y lo llevaban sobre el pecho en dos largas trenzas envueltas con hileras de cuentecitas.

A llamar la atención de José hacia esta diferencia de moda, nuestra conversación versó sobre los trajes femeninos en general y sin querer ofrecer ningún desaire a nuestras huéspedas, las comparamos con las mujeres que habíamos visto en la casa de Chancay. No entendían el español, pero con esa intuición que parece ser inherente en el bello sexo maliciaron que hablamos de ellas y de sus trajes.

Celebraron un consejo de guerra y entraron a la casa para volver enseguida, cada una con una bolsa llena de alhajas. Había cofias, collares y pecheras de cuentas de variados colores, adornadas de dedales de latón y monedas de plata; sortijas, pendientes para las orejas y la nariz, brazaletes, pulseras, prendedores de proporciones colosales, cintas de plata y de cuentas para los tobillos, cinturones, etc. Todas estas nos fueron mostradas, y para que apreciáramos mucho mejor su riqueza, las damas procedieron a ataviarse de sus joyas. Al mismo tiempo, todas hablaban a la vez y trataron de probar su superioridad sobre las demás mujeres, apelando a nosotros para la confirmación de sus asertos.

No satisfecha con esto, la mejor parecida de ellas, habiendo concluido de adornarse, se adelantó y levantando su falda hasta las rodillas expuso a nuestra vista una pierna notablemente bien hecha y redondeada. Señalaba la pantorrilla con orgullo justificable, volviéndola aquí y allá para que pudiéramos apreciarla en su justo valor. Enseguida la adornó de cintas y cuentas, y haciendo un gesto despreciativo nos abrumó con un verdadero torrente de palabras. Por desgracia no había quien nos tradujera su arenga, pero, a juzgar por sus acciones y la frecuente repetición del nombre de Chancay, quería decir que aun cuando en algunas cosas podrían descollar las mujeres de ese cacique, las desafiaba a ellas o a cualquiera otra a enseñar una pierna más hermosa que la que nos mostraba. La hicimos comprender que estábamos de acuerdo en eso y repetíamos —¡Cumé! ¡Cumé! (¡Buena! ¡Buena!)—. Pero las damas, considerándose injuriadas, no se aplacaron con esto y solo la llamada perentoria de la *unendom* o primera mujer, que ejerce autoridad sobre las demás, las hizo desistir y volver a sus tareas.

Las mujeres parecían estar siempre ocupadas en alguna faena doméstica. Algunas cocinaban para sus maridos siempre hambrientos. Otras desgranaban trigo que había quedado en las espigas después de la trilla. Para hacer esto, colocaban las espigas en una gran fuente de madera, en la cual ellas se paraban. Desgranando el trigo con el movimiento de un pie contra el otro, frotando el grano hasta que se desprendiera del hollejo. Otras aun, aventaban el trigo desgranado, tirándolo al aire para separarlo de la paja.

Debajo de la ramada en que nos encontrábamos, apartados por un bajo cierro, había dos toscos telares, semejantes a los que se usan por todo Chile. En estos se fabricaban todas las prendas de vestir, de lana, que usaba la familia, con excepción de unos paños de colores brillantes comprados a los comerciantes. Muchas personas han creído que el arte de tejer fue introducido entre los españoles. Ulloa dice que en su tiempo los indios del interior no usaban trajes (¿de géneros tejidos?). Pero el hecho de que la lengua mapuche contenga nombres apropiados para todas las prendas de vestir, como también verbos que expresan la fabricación de estas, parece indicar lo contrario. El tinte principal que emplean en la actualidad es el añil que obtienen de los chilenos. Pero probablemente conocen otros, porque Molina dice que el color favorito era el azul verdoso oscuro.

Dos mujeres trabajaban en el telar: una muchacha de catorce años y una viuda mayor de edad, pero que todavía conservaba sus encantos. Cuando no estaban presentes los hombres, estas damas nos favorecían con sus atenciones, charlando y riéndose constantemente, y si sus gestos fuesen el fiel reflejo de sus palabras, su conversación no era de la más delicada.

A veces pasaban la mano por la división y trataban de hurtar nuestro equipaje y la viuda, más audaz que su compañera, logró extraer el contenido de uno de los bolsillos de mi mozo. José era hombre de pocas palabras y de inmediato cogió a la desconsolada viuda, obligándola por la fuerza a devolver lo que le había quitado. Ella le puso buena cara y parecía no enfadarse, pero más tarde, cuando llegaron los hombres, con gran sorpresa nuestra, nos acusó de un atentado contra su virtud —prueba concluyente de la apreciación de Mr. Weller³⁹, de que las viudas son peligrosas.

A menudo se recurre a esta estratagema, con el propósito de extorsión, pero en este caso, tal vez porque se dudaba de la veracidad de la dama, o porque su virtud era sospechosa, nadie prestó atención a sus reclamos, y viendo esto la viuda cambió de táctica y luego se puso tan intrusa y molesta como antes.

Capítulo XIX

Un día, durante la ausencia de don Panta, estaba sentado aparte, y nuestro huésped Ayllal, quien no solo era un cacique poderoso sino que, también, un individuo de buen corazón, viendo que estaba aburrido, originó un plan que creyó no pudiera menos que divertirme. Llamó a tres rapazuelos mugrientos casi desnudos, que se me acercaron y después de un profundo saludo me abrazaron efusivamente. Los dos primeros me besaron en las mejillas, pero el tercero, más cariñoso que los otros, me plantó un beso en la boca. Entonces principiaron a bailar con furia, saltando al aire, golpeando sus muslos mientras gritaban algunas palabras sin cesar. Solo comprendí la repetida interrogación *¿Chem?* (¿qué cosa?).

Cuando se cansaron, me besaron otra vez y después de resollar un rato comenzaron a bailar de nuevo. Esto sucedió dos o tres veces. El cacique y otros aplaudían a los niños y los animaban a seguir, hasta que creí que no iban a terminar nunca. Pero José, que había escuchado con atención sus palabras, me dijo que creía que pedían algo. Le ordené que abriera las maletas y les regalé unos pañuelos rojos y amarillos cuando cesaron de repente los bailes.

Los danzantes corrieron a saltos y a brincos, con la cabeza envuelta en turbantes de colores vivos y el padre se hinchó de orgullo de ver a su prole tan bien ataviada; pero al mismo tiempo no parecía estar satisfecho del todo, algo le faltaba para completar su

³⁹ Sam Weller, es uno de los personajes de la novela *Los papeles póstumos del Club Pickwick* escrita por Charles Dickens.

felicidad, pues enseguida, de esperar por un rato en evidente expectación, insinuó, en parte por señas y en parte por una mezcla de palabras españolas y mapuches, que a él le gustaba mucho la música y hasta aquí no le había dado ni siquiera una trompa. En consideración a su importancia, le presenté una armónica de bronce. Ni si fuera niño hubiérase demostrado más contento este cacique canoso, a cuyo mando brotaban de cerro y valle centenares de lanzas, listas para ejecutar su voluntad.

Las mujeres estaban ocupadas en sus varias avocaciones y una de ellas trajo una fuente de harina ligeramente humedecida y un pequeño jarro de greda, los que colocó en el suelo. Se acercó una de las niñas, y tomando un poco de harina, formó con ella una pelotita que echó a la boca, volviendo enseguida a su tarea con las mejillas hinchadas. Luego llegó otra y otra, hasta que todas, desde las niñitas hasta las viejas sin dientes, andaban mascando, con las caras sopladas como pelotas de goma, no obstante lo cual lograron continuar su incesante charla. En unos pocos momentos volvió la primera, y levantando el jarro vació en él la masa masticada. Llenó la boca de nuevo y se fue mascando como antes. Siguieron las demás y esto continuó hasta que no quedara harina.

Intrigado para comprender estos procedimientos tan singulares me acerqué a una de las mujeres y señalando el jarro le pregunté:

– ¿*Chem tua?* (¿Qué es eso?)

– ¡*Mudai!*, contestó.

– ¡Cómo! ¿*Mudai?*

– ¡Sí!, respondió y riéndose de mi sorpresa agregó: ¡*Cumé!* ¡*Cumé!* (¡bueno! ¡bueno!).

Era inútil esperar más información de ella, de modo que busqué a Sánchez para preguntarle qué era lo que hacían.

– Están haciendo *mudai*, me dijo con tranquilidad.

– ¡Cómo! ¿*Mudai*, el licor que he estado bebiendo todos los días desde hace un mes?

– El mismo, replicó y sin fijarse en mis gestos de repugnancia describió el procedimiento de la fabricación de esta bebida, que es una especie de cerveza, un poco ácida, pero de un gusto no desagradable. Se cuece una porción de trigo durante varias horas sobre un fuego lento. Después se filtra el líquido que se deja enfriar, agregándole enseguida un jarro de la harina masticada, lo que produce una rápida fermentación. Tan luego como comienza a fermentar, el *mudai* se considera listo para el consumo.

En la tarde me ofrecieron un jarro de esta bebida recién hecha, pero dándole las gracias lo rechacé. Este método de preparar la cerveza no es exclusivo de los mapuches, porque Herndon en su libro *Valle del Amazonas* habla de una bebida de los indios que se prepara de la misma manera.

La chicha es la única otra bebida que hacen los mapuches en la actualidad, porque procuran todos sus vinos de los chilenos. Pero es probable que conocieran la fabricación

de vino antes de la llegada de los españoles, porque la uva silvestre se encuentran algunas partes de Chile y la palabra ‘*pülcu*’, usada universalmente para aludir al vino, es mapuche⁴⁰.

Desde los cerros de Cancura había una vista extensa y hermosa. A nuestros pies, la llanura donde todavía se ven las ruinas de la última fortaleza española (Boroa), se destacaba como mapa. El Cautín y el Quepe, dos cintas de plata brillaban al Sol; sobre el lejano horizonte la cordillera parecía suspenderse en el aire, sin relación con el llano que se cubría de un velo nebuloso, de donde parecían nacer las montañas y sobre todo, espectáculo raras veces contemplado, se elevan cuatro volcanes, todos claramente visibles al mismo tiempo. Por el norte estaba Ketredeguín, negro, desolado y amenazante; seguido por el gracioso pico doble de Llaima, revestido de una capa del más puro blanco; al frente estaba el majestuoso Llogoll, también cubierto de eternas nieves; y lejos, al sur, resplandecía el cono del Villarrica del cual escribe Ercilla:

“Gran volcán vecino,
Fragua según afirman de Vulcano,
Que regoldando fuego está continuo”

y cuya riqueza incontable de minas ocultas atraían a los españoles codiciosos y los indujeron a fundar una ciudad desgraciada en el corazón de la tierra enemiga.

El Llaima y el Llogoll estaban en actividad y expulsaban grandes columnas de humo, que llevadas hacia el norte por el viento, se extendían como enormes bancos de nubes. A veces, parecía que la cima de Ketredeguín quedaba envuelta en humo, aunque la distancia demasiada para que pudiéramos estar seguros. Pero Villarrica, generalmente en estado de erupción, no daba señas de vida.

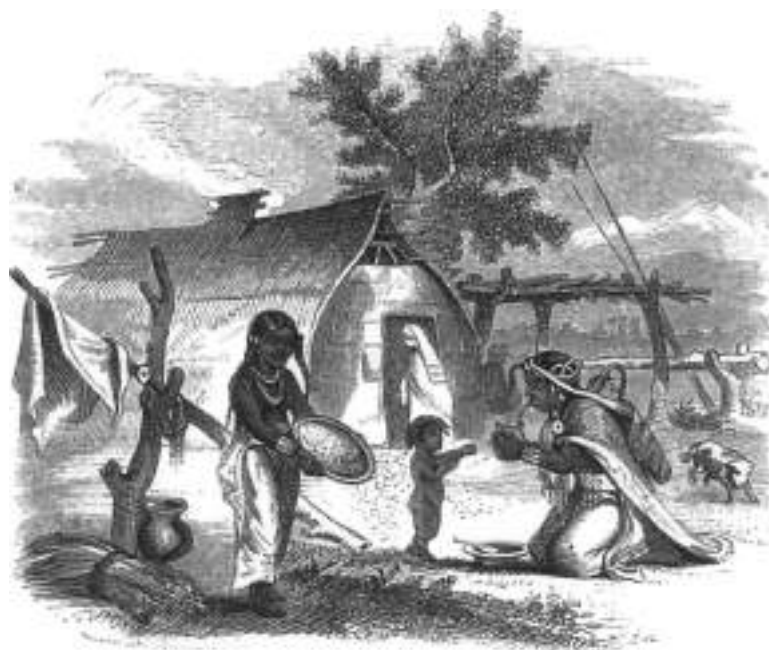
Como había varias casas en la vecindad no era prudente sacar una vista, por no despertar recelos.

Estábamos ya acercándonos a la frontera sur del territorio indio y otro día de viaje me habría llevado hasta Valdivia, si hubiera querido abandonar a Sánchez y seguir adelante con un guía indio.

En otra estación del año lo habría hecho con gusto, porque tenía deseos de visitar las provincias más meridionales de Chile, ahora que había satisfecho mi curiosidad respecto de los afamados araucanos, pero ya llegaba la época de los fuertes vientos del noreste, que hacen tan difícil el viaje por mar a Valparaíso; de modo que resolví volver a Los Ángeles con Sánchez e hicimos nuestros preparativos para dirigirnos hacia el norte el día siguiente.

Mucho antes del amanecer fuimos despertados por un ruido especial. Todas las mujeres de la casa estaban moliendo trigo. El rumor incesante de los morteros se acompañaba de un suave y armonioso silbido con que aliviaban sus tareas. Empleaban una

⁴⁰ La uva no se conoció en Chile antes de la llegada de los europeos, y la palabra ‘*pülcu*’ conocida solo en la frontera significa ‘chicha’, el jugo fermentado de cualquiera fruta y en especial de la manzana.



Elaborando mudai. Reuel Smith, *op. cit.*

cadencia monótona, que parece englobar todas sus concepciones de la música y sirve para todas las ocasiones, sean estas de placer o de pesar. De vez en cuando, una cantaba por algunos momentos, seguida por otras, cada una improvisando lo que cantaba. Sánchez, que estaba acostado mi lado, me tradujo algunas de las estrofas. El canto era sencillo y refería principalmente a sus tareas. Las siguientes servirán de ejemplo:

“Estamos moliendo el grano para el forastero
 Que ha venido desde lejos.
 Que le plazca por su blancura,
 Que le agrade el paladar,
 Porque nos ha traído cuentas,
 Cascabeles y dedales
 Para podernos adornar”

Mientras me quedaba allí tendido, mirando el brillo de las innumerables estrellas, mucho antes de que aparecieran en el cielo los primeros rayos del amanecer, escuchando ese zumbido que denotaba la diligencia de las mujeres, mi imaginación vagaba en el Lejano Oriente, recordando los tiempos cuando las hijas de Israel solían levantarse durante las horas tranquilas de la noche para moler el grano para el día que principiaba⁴¹.

⁴¹ Aprendimos de los viajeros modernos que todavía prevalece esta costumbre entre las naciones orientales y que el forastero a menudo es despertado por el ruido de los molinos ocupados en moler el grano para las necesidades diarias de la familia. (Nota de Edmond Reuel Smith).

Nunca antes había comprendido tan bien la verdadera fuerza del denuncia contra los hijos de Jerusalén. –Les quitaré el sonido de los molinos y la luz de la vela.

El molino usado por los mapuches no se diferencia de aquel empleado por los chilenos y que ya he descrito. Es el mismo que se encuentra entre los mexicanos, y los antiguos hebreos usaban el mismo modelo. Es probable que su invención se deba a Adán, quien fue el primer condenado a ganar el pan con el sudor de su frente.

Aun cuando los mapuches generalmente emplean el trigo en forma de *ulpo* o en sus caldos, también saben hacer el pan, que ellos llaman *covque*. No lo vimos, pero es probable que sea parecido al pan de grasa de los chilenos, que se hace mezclando la harina con la grasa de chanco⁴². Vimos varios de sus hornos que no son más que simples excavaciones en un barranco.

Capítulo XX

Después de una despedida afectuosa de Ayllal y de sus muchas mujeres, principiamos nuestro regreso.

Como tuvimos que detenernos en muchas partes para recoger los animales ya comprados, salimos del camino traficado y vimos muchas cosas nuevas e interesantes.

Cuando bajamos a la llanura, Trauque, que andaba delante, comenzó a gritar ¡Ñamculan! ¡Ñamculan!, llamándome con la mano, lleno de contento. Sin saber que me esperaba, pero sin dudar que era algo que valía la pena, espoleé mi caballo y fui a galope al punto donde estaba el indio, riéndose a carcajadas y burlándose de sus hermanos huilliches⁴³ con todos los calificativos que le proporcionaban las lenguas mapuche y española. El objeto de su diversión y desprecio eran las sepulturas de algún héroe olvidado y de sus ocho o diez mujeres.

Sobre cada sepultura se había plantado un tronco de diez o doce pies de alto, rudamente esculpido para representar el cuerpo humano. El cacique –porque sin duda habría sido algún jefe– se encontraba en el centro del grupo, sin más vestido que un sombrero y una espada, y por ambos lados estaban alineadas sus mujeres desnudas. Cualquiera que fueran las otras faltas en que había incurrido el escultor, no había dejado lugar a duda respecto del sexo sus figuras y esto parece haber sido su principal empeño.

Estas figuras, por rudas que sean, exigen cierta habilidad y los pocos indios que se dedican a este arte logran una abundante cosecha, porque una figura labrada, considerada indispensable para la sepultura de un ricachón, vale uno o dos bueyes gordos, según el tamaño y esmero de su elaboración. Estas eran las únicas representaciones del cuerpo humano o de otro ser animado que encontramos entre los mapuches, porque

⁴² Chanco. Cerdo.

⁴³ Huilliche. Gente del sur.

no tienen ídolos, ni reproducen las formas de los hombres y animales en su alfarería, como lo hacían los antiguos peruanos.

Cruzamos el Quepe y el Cautín sin accidente, pero los indios experimentaron alguna dificultad en hacer pasar los animales. Con su resistencia a entrar al agua, su turbulencia en el vado y sus cabriolas al salir a la orilla opuesta, el paso de una gran manada de animales vacunos por un río ancho y rápido siempre presenta un espectáculo divertido y emocionante. Una vaquilla, al entrar al agua vuelve atrás y corre por la orilla, perseguida de un indio de poncho rojo que la bombardea con una verdadera descarga de maldiciones. En medio del río, un toro recalcitrante da freno a sus instintos belicosos y pone en confusión toda la manada, mientras un mocetón se lanza sobre el animal agitando su lazo y jura romperle las costillas. Entretanto, en la otra orilla, los animales a medida que salen del agua se esparcen en toda dirección por la inmensa llanura.

Nos alojamos como antes en la casa de nuestro amigo el *gulmen*, situada en los bordes del Cautín.

Cuando nos levantamos al día siguiente, la vista que se presentó a nuestros ojos era preciosa. El Sol, que todavía estaba oculto detrás de la cordillera, teñía de brillantes colores el cielo del levante y formaba un fondo esplendoroso, contra el cual se destacaban en fuerte relieve los volcanes Llaima y Llogoll, tan distintos que podíamos divisar los penachos de humo que salía de sus cráteres.

Pasamos el día en reunir los animales que se habían comprado en la vecindad. Habían sido pagados al momento de efectuar la compra, pero no se recogían sino a nuestro regreso, sin embargo, no había demora ni tentativa de fraude en su entrega; cuando se suscitaba alguna duda respecto del animal comprado, se permitía al comprador elegir a su gusto. En todo el viaje sucedió la misma cosa, aun cuando en algunos casos pasó más de un mes entre la fecha de la compra y la de la entrega.

No siempre es tarea fácil separar un animal determinado de la manada en un vasto llano abierto, y con frecuencia da lugar a corridas emocionantes y escenas burlescas. Aun después de apartados es a veces difícil manejarlos, porque hacen constantes esfuerzos para volver a su acostumbrado pasturaje. Un toro en especial nos dio mucho que hacer. Era un animal de noble presencia, de color blanco, digno émulo de aquel que llevó a cuestras a la bella Europa por las profundidades de los mares fenicios, o de los que se adoran en las orillas del Ganges.

Después de una larga carrera fue laceado por uno de los indios y el jinete volvió su caballo para conducirlo al lugar de la aparta. Pero el toro no fue del mismo parecer, y con un rugido de furor cargó sobre su perseguidor, quien viendo su peligro se lanzó a galope tratando en vano de mantener tirante el lazo. El caballo estaba cansado y el toro iba ganando terreno. Otro indio le salió al encuentro y tirando con destreza el lazo logró cogerlo por los cuernos. Todavía no se dio por vencido el toro. Saltó, bramó, agitó sus formidables astas por un rato y de repente cambió de táctica. Bajó la cabeza y cargó sobre uno de sus atormentadores, pero antes de alcanzarlo hizo un quite y volviendo

repentinamente casi logró coger al otro. Se complicaban las cosas: el animal ultrajado se negó a moverse, con la cabeza gacha y la cola estirada en ángulo de cuarenta y cinco grados, quedó plantado como si meditará la dirección de su próxima embestida. En eso, llegó un tercer jinete, quien comprendió de inmediato la situación y al instante tiró el lazo aprisionando el apéndice caudal del toro con un nudo corredizo.

Con esto quedó asegurada la indemnidad de los otros dos indios, pero produjo una nueva dificultad. La situación ahora parecía un problema de la regla de tres. Si tres hombres cogen un toro, uno por cada asta y el tercero por la cola y todos tiran en diferentes direcciones, ¿por dónde puede caminar el toro? Al parecer nadie podía dar con el resultado; pero Katrilao, que era hombre de recursos, se desmontó y, armado de una larga lanza y un poncho rojo, corrió en ayuda de sus compañeros. Poniéndose por delante del toro, arrojó su poncho al suelo; el hombre de atrás aflojó un poco el lazo y el toro cargó, con furia, sobre el paño rojo, pero un tirón de la cola lo sujetó, de nuevo, antes de que lo alcanzara. Katrilao recogió el poncho con la punta de la lanza y lo botó al suelo otra vez un poco más adelante. Esta maniobra se repitió hasta que el toro fue llevado al lugar deseado. Aquí se presentó un nuevo problema: ¿Cómo soltar al animal?

Varios tirones dados de una manera científica lo derribaron al suelo y Katrilao, con una ligereza sorprendente, quitó los lazos que le sujetaban las astas. Pero quedaba el que le sujetaba la cola. Nadie se atrevió a soltar este último, porque ya se había levantado el toro y miraba a su rededor como si estuviera escogiendo una víctima en quien vengar las afrentas que había recibido. Un indio, sacando su largo y afilado cuchillo, aprovechó el instante cuando el lazo estaba bien tirante; corrió hacia delante y con un golpe certero cortó la cola más arriba del punto en que estaba sujeta por el lazo.

Esto fue el golpe de gracia. El pobre animal se acobardó por completo. Quedó allí con la cabeza baja, los ojos echando miradas de desesperación, la lengua salida y la piel antes de una blancura deslumbrante, manchada ahora de tierra y de sudor; mientras la sangre caía goteando sobre las corvas y hacía parecer más abyecta su condición.

En uno de sus viajes por la vecindad, Sánchez descubrió las ruinas de la antigua ciudad de Imperial. No me dio las noticias hasta que no pudimos volver atrás, pero me aseguró que no quedaba nada más que los indicios de calles y casas cubiertas de pasto y montes, parecidos a los que había visto en Colhué. Este pueblo fue el más importante de todos los de la Araucanía, estaba siempre expuesto a los ataques de los indios y en varias ocasiones se libró de la destrucción con grandes sacrificios. Según Ercilla, en uno de los asaltos se salvó solo por la intervención divina.

Para acortar la narración: cuando los indios estaban acampados a una corta distancia de Imperial, se les apareció el Demonio montado en un dragón de cola enroscada, lengua partida y de cuyo hocico salían llamas. Los incitó a destruir la ciudad, que, según sus representaciones, no podría resistir su empuje. Influenciado por sus consejos, se pusieron en marcha; pero de repente se abrieron los cielos y descendió una hermosa mujer,

más resplandeciente que el Sol, acompañada de un venerable anciano. Dirigiéndose con calma a los salvajes, los aconsejó que volviesen, porque Dios los había entregado al poder de los españoles, y cualquiera rebelión contra su autoridad resultaría en una manifestación de la ira divina. Después de haber hablado así desapareció, dejando asombrado a sus oyentes. Por supuesto, siguieron sus consejos y no los del Demonio y volvieron a sus hogares. La fecha de este milagro incontestable, que según el cronista fue presenciado por muchos testigos, fue el 23 de abril del año 1554.

No pudimos saber por qué razón se retiró después la protección divina, pero las ruinas casi borradas de Imperial atestiguan que cuando los oprimidos salvajes se levantaron nuevamente, no hubo mano milagrosa que se tendiera para evitar la catástrofe.

Nuestro arreo recibía constantes aumentos y, como muchos de los animales eran completamente salvajes, no faltaron pequeños incidentes que servían para aliviar el tedio de la caminata. Muchas eran las carretas, grandes eran las griterías, la agitación de lazos y el blandir de picanas⁴⁴ cuando algún animal refractario escapaba de repente y emprendía una desesperada tentativa para volver a los campos abandonados.

En el primer matorral que encontramos me procuré un largo colihue, y así armado, me enrolé en las filas de los arrieros, corriendo con los demás, cada vez que un pánico hacia necesario los esfuerzos combinados de todos. Luego, me dominó la excitación de estas locas carreras, y me convencí de que no había vida más noble o incitante que la del gaucho, libre de toda traba, en sus jornadas por las pampas sin límites, lleno de potencia orgullosa y rebosante de salud y de buen humor. Mi caballo también se contagió. Alzando las orejas no esperaba la amonestación del freno o de espuelas, sino que, con bufidos de impaciencia, demostraba un entusiasmo de que no le habría creído capaz.

El indio Trauque, que se había hecho muy amigo mío, se llenaba de gusto cuando galopaba aquí y allá, lanza en mano y no pasaba momento en que no gritara mi nombre, ¡Ñamculan! ¡Ñamculan!, agitando su mano para alentarme y declarando que lo único que me faltaba para ser un verdadero mapuche era conocer un poco más la lengua. Aún me quiso enseñar el uso del *laqui*, pero como el principiante suele golpearse en la cabeza y las espaldas, luego dejé de seguir las lecciones. Al fijarme más en el *laqui*, observé que dos de las bolas de piedra estaban envueltas en varios dobleces de cuero, pero que la tercera no tenía cobertura.

– Cuando peleo con un amigo –dijo Trauque, mostrando una de las bolas cubiertas– uso esta, pero si es con un enemigo, le pego con esta otra –y señaló la piedra desnuda.

Progresamos muy lento y pasamos varias noches lejos de toda casa, en los rincones más abrigados y tranquilos que pudimos hallar. No encendimos fuego para no atraer visitas con inclinaciones al robo y, por consiguiente, no pudimos cocinar. En estos

⁴⁴ Picana. Lanza o aguijada hecha de colihues que es usada para aguijar y dirigir los bueyes y otros animales de carga.

casos tuvimos que recurrir a las provisiones que llevábamos en las alforjas y más de una vez pasamos veinticuatro horas sin otro alimento que manzanas verdes y un poco de harina tostada. Extraño es decirlo, pero con esta vil dieta todos manteníamos la más perfecta salud y me convencí de que el ejercicio diario, la vida a caballo y el estar constantemente al aire libre, permiten a una persona de buena complexión comer, sin reparos, cosas que en otras condiciones producirían graves enfermedades.

Fuimos detenidos sin pensarlo, un día en una casa donde habíamos pasado y determinamos quedar allí hasta el día siguiente. Entretanto, Trauque, que se había adelantado algunas millas para esperarnos, tuvo que permanecer a los rayos del Sol por más de medio día, solo y sin alimento y para mayor desgracia fue atacado y hurtado de su tabaco y de su trompa por unos ismaelitas que, encontrándolo solo, le amenazaron con sus cuchillos y *laquis*.

Nadie se acordó de él hasta que llegó en la noche, indignado y de pésimo humor. Arrojándose al suelo se envolvió en su poncho sin hacer caso de las disculpas, contestando solo con monosílabos. Viéndolo con este humor no le dirigí la palabra, y me iba; pero mirándome con sentimiento me dijo: —¿Ñamculam, no me quiere hablar? Su voz temblaba de emoción, vi las lágrimas en sus ojos y me dio ganas de abrazar al bribón, pero era tan desaseado. No había razón ninguna por qué este indio me quisiese tanto, pero los gustos y disgustos de un salvaje indisciplinado, como los de un niño, son inexplicables y fuera de su control. Su temperamento fogoso no podía soportar el abandono en los llanos, ni la indignidad del salteo; pero lo que hirió más que todo sus susceptibilidades fue la indiferencia de uno de quien esperaba simpatía y consuelo.

No obstante, la buena comida y los efectos del tabaco que fumó después calmaron los nervios del *gulmen* y al día siguiente ya había recobrado su buen humor y olvidado sus infortunios de la tarde anterior.

Capítulo XXI

Cuando llegamos a la casa de Mañín, el anciano no estaba allí y determinamos esperar veinticuatro horas para verle. Trauque se fue a su propia casa y luego nos convidó a acompañarle a comer un cordero que había procurado para festejarnos. Aceptamos la invitación y nos sorprendió encontrar el animal todavía vivo, pues nuestro amigo nos quería obsequiar con un *ñachi*. Este plato, que se considera un especial bocado, es propio de los mapuches y el método de probarlo es interesante.

El animal se cuelga por las manos en vez de por las patas como se hace comúnmente. Se corta la tráquea por donde se le echa puñados de sal y ají. Hecho esto se corta la vena yugular, que se saca lo suficiente para echar la punta por la tráquea, por donde corre la sangre arrastrando la sal y el ají hasta los pulmones. El pobre animal principia a hincharse y muere en medio de grandes dolores. Al abrir el cordero se hallan los pulmones distendidos con la sangre, la sal y el ají, que forman una masa

coagulada. Esta es el *ñachi*. Se extrae con cuidado, se corta en tajadas y se sirve antes de que pierda su color natural.

Al día siguiente, por la mañana temprano, vimos un número de muchachos ocupados en plantar palitos a cortos intervalos en el césped de una hermosa pradera que se extendía por delante de la casa, formando con ellos una cancha de cuarenta pies de ancho por unos trescientos de largo. Estaban haciendo preparativos para el juego de *palicán*. Otros hacían sonar un cuerno (formado de una larga caña en el extremo de la cual se inserta el cuerno de un buey), que fue contestado por otro, en dirección de los cerros, que indicaba que los rivales venían acercándose. La noche anterior habíamos sentido los mismos sonidos, solo que la banda contraria respondía desde más lejos. Un poco después aparecieron los desafiados y fueron recibidos con gritos de entusiasmo; hicieron los saludos de estilo y todos preparaban para la gran prueba de destreza.

El juego de *palicán* es muy parecido al de hockey o chueca que todos hemos jugado cuando niños. Se juega con una pequeña pelota de madera (*pali*) que se golpea con palos encorvados en sus extremos, tratando de llevarla al campo de los contrarios. Los dos partidos tienen sus campos en las mitades opuestas de la cancha. La pelota se coloca en un hoyo al centro de la cancha y toman ubicación en ambos lados de ella los jefes de los dos equipos, mientras que los otros jugadores se colocan en posiciones estratégicas, todos armados de palos. Cuando están todos listos, los del centro golpean sus palos en el aire y comienzan a luchar para sacar la pelota del hoyo en que se ha colocado y cada uno trata de impulsarla en dirección al campo contrario. El objetivo de los jugadores es de llevarla por la raya que cierra el campo opuesto o, en defensa de la de su partido, de echarlas fuera de la cancha, lo que se considera un empate y el juego comienza de nuevo. Cada punto a favor de uno u otro de los partidos es marcado en un palo, y el que primero alcanza un número fijado de antemano gana la partida.

El juego se efectuó con muchos gritos, atropellos y caídas y más de uno de los jugadores salió con la canilla rota; pero a pesar de todo reinó el buen humor.

Había más o menos treinta jugadores, casi desnudos. Quedé desilusionado de su desarrollo físico, que no era lo que había esperado. Me parecían inferiores en este respecto a la clase obrera chilena, tanto en su musculatura como la simetría de su cuerpo, aun cuando ambos poseen los mismos caracteres generales. Tampoco era notable su juego, ni en destreza ni en actividad, y si esta partida la tomáramos como representativa no sería difícil elegir en muchos de nuestros liceos o colegios partidas de jóvenes más que capaces para encontrar el mismo número de araucanos seleccionados en su juego nacional de *palicán*.

Cuando aumentó el calor, se suspendió el juego y los jóvenes se dispersaron en grupos buscando la sombra de los árboles frondosos. Algunos de los grupos comenzaron a jugar a las habas. Es algo parecido a los dados y se juega con ocho habas marcadas por un lado y con diez palitos que sirven para contar. Se extiende un poncho en el suelo y los jugadores se sientan unos frente de los otros. Toman las habas alternadamente, las

sacuden en las manos y las arrojan sobre el poncho. Se cuentan las habas marcadas y ganan los que alcanzan primero a contar cien puntos.



Mapuches jugando a las habas. Reuel Smith, *op. cit.*

Durante el juego acarician las habas, las besan, las hablan, las frotan en el suelo y en sus pechos, gritan y gesticulan, invocando buena suerte para ellos y mala para sus contendores, con tanta sinceridad como si creyeran que las habas hubieran almas. Resonaba el aire con la discordancia de sus gritos. Apostaban las camisas, los ponchos, los *laquis* y los cuchillos, y más de un jugador volvió a su casa con poco más ropa que la con que nació.

Además de las habas tienen otro juego de azar, en que figura un dado triangular de cuatro caras. También conocen varios juegos de destreza, entre los cuales hay uno que se parece al ajedrez. Como todos los pueblos poco cultos, son muy aficionados a los juegos de azar y no pierden ocasión de dedicarse a ellos. Muchos son los mapuches que han arriesgado todas sus posesiones sobre un tiro de las habas; la suerte de los prisioneros de guerra ha sido resuelta con frecuencia por el capricho de un dado, y más de una vez grandes asuntos de política se han decidido por un juego de *palicán*.

Muchos de los mocitos, que se habían reunido para la ocasión, fueron vestidos de sus mejores prendas, y de uno de ellos compré un par de *sumeles* nuevos. Estas botas de cuero de caballo son usadas por los gauchos de Buenos Aires y también por los indios. Son fabricadas sin costura y sin estaquillas: cuando muere un caballo el dueño saca el cuero de las patas traseras sin partirlo, y así como está lo pone en sus propias piernas. La parte superior se dobla y se amarra debajo de la rodilla, y si la parte inferior queda demasiado larga para el pie, se corta. Se usa así hasta que queda completamente seco,

enseguida se saca y por medio de raspajes y frotamiento repetidos queda tan suave y flexible como cuero de gamuza.

El cuero que cubre la corva o la rodilla se adapta fácilmente a la forma del talón, y lo de la canilla que se encoge al secarse se amolda a la forma del pie. La punta de la bota se deja abierta para la conveniencia del indio, quien al montar a caballo solo inserta el dedo grande del pie en el estribo. Los *sumeles* son muy cómodos para andar a caballo y son usados solo para este objetivo, porque en otras ocasiones los indios van a pie desnudo. Las sandalias (ojotas) de cuero crudo, usadas por los peones en Chile y el Perú son desconocidas por los mapuches.

En la tarde llegó Mañín, mi padre adoptivo. Había salido a mendigar trigo y papas entre sus vasallos. Nos felicitó por nuestra pronta vuelta y nos encargó muchos recados para el intendente de Los Ángeles como también para mi supuesto padre Vega.

Llegó con él la hija de Juana, su esposa chilena, y por primera vez conocí a mi única hermana grande. Tenía como quince años de edad y era bonita, con hermosa tez morena, matizada con las rosas consecuentes de su sangre española. Estaba ataviada de una gran profusión de adornos barbáricos, y a pesar de su modestia y cortedad de genio poseía un aire de orgullo que no sentaba mal a la hija del cacique más altivo de los araucanos. Le regalé el único instrumento de música que me quedaba y quedó llena de gusto. Es probable que hasta hoy sus recuerdos de su hermano *huinca*⁴⁵ se hallen íntimamente ligados con los de un pito de lata.

Traque estaba muy triste y le desconsolaba nuestra separación. Me hizo prometer que vendría a verle sin falta la próxima vez que visitara Los Ángeles. Le regalé la navaja que había usado durante mi viaje, lo que apaciguó en algo el pesar que sentía y sin dudar del desinterés de su afecto, temo que la promesa de mandarle desde Los Ángeles una camisa listada y un par de calzones con flecos casi le reconcilió con la idea de nuestra partida.

Varios días después llegamos al Kaillim y pasamos la noche en la propiedad Kilal. Pedí prestado un cuero de buey y en él extendí mi cama y me acosté. Como a medianoche me despertó el frío y me encontré desnudo en el pasto mojado. Corría un fuerte viento que me había volado los cobertores y como estábamos alojados en la falda de un cerro me había resbalado fuera del cuero durante mi sueño. Rehíce mi cama lo mejor que pude, pero por la mañana me dolían todos los huesos y me encontré más o menos en la condición del caballo de *Sam Slick*, que por dolerle tanto las articulaciones no pudo pararse y por tener tan lastimadas las costillas no pudo echarse. Además tenía mucho dolor de cabeza y la fiebre casi me impidió seguir, porque a veces me parecía que iba a caer del caballo.

Tuvimos por delante una larga y fastidiosa jornada, pero como era la última resolví apurarme porque temía enfermarme seriamente, y sentí un horror con la idea

⁴⁵ *Huinca*. Extranjero.

de encontrarme enfermo en medio de estos bárbaros. Por primera vez me invadió un intenso deseo de estar entre gente civilizada, y cuando al cruzar la última cuesta divisé el pueblecito de Budeo fue con un sentimiento de alegría y de emoción. Es verdad que todavía estábamos en territorio indio, pero aquellos ranchos eran habitados por hombres blancos y formaban un eslabón que me ligaba con el mundo civilizado.

La familia de Panta se regocijó con nuestra llegada y me mostró toda clase de atenciones.

Por la mañana, aunque me sentí mejor, todavía sufría de dolores reumáticos y solo después de pasar dos días en Budeo seguimos viaje a Los Ángeles.

Era ya oscuro cuando llegamos al paso del Biobío y la última lancha iba cruzando el río, dejándonos con la perspectiva poco consoladora de pasar la noche entre las dunas. Pero a fuerza de gritos y de informar al capataz de las lanchas que éramos comisionados y que teníamos apuro en hablar con el Intendente, por fin conseguimos que mandara una embarcación para llevarnos.

Dijimos adiós a la tierra de Arauco y al llegar a la orilla opuesta me sentí que ya estaba otra vez entre gente de mi propio mundo.

Capítulo XXII

En San Carlos, como en vez anterior, alojamos en la casa del compadre de Panta. Esta gente cariñosa tuvo mucho gusto en vernos, en especial doña Pablita, quien me compadeció grandemente, pero agregó que debía estar muy contento de haber llegado —acontecimiento que atribuía a la buena voluntad de san José a quien había rogado todos los días.

Mi amiguita me hizo una cama, limpia y blanda, con todo lo mejor de la casa. Después de haber dormido sobre cueros en el suelo, por más de un mes, sin otro techo que el cielo azul, era un lujo dormir entre sábanas en un cuarto; pero a pesar de esto no pude conciliar el sueño. Eché de menos la pálida refulgencia de las estrellas, la falta de aire me sofocaba, y después de dormitar por algunos instantes despertaba sobresaltado, con la sensación de tener el pecho oprimido, que me hizo recordar con cariño mi duro lecho al aire libre.

La casa, como la mayor parte de los ranchos chilenos, estaba llena de rendijas por las cuales circulaba libremente el viento de una manera de que bajo otras circunstancias habría considerado intolerable; pero el cambio era demasiado repentino para mis pulmones fastidiosos. Todo encierro érame molesto y pasó más de una semana antes de que pudiera dormir con comodidad bajo techo, aun cuando dejaba abierta de par en par las puertas y ventanas.

Por la mañana temprano, doña Pablita me trajo a la cama un fragante mate. No había espejo en la casa (el mío lo había regalado a *Roble que brota en la primavera*) de modo que insistió en peinarme y en arreglarme la corbata. Sus atenciones eran tan

fraternales y me trató con tanta solicitud como si estuviera muy enfermo, que principiaba a creer que sería necesario que me quedara allí por algunos días para recuperar mi salud. Mi ropa también necesitaba muchos remiendos y esto daría pretexto para recompensar de una manera práctica las muchas bondades que había recibido. Por otra parte, sería mostrar mucha ingratitud si me fuera sin despedirme de mi amigo el comandante de la guarnición. El hecho es que empezó a entusiasmarme la idea de quedarme algunos días en San Carlos y así le decía a doña Pablita.

Esta intimación produjo en ella cierta nerviosidad que yo, como fatuo, traduje por manifestaciones de coquetería mal disimulada, y luego la vi conversando en privado con su padrino Sánchez. Dentro de poco aprovechó la oportunidad de advertirme que doña Pablita estaba en víspera de casarse y que si yo me quedaba en la casa, por inocentes que fuesen mis intenciones, podría causarle algún recelo novio.

No tenía motivo alguno para enfadarme, ni de envidiarles su felicidad a la joven pareja, que al fin y al cabo sería problemática; y un rancho en las orillas del Biobío, aun cuando fuera iluminado por las sonrisas constantes de una cara bonita, nunca había formado parte de mis aspiraciones. Sin embargo, el anuncio fue tan inesperado que me cayó como una ducha de agua helada, pero como no había remedio, mandé ensillar mi caballo y después de felicitar a la sonrojada novia, prometiendo remitirle un regalo de boda desde Los Ángeles, me despedí de esa buena gente y me puse en camino para la capital de la provincia.

Con un sentimiento delicioso de libertad me largué a galope por los llanos ya familiares; solo, sin trabas y sin tener ninguna preocupación de si encontrara o no algún merodeador salvaje. Pero a pesar de esto mis recuerdos volvían no a los bárbaros mapuches, sino a la simpática muchacha que había dejado atrás, y temo que antes de terminar mi viaje las costillas de mi cabalgadura hayan sufrido un severo castigo que mentalmente era destinado a uno cuyo único delito era haber demostrado su buen gusto.

Cuando llegué a Los Ángeles encontré que la ciudad estaba en gran alboroto con la esperada visita del Presidente; porque don Manuel Montt, siguiendo el ejemplo del príncipe-presidente de la gran República Francesa, estaba efectuando una gira por todos sus dominios. Su Excelencia no viajaba solo, sino que le acompañaban todos los ministros, con los subsecretarios y escribientes; de modo que a cada pueblo por su ruta le tocaba su turno de ser la capital provisoria. Llovían los decretos; los hospitales, los templos, los puentes y las escuelas se edificaban por todas partes –al menos en el papel– y el contento del pueblo era desbordante, si es que se pudiera creer a los diarios de oficiales.

Al día siguiente, muy de mañana, un edecán pasó a galope por las calles, anunciando que podría llegar el Presidente en cualquier momento. Se tocaron los tambores, resonaron las cornetas, salió la guarnición –caballería e infantes– y se formó en línea a lo largo de la calle principal.

Los escuadrones de milicia del distrito vecino desfilaron enseguida. Montados en jamelgos de triste aspecto, armados de largas lanzas de colihue con puntas de hierro,

sus ponchos de bayeta roja desteñidos y cubiertos de tierra, presentaron una traza poco militar; pero estos mismos hombres, cuando ingresan en las tropas regulares, forman los mejores soldados de la república. Debido al efecto natural del clima, son más robustos que los de otras comarcas y como la tierra en aquellas provincias todavía no se ha monopolizado, resulta que la mayor parte de ellos son pequeños propietarios y tienen una independencia desconocida entre los peones de más al norte y cuyo efecto moral es de mayor importancia en un ejército que su composición física.

Los vecinos lucían sus mejores trajes, todas las casas estaban engalanadas de banderas y arcos de triunfo cruzaban las calles de un lado a otro. Pero pasaban las horas, los pobres soldados casi se asaban al fuerte sol y solo al terminar la tarde se oyó el estampido del cañón que anunciaba la llegada de la procesión.

Primero vino una escolta de dragones, enseguida los miembros del gobierno en diez o doce carricoches, todos envueltos en nubes de polvo que hacía imposible distinguir a Su Excelencia de los demás. Tocaron las bandas, saludaron las tropas y la procesión pasó lentamente por la calle, pero eran muy pocos los vivos que se hacían sentir. No había ningún arranque de entusiasmo. El pueblo estaba de mal humor y aun entre las filas de soldados que siguieron en pos del gobierno es probable que se encontraran muchos que se hubieran declarado a favor de cualquier cabecilla que se atreviera a levantarse contra el hombre que ocupaba el puesto de mandatario.

Después de pasar dos o tres días en revistar las tropas, en atender a las necesidades de la provincia y en decretar una cantidad de cosas que *debían hacerse*, el Presidente y su cortejo se trasladaron a Nacimiento, y Los Ángeles, que había tenido la gloria de ser el asiento del gobierno por un breve periodo, volvió a su insignificancia acostumbrada.

Contraté un mozo y partí para Concepción por un camino distinto al que había viajado a mi venida. La noche nos alcanzó antes de llegar al Laja y parecía probable que tendríamos que pasar la noche en el llano y sin comer; pero el ladrido de un perro nos guió a una casa donde procuramos una cazuela y una abundancia de uvas y chicha nueva.

Un poco después del amanecer llegamos al río; pero habíamos errado al vado, y a pesar de que encontramos un piloto que nos guiara hicimos la travesía con dificultad, a causa de los hoyos y las arenas movedizas que llenaron el fondo. Un poco más allá cruzamos el río Claro y entramos de nuevo a aquel triste desierto de arena volcánica que bordea su orilla septentrional.

Anduvimos por dos o tres horas sobre un médano, hasta llegar a los pies de la cordillera de la Costa. Mientras seguíamos el curso del río no habíamos tenido dificultad en orientarnos, pero en esta confusión de cerros nos perdimos por completo. Ni mi mozo —que no servía para nada— ni yo conocíamos el camino y errábamos al azar, buscando solo llevar la dirección general (hacia el noreste) y confiados en que todo camino conduce a alguna parte. Pero aun los axiomas más comprobados fallan a veces, y más de una vez tuvimos que volver atrás, a causa de que el camino que seguíamos

se encontraba cortado por alguna profunda grieta, surcada por las últimas lluvias, que no podíamos pasar.

Pasamos varias horas vagando entre los cerros y por fin dimos con un camino que nos condujo al pueblecito de Rere, donde llegamos en la tarde. Llevaba una carta para una señora de esta localidad. Nos invitó a quedarnos hasta el día siguiente y nos extendió esa franca hospitalidad con que puede contar en Chile todo forastero bien recomendado.

El pueblo de Rere, aunque pequeño, es uno de los más bonitos que hay en el país. Las casas son por la mayor parte de adobes y techadas de tejas. No vimos ninguno de aquellos ranchos que generalmente afean tanto los arrabales. La iglesia, construida por los jesuitas en los días de su auge, es elegante y su torre ostenta una hermosa campana que, según dicen, debe su voz melodiosa a la gran proporción de plata que entra en su composición. Cerca de la iglesia se eleva una majestuosa palma, que se puede divisar a mucha distancia.

El día siguiente, nuestra ruta todavía seguía por entre los cerros; pero después de andar por poco más de una hora llegamos al camino real, que conocí por ser el camino que había seguido en mi viaje a Yumbel.

Pasamos a muchos campesinos, vestidos en sus trajes domingueros, que se dirigían a Rere y me llamó la atención la hermosura de las muchachas montañosas, con sus mejillas rosadas y su tez blanca, raras veces encontradas entre la gente del pueblo en otras partes de Chile.

Solo cuando nos fijamos en las crucecitas y ramitas verdes que todos llevaban en sus manos, nos acordamos que era el Domingo de Ramos. Había algo que me impresionó bastante al ver estos grupos de gente bien vestida, marchando por los caminos, con verdes ramas, para conmemorar la entrada triunfal en Jerusalén de Nuestro Señor.

Cuando llegamos a Concepción uno de mis primeros cuidados, después de establecerme nuevamente bajo la hospitalidad de mi compatriota don Pablo, era de buscar al señor de la Vega, cuyo nombre había adoptado con tan poca ceremonia para ganar la buena voluntad de Mañín.

Resultó ser un catalán de poca estatura y muy risueño. Era dueño de un pequeño almacén y había reunido una regular fortuna. Se divirtió mucho con mi relación, riéndose a carcajadas del buen éxito logrado, y me aseguró que con el mayor gusto podría conservar el apellido y que él me reconocería por hijo. Consintió en recibir cualquier regalo que le quisiera mandar Mañín en pago de los que yo le había llevado, y prometió remitir un informe favorable sobre Ñancu-Lauquén. Es de esperar que, antes de ahora, haya recibido algún noble animal —orgullo de los prados de Chacayco— que le alegraría el corazón y le dejaría reconciliado con la partida de un hijo, cuya existencia ni siquiera sospechaba, y que fue descubierto solo para perderse de nuevo.

Recibí los parabienes de muchos, quienes, por mi ausencia prolongada y largo silencio, creyeron que alguna desgracia me hubiera sucedido en la prosecución de

lo que ellos estimaron una loca aventura, y durante mi permanencia en Concepción fui el objeto de muchas atenciones. Paseos, cabalgatas, excursiones a Penco, Landa, Bellavista y Collén siguieron una tras otra casi sin interrupción y me hicieron pasar el tiempo sin sentir, de modo que cuando llegó la hora de embarcarme me despedí con pena de tantos buenos amigos, que me habían proporcionado muchos ratos felices.

Pocos lugares han dejado en mi memoria tan gratos recuerdos como Concepción y ninguno donde haya pasado una temporada más agradable. Pero aun así hubiera querido explotar más aquella hospitalidad sin límites; la estación lo impedía, porque se acercaba la época de las lluvias y haría difícil el tránsito por mar y por tierra.

Por fortuna, logré conseguir pasaje en un buque que zarpaba para Valparaíso, donde pensaba tomar el vapor inglés que me llevaría hasta Panamá.

Levamos ancla un hermoso día y al cruzar la noble bahía de Talcahuano los puntos familiares de la costa parecían más encantadores que en tierra; pero una vez en alta mar con corazón henchido miraba el progreso de nuestro buen navío que se dirigía hacia el norte, porque ya estaba por fin en camino a mi patria que una ausencia de cuatro años había hecho doblemente querida.

RECUERDOS DE UN VIAJE.
UNA VISITA DONDE LOS ARAUCANOS⁴⁶
Por el Sr. H. Delaporte, exalumno de Grignon
y director de la Escuela Nacional de Agricultura
en Santiago de Chile

Henri Delaporte

PRIMERA PARTE

Les contaré acerca de una población salvaje que ocupa una parte del territorio de la República de Chile y que, aun aquí, sus costumbres y comercio son poco conocidos, lo que no ha impedido a los viajeros de estos dos últimos siglos contar las maravillas de su civilización. Son los araucanos. Hace un mes me encontraba entre ellos; por lo tanto, puedo hablarles con conocimiento.

Me encontraba en la provincia de Arauco en la hacienda de Santa Fe, en las fronteras de Chile, cuando supe que, dentro de muy poco tiempo, estos indios debían llevar a cabo una gran asamblea (junta o parlamento), aproximadamente a quince leguas al sur, cerca del río Renaico⁴⁷. Era la época propicia para las juntas, las que se realizan comúnmente en primavera, en el momento en que, saliendo de la estación lluviosa durante la cual quedan suspendidas las relaciones comerciales, las poblaciones española e india retoman con renovada actividad sus intercambios y, con este objetivo, recorren de manera recíproca sus territorios. Estas juntas, siempre presididas por un jefe o cacique, reúnen un número más o menos considerable de guerreros de distintas tribus amigas que viven bajo la misma ley. Cuando tienen por objetivo la rapiña o la guerra, son secretas, y los hombres asisten con sus armas; cuando, por el contrario, tienen una finalidad pacífica, esto sucede más a menudo hoy día, ellas son oficiales y públicas,

⁴⁶ Extraído del *Bulletin de la Société de Géographie*, Quatrième Série, Tome Dixième. Année 1855, Juillet-Décembre, Paris, Chez Arthus-Bertrand, Libraire de la Société de Géographie, 1855, pp. 5-40.

⁴⁷ Está escrito como Reñaico.

y el gobierno chileno es avisado por medio de correos que envía el cacique, jefe del parlamento, a las diferentes autoridades aledañas y, en particular, a la Intendencia de la provincia de Arauco, cuyo asiento está en Los Ángeles. En este caso, los hombres no están armados o, al menos, no lo están para el combate.

La solemnidad indígena a la cual me proponía asistir entraba en esta última categoría; ella debía ser presidida por el cacique Mañil, cuya reputación es grande entre las tribus que ocupan esta parte de la Araucanía conocida bajo el nombre de Isla de Vergara, territorio encerrado entre el río Biobío, el de Vergara y la cordillera. En consecuencia, Mañil manda a miles de guerreros, una parte de los cuales fue convocada hacia mediados de noviembre a las orillas del Renaico⁴⁸.

Acompañado de un sirviente y una mula cargada con una litera de viaje procurada por mi amable y excelente huésped, Sr. Aníbal Pinto, hijo del General del mismo apellido, que fue Presidente de la República; partí de Santa Fe en la tarde, y atravesé el Biobío en una balsa, y, una vez en la isla de Vergara, a pesar de una borrasca violenta que levantaba nubes de arena, llegué rápidamente a Negrete, punto fronterizo ocupado por veinticinco hombres de tropa. Ahí me reuní con un padre misionero residente en Nacimiento, que también iba a la junta, el que, convocado como siempre en semejante ocasión, había tenido la consideración de citarme para que hiciéramos el viaje juntos, oferta que yo acepté con prontitud, sabiendo que estos curas son muy respetados por los indios y seguro de encontrar, en él, un buen guía y protector seguro, en caso de necesidad. De Negrete nos dirigimos a Malven, el punto más avanzado que ocupan los misioneros de este lado de la Araucanía, y en el cual encontré un segundo misionero, dependiente de aquel que me había acompañado. Una miserable choza de tierra, tal es la morada de este devoto apóstol de la fe cristiana; más comodidad le está prohibida por los indios, que temen con razón que un techo de tejas sería indicio de un establecimiento fijo, y de un atropello de su territorio. Basta con decir que la estadía de este misionero en Malven es una pura concesión del cacique de la tribu, que ocupa este territorio y que puede expulsarlo de un día para otro. Los indios, no obstante, tienen interés en conservarlo, porque se dirigen en masa a su cabaña para pedirle remedios consistentes en hierbas del país o en drogas de farmacia. Pasamos la noche en Malven, de donde partimos temprano al día siguiente con un intérprete y una tropa de veinte o veinticinco españoles, agricultores establecidos en los alrededores, gracias a la buena voluntad de los araucanos, y fuimos avanzando en un país carente de caminos trazados, muy desforestado, accidentado, y sin otra vegetación que la de los pastizales, que son muy abundantes. A menudo, en algún repliegue del terreno, detrás de un bosquecillo, una choza de indios y, luego, en el campo, ganado en muy buen estado, vigilado por los niños de los indígenas; pero no se encuentra ningún terreno labrado o cultivado, y cuando se ha pasado la frontera española, no se ve trigo en parte alguna. Seguíamos

⁴⁸ Está escrito como Reñaico.

una dirección paralela a la cordillera, y llegados a cierto punto, vimos con claridad y al mismo tiempo los dos volcanes más bellos de la cadena de Chile, el Antuco y el Villarrica⁴⁹; este último, casi apagado hoy día, está alejado del primero unas cincuenta o sesenta leguas, y se le ve, hasta su base, desde bastante lejos, en razón de su aislamiento total. Se presenta como un cono extremadamente elevado formando un pico recubierto de nieve. El volcán de Antuco, cuya última y terrible erupción se produjo hace dos años, no deja ver de lejos más que su cumbre, porque una gran parte de su base cónica se oculta detrás de una primera cadena de montañas, que en su mayor parte, salieron de sus entrañas.

Habíamos andado cerca de tres leguas, cuando dos indios a caballo llegaron al galope sobre nosotros; eran correos de Mañil haciendo un reconocimiento, y nos intimaron a apurarnos. Ya varios otros se habían unido a nuestra pequeña tropa, dirigiéndose también hacia el lugar de la junta. Algunos de ellos llevaban banderolas blancas que flotaban en la extremidad de unos bambúes largos que crecen en el país y que llaman colihue⁵⁰. Uno de nosotros también llevaba una bandera, pero siendo esta roja y blanca, dio ocasión a algunas observaciones de parte de los enviados del cacique, porque, siendo para ellos un emblema de guerra el rojo en una bandera, estimaban poco conveniente mostrar este color en una asamblea de intenciones pacíficas. Comprendimos lo razonable de sus reclamos, pero pronto noté que, si bien rechazaban el rojo en una bandera, como emblema de guerra, lo aceptaban de buen grado en las telas con las que se cubrían, y, en efecto, media hora después, vimos desde lo lejos el lugar de la junta, ocupado ya por una gran cantidad de indios, cuyo aspecto era bastante singular, porque en esta reunión de hombres a caballo dominaban primero el rojo y luego el blanco. Es evidente que los caciques nos vieron, porque dos hombres de inmediato se salieron de la masa, por orden superior, y llegaron a nosotros blandiendo sus sables. No nos detuvimos para escuchar su mensaje, que nos fue transmitido por nuestro intérprete. Venían a recibirnos oficialmente, y después de los saludos que se acostumbra, hicieron algunas preguntas sobre la composición de nuestra tropa, y sobre el estado de las cosas donde los *huincas*⁵¹, es decir, donde los españoles. De ello resultó una conversación que podría más o menos resumir así:

- ¿Qué hay de nuevo del otro lado del Biobío? ¿Está todo tranquilo donde ustedes?
- Perfectamente tranquilo, nada nuevo; todo está calmado.
- ¿Y no hay extranjeros entre ustedes? Los que los acompañan, ¿son todos amigos, vecinos?
- Sí, salvo un caballero.
- ¿Y quién es ese señor? ¿De dónde viene? ¿Por qué viene?
- Él es de Santiago. Ha venido a ver la junta y a saludar a Mañil; es un amigo.

⁴⁹ Está escrito como Sillarrica.

⁵⁰ Está escrito como coligüé.

⁵¹ Está escrito como ouincas.

Se trataba de mí. Los correos se habían dado cuenta que al medio de nuestro grupo había alguien nuevo, un desconocido, un extranjero. Pero se me había advertido no decir que provenía de un país del otro lado del mar, lo que a sus ojos hubiera sido una mala recomendación, mientras que siendo de Santiago, era chileno, y, en consecuencia, no era su enemigo mortal. Los dos padres misioneros habían hecho ellos mismos mi respuesta, y me quedé bajo su protección. Les pedimos, a nuestra vez, alguna noticia de la junta y de Mañil. Respondieron que muchos de los suyos estaban reunidos ya; que Mañil se encontraba entre ellos, que él nos atendería y que ellos iban a llevarnos ante él. En efecto, marchando frente a nosotros como guías, nos llevaron a un lugar ubicado como a cien metros del lugar de reunión. El emplazamiento de la junta fue escogido en una suerte de pequeño valle situado entre dos ondulaciones del terreno, al medio del cual corría el Renaico⁵², y que no ofrecía más abrigo que un pequeño bosque, punto central de la convocación, preparado para recibir a las mujeres indias y dividido, con ese fin, en diversos compartimentos hechos con ramas y follaje. Era cerca de mediodía, el Sol estaba ardiente, y el viento, que generalmente sopla desde el sur en esta época, había cesado. Después de un momento de espera dos nuevos correos. El uno vestido de rojo el otro de blanco, vinieron hacia nosotros haciendo el saludo acostumbrado y repitiendo las preguntas que los otros dos nos habían hecho antes; luego nos dieron instrucciones relativas al ceremonial al que debíamos ceñirnos respecto de la junta y de su jefe. De golpe, blandiendo sus sables y profiriendo ruidosos vítores, los dos enviados rompieron en un gran galope, haciéndonos señales de que los siguiéramos; lo que hicimos acompañados de un cierto número de indios que proferían gritos atroces mientras daban vueltas alrededor del bosque. Un torbellino de polvo pronto nos envuelve por todos lados, y nuestra tropa pierde su orden de batalla; algunos caballos espantados saltan a un lado o se encabritan; uno pierde su fusta, el otro no logra dar con sus estribos; al cabo de diez minutos avistamos al fin a los dos padres misioneros que se habían alejado de la cabalgata para acercarse al bosquecillo de las indias, y me apresuré en hacer lo mismo; ejemplo que siguieron muchos de los nuestros, dejando a los salvajes terminar con su ceremonial y ejecutar así más de media docena de vueltas. Nos dejaron entonces en paz, y aprovechamos, los dos padres y yo, para estirarnos sobre nuestros ponchos y nuestras pieles de oveja, en uno de los albergues de follaje que se nos había reservado en el lugar mismo en que se hallaban reunidos algunos representantes de la mitad más bella del género indígena, cocinando y cuidando a sus criaturas. Pero mientras buscábamos dormir, no habíamos considerado todo el humo de las cocinas que nos rodeaban, los gritos de los niños y los ladridos de los perros que acompañaban los alaridos de los indios. Estábamos, por lo demás, expuestos a un polvo atroz, y a un calor sofocante; para colmo de males, se nos advierte que los indios venían a devolvernos el saludo, y se preparaban a ejecutar, en nuestro

⁵² Está escrito como Reñaico.

honor, una cabalgata semejante a la que describí recién. Nos levantamos por decoro, y pronto estallaron gritos ensordecedores, y se elevaron nubes de polvo que rodearon a jinetes y espectadores; era una confusión increíble. Las vestimentas de los salvajes era de lo más variada, se veían viejos sombreros de trombón, quepis antiguos, chacós de oficial, simples pañuelos de colores amarrados como cuerda alrededor de la cabeza; viejos fraques azules con botones amarillos, blusas blancas, chaquetas de todos colores, algunos ponchos y, sobretodo, grandes paños de color carmín de garanza echados sobre el hombro y flotando al viento. Algunos vestían pantalones, muchos llevaban grandes polainas; los zapatos y las botas escaseaban, otros calzaban pieles de oveja curtidas con la forma de las antiguas calzas que llevaban nuestros caballeros en los torneos. En fin, el mayor número iba de piernas y pies desnudos, con o sin espuelas. Todo este abigarrado cortejo, de aspecto salvaje, pasaba y volvía a pasar ante nuestros ojos con rapidez, y el examen al que yo quería someterlo no podía hacerse sino que a duras penas, enceguedido que yo estaba por una espesa polvareda. Esta segunda representación duró cerca de media hora, y luego todo se calmó, relativamente al menos, y volvimos a nuestra cubierta de follaje. Pude entonces librarme a mis observaciones con más tranquilidad.

Muchos indios venían a visitar a los padres misioneros; otros se acercaban seguros de recibir algunos cigarrillos o algunos tragos de vino o aguardiente. La mayor parte de las fisionomías se caracteriza por un sello de marcado salvajismo. De bajo porte, cuerpo fornido, una piel fuertemente teñida de marrón, trazos groseros, ojos pequeños, la nariz grande y aplanada, los pómulos salientes, los labios gruesos, la frente achatada, la cara plana y redonda. Tales son los araucanos. Algo bestial surgía del conjunto. Casi todos llevaban el pelo rasurado en círculo sobre toda la parte superior del cráneo; el resto de la cabellera, negra y espesa, formaba una especie de corona flotante que les caía sobre los hombros. Las espuelas que guarnecían sus pies estaban amarradas por medio de una correa sobre el empeine. Algunos, los jefes sin duda, las tenían hechas de plata y ornamentadas, y estos orgullosos caciques, que apenas estimaban la civilización lo suficiente como para vestirse de sus viejos oropeles, le daban a la ceremonia un aire de inmensa arlequinada. A este respecto, me interesaba mucho más el indio vulgar, en quien bien reconocía al salvaje, al verdadero salvaje envuelto hasta las rodillas de un calamaco, tela marrón rayada que fabrica él mismo con lana de sus ganados, y que lo envuelve como los pañales de un infante; los hombros cubiertos con un manta de color resplandeciente, los pies desnudos o calzados con piel de oveja, la cabeza ceñida de una cuerda o de un pañuelo, la cara pintada de rojo o de azul, y los cabellos flotando al gran galope de su caballo.

Los colores empleados por los araucanos para teñirse diferentes partes de la cara son sacados por lo general de arcillas finas más o menos ocreas, que dan el rojo y el azul. Algunas veces es una cicatriz pintada que parte desde la boca o de la nariz para prolongarse hasta la sien, otras veces la frente, o el contorno de los ojos, las cejas, los pómulos ofrecen la mezcla arbitraria de los dos tintes que emplean. Unas son aceptables; las otras, atroces. Muchos se arrancan las cejas hasta convertirlas en una fina línea regular,

muestra de distinción entre ellos. Del mismo modo, se depilan lo poco de barba con que quiso dotarlos la naturaleza; sin embargo, algunos llevan un magro bigote, cuyos pelos son gruesos, dispersos y parados sobre la carne; esto es indicio del cruce de la raza. Tuve la ocasión de observar este hecho en un joven indio llamado Manuel, hijo de un cacique belicoso e indomable, y sobrino de otro jefe igualmente famoso. Este joven, educado en un colegio de Concepción, había recibido algo de instrucción y hablaba con facilidad el castellano; pero después de ese contacto con la civilización había vuelto al seno de su tierra natal, retomando todos los usos de su raza. Se distinguía de los otros por medio de un traje de oficial debajo de un poncho. Solo le faltaban los guantes. Su chacó⁵³ era nuevo, y cuidaba bien de recubrirlo con su cuero cuando corría a caballo en las cabalgatas. Incluso, tenía botas, cosa rara. Pronto entró una india vieja que venía a saludar a los misioneros, y ofrecerles una bebida encerrada en un viejo cacho de buey. Fingimos llevarlo a nuestros labios, y se lo devolvimos. Era chicha de maíz, cuyo modo de preparar detallaremos luego. Estaba inmerso en estas observaciones, cuando dos nuevos correos se presentaron para avisarnos que Mañil estaba dispuesto a recibirnos. Prontos estuvimos listos, y seguimos a nuestros guías. El intérprete recibió instrucciones relativas a la marcha de nuestro séquito y nos las transmitió. Mañil y su estado mayor estaban distribuidos en dos líneas paralelas, distantes una de otra de cerca de cinco o seis metros, y dispuesta en media luna. Todos montaban un caballo y estaban unos frente a otros. El jefe ocupaba el centro de la primera media luna. Llegados a uno de los extremos de esta, mis vecinos, que guiaban nuestra tropa con lentitud, saludaban a cada indio, uno después del otro, acompañando su movimiento de cabeza de esta palabras: “*mari, mari peñi*”⁵⁴ (buenos días, mi hermano o mi amigo), o un simple: *mari, mari*⁵⁵.

Cuando los padres se encontraban con algún cacique o indio que era muy conocido por ellos, aminoraban el paso para dirigirle algunas palabras en su lengua, de que tenían algún conocimiento. Eso me daba el tiempo de observar las caras. Tras unos treinta o cuarenta *mari, mari peñi*⁵⁶ llegamos a donde estaba el jefe. Era de gran porte, ya viejo, pero con un aire aún fuerte y robusto, de fisionomía inteligente y superior en su expresión a la de los otros indios. Portaba un sombrero de fieltro negro de forma elevada, adornado de una escarapela blanca de zinc. Tenía un abrigo de color y abotonado, un pantalón blanco, botas y soberbias espuelas de plata. Los dos sacerdotes eran viejos conocidos y los recibió; dándose cordialmente la mano. Yo pasaba enseguida, con el saludo ordinario de rigor, cuando mis compañeros me exhortaron a acercarme para darle también la mano. Seguí el consejo, pero mientras el cacique, que me tenía de la mano con firmeza, me dirigía algunas palabras en su idioma, mi caballo reculó y por

⁵³ Prenda del uniforme militar, a manera de sombrero de copa sin alas y con visera, que se ha usado para cubrir la cabeza.

⁵⁴ Está escrito *Mai, mai pegni*.

⁵⁵ Está escrito *Mai, mai*.

⁵⁶ Está escrito *Mai, mai pegni*.

poco me caigo. No había entendido absolutamente nada de lo que se me había dicho, y supe después que me había dado la bienvenida, manifestando el placer que tenía de verme y recibirme. Luego entonamos de nuevo nuestro saludo: *mari, mari*⁵⁷, siguiendo con el resto de la primera fila, para luego empezar del mismo modo con la segunda media luna, tan populosa como la primera, y nos volvimos a nuestro campamento, donde retomé el hilo de mis observaciones.

Mis vecinas vestían sus más ricos atuendos, los que consistían casi únicamente de perlas de todos colores, y en dedales hechos de cobre. Las más coquetas llevaban la cabeza recubierta de un tejido de perlas coloridas, que se dividían en dos partes tras el moño, en forma de bandas que venían envolviéndose en torno a las trenzas que anudan a propósito y cuyas dos extremidades son atadas juntas por guirnaldas de dados de cobre suspendidos como campanillas. Los puños y los pies hasta arriba del tobillo, estaban igualmente adornados de brazaletes de perlas. Las uñas estaban pintadas de rojo y diversas partes de la cara, pintarrajeadas del mismo modo. Lo más a menudo, los pómulos de las mejillas, muy pronunciados en ellas, estaban solo recubiertos de un color rojo muy intenso. Sin embargo, vi a una joven india cuya frente era mitad azul, mitad roja, el contorno de los ojos azul, las cejas rojas, etc.; era la más bella muchacha que observé. La mayoría de estas mujeres llevaban también aretes de plata o de un metal cualquiera en forma de luna creciente y de una dimensión enorme. Sus trazos son los mismos que los de los hombres, con el carácter aún más pronunciado: son de talla pequeña, tienen el cuerpo muy alargado, las piernas cortas, y son muy feas en general. La pieza principal de su vestimenta, del mismo modo que para el indio pobre, es el calamaco del cual ya he hablado. Como ese atuendo enrolla las piernas hasta las rodillas, hombres y mujeres no se pueden mover con soltura, lo que, sin embargo, no impide a los hombres montar a caballo perfectamente. Algunos niños muy pequeños estaban con sus madres; se hacían notar por su fealdad, y sus ropajes merecen ser descritos. Imagínese una gruesa lancha sobre la cual el niño estaba extendido de espalda; los pies descansan sobre un ancho reborde; amarrado y sujetado sobre esta plancha por medio de tiras de cuero y lana, etc. La cima de este fardo tiene una amarra por medio de la cual la india lo lleva sobre su espalda, manteniendo así los brazos libres. Para mecer al niño, para esta especie de hato sobre el suelo, y le da un movimiento de vaivén.

Pronto una gran alerta agita a toda esta población femenina y un momento después veo a las mujeres salir en fila de nuestra carpa, cada una con un jarro o una escudilla, de madera o de greda, de diferentes dimensiones, con pedazos de carne hervida o asada, y tan sazonada de pimienta y pimientos rojos, que habían tomado ese color. Ellas le llevan la comida a los hombres, que esperaban con la impaciencia de un estómago en ayunas. Fue un momento de descanso previo a los trabajos de la junta. La mayoría de los jinetes había desmontado. Muchos estaban echados, otros soplaban en una especie

⁵⁷ Está escrito *Mai, mai*.

de trompeta hecha de un colihue guarnecido de cuero y de un cuerno de buey, o de una trompetilla, de aquellas que se compran por diez centavos en el Bulevar de los Italianos. Otros, que se han convertido en maestros en ciencias ecuestres, hacían danzar hermosos caballos, a quienes les habían enseñado a llevar el paso, con ritmo, de un pie al otro. Los corceles ejecutaban con mucha regularidad y gracia este paso gimnástico, manteniendo perfectamente levantado el pie opuesto al que lleva el peso del tren delantero.

En el momento en que conversábamos sobre la forma de pasar la noche de modo soportable, pensando que todas las ceremonias del día habían finalizado ya, llegan tres caciques enviados por Mañil y algunos indios que los acompañaban. Nos levantamos formando un medio círculo en torno a ellos, y el del medio toma la palabra, salmodiando siempre sobre el mismo tono una especie de oración, compuesta de versos regulares separados unos de otros por tiempos de silencio: así es la elocuencia india. El que hablaba tenía la cabeza gacha y parecía estar reflexionando mucho; algunas veces, su vecino le reprendía sobre alguna palabra alterada u olvidada. Esto duró cerca de un cuarto de hora, lapso durante el cual se les sirvieron algunos tragos de vino. El intérprete nos hizo entonces la siguiente traducción del discurso, exacta en cuanto al fondo:

“Mañil nos envía para decirte que te agradece a ti y a los tuyos haber honrado la junta con tu presencia; que la asamblea fue convocada con intenciones pacíficas; que debe tratar de las relaciones que mantenemos con los españoles. Él desea saber si están satisfechos, si las ceremonias no los han fatigado demasiado, y luego, cómo están las cosas del otro lado del Biobío, y si el viento que sopla por allá es de paz”.

Al igual que siempre en semejante ocasión, el cacique que había hablado nos había repetido las propias palabras de Mañil. Hubiera el jefe tenido un discurso de una hora que comunicarnos, aquel a quien envía lo escucha una vez y viene a reportarlo fielmente. Así, su memoria es muy grande, como ocurre en los pueblos que no tienen instrucción, ni civilización. Para estar seguro de que sus palabras nos serían transmitidas sin alteraciones, Mañil había incluido en su audiencia a dos caciques más que cuidaban de que el mensaje fuera reportado con fidelidad. Uno de los dos padres le respondió a los caciques, más o menos en los siguientes términos:

“Puedes ir a decirle a Mañil que le agradecemos mucho sus atenciones y su buen proceder; que vinimos a la junta con mucho placer, que si hubiera preparativos de guerra que temerse de parte de los españoles, no estaríamos aquí; en fin, que estamos todos satisfechos, salvo el calor y el polvo que nos han hecho tragar durante sus ceremonias ecuestres. Aparte de eso, todo va bien”.

Los tres caciques se tomaron otro trago de vino y se retiraron.

Ya era tiempo de decidir sobre la forma en que pasaríamos la noche. Fue resuelto que nos dirigiríamos hacia la cabaña de un español situada a una legua de distancia,

aproximadamente. Debíamos, por deferencia, avisar a Mañil de nuestra resolución, lo que hicimos por intermedio de un cacique. Pero este nos respondió que Mañil estaba ocupado y que debíamos esperar. Los dos padres fueron mandados a buscar. Me quedé solo; una hora pasó y cansado de esperar me dirigí hacia el lugar de audiencias de Mañil. Lo vi parado sobre un banco perorando en un círculo formado de un tropel de indios a caballo apretados los unos contra los otros, que lo escuchaban con recogimiento. Los dos padres estaban sentados enfrente de él. Sus palabras eran acentuadas; su estilo parecía de gran elocuencia. Él no salmodiaba como el cacique que yo había escuchado. Se expresaba con la frente en alto y el gesto animoso. Era un orador; a lo menos, tal es su reputación entre los suyos. Al fin se detuvo; la audiencia se levantó; los dos padres se juntaron conmigo, y partimos huyendo de las incomodidades de una estadía en la cual se encontraban reunidos más de mil salvajes, que quizá, durante la noche, se entregarían a las orgías que a menudo acompañan sus solemnidades. Hasta aquí, sin embargo, se habían comportado de manera razonable, pero sin duda que forzosamente, porque Mañil había, se dice, prohibido llevar grandes cantidades de vino o de licor a la junta, para que las cosas se pasaran con decencia.

En el camino, los padres misioneros me contaron que, a causa de la desconfianza de los indios, habían tenido serias dificultades para obtener la autorización de pasar la noche fuera del lugar de la reunión general. Además, habían buscado que las circunstancias fueran beneficiosas para la misión religiosa que cumplen en el país; así, y después de muchas negociaciones, Mañil los había autorizado a plantar una cruz a la mañana siguiente, en el centro mismo de la reunión.

SEGUNDA PARTE

Así se terminó la primera jornada, el día de la junta, la jornada de la reunión, aquella durante la cual se juntan todos los hombres convocados. Las cuestiones de interés general a la orden del día debían tan solo tratarse al día siguiente, reunión que se llama el día de la parla; la jornada de los discursos. He aquí como transcurrió: los indios a caballo formaron un gran círculo de varias filas apretados los unos contra los otros, y al medio se colocaron Mañil, los caciques importantes, los españoles, etc. Varios jefes tomaron parte en la discusión general que trataba principalmente sobre las usurpaciones de los españoles. Unos hacían mociones pacíficas, otros eran más violentos: Mañil escuchaba todo, respondía, se apaciguaba o animaba en función de los reportes que recibía. La sesión, que tenía lugar al Sol, a mediodía, y sin ningún abrigo, duro tres o cuatro horas, al término de las cuales se disolvió.

Mañil dio a conocer el resultado de la junta, con las palabras siguientes, que resumían el sentimiento de la mayoría:

“Los españoles invaden progresivamente nuestras posesiones; además de aquellos que recibimos de buena fe, otros abusan de la simpleza y del estado de ebriedad de los nuestros, haciéndose entregar inmensas extensiones de territorios a cambio de valores insignificantes. Nuestra frontera es el Biobío. Debíamos todos ir a retomarlo, si no inmediatamente, al menos después de la cosecha; que se preparen para ello. El padre, aunque lo queramos mucho, haría bien en abandonar, también, nuestro territorio, porque no quisiéramos que le ocurra ninguna desgracia”.

Mañil hizo luego alusión a la completa ausencia de los representantes del gobierno chileno, que el Intendente de la provincia había considerado mejor no enviar, al contrario de lo ocurrido los años previos, y tomando este hecho como señal de disposiciones hostiles, agregaba:

“Los españoles deben enterarse de que estamos dispuestos a todo. Si ellos tienen fusiles, sables y cañones a su disposición, nosotros tenemos nuestras lanzas, y eso nos basta para dejar cadáveres en el terreno. Que se recuerde en Los Ángeles que nos levantamos antes del sol, y se advierta a los españoles no quedarse demasiado tiempo en la cama”.

La junta, prácticamente, había finalizado con un llamado a las armas o, al menos, con un desafío lanzado al otro lado del río. Sin embargo, Mañil arrepintiéndose luego de tan belicosas proposiciones, actuando más bien, en mi opinión, como un fino político respecto de sus súbditos tanto como del gobierno chileno, dos días después, envió un mensaje de paz al Intendente de la provincia de Arauco.

Después de haber descrito la ceremonia a la que asistí, daré a conocer las costumbres de los indígenas, de manera más completa, según lo que he podido recoger, sea por mí mismo, sea de la boca de los misioneros que me acompañan.

Los indios de la Araucanía se dividen, por lo general, en tribus amigas o enemigas, cuyo territorio tiene casi siempre límites naturales. Cada tribu tiene por jefe a un indio reconocido como superior por su bravura, su inteligencia y su elocuencia. Manda como señor, se ocupa de los intereses generales de la tribu, él convoca, él compra, él vende, etc. Suele ser escogido entre los más ricos, pero su poder no está protegido de las tormentas: si los suyos no están satisfechos con la manera en que administra sus asuntos, ellos se rebelan, y algunas veces lo asesinan, nombrando a otro en su lugar.

La única riqueza de los indios, o casi la única, está en el ganado. Tienen muchos y muy hermosos. Incluso, sería difícil encontrarlos más gordos que entre los pehuenches; pero no cultivan la tierra. Parece que se encuentran algunos campos de cereal al interior del país y sobre todo hacia las orillas del río Imperial. Es probable que esta iniciativa se deba a la influencia de la sangre europea, porque está más o menos comprobado que los holandeses intentaron colonizar la cuenca del Imperial, donde, sin duda, dieron

nacimiento a una raza cruzada conocida como la de los boroas, lo que explicaría que uno se encuentre, en esa parte de la Araucanía, tipos diferentes del tipo indio, figuras agradables, dulces, de una tez blanca y con la cabellera blonda, tal como me lo aseguraba uno de los misioneros. Por lo demás, los españoles, en el tiempo de la conquista, habían fundado hacia la desembocadura del Imperial, una ciudad que fue destruida con otras cinco o seis, después de un violento levantamiento de los indios.

Las tribus o reuniones de tribus conocidas generalmente bajo diferentes denominaciones, son aquellas cuyos límites están trazados con más nitidez. Así, aquellas que ocupan el interior de la cordillera a la altura del volcán de Antuco hacia el sur, son conocidas con el nombre de pehuenches. Se comunican con el llano por el valle de La Laja, en el cual hay que atravesar escoria volcánica por cerca de una legua, la que en gran parte está hoy aún en combustión debido a la descomposición de los sulfatos de hierro, y que proviene de la última erupción que ocurrió hace dos años. Un día y medio de viaje por la cadena montañosa es necesario para llegar hasta el territorio de estas tribus.

Los huilliches⁵⁸ ocupan la cordillera hasta la altura del Villarrica⁵⁹. Su pasaje principal se encuentra a un costado de ese volcán. Los picunches ocupan otro punto de esa misma cordillera. Los que se encuentran entre esta cadena y el mar se conocen bajo el nombre de indios de la costa. Tales son las tribus conocidas con el nombre de araucanos, y se llama la Araucanía el país que se extiende entre el Biobío hacia el norte y el estrecho de Magallanes hacia el sur, comunicando con la Patagonia debido a la disminución de la altura de la cordillera. La provincia de Valdivia está enclavada en él y se puede acceder libremente a ella desde el mar. Los araucanos mantienen relaciones constantes con otras tribus salvajes que habitan el territorio de La Plata y conocidas bajo el nombre de puelches. Todos, araucanos, puelches, patagones, se entienden; su idioma es semejante, y sus costumbres son casi todas las mismas.

Como los cherqueses en Circasia, como los beduinos en África, como todos los pueblos salvajes y guerreros, las tribus araucanas realizan incursiones entre sus vecinos; hacen o dan un malón, que es un acto de pillaje análogo a la razia de los árabes. Así que cuando una tribu está en guerra con otra, cuando quiere adquirir bienes por la fuerza, cuando quiere vengar una afrenta, todos sus jinetes toman las armas, se reúnen, sorprenden a su enemigo, matan a los hombres, a los viejos y a los niños, y se llevan a las mujeres y al ganado. Cuando el indio de una tribu ha asesinado al de una tribu vecina, cuando ha cometido donde otros el crimen de adulterio o cuando ha secuestrado a una joven, el grupo lesionado organiza un malón. El asunto, a menudo, se arregla de manera amistosa; la tribu ofensora paga el precio de la afrenta y todo queda solucionado.

Los araucanos a veces hacen incursiones sobre el territorio español y principalmente en el de La Plata, la cual está abierta y desprotegida frente a los puelches, que tienen

⁵⁸ Está escrito villiches.

⁵⁹ Está escrito Villa-Rica.

enemistad con la República Argentina. Las incursiones en las provincias chilenas son raras y lo serán más aún. El gobierno, además de los puestos fronterizos que ha establecido, trata a los indios como amigos, y el comercio que se tiene con ellos, cada vez más importante, ayuda a mantener relaciones más amistosas que les da confianza y los enriquece. La guerra se vuelve contraria a sus intereses, su carácter se suaviza y adoptan costumbres más pacíficas. Se dedican sobre todo al comercio de ganado, y careciendo siempre de lo necesario para satisfacer la demanda de los compradores chilenos, los puelches, sea por su cuenta, sea en compañía de algunas tribus araucanas, van a asolar la pampa y traen de vuelta, donde sus vecinos, las manadas que logran secuestrar.

Así, los puelches sirven de intermediarios entre la República Argentina y los araucanos, y estos comercian con Chile. Últimamente, todavía se ha visto a los puelches andar en compañía de huilliches⁶⁰, a los que habían invitado para dar un malón en la pampa, avanzar hasta la provincia de Buenos Aires, y volver con un botín considerable, aunque perdiendo a muchos de los suyos. A su regreso quisieron atacar un pequeño fuerte aislado, situado al otro lado de la cordillera, y un gran número de ellos fue masacrado.

Uno de ellos que fue tomado prisionero, contó que los argentinos le habían obligado a matar a uno de los suyos, beber su sangre y a comer un pedazo de su carne asada por él mismo, y que luego le habían dicho “Vete a tu casa y contarás como nosotros tratamos a los que son como tú”. Esa era la versión que corría por el país.

Los indios tienen una marcada preferencia, una violenta pasión, diría yo, por las blancas, sus vecinas de origen español, y cuando, en sus incursiones por el territorio chileno, atacan las villas y poblados de la provincia de Valdivia o de Arauco, consideraban que la mejor parte del botín eran las mujeres que habían podido secuestrar. Una mujer del campo me contó que en un malón que dieron los indios en la provincia de Concepción, en algún momento ella había sido secuestrada por uno de los asaltantes, pero que este, tras palparla y examinarla, la soltó, devolviéndole su libertad. “Seguramente que no fui de su gusto”, me dijo ella, “porque no soy blanca”. Su tez estaba, en efecto, bastante quemada por el Sol, sin contar la sangre india que debía correr por sus venas. Cuando se presenta la ocasión, aun hoy día, se practica el rapto de mujeres, de vez en cuando. Pero es sobre todo la República Argentina la que provee ese tributo a los araucanos. Así, en su país se dan cruzas que transforman poco a poco el carácter físico de los indígenas. En cuanto a las mujeres robadas, tienen gran cuidado de esconderlas, siendo, para un extranjero, muy difícil encontrarlas. En Valdivia, que ha sido asolada por ellos más de una vez, cuando luchaban contra los extranjeros, habían levantado una fortaleza donde las mujeres se refugiaban apenas se anunciaba un ataque de los indios.

Las tribus, cuando están en guerra, comienzan por esconder sus mujeres y sus ganados en la montaña, y luego, cada hombre se arma de su lanza y de su laqui⁶¹.

⁶⁰ Está escrito villiches.

⁶¹ Está escrito como laki.

La lanza está compuesta de un bambú (colihue) de cinco o seis metros de largo, en la punta del cual se amarró un pedazo de hierro cortante. El bambú está recubierto de tiras de cueros que le dan mucha fuerza. El *laqui*⁶² está compuesto de varias bolas forradas en cuero, amarrada cada una al extremo de una correa, simple o trenzada, cuyos extremos, de un metro de largo más o menos, se juntan todos con otra correa. Cuando el indio está a la vista de enemigos, si se siente lo bastante fuerte, se lanza sobre él a toda velocidad, el cuerpo echado sobre el cuerpo del caballo, protegido de este modo de los golpes de aquel, y si logra tocarlo con su arma, lo ensarta y lo desmonta. El *laqui*⁶³ es un arma que lanzan a una distancia bastante grande, y que es capaz, sea de detener el movimiento de un caballo o de un jinete enredándose con sus miembros, sea de provocar heridas graves, sobre todo fracturas, por medio de las bolas que le están atadas. Es con este mismo *laqui*⁶⁴ que los argentinos cazan el avestruz del otro lado de la cordillera. También son muy habilidosos en el manejo de esta arma.

En los combates de guerrillas, que tienen lugar entre los indios y los españoles, los primeros temen mucho más la infantería que la caballería, lo que les da una gran ventaja. En los enfrentamientos ocurridos durante la guerra de la Independencia y en las agitaciones políticas, que se produjeron en las elecciones presidenciales, los partidos se valían de ellos a menudo, como aliados. También participaron de las bandas de los Pincheira y de Benavides, desembocando por la cordillera, algunas veces en un punto del llano, y otras en otro. En las últimas elecciones, se habían unido al partido que fue derrotado.

En la Araucanía, no se encuentra, en general, a poblaciones reunidas en un mismo punto para formar un pueblo; las tribus están diseminadas sobre su territorio de manera que se pudiera a menudo pensar que el país no está habitado. Una cabaña por un lado, una cabaña por otro, en las partes bajas de las ondulaciones del terreno, lo más a menudo en la proximidad de un riachuelo o de un bosquecillo, esto es lo que se percibe al recorrer el país.

Si un extranjero entra en él para comerciar, o por cualquier otro motivo, se detiene a cierta distancia de la cabaña de barro del cacique que va a ver, y lo llama con una fuerte voz: este se presenta y se asoma al umbral de su puerta, el visitante saluda con el *mari, mari peñi*⁶⁵; el cacique le contesta del mismo modo y le invita a poner pie en tierra. Entonces se baja uno del caballo y la mujer del indio trae una piel de oveja o de cualquier otro animal sobre la cual el extranjero se instala, a un lado del cacique, mientras ella va a desensillar y preparar algo para comer: porque el indio es esencialmente holgazán. Todos los trabajos domésticos y hasta el cuidado de los caballos les son confiados a las mujeres. En cuanto a él, pasa días enteros echado en el suelo, mientras estas cuidan de los niños, cortan la leña, cocinan, ensillan y desensillan los caballos, etcétera.

⁶² Está escrito como laki.

⁶³ Ídem.

⁶⁴ Ídem.

⁶⁵ Está escrito *Mai, Mai, Peñi*

La carne de caballo es uno de los alimentos predilectos de los araucanos, la prefieren a la de vacuno o cordero. Tanto indios como indias se meten con frecuencia al agua, al punto de ser uno de los primeros cuidados que tiene la madre que acaba de parir, que se baña con el recién nacido. La viruela hace estragos entre los niños. Apenas se declara, se les lleva al baño. Se entiende que mueran muchos como efecto de este tratamiento hidropático, aplicado, por lo demás, en muchas otras circunstancias. Para algunas enfermedades de adultos y de viejos, estos indios acostumbran un singular tratamiento. El médico, que suele ser una mujer, convoca a la cabecera del enfermo a amigos y parientes, quienes, sea con la voz, sea por medio de instrumentos ensordecedores, llevan a cabo una cacofonía ruidosa por un largo rato. El enfermo debe sanar tras tales remedios, pero si se muere y, aunque tuviera cien años, es como resultado de un hechizo. Fue muerto por el brujo⁶⁶, espíritu invisible que emana de los enemigos, porque la muerte no es cosa natural. Se consulta entonces a la adivina, la que viene a designar a los culpables, y los desdichados son condenados a morir.

Aunque existe la poligamia, los araucanos no tienen por lo general más que una mujer. Algunos caciques, algunos indios ricos tienen muchas. Así, del famoso jefe Colipí, que pasaba por ser el más rico de los caciques, se dice que tenía dieciocho mujeres. Mañil tan solo tiene una media docena. La mujer es una mercadería que se paga conforme al peso de su nobleza. Cuando un indio quiere casarse, su primera preocupación es calcular si su fortuna personal le alcanza para comprarse una mujer de tal o cual rango. Una hija de cacique valdrá más que la de un simple indio; la de un jefe importante, más que la de un jefe inferior. Una vez tomada la decisión, el enamorado, acompañado de algunos amigos, se presenta súbitamente donde la familia de aquella que quiere por compañera y la rapta con violencia. No importa cuánto esta se resista, o que la madre y las otras mujeres de la casa salgan persiguiendo, con palos y tizones en llamas, a los autores del secuestro, ella es llevada al galope a un lugar retirado donde el marido pasará con ella sus primeros días de luna de miel. En cuanto a los hombres que presenciaron los secuestros y pertenecientes a la familia de la joven, ellos no se alteran en lo más mínimo por el rapto, y no procuran oponerse a él. Es solo, tras algún tiempo de vida retirada, que la nueva pareja vuelve al hogar y que el marido se preocupa de pagar su deuda, la que consiste, según el caso, en caballos, vacas, toros, ovejas, estribos y espuelas de plata, frenos, vino, harina, etc. Se debe hacer notar que los adulterios son escasos en la región; por lo demás, cuando es flagrante, es penado con la muerte. Los extranjeros que viven entre los araucanos y han adoptado todas sus costumbres, se han casado así. Uno de ellos, chileno, nos contaba que ya estaba en su tercera mujer y que si esto seguía así, pronto estaría en la ruina, porque después de la muerte de cada una de las dos primeras, y bajo el pretexto de que él en parte era responsable, la familia venía a saquearlo y quitarle parte de su ganado.

⁶⁶ Está escrito brouko.

La hospitalidad es una virtud de los indios; un extranjero será recibido donde ellos, alimentado, alojado, cuidado por meses, durante un año, sin que ellos piensen jamás en echarlo, ni en pedir la más mínima remuneración. Pero la borrachera está generalizada; ellos abusan de las bebidas alcohólicas, sobre todo después que el comercio las introdujo en grandes cantidades. Cuando no tenían ninguna relación comercial con sus vecinos, y aun hoy día, sobre todo en las partes más alejadas de las fronteras, el maíz los proveía de una bebida fermentada llamada chicha de maíz. Después de la cosecha de ese grano, las mujeres de una familia, de una tribu, se reunían y se ponían en círculo, cada una tomaba una pizca del grano, lo masca por un tiempo, y luego escupe todo en una vasija de barro. Cuando hay una cantidad suficiente, se la deja fermentar, lo que resulta en un licor fuerte con el cual se embriagan los hombres, una delicia para ellos.

No sería prudente recorrer el país debido al estado de ebriedad en el cual a menudo nos encontramos. Los araucanos son robustos y viven mucho tiempo. Deben llegar a una edad muy avanzada, si se toma en cuenta el pelo gris que poseen. Muchos viven hasta después de los cien años.

El comercio con las provincias fronterizas de Chile es hoy bastante considerable y, seguramente, se acrecentará. Se desarrolló a medida que las relaciones se volvieron más amistosas, más pacíficas. La época de guerras a muerte entre los antiguos españoles y los indios está lejos de su memoria; Chile los ha cautivado y, sin tener por ellos una confianza plena, consideran a sus vecinos más como amigos que como enemigos. Un gran número de comerciantes y sobre todo comisionistas, recorren su país en todas direcciones, para llevar las diferentes mercancías que ellos requieren, y los indios, por su lado, salen de su territorio para ir a negociar con sus amigos al otro lado del Biobío. El invierno, estación de lluvias y nieves, interrumpe por completo estas relaciones comerciales. Pero hacia fines de octubre o al comenzar noviembre, cesan las lluvias, la nieve se derrite en los pasajes cordilleranos, y pasan los chilenos con mulas o caballos cargados de mercancías, telas, perlas, estribos, harina, pimienta, etc., y vienen los indios para llenar sus odres de piel adquiriendo trigo, harina, etc. o, incluso, para pasearse con sus mujeres. Los indios siempre llegan primeros; envían correos al Intendente para anunciar cómo han pasado el invierno y para saber cómo están los huincas⁶⁷. Ellos vienen con su profunda desconfianza, en muchos sentidos justa, para saber si los chilenos todavía son amigos, y que no hay contra ellos ningún preparativo hostil. Así, en la frontera, a menudo se preguntan si el correo ha llegado, para saber si el pasaje de la cordillera está abierto. Sin embargo, como la nieve no les incomoda mucho, y que los correos atraviesan el paso cuando este aún es dificultoso, los comerciantes no parten antes de los quince días después de su llegada. Estos correos son infatigables para la marcha; y en los peores pasos, avanzan de manera extraordinaria y hacen así jornadas muy largas, y que serían penosas en exceso para otros que fueran ellos. Son, por lo demás, excelentes jinetes, aunque en sus estribos triangulares de madera, nada más coloquen el dedo del pie.

⁶⁷ Está escrito ouincas.

Así, al igual que nuestros comerciantes que recorren el país en todas direcciones, llevando a los habitantes de nuestros pueblos los víveres que necesitan, del mismo modo, los pequeños comerciantes chilenos se van con su carga a recorrer estas poblaciones salvajes y diseminadas para poner a su alcance víveres que, hoy, debido a la influencia de la civilización que los toca, se han vuelto una necesidad para ellos. La mayoría de estos pequeños comerciantes son habilitados que van a comprar o hacer trueque por cuenta de granjeros y propietarios, con los cuales comparten enseguida los beneficios de la venta. Otros comercian por su propia cuenta. En la época de las primeras relaciones comerciales, solo se trocaba. Aún hoy día, y sobre todo en las tribus más remotas, las monedas de plata tienen poco curso, y los que lo aceptan solo reciben piastras fuertes antiguas. Toda otra moneda es rechazada y he aquí el porqué: toda la plata que entra donde los indios bajo la forma de piastras fuertes, es derretida para convertirla en estribos y espuelas de lujo; ahora bien, como la moneda actual es muy pequeña, harían falta muchas como para producir el resultado que se obtienen con las piastras, y, por lo demás, las cuentas que seguirían serían muy complicadas para su inteligencia. En cuanto al oro, no lo derriten. Las piastras nuevas han sido excluidas desde la instalación en el poder de un presidente contra el cual combatieron (don Manuel Montt⁶⁸): ellos lo llaman dinero montista y no lo aceptan jamás. Estos salvajes, como se puede ver, son más escrupulosos que los pueblos más civilizados; pero no se debe ver en estas conductas más que el resultado de su propio salvajismo.

Estaba en Antuco cuando pasaron varios pehuenches; uno de ellos se detuvo en la casa en que alojaba; el anfitrión era uno de sus conocidos, uno de sus amigos, con el cual mantenía relaciones comerciales. Después de los saludos preliminares, se desarrolló la conversación siguiente.

- “Vengo a buscar trigo, ¿tú tienes?” (porque el indio siempre tutea).
- “¡Ah! ¡Necesitas trigo! Creo que todavía me queda algo. ¿Cuánto te hace falta?”.
- “Una fanega” (un hectolitro aproximadamente). Mientras tanto, le daban un trago al indio.
- “Sí, te lo puedo dar, mas, ¿qué tienes tú para darme a cambio?”.
- “Y bien, para consolarte, te daré un lindo ternero de un año, muy dócil. Lo tengo en mi casa; cuando vengas te lo llevas”.
- “¿Es cierto? ¿Está en tu casa? Está bien. Así me consolarás. Tenlo listo; en quince días pasaré por tu casa y me lo llevo. Pero no me falles. Ten, ves, te pongo en el libro, te inscribo formalmente como mi deudor. Pero llevas una mala compañía; cuídate, no te confíes”.
- “¡Oh!, no hables así; él es honesto, es un amigo”.

Y el indio se fue a cargar su mula después de que le sirvieran un segundo trago.

Así, la inscripción en un libro se vuelve sagrada para el salvaje, cuando su nombre y su deuda son puestos sobre el papel; he ahí como se establecen los intercambios.

⁶⁸ Está escrito Month.

El indio va donde el español a buscar su vino, su harina, su trigo, su pimienta, y el chileno, al cabo de un mes, de seis meses, de un año, se va a donde el indio a buscar, en regreso, el ganado que se le ha prometido: y todo esto se hace con la mayor lealtad. El elemento principal de intercambio donde los indios, es una cabeza de ganado: una vaca, un ternero, un cordero; cualquiera sea el valor de lo que se le ofrece, siempre es el mismo sistema. Por una libra de perlas que cuesta algunos francos, una ternera; para un pedazo de tela que cueste ocho o diez, una ternera; para una arma de fuego que valdrá cuarenta o cincuenta, una ternera; por una silla de montar que podrá valer cien o ciento cincuenta, una ternera. Mas el indio raramente se decide a dar, por un objeto cualquiera, sin importar cuál sea su valor, más de una cabeza a la vez; es más, difícilmente se hará con él, en una sola transacción, el intercambio de más de un animal a la vez, y eso, aunque uno tuviera muchos objetos diferentes para ofrecerle. Con esto resulta que para reunir cierto número de ganado, uno está obligado a realizar muchas gestiones y recorrer mucho el país. Sin embargo, con los caciques, los intercambios tienen lugar de manera más fácil. El comerciante no obtendría, en consecuencia, ningún éxito, si llevara a la Araucanía objetos de fantasía u otros que tuvieran un valor poco elevado. Por lo demás, son las bestias de cuernos las que, por sobre todo, son el objeto del gran comercio; en cuanto a los caballos, los araucanos los tienen excelentes, pero difícilmente se deshacen de ellos. También mantienen corderos de lana larga y gruesa como la de Provenza, y pagada en Concepción en razón de cuarenta y cinco o cincuenta francos las cien libras.

En la conversación citada más atrás, mi anfitrión le recomendaba al indio cuidarse de su compañero; este era un chileno retirado en la Araucanía que vivía como los indígenas. La Araucanía encierra a cierto número de tráfugas similares, los más, hombres que han tenido que vérselas con la justicia de su país, la mayor parte corrupta, de mala fe, y que van a ponerse a salvo al otro lado del Biobío. Estos hombres a menudo engañan a los indígenas, y la presencia de esta escoria de la civilización entre ellos resulta nefasta: estos individuos alteran la confianza que debe reinar en las relaciones comerciales y contribuyen a que los indios se pongan más desconfiados de lo que son, y los alientan a abrir hostilidades con el gobierno chileno. Muchos araucanos saben el español y todos tienen una gran facilidad para aprenderlo.

Los araucanos no tienen, por así decirlo, religión alguna, a no ser por la creencia en el *bruko* o brujo, suerte de espíritu maligno que lanza hechizos. Hasta ahora, todos los esfuerzos que los misioneros han realizado para convertirlos han dado pocos frutos, y uno de los que me acompañaba a la junta se había jurado no aceptar ninguna nueva convocación, sabiendo cuan vano era su celo. Se cuenta, a este respecto, que habiéndose hecho bautizar un indio que abrazó la fe católica, manifestó, en el momento de morir, la voluntad de ser enterrado en tierra santa. El cacique, en consecuencia, hizo llevar su cuerpo a donde el cura del pueblo fronterizo más cercano; cuando supo que había gastos de entierro que pagar por su súbdito, quedó muy sorprendido, y tras un largo

debate, le dijo al cura: “¡Bueno!, tú quédate con tu cristiano, que yo me llevo a mi indio”; suponiendo así que la parte cristiana del cuerpo podía separarse de él como un soplo; y se volvió tal y como se había venido. Este pequeño relato me fue contado por un amigo mientras me conducía donde el padre misionero de Nacimiento; llegados a nuestro destino, entramos al patio donde jugaban unos niños jóvenes, sus alumnos: estos nos vieron, y al instante siguiente los escuchaba murmurar entre ellos: “Ves el diablo que acaba de entrar, es el diablo, realmente es él”.

Le pregunté a mi compañero dónde estaba el diablo en cuestión; él me examinó, luego se puso a reír y me dijo:

“usted comprende que en un pueblo esencialmente ecuestre como el nuestro, la población del campo debía materializar el diablo a caballo; solo que para distinguirlo del común de los mortales, no se le dejó más que una espuela. Así es como usted llega a la tierra cuando digna honrarnos con su visita”.

Comprendí que era a mí a quien iban dirigidos las maliciosas habladurías de los niños; había perdido una de mis espuelas durante el viaje.

A menudo se ha tratado la cuestión de cómo se podría reducir a los indios con el fin de anexar de forma definitiva este hermoso territorio de la Araucanía. Se ha guerreado más de una vez con ese fin; pero estos araucanos son indomables y resisten hasta la muerte, haciendo, por su parte, grandes estragos en los campos. La necesidad de tal anexión es, por lo demás, de una importancia bastante menor para un país tan poco poblado como Chile. Además, la anexión ya tiene lugar rápidamente y por medios pacíficos, y le seguirán de modo muy natural y sin violencia el desarrollo de la población y de la prosperidad de la república. Esta marcha progresiva y moderada sin duda tiene grandes ventajas. Es así como el gobierno mantiene en la frontera a los capitanes de amigos, es decir, hombres que conociendo a la perfección el idioma de los indios, sirven de intermediarios entre las tribus amigas y el gobierno. Además, se consiente a los caciques más importantes, se les otorga ciertas prerrogativas, y se obtienen resultados generales muy ventajosos. Con ayuda de estas relaciones de amistad, los chilenos entran a la Araucanía, se vinculan con los caciques y obtienen grandes extensiones de terreno a condiciones excelentes. Para consagrar sus acuerdos, las dos partes interesadas se presentan ante el Intendente o el Comandante de Armas, que reconoce formalmente el contrato, y lo inscribe en los archivos.

La Araucanía, se dice a menudo, sería uno de los más hermosos florones de la República de Chile, empero, la alta reputación que se le atribuye a este territorio, ¿no se explicaría en gran medida al hecho de que es poco conocido, y, sobre todo, de que todavía no se tiene la posesión del mismo? En cuanto a mí, creo que es difícil encontrar un elemento de riqueza agrícola más fecundo para el futuro, que estas bellas tierras arcillo-silíceas o silícea-arcillosas que cubre una parte de la soberbia planicie de Santiago,

que me recuerdan mis buenas tierras de la Brie con un cielo casi constantemente puro, sin accidentes atmosféricos, bajo un sol de los 33º de latitud, y con un riego fácil.

Hoy día, los chilenos avanzan sobre la costa hasta Tucapel, misión situada a treinta leguas al sur de Arauco y cerca de cincuenta leguas de Concepción y del Biobío. Es un paso enorme, y esta marcha se hace sentir, más o menos, hasta la confluencia del río Vergara con el Biobío. Pero más allá, es decir, en la Isla de Vergara, los españoles no han traspasado en mucho su antigua frontera. Es que, de ese lado, las tribus indias son más hostiles, más rebeldes ante la invasión; los jefes, y Mañil entre otros, se oponen a la concesión y a la venta del territorio con gran tenacidad. Empero no es esa más que una mínima parte de la Araucanía, y Chile debe encontrar consuelo al ver que los límites de los indios retroceden con gran facilidad sobre la mayor extensión de su frontera. Un día esta gran provincia formará parte integrante de la República chilena y estoy dispuesto a creer que, en quince o veinte años más, la Araucanía no existirá más, en el sentido de que sus actuales habitantes irían confundándose con las tribus de la cordillera, con las de La Plata o con las de la Patagonia.

H. DELAPORTE
Santiago de Chile,
25 de noviembre de 1854.

A PROPÓSITO DE LAS TRAVESÍAS...

CONSTRUCCIÓN DEL IMAGINARIO SOCIAL
DE LA CULTURA *MAPUCHE*⁶⁹
A TRAVÉS DE RELATOS Y REGISTROS VISUALES⁷⁰

Lorena Villegas - Samuel Quiroga*

Dedicado con cariño a Dominga Neculmán

INTRODUCCIÓN

¿Cómo se construye la imagen histórica de un pueblo?, ¿en qué medida dicha imagen nos permite reconocernos, aceptarnos y compartir espacios comunes con el otro? Si nos hacemos estas mismas preguntas respecto a la imagen social que tenemos los chilenos en relación a el pueblo *mapuche*, es posible identificar en esta los insumos sesgados construidos a partir de la representación de imágenes y relatos. La revisión de obras asociadas a estos dos tipos de registros, nos permiten afirmar que ellas refuerzan una imagen parcial del pueblo *mapuche*, generada desde miradas occidentalizadas, que poco contribuyen a revelar la identidad de un pueblo.

A nuestro juicio, los relatos de Agustín Bardel (1838), Aquinas Ried (1847), César Maas (1847), Edmond Reuel Smith (1853) y Henri Delaporte (1854) y representan el testimonio de una mirada cargada de juicios y estereotipos acerca del pueblo *mapuche*. Sus textos, documentos e imágenes nos ofrecen la oportunidad para analizar esta realidad, la elaboración semiótica y política respecto de un pueblo, poner en tela de juicio las imágenes que se han instalado en el colectivo, nos dan un espacio para reflexionar

* Profesores del Departamento de Artes de la Facultad de Artes y Humanidades de la Universidad Católica de Temuco, Chile

⁶⁹ En este texto, hemos optado por escribir la palabra lo más cercano al original.

⁷⁰ Agradecemos, especialmente a Cristian Cerda la lectura crítica, las observaciones y correcciones, como también lo estamos de Pablo Cayuqueo Huiriman, Hamilton Lagos y Leslye Palacios.

en torno a ciertas cuestiones centrales: ¿por qué se intenta instalar esta mirada?, ¿a qué intereses responden estos imaginarios sociales?

Durante el siglo XIX, en Chile, se genera una serie de cambios en los ámbitos de la educación, economía y política. Éstos tenían como propósito reforzar la idea, tanto del territorio como de sus habitantes de una nación homogénea. Estimulados por el gobierno de la época, cronistas, artistas viajeros y fotógrafos, construyen un corpus a partir del cual podemos descifrar los códigos que nos permiten entender la mirada que se instala en la sociedad acerca de los pueblos originarios. Tal como se desprende de las palabras de Rafael Sagredo:

“La investigación científica, el trabajo intelectual y la creación artística, resultaron instrumentos imprescindibles en este proceso de hacer posible una realidad llamada Chile, a partir de la cual se logra planificar el futuro de la comunidad que contiene; aprovechar las riquezas naturales y enfrentar creativamente los desafíos que impone el medio y la evolución histórica”⁷¹.

En este sentido, es importante entender cómo se formó la identidad del “pueblo chileno” y cómo se ha ido concibiendo el imaginario social en torno al pueblo *mapuche*. A lo largo de este texto nos proponemos identificar cómo han influido los relatos e imágenes en la forma en que percibimos y en la creación e instalación de distintos imaginarios sociales.

ANTECEDENTES TEÓRICOS

Concepto de imaginario social

Uno de los principales autores que ha desarrollado el concepto de *imaginario social* ha sido Cornelius Castoriadis, filósofo y psicoanalista griego, quien lo describe como un conjunto de representaciones compartidas en forma de ideales que son comunes para un grupo social determinado. Estas representaciones son tomadas de los simbolismos sociales que cada sujeto tiene acerca de sí mismo y de su entorno, desde donde es capaz de percibir las diferencias y divisiones para, posteriormente legitimarlas e instaurarlas como poder.

“Llamo imaginarias a estas significaciones porque no corresponden a elementos ‘racionales’ o ‘reales’ y no quedan agotadas por referencia a dichos elementos, sino que están dadas por creación, y las llamo sociales porque sólo existen estando instituidas y siendo objeto de participación de un ente colectivo impersonal y anónimo”⁷².

⁷¹ Sagredo, Rafael. *La ruta de los naturalistas. Las huellas de Gay, Domeyko y Philippi*, 12.

⁷² Castoriadis, Cornelius. *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*, 68.

La sociedad trata constantemente de organizar e institucionalizar los imaginarios sociales para legitimarlos y darles sentido. Estas significaciones instituidas favorecen las nuevas producciones imaginarias, las cuales están en constante tensión con dos dimensiones del imaginario social: el imaginario radical y el efectivo. Se entenderá por imaginario radical a “la capacidad de hacer surgir como imagen algo que no es”⁷³, y por imaginario efectivo serán considerados aquellos productos de lo imaginado, las significaciones institucionalizadas en una sociedad⁷⁴.

Considerando la conceptualización del imaginario social propuesta por Cornelius Castoriadis, Denise Jodelet cree que: “las representaciones sociales se presentan bajo formas variadas, más o menos complejas. Imágenes que condensan un conjunto de significados; sistemas de referencia que nos permiten interpretar lo que nos sucede, e incluso, dar sentido a lo inesperado[...]”⁷⁵.

Por otra parte, el sociólogo chileno Manuel Baeza⁷⁶ define “imaginario social” como múltiples y variadas construcciones mentales que comparten la significación práctica del mundo y en una perspectiva más amplia, destinadas a dar un sentido existencial. Además, se centra en una mirada histórica prolongada, en su investigación “Imaginarios sociales dominantes de otro inferiorizado: el caso indígena en Chile” considera al menos, cuatro imaginarios sociales radicales⁷⁷, como los definió Castoriadis pero en el contexto del pueblo *mapuche*.

1. Imagen positiva utilitarista: *guerrero indómito* (Independencia); “El primero valoriza el coraje indio frente al conquistador español, su bravura y su carácter indómito”⁷⁸, esta imagen de acuerdo a varios historiadores se utilizó para someterlos a la esclavitud, pero según el autor lo determina como una imagen positiva utilitaria de la oposición y resistencia del indígena al sometimiento del conquistador.
2. Imagen negativa: *indio perezoso* (segunda mitad del siglo XIX); durante el periodo de la “Pacificación de la Araucanía” se ve al indígena no de forma inclusiva, sino, más bien, de forma negativa actitud promovida por algunos historiadores como Diego Barros Arana, quien crea relatos donde se someten a juicio las costumbres y creencias del pueblo *mapuche*. “Todas las relaciones que tenemos nos pintan a esos indios como perezosos e imprevisores. El trabajo industrial y productivo era, según sus ideas, indigno de los hombres, y sólo debía ser confiado a las manos de las mujeres. [...] Sus facultades intelectuales habían alcanzado, tal vez, menos desarrollo que sus facultades morales. Eran incapaces

⁷³ Castoriadis, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad*, 220.

⁷⁴ *Ibid.*

⁷⁵ Jodelet, Denise. “*La representación social: Fenómenos, concepto y teoría*”, 472.

⁷⁶ Baeza, Manuel Antonio. “*Imaginarios sociales dominantes de otro inferiorizado: el caso indígena chileno*”.

⁷⁷ Baeza, *op. cit.*, 7.

⁷⁸ *Ibid.*

de fijar su atención en ninguna idea superior a la satisfacción inmediata de sus necesidades materiales”⁷⁹. Estas mismas ideas las podemos encontrar en los autores que rescatamos en este libro.

Es en este periodo que se cuestiona su forma de trabajar la tierra porque es comparada con la forma occidental europea fomentada por los colonos alemanes al sur de Chile. De acuerdo Manuel A. Baeza, se estigmatiza al indígena como no evolucionado, como ladrón o borracho que imposibilita el proceso de “civilización”.

3. Imagen negativa y luego neutra: *indio inexistente* (siglo XX); según Manuel Baeza es en el siglo XX donde se logra la invisibilización absoluta del indígena, ejemplificando con los textos escolares donde los indígenas eran representados como figuras heroicas del pasado épico, que no proyecta su identidad en el presente ni el futuro. Durante el Estado dictatorial (1973-1989), además se deshicieron los logros de la reforma agraria, devolviéndoles los territorios a los dueños anteriores, con lo cual se facilitó la introducción de las empresas forestales.
4. Imagen negativa: *indio subversivo* (nueva conciencia identitaria indígena en América Latina a fines de siglo XX). Manuel Baeza plantea que el imaginario social anterior se debilitó, generando una irrupción repentina del indígena y despertando una conciencia identitaria en diversos países del continente. Se establecen las reivindicaciones territoriales poniendo de manifiesto la usurpación histórica y la expansión de las empresas forestales en el sur de Chile. A partir de estas demandas se han producido enfrentamientos con las fuerzas policiales, que han motivado a la prensa ligada al empresariado a promover una imagen del indígena como un peligro asociado al terrorismo.

Considerando los imaginarios sociales descritos por Manuel Baeza, es posible hacer una mirada retrospectiva que nos permite identificar en los registros visuales o narrativos, casos específicos que han orientado una mirada social de la identidad del pueblo *mapuche*. En este sentido, Milan Stuchlik⁸⁰ profundiza en este tema estableciendo una taxonomía de cinco imágenes estereotipadas del pueblo *mapuche*. Un buen ejercicio que apoya esta tesis, es el análisis de los documentos elaborados por los primeros naturalistas que exploraron el territorio en el que el pueblo *mapuche* luchó por resistir, primero, los embates físicos y culturales de los invasores españoles y, después, del Estado de Chile.

⁷⁹ Barros Arana, Diego. *Historia general de Chile*, 136-137.

⁸⁰ Cfr. Stuchlik, Milan, “*Las políticas indígenas en Chile y imagen de los mapuches*”, 166. El autor establece cinco diferentes imágenes estereotipadas de los mapuches: 1) El periodo de los guerreros valientes y bravos desde el comienzo de la Conquista hasta aproximadamente la década de 1840. 2) El periodo de los bandidos sanguinarios desde 1840 hasta la llamada pacificación del territorio mapuche (1893). 3) El periodo de los indios flojos y borrachos, desde 1893 hasta la década de 1920. 4) El periodo de la “carga y responsabilidad del hombre blanco”, desde la década de 1920 hasta la década de 1960. 5) El periodo de salvajes gentiles a los que falta solo la educación desde la década de 1960.

1. El registro de los naturalistas

El contexto en el que se produjeron los textos que en este libro recopilamos, cabe mencionar que son contemporáneos a los trabajos de Claudio Gay, Ignacio Domeyko y Rudolfo Philippi, destacados naturalistas, que se centraron en registrar imágenes y relatos de la naturaleza, de la sociedad chilena, así como también de los *mapuche* y de la zona geográfica denominada “La Frontera”. A continuación analizaremos parte del trabajo desarrollado por estos autores que se relaciona con la construcción del imaginario social del pueblo *mapuche*.

1.1. Claudio Gay

Hacia 1828, el gobierno chileno decide contratar al naturalista Claudio Gay, de origen francés, para que investigue la geografía en sus diversos aspectos como la flora, fauna y costumbres del territorio chileno. Sin duda, esta tarea la cumplió con creces, generando textos que hablaban de la historia, el territorio y los aspectos culturales de Chile, acompañados de imágenes y mapas. Para poder llevar a cabo este trabajo tuvo que realizar extensas expediciones a lo largo del territorio y compartir con los pueblos indígenas. Esta instancia le permitió crear una serie de ilustraciones que dan cuenta de sus costumbres.

“Durante sus viajes por el territorio chileno Claudio Gay recolectó información acerca de su fauna, flora y, por supuesto, de los grupos humanos que habitan en ella. En su periplo por las tierras meridionales conoció personalmente a los mapuches, que en ese entonces eran conocidos popularmente como ‘araucanos’⁸¹.”

Si bien se considera un aporte notable el registro histórico de los distintos ámbitos culturales, no podemos dejar de mencionar que sus trabajos manifiestan la organización visual y estética eurocentrista, y esto determina en gran manera la organización espacial, compositiva y anatómica de los retratados, y esto de algún modo, fue condicionando la forma en que se miraba a los “araucanos” en esa época. En el libro *Álbum de un viaje por la República* se establece:

“La sola existencia de una obra como la compuesta por Claudio Gay a mediados del siglo XIX muestra la intención de ofrecer una visión amplia de la realidad en Chile. En él se produce la conjugación entre el afán por el estudio de la naturaleza

⁸¹ Gay, Claudio. *Álbum de un viaje por la República de Chile*, vol. 1. 168. De acuerdo al texto se reconoce a Claudio Gay como uno de los referentes más importantes en la publicación de imágenes de las costumbres e iconografía mapuches. Él además escribió sobre sus costumbres y estilos de vida en el texto “Notas sobre los mapuches”.

y el de la sociedad; entre la descripción del ambiente natural y la exposición de la realidad social generada por el desarrollo de la humanidad en el territorio chileno”⁸².

Estos registros visuales que se transforman en documentos de valor histórico nos permiten analizar cómo desde el gobierno, influido por las ideas de Diego Portales, se potencia la imagen de un Estado-nación homogéneo. Si analizamos las ilustraciones realizadas por Claudio Gay, estas describen escenas cotidianas y paisajes naturales, entre las que se destacan el *Juego de la chueca*, *Un Machitún*⁸³, *Araucanos*, *Entierro del Cacique Cathiji en Guanegüie*, *Pinares de Nahuelbuta*, *Vista del volcán Antuco*, *Caza a los guanacos*, *Vista de la laguna Laja*, *Molino de Puchacay* y *Salto del Laja*. Este tipo de ilustraciones dan cuenta del interés que despertaron en él los episodios históricos y las costumbres propias del pueblo *mapuche*, aunque cabe decir que el artista los pensó como parte de lo que en ese tiempo se consideraba chileno. En este sentido, Rafael Sagredo dice:

“En esta simbiosis, y como ocurría también posteriormente con otros autores, en la visión de Gay hay que estar atento a distinguir al indio histórico del mestizo que le toca conocer. El escritor separó al indígena en un contexto histórico de lucha por su existencia, corrientemente ponderado, del pueblo mestizo como un actor social real, normalmente caracterizado a partir de sus carencias. Diferenció al pueblo como fuerza de trabajo, calificado de indolente y flojo, del indio que dio origen, corrientemente apreciado como ejemplo de espíritu guerrero y bravura, propio de su amor por la libertad”⁸⁴.

Estos escritos dan cuenta del imaginario social del *mapuche* que se moviliza a mediados del siglo XIX, caracterizado por apreciaciones acerca de su forma de trabajo, su organización social y por un realce de sus características guerreras. Encontramos entonces, desde la mirada de Manuel Baeza, al mismo tiempo al *guerrero indómito* al *indio perezoso* como construcciones propias de este tiempo, que ponemos en cuestión.

1.2. Ignacio Domeyko

Científico polaco contratado en 1838 por el gobierno chileno para desempeñarse como profesor de Química del liceo de Coquimbo y del Instituto Nacional. También es recordado como un colaborador fundacional de la Universidad de Chile. Durante su estancia en nuestro país promovió la incorporación de tecnología y conocimientos científicos del área de la minería. Adicionalmente, realizó distintas excursiones por el “territorio nacional”, con el fin de conocer la geografía y la cultura chilena.

⁸² Gay, *op. cit.*, 28.

⁸³ Ceremonia de sanación; diagnóstico y/o tratamiento de un enfermo que está oficiada por la Machi, la principal entidad médica, religiosa, consejera y protectora del pueblo *mapuche*.

⁸⁴ Sagredo, *op. cit.*, 37.

En uno de sus textos, *Memoria sobre la colonización de Chile*, describe el proceso de colonización de la región de Valdivia, centrándose en el área de producción agrícola. En dicho relato se establecen comparaciones en el uso de terrenos cultivables por parte de los colonos alemanes y de los *mapuche*, con lo que instala la idea de que el *mapuche* desaprovecha las posibilidades productivas de los terrenos. Esta mirada occidental, orientada a la productividad de las tierras no considera la relación cultural que tiene el pueblo *mapuche*, basada en la subsistencia de las comunidades más que en la producción masiva con fines comerciales. Esto refuerza ese imaginario social establecido por Manuel Baeza del *indio perezoso*, incapaz de aprovechar el rendimiento productivo que le ofrece la tierra.

Por otra parte, realizó en 1845 un viaje a “La Araucanía”, a partir del cual escribe el ensayo *La Araucanía y sus habitantes*. Allí se describe la evangelización de los pueblos indígenas y su “civilización”. En esta publicación se centró en tres ejes temáticos: el primero, tiene relación con la geografía y la naturaleza de la región de la ahora llamada Región de La Araucanía; el segundo hace alusión al estado moral en que se encontraban los indígenas; y el tercero aborda las posibles causas que se impiden hasta ese momento civilizar al pueblo *mapuche*.

Si bien son relatos que están contextualizados en la época en que él recorre “La Frontera”, llama la atención la mirada que tiene acerca del proceso de civilización impulsada por el Estado chileno, considerando diversos aspectos culturales y sociales que, a su juicio, debieron estar presente. También analizó las implicancias de las políticas aplicadas y cómo estas fueron influyendo en la relación del pueblo *mapuche* con el chileno. En este sentido, declara:

“De esto sin duda viene de los chilenos que han militado contra los indios sin haberlos tratado en tiempos de paz, les han cobrado un odio invencible, i los tienen por traicioneros, bárbaros i crueles, sin reflexionar que el indio en tiempo de guerra, representa lo que fueron para nuestros antepasados ántes del cristianismo, i lo que nosotros somos cuando las pasiones, el egoísmo i la malicia se nos atraviesan”⁸⁵.

Sistematiza una serie de antecedentes que contribuyen a una descripción de las conductas sociales del pueblo *mapuche* que se alejan de las intensiones políticas de los gobiernos de la época más bien orientadas a la explotación de las áreas agrícolas y ganaderas del sur de Chile.

1.3. Rudolf Philipp

Originario de Alemania, arribó a Chile en 1848 con la misión gubernamental de dirigir el liceo de Valdivia y, posteriormente, el Museo Nacional. El trabajo de Phi-

⁸⁵ Domeyko, Ignacio. *Araucanía y sus Habitantes. Recuerdos de un viajero en las provincias meridionales de Chile en los meses de enero i febrero 1845*, 64.

lippi es valorado como un gran aporte en el desarrollo de la ciencia en Chile, ya que realizó numerosas expediciones por el territorio, las que le permitieron crear una serie de textos donde recopila, clasifica y describe el patrimonio natural. También crea un conjunto de obras, con carácter de registro con fines científicos y otras ilustraciones que tienen un énfasis más descriptivo, donde representa los rasgos y las características de las vestimentas y costumbres de los pueblos locales.

Si bien demostró un creciente interés por el rescate de lenguas originarias del norte del país, su larga estadía en el sur de Chile le permitió compartir con colonos y *mapuche*, donde advirtió las diferencias que entre ellos se comienzan a gestar producto de la constante comparación que se hace entre estos dos grupos en la administración y cultivo de las tierras. En sus memorias, describe los procedimientos que se establecen para la asignación y compra de terrenos, que dan cuenta de la desigualdad en la toma de decisiones por parte del Estado de Chile.

En su obra visual, ilustraciones del paisaje y de las costumbres de los lugares que recorrió, que dan origen a un registro científico de especies, se refuerza, al igual que en la de Domeyko, el imaginario del *indio perezoso* asociado a la producción agrícola en la zona sur del país.

2. La mirada de un artista

Durante el siglo XIX, fueron numerosos los artistas viajeros que atraídos por los relatos de los románticos deciden aventurarse en América hispana, al igual que los autores que rescatamos en este libro. Esta curiosidad es generada por los mitos de los salvajes y los imaginarios paisajísticos creados por Alexander von Humboldt, Friedrich Schiller y François-René Chateaubriand, los que tuvieron una buena acogida en el público de Europa. En menor cantidad podemos encontrar a los artistas visuales que recorrieron el continente, entre ellos destacamos a Emeric Essex Vidal⁸⁶ y Charles Henri Pellegrini⁸⁷ en Argentina, Jean-Baptiste Debret⁸⁸ en Brasil, Edward Walhouse Mark⁸⁹ en Colombia, Claudio Linati⁹⁰ y Carl Nebel en México, Claudio Gay⁹¹, Mary Graham y Johann Moritz Rugendas en Chile⁹². Cada uno de ellos, en sus obras, deja plasmadas sus experiencias. En el caso específico de Chile, es importante destacar la labor realizada por Johann Moritz Rugendas, quien desarrolló un arte costumbrista

⁸⁶ Pagano, José León. *Historia del arte argentino*.

⁸⁷ Cfr. Corsani, Patricia V. “El ‘perpetuador’ del Buenos Aires antiguo. Rescate y revalorización de la obra de Carlos Enrique Pellegrini: la exposición-homenaje del año 1900”, 95-135.

⁸⁸ Cfr. Lima, Valéria. *J.B. Debret Historiador e pintor*.

⁸⁹ Romero Sánchez, Guadalupe. “Las acuarelas de Edward Walhouse (Málaga, 1817-Norwood, 1895)”, 287-316.

⁹⁰ Ramírez Rojas, Fausto. *Arte del siglo XIX en la ciudad de México*.

⁹¹ Cfr. Gay, *op. cit.*

⁹² Cfr. Diener, Pablo. *La obra de Juan Mauricio Rugendas. Ilustrando su viaje a través de Chile 1834-1842*.

donde se representaban escenas detalladas del entorno social y geográfico de nuestro país y otros que visitó en América.

2.1. Johann Moritz Rugendas

En su obra, este connotado artista romántico alemán, que llegó a Chile en 1834, presenta diversas situaciones del ámbito intelectual y moral de la cultura en Chile. Vivió en el país desde 1834 a 1842, tiempo durante el cual realizó una considerable cantidad de dibujos, acuarelas y unos ciento cincuenta óleos en los que fue capaz de plasmar su naturaleza, geografía, así como las costumbres y tradiciones de sus habitantes.

“Tres fueron los temas medulares en torno de los que giró su interés y los cuales se dedicó con especial ahínco: los araucanos, observados tanto desde una perspectiva etnográfica como en sus conturbadas relaciones con la joven república; el registro del paisaje andino, ejecutado en centenas de apuntes a lápiz y en unos cincuenta estudios a óleo; y las tradiciones y tipo populares, vistos a través de estudios puntuales de figuras características de la población del norte, centro y sur del país”⁹³.

En 1835, forma parte de una expedición hacia el sur de Chile, al territorio araucano. Aunque, según los relatos de historiadores, nunca penetró en tierras de dominio *mapuche*, solo habría transitado por los caminos controlados por las tropas chilenas.

Desde la conquista se establece la idea de que los *mapuche* eran un pueblo guerrero deseoso de poseer mujeres blancas; existen antecedentes de que esta actividad fue desarrollada hasta mediados del siglo XIX. Son varios los cronistas y artistas que se detienen a representar esta práctica, a pesar que existen obras que dan cuenta de ello, sin embargo no dejan registro que también existieron raptos de mujeres *mapuche* por parte de los españoles durante la conquista y por los chilenos durante la independencia.

Crea varias de sus obras dedicadas al rapto como una característica que se impone a los indígenas, contribuyendo a la conformación de este imaginario social de *guerrero indómito* establecido por Manuel Baeza. En la obra *El rapto de Trinidad Salcedo*⁹⁴, con dramatismo representa al *mapuche* como un salvaje de gran fuerza física, que con tensión sostiene el cuerpo de la mujer sobre el caballo, lo que trasmite una violencia contenida, personificando a las cautivas con las manos atadas y con una expresión devota, mirando al cielo, lo que se puede comparar con las mártires simbolizadas en el Renacimiento⁹⁵. Se presume que la información para crear esta escena la extrajo de

⁹³ Diener, *op. cit.*, 13.

⁹⁴ Cfr. La imagen puede ser revisada en el texto de Diener, *op. cit.*, 17.

⁹⁵ Cfr. Malosetti, Laura. *Rapto de cautivas blancas: Un aspecto erótico de la barbarie en la plástica rioplatense del siglo XIX (Hipótesis y discusiones)*.

un relato de Thomas Sutcliffe, un oficial inglés que trabajó al servicio del gobierno de Chile y que habría participado en el combate de las montoneras.

“[...] Rugendas quiso aparecer ante el público como un documentador de acontecimientos dramáticos, casi un cronista de las luchas que tenían lugar en estas tierras”⁹⁶. Muchas de las escenas pintadas por él son producto de esa tradición oral que brotaba de las tertulias santiaguinas o de lecturas previas, que se combinaban con su parcial conocimiento de la cultura *mapuche*. De esta forma, las obras de composición narrativa, abrieron paso a construcción de fantasías heroicas con connotaciones casi míticas del Pueblo *Mapuche* y el Chile republicano.

La producción realizada por el artista “[...] se distancia de la mirada romántica europea, afiliándose a la postura de esos escritores argentinos, al punto de, también él, representar al indio como un individuo peligroso, una fuerza hostil, que obstaculiza el proceso de civilización americana”⁹⁷. Trató de generar un diálogo entre su perspectiva como artista viajero y las miradas de los intelectuales de América, creando una serie de veinticinco episodios que nunca lograron ser publicadas.

Su estrategia visual fue crear una síntesis que lograra contener las particularidades de distintos imaginarios, los cuales fundió con la realidad que observaba. Sus obras se caracterizan por generar una imagen del indígena heroico y valiente, y a las mujeres las representaba con las vestimentas y ajuares de platería, incorporando las tendencias estéticas de la época.

“Siguiendo este método, Rugendas utilizó la lectura de viajeros para nutrir su conocimiento sobre Chile, las imágenes develan que su modelo o estereotipo lo tomó de Peter Schmidtmeier y Eduard Poeppig. Así también conoció en América relatos literarios que aportaban a configurar un modelo. Su producción sobre ‘lo indio’ no fue exclusivamente la copia de lo que posiblemente el observó, sino más bien de estereotipos e imágenes conceptuales que circulaban y que debió conocer”⁹⁸.

Sin duda, las expresiones discursivas en su obra, son una combinación de conceptos, tendencias estéticas e imaginarios que se integran para crear la imagen que representara al indígena y al territorio de las primeras décadas republicanas.

3. El aporte de la fotografía

A fines del siglo XIX se produce un cambio en la forma en que se realiza el retrato. Ya no solo es la imagen de un individuo captada por el pintor, sino que se incorporan

⁹⁶ Diener, *op. cit.*, 17.

⁹⁷ *Op. cit.*, 18.

⁹⁸ Gallardo, Viviana. “Rugendas. Artista viajero y su aporte a la construcción de la representación indígena”, 86.

nuevos medios expresivos como la fotografía. No solo se modifican los medios, sino también, la forma en que es concebido el retrato; pasa de ser una imagen fiel que establece con claridad la identidad de quien es retratado, a ser un paradigma distinto, donde no existe una identificación determinada de las personas retratadas.

A la fotografía que se practica en el sur de Chile se le ha atribuido la función de registro etnográfico sobre los indígenas de la zona. Sin embargo, en la actualidad esto ha sido discutido y analizado por distintos autores que cuestionan esta función. Por ejemplo, Patricio Toledo explica:

“Recordemos que estas fotografías son contemporáneas de uno de los períodos más complejos y violentos de las relaciones entre las comunidades de la Frontera y el Estado, conocido como *Pacificación de la Araucanía*, cuyo proyecto ideológico significó la integración de las comunidades mapuches a la administración de la República. A partir de este contexto, planteamos que la importancia de estas imágenes radica en su configuración como una nueva *frontera simbólica* en la cual se ha ido desarrollando las relaciones entre las comunidades mapuches y la sociedad chilena. Estas fotografías retratan a los protagonistas de aquella historia. Nos devuelve la mirada de los testigos”⁹⁹.

La masiva circulación en la sociedad chilena de esta temprana producción fotográfica, que posee un gran acervo iconográfico, la convirtió en un referente como eran los indígenas del sur del país. Son varios los fotógrafos que trabajaron realizando registros gráficos y retratos de los *mapuche*. Entre ellos podemos encontrar a Enrique Valck, Gustavo Milet y Obder Heffer, quienes dan cuenta de una estética e intención comunicativa centrada en dar a conocer las particularidades exóticas de los pueblos originarios.

“Es en este proceso de visibilización que podemos encuadrar la presencia de la fotografía en la Araucanía, particularmente aquella que se centró en sus habitantes indígenas. Fue este nuevo invento de la modernidad el que permitió capturar la imagen del mapuche ‘tal cual era’, trasladarla a diversos lugares y tiempos, a la vez que la reprodujo infinitamente. Así, asistimos a otro tipo de reducción del mapuche: a la consolidación y construcción de su imagen estereotipada de acuerdo a los cánones estéticos y a la ideología de la época”¹⁰⁰.

Margarita Alvarado, quien ha trabajado en distintas investigaciones relacionadas con el tema la construcción del imaginario *mapuche*, establece en su texto *Mapuche*.

⁹⁹ Toledo, Patricio. “La mirada de los testigos. Uso, reproducción y conflicto de la fotografía mapuche de finales del siglo XIX y principios del XX”, 38.

¹⁰⁰ Flores, Jaime y Azocar, Alonso. “Fotografía de los capuchinos y anglicanos a principios del siglo XX: La escuela como instrumento de cristianización y chilenización”, 79.

*Fotografías Siglo XIX y XX. Construcción y montaje de un imaginario*¹⁰¹, la representación de la fotografía *mapuche* como factor de configuración de la identidad étnica. Además analiza los íconos de la identidad grupal *mapuche* a través de la representación, montaje y discursos de un imaginario en la fotografía.

Es interesante el análisis que ella realiza acerca de los montajes escenográficos realizados por los fotógrafos para dar un contexto naturalista a las escenas de los retratados. Existe una posición crítica acerca de esta práctica que condicionó la occidentalización de los pueblos originarios. Al respecto expone lo siguiente:

“La representación de un individuo a través del retrato implicaba una construcción estética, un montaje cuidadosamente realizado según los variados recursos. Entre estos destacan particularmente dos: la escena y la pose. El artista hacía uso de una verdadera escenificación pictórica una dramatización a través del establecimiento de un entorno específico y una gestualidad predeterminada. Este montaje busca definir a los sujetos en cuanto su particular manera de actuar y comunicar al observador algo de los intereses voluntades y valores del individuo retratado”¹⁰².

El contexto específico en que se realizan estas fotografías ha trascendido a un terreno de la imaginación, transformándose en una presencia más o menos activa en la conciencia individual y colectiva de los chilenos. Estas representaciones iconográficas que se producen en un periodo histórico específico pasan a ser parte de nuestro imaginario, construyendo paradigmas de lo que se considera *mapuche*. “Constituyen más bien una construcción que obedece a los paradigmas estéticos europeos de conformación del retrato fotográfico que infiltran nuestro imaginario, creándonos un referente histórico y étnico equívoco”¹⁰³.

Los principios estéticos con los cuales se llevan a cabo estas fotografías de estudio tenían como propósito recrear un ambiente acorde con los códigos sociales de la época, pero, a su vez, también asociadas a las costumbres y prácticas sociales que tenían estos pueblos. Estos montajes fotográficos provocaron una interpretación distorsionada, puesto que se posiciona al retrato en un ambiente que no es el suyo, se condicionan los objetos, utensilios e indumentarias utilizados, siendo que ellos tenían otros códigos culturales, con lo que distorsiona la mirada que se tenía del pueblo *mapuche*.

“Para estos montajes, un elemento primordial para la representación era lo que podíamos llamar la ‘escena étnica’. Esta escenificación correspondía a una refinada instalación ejecutada con el fin de producir una ambientación elaboradamente

¹⁰¹ Cfr. Alvarado, Margarita; Mege, Pedro y Báez, Christian. *Mapuche fotografías siglos XIX y XX. Construcción y montaje de un imaginario*.

¹⁰² Alvarado, Margarita. “Pose y montaje en la fotografía mapuche. Retrato fotográfico, representación e identidad”, 14-15.

¹⁰³ Alvarado, *op. cit.*, 20.

dramática. Buscaba un efecto de veracidad para mostrar una realidad cultural exótica y diferente. Esta atmósfera se creaba a partir de la utilización de determinados espacios –abiertos o cerrados– que intentaban crear la ilusión de un paisaje y una naturaleza reales, complementadas con algunos recursos escenográficos que perseguían extender un cierto aire naturalista, con la instalación de troncos y ramas de árboles. Complementaban este montaje una refinada parafernalia constituida por artefactos propios de la vida cotidiana y doméstica de los *mapuche*, como telares, piedras de moler, jarros de cerámica y ollas instaladas sobre los fogones de arteificio”¹⁰⁴.

El fotógrafo Gustavo Milet, que se radicó en la ciudad de Traiguén, centró su trabajo en estos imaginarios. Para dicha tarea, ideó una serie de poses e instalaciones utilizando en muchas de ellas los mismos atuendos o ajuares de joyas donde con facilidad se reconocen reproducciones de piezas de muy baja calidad¹⁰⁵.

Si analizamos la fotografía denominada “Dentista araucano sacando una muela”¹⁰⁶ donde se muestra a una persona arrodillada y frente a él otra que sostiene un madero con la intención de golpear una mejilla, se observa la constante intención comunicativa de occidentalizar cada una de las acciones realizadas por los *mapuche*, mostrándolos como “incivilizados” a los ojos de extranjeros.

“La supuesta validez paradigmática de estas imágenes claves se apoya y fundamenta en el más sorprendente montaje. Desplegado por medio de una cuidadosa construcción, este arteificio prodigioso se materializa en el manejo de algunos recursos dramáticos y escenográficos por medio de los cuales fotógrafos como Valck, Milet y Heffer articulan una particular estética para sus imágenes”¹⁰⁷.

Creemos que estos “montajes escenográficos” contribuyen a una distorsión de la realidad, haciendo que el espectador reinterprete de acuerdo a los prejuicios y estereotipos instalados a través de las imágenes que promueven una percepción equívoca de la realidad, creyendo un medio mecánico como la fotografía, es garantía de fidelidad en la representación de una realidad.

“[...] el ignorar la profunda naturaleza de acto humano, connatural a la toma de fotografías, sumada a la manida e inexplicable persistencia de creer ingenuamente en la “objetividad” del fotograma, confunde a un público colectivo y genera un imaginario colectivo la mayor de las veces distorsionado por el protagonismo del registro mecánico”¹⁰⁸.

¹⁰⁴ Alvarado, *op. cit.*, 23.

¹⁰⁵ Cfr. La imagen se puede ser revisada en el texto: Azócar, Alonso, *Fotografía proindigenista. El discurso de Gustavo Milet sobre los mapuches*, 61.

¹⁰⁶ Cfr. La imagen se puede ser revisada en el texto: Azócar, *op. cit.*, 95.

¹⁰⁷ Alvarado, *op. cit.*, 21.

¹⁰⁸ Marinello, Juan Domingo. “La ‘mirada’ sobre el otro”, 11.

Las estrategias visuales utilizadas por distintos fotógrafos en “La Araucanía” respondieron a paradigmas estéticos de representación distintivos de la época, que fomentaron el uso de los montajes escenográficos para presentarnos una realidad construida desde una ideología determinada. Así, las imágenes se transformaron en una evocación de la realidad, más que el registro histórico o etnográfico de esta.

“El ejercicio de entender la fotografía a partir de este doble vínculo transforma nuestra simple individualidad en el registro de una memoria colectiva, en el acto de fotografiarnos desde adentro incluyendo nuestra realidad, nuestros prejuicios y obsesiones. Las fotografías como imágenes que circulan en la sociedad, condicionan nuestra forma de ver la realidad, pues apelan al dominio de lo simbólico, a través del cual nos comunicamos, creamos cultura y organizamos nuestro mundo”¹⁰⁹.

La fotografía fue un elemento más que contribuyó como una estrategia de poder. Al igual como sucede con las crónicas que rescatamos en este libro, transmite un imaginario acerca del pueblo *mapuche*. Es así que la pasa a ser un instrumento simbólico, que refuerza los paradigmas a partir de los cuales entendemos “lo *mapuche*”.

CONSIDERACIONES FINALES

El análisis desarrollado de los registros visuales y relatos muestran la construcción estigmatizada de una cultura ancestral que forma parte central de nuestra identidad, pero que ha sido históricamente manipulada por distintos intereses. Es de ahí que ponemos en foco la importancia de estudiar las producciones visuales como documentos. Dicha mirada permitiría que tales registros no sean considerados solo como láminas decorativas que se incorporan a los textos sin mayores análisis, sino “para dar nuevas respuestas o plantear nuevas cuestiones”¹¹⁰ extrayendo una valorable información que puede ser obtenida a través del análisis de ellas. En este sentido, las imágenes son una valiosa fuente de conocimiento, capaces de generar preguntas y respuestas nuevas respecto de cómo se ha dado esta construcción del Estado-nación chileno.

Este es el sentido de este texto, comprender cómo los relatos en general, y en particular, los que reeditamos en este libro, y las creaciones visuales han contribuido a la conformación del imaginario social del pueblo *mapuche*, desde las primeras ilustraciones y pinturas creadas por los artistas viajeros y científicos hasta la aparición de la fotografía. Aunque, en cada época los intereses involucrados en el uso de las imágenes han ido cambiando, desde la instalación en el imaginario colectivo en la colonia de

¹⁰⁹ Toledo, *op. cit.*, 37.

¹¹⁰ Burke, Peter. *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, 12.

los *mapuche* como un pueblo indómito y pasando por diversos matices, hasta hoy, donde se ha creado una imagen del indígena subversivo apoyada, con intensidad, por medios de comunicación.

Las imágenes son un registro particular de nuestro pasado, conformando una memoria, a momentos distante y extraña, que almacena en forma de retratos de sujetos históricos, que tienen como fin remitirnos a un pasado que se supone como verdadero. Las nuevas generaciones de *mapuche* están considerando las imágenes tomadas en siglo XIX y XX como parte de su historia y de la manera en que fueron vistos sus antepasados, miran desde ahí su historia pero entendiendo que existe la necesidad de producir nuevas imágenes que proyecten la situación actual de este pueblo. Pensamos que ahora se tiene la tarea de comprender cómo las nuevas generaciones quieren proyectarse a través de diferentes configuraciones visuales que están creando para la representación de su identidad.

Creemos que el ejercicio de rescatar estos textos nos ayuda a entender la construcción del imaginario en relación al pueblo *mapuche*, por lo que es importante ver y leer críticamente cómo se proyectan, para tener una percepción más completa de la imagen construida por la mirada occidental de sus cualidades e interioridad a lo largo de esta convivencia contradictoria de dos mundos que con dificultad asumen la convivencia de la diversidad del género humano.

REFERENCIAS

- Alvarado, Margarita. "Pose y montaje en la fotografía mapuche. Retrato fotográfico, representación e identidad". Alvarado, Margarita. *Mapuche. Fotografías Siglos XIX y XX. Construcción y montaje de un imaginario*. Vol. 1. Santiago: Pehuén, 2001: 13-27.
- Azócar, Alonso. *Fotografía proindigenista. El discurso de Gustavo Milet sobre los mapuches*. Temuco: Ediciones de la Universidad de La Frontera, 2005.
- Baeza, Manuel Antonio. "Imaginarios Sociales dominantes de otro inferiorizado: el caso indígena chileno". *XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*. México, 2005: 1-15.
- Barros Arana, Diego. *Historia General de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 1999.
- Burke, Peter. *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Editorial Crítica, 2005.
- Castoriadis, Cornelius. *Hecho por hacer. Pensar la imaginación*. Buenos Aires: Universitaria de Buenos Aires, 1998.
- . *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Editorial Tusquets, 1989.
- Deiner, Pablo. *La obra de Juan Mauricio Rugendas. Ilustrando su viaje a través de Chile 1834-1842*. Santiago: Origo, 2012.
- Domeyko, Ignacio. *Araucanía y sus Habitantes. Recuerdos de un viajero en las provincias meridionales de Chile en los meses de enero i febrero 1945*. Santiago: Imprenta Chilena, 1846.

- Flores, Jaime y Ázocar, Alonso. “Fotografía de capuchinos y anglicanos a principios del siglo XX: La escuela como instrumento de cristianización y chilenización”. *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria*, 14, 2006: 75-87.
- Gallardo, Viviana. “Rugendas, artista viajero y su aporte a la construcción de la representación indígena”. *Tiempo Histórico*, 4, 2012: 67-86.
- Gay, Claudio. *Álbum de un viaje por la República de Chile*. Ed. Hernán Maino. Vol. 1. Santiago: Origo, 2009.
- Jodelet, Denise. “La representación social: Fenómenos, concepto y teoría”. Moscovi, Sergei (coord.). *Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Editorial Paidós, 1986: 472.
- Lima, Valéria. *J. B. Debret Historiador e pintor*. Sao Paulo: Editorial Unicamp, 2007.
- Malosetti, Laura. *Rapto de cautivas blancas: Un aspecto erótico de la barbarie en la plástica rioplatense del siglo XIX (Hipótesis y discusiones)*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, 1994.
- Marinello, Juan Domingo. “La ‘mirada’ sobre el otro”. Alvarado, Margarita. *Mapuches. Fotografías Siglos XIX y XX. Construcción y montaje de un imaginario*. Vol. 1. Santiago: Pehuén, 2001: 10-11.
- Sagredo, Rafael. *La ruta de los naturalistas. Las huellas de Gay, Domeyko y Philippi*. Ed. Max Donoso Saint. Santiago: Max Donoso Saint, 2012.
- Stuchlik, Milan. “Las políticas indígenas en Chile y imagen de los mapuches”. *Revista CUHSO, Cultura-Hombre-Sociedad*, 2, 1985: 159-194.
- Toledo, Patricio. “La mirada de los testigos. Uso, reproducción y conflicto de la fotografía mapuche de finales del siglo XIX y principios del XX”. Alvarado, Margarita. *Mapuche. Fotografías Siglos XIX y XX. Construcción y montaje de un imaginario*. Santiago: Pehuén, 2001: 37-46.

ARAUCANÍA WALLMAPU

Samuel Quiroga - Lorena Villegas*

*A mi compañero Pablo Cayuqueo Huiriman*¹¹¹

[la] invasión militar chileno y argentino sobre el Wallmapu, con la consiguiente imposición de todo el sistema estatal, supuso la eliminación de “la diferencia”, la sustitución en los individuos *Mapuche* de su alma colectiva por otra, en realidad dos, diferente y única: la nacionalidad e identidad chilena y argentina. Pero demasiada acentuación de lo distinto hasta los límites de la violencia militar con todas las secuelas de muerte, pillaje, empobrecimiento y humillación sufrida por los Mapuche parece nada más destinado a preservar su “otredad” como colectivo social y político.

José Millalen¹¹².

El *imago mundi* es una abstracción compartida que condiciona la forma en que los miembros de un grupo social observan el mundo que los rodean. Su estructura, siempre abstracta, subjetiva y reelaborada constantemente, es comunicada a través de diversos medios de expresión como la palabra –hablada y escrita–, la imagen, el sonido, el olor, el sabor... Y como representación, sin duda, se trata de una construcción cultural susceptible a ser manipulada y utilizada socialmente por las distintas fuerzas que se debaten entre el poder o la resistencia. Por lo tanto, cuando se estudian las distintas subjetividades a partir de las que se elabora la “visión de mundo” de una colectividad más que todo importa entender el *porqué* y el *para qué*, vale decir, cómo han sido pensada, cómo es que fue construida y qué intereses las legitimaron como verdad.

* Profesores del Departamento de Artes de la Facultad de Artes y Humanidades de la Universidad Católica de Temuco, Chile.

¹¹¹ Agradecemos, por las discusiones y las lecturas críticas, las observaciones y correcciones, especialmente a Pablo Cayuqueo Huiriman, como también a Hamilton Lagos, Juana Pérez, Leslye Palacios, Renzo Vaccaro y Gertrudis Payas.

¹¹² Millalen, José. “Taiñ mapuchegen. Nación y nacionalismo Mapuche: construcción y desafío del presente”, 247.

Durante el avance del colonialismo occidental, uno de los dispositivos que acudieron a la construcción de la visión de mundo europea respecto de los territorios ultramarinos fueron las expediciones de exploración. Paralelamente, la salida del europeo hacia lo exótico en la búsqueda de la integración política de territorios susceptibles de ser explotados requirió de una subjetividad que justificara la invasión, el saqueo y el exterminio de los pueblos con los que se iba topando. Así, se convenció de que todos los pueblos no europeos estaban constituidos por razas inferiores y atrasadas, idea con la que el colonizador se justificó a sí mismo otorgándose la misión divina de sacar a estos pueblos bárbaros de su paganismo e incorporados a la civilización. Sin embargo, bajo esta retórica expiatoria del hombre blanco europeo subyace una estrategia: en la medida que iba transformando y renombrando poblaciones y territorios, iba imponiendo no solo sus estructuras políticas o económicas, sino también sus estructuras psicológicas.

Quienes se niegan a aceptar la “civilización” y su consecuente “progreso” no solo eran considerados salvajes, sino que de inmediato se convertían en un obstáculo que merecía su eliminación. Pero, ¿en razón de qué se puede concebir la masacre de una población? Antes de llevar adelante cualquier proyecto exterminador es necesario crear una subjetividad que justifique la matanza. Así, la violencia del lenguaje o lo absurdo de algunas afirmaciones surge de una necesidad política y económica. Lo sorprendente de esto es que muchos de aquellos paradigmas semánticos aún sigan siendo utilizados por los discursos neocolonizadores, y que obedezcan a los mismos propósitos. De ahí la necesidad de analizar la manera en que se construye el imaginario respecto del indígena, y el porqué nos interesa analizar la visión de mundo que acude a la construcción del imaginario de La Araucanía. Sobre todo, nos convoca explorar críticamente un medio de expresión que ha sido central en la construcción de esta cosmovisión: la palabra.

La construcción de templos cristianos sobre espacios sagrados ancestrales, la superposición de celebraciones cristianas sobre las fiestas de los pueblos originarios o que el cerro Huelen haya sido renombrado como Santa Lucía, son solo algunos ejemplos —de una larga lista— de cómo se llevó a cabo el proceso de disolución de las identidades culturales particulares y locales¹¹³ de América. En este sentido, la operación de renombrar y de representar a un otro —en este caso, los habitantes del *Wallmapu*: los *mapuche*¹¹⁴— como araucano y a su territorio como Araucanía surge como estrategia semántica del avance colonizador de la corona española. Por lo tanto, desde un principio se definió al pueblo *Mapuche* desde la negación, y quedó establecida la manera en que se daría la relación entre ambos grupos humanos.

La diversidad cultural es un elemento consustancial a la condición de ser humano, tanto en su universalidad, en cuanto especie, como en su particularidad, en cuanto

¹¹³ Gema Rojo, en entrevista en el programa de la radio de la Universidad de Chile, *Caleidoscopio*, emitido el 30 de mayo de 2015.

¹¹⁴ En este texto, hemos optado por la palabra en su lengua lo más cercano al original.

individuo. Sin embargo, en Chile, por una parte, observamos una operación sistemática que insiste en hegemonizar, desde lógicas capitalistas neocolonizadoras, una chilenidad que no logra asentarse en los pueblos originarios. Y, por otra parte, estos pueblos se resisten a los modelos de una modernidad que sienten ajena y proclaman su derecho a la libre autodeterminación. Es por eso que rastrear los dispositivos a partir de los cuales se han construido imaginarios y subjetividades que han generado estas tensiones, que no pocas veces han entrado en colisión, es un ejercicio que asumimos como un intento de entender en parte las cosmovisiones antagónicas que dieron origen al conflicto entre el Estado de Chile y el Pueblo *Mapuche*.

Tras los movimientos de independencia de comienzo del siglo XIX, los nuevos Estados nacionales americanos, entre esos Chile, desplegaron un creciente proceso de uniformación, cuya prioridad era inventar una identidad y lograr la integración política de territorios que en la mayoría de los casos eran culturalmente diversos. Pero la construcción de la identidad nacional planteaba la necesidad de crear la ficción de la homogeneidad socio-cultural, por lo que se da inicio a un proceso de neocolonización de los diversos pueblos que habitaban estos territorios. Vale decir, una vez más se ponían en marcha aquellos dispositivos que se requieren para crear una subjetividad que justifique el exterminio.

A partir de estas ideas, nos hemos propuesto revisar críticamente un proyecto desarrollado por el gobierno de Chile en 1914, el cual consistió en encargar a la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

“la traducción y publicación en castellano de las obras escritas en otros idiomas que estimara del caso a fin de continuar la *Colección de autores extranjeros relativos a Chile*”¹¹⁵.

En nuestra opinión, lo que se buscaba con este tipo de publicaciones era poner en circulación ideas que justificaran la operación militar que hacia fines del siglo XIX había invadido el *Wallmapu*. Organizada en conjunto por Chile y Argentina, y llamada eufemísticamente “Pacificación de la Araucanía” y “Campaña del Desierto”, respectivamente, el objetivo político de esta operación en extremo violenta fue despojar de su territorio al Pueblo¹¹⁶ *Mapuche* mediante su aniquilación.

Los textos que exponemos en este libro han sido rescatados para complementar toda una gama de publicaciones producidas en el último tiempo¹¹⁷, que sin duda son el

¹¹⁵ Ricardo Latham E., “Prólogo”, III.

¹¹⁶ Como aclaramos más adelante, en el ámbito internacional, se reconoce el derecho a la autodeterminación de los pueblos, por tal razón cada vez que menciono al Pueblo *Mapuche*, lo hacemos con mayúscula para poner énfasis en esta condición, aún no reconocida por el Estado de Chile.

¹¹⁷ Cfr. Bengoa, José. *Historia del pueblo mapuche*. Santiago: Lom, 2000, 6ª edición [1ª edición: Ediciones Sur, 1985]. Villegas Lorena, Juana Pérez y Rodrigo Gallardo. *Dominga Neculmán: Arcilla tierra viva. Temuco: Universidad Católica de Temuco Ediciones*, 2011. AA.VV., *Ta iñ fijke xipa rakizuameluwün. Historia, colonialismo y resistencia desde el país Mapuche*. Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche,

reflejo de las inquietudes e intereses que se dan en torno al conflicto entre el Estado de Chile y el Pueblo *Mapuche*. Sin embargo, creemos que la transcripción de estos textos no puede ser publicada sin un análisis de los relatos de estos viajeros que a mediados del siglo XIX se internaron, según sus palabras, por “la Araucanía”. Sobre todo cuando estas crónicas nos ponen una vez más frente a imágenes que retratan a los *mapuche* como ladrones, borrachos, bárbaros, salvajes, asesinos, indolentes y flojos...

“Burgos, nuestro baqueano, nos mostró un cerro arenoso, diciendo que detrás de él se encontraba Los Ángeles. ‘Aquí fue’, nos explicó, donde aparecieron en tiempo de la guerra de la Independencia, miles de indios y en el transcurso de varias horas saquearon y quemaron toda la ciudad, en seguida se dirigieron a Yumbel. Con el vino que allá encontraron se embriagaron de tal manera, que los patriotas pudieron expulsarlos. Más tarde destruyeron la ciudad, lo mismo Nacimiento. En su avance al Norte llegaron hasta Chillán. Guiados por un oficial español, Pincheira, incitando a estas hordas salvajes al saqueo, al robo y al asesinato, esparcieron el terror y el espanto entre los pobladores de estas provincias”¹¹⁸.

“[...] el araucano es indolente y flojo. La embriaguez sólo le hace salir de su inherente flojera”¹¹⁹.

“[...] la borrachera está generalizada; ellos abusan de las bebidas alcohólicas, [...]”¹²⁰.

Estas afirmaciones fueron hechas en el marco de expediciones que se realizaron en el territorio *mapuche* entre 1847 y 1855¹²¹, época en que Inglaterra y Francia financiaban expediciones a todo el mundo para estudiar y clasificar la geografía física y humana, con el evidente propósito de ampliar el mercado de materias primas y de consumidores de sus productos manufacturados. Compuestas por científicos, comerciantes, artistas o escritores, las hay de todo tipo. Entre los científicos destacan Charles Darwin (1809-1882), Claudio Gay (1800-1873), Ignacio Domeyko (1802-1889), Rodulfo Amando Philippi (1808-1904) y Pedro José Amado Pissis (1812-1889). César Maas, uno de los autores que rescatamos, menciona a Domeyko y Philippi como funcionario del gobierno de Chile.

2012. Comunidad Indígena Forrahue, Bernardo Colipán. *Forrahue. Matanza de 1912*. Osorno, 2102. Zavala, José (Editor). *Los parlamentos hispanos-mapuches, 1593-1803: Textos fundamentales*. Temuco: Ediciones Universidad Católica de Temuco, 2015, entre otros.

¹¹⁸ Maas, César. “Viaje a través de las provincias australes de la República de Chile desde enero hasta junio de 1847 (Extracto)”, 21.

¹¹⁹ Ried, Aquinas. *Diario de viaje efectuado por el doctor Aquinas Ried desde Valparaíso hasta el Lago Llanquihue, y de regreso (7 de febrero de 1847 al 30 de junio del mismo año)*, 69.

¹²⁰ Delaporte, Henri. “Recuerdos de viaje. Una visita donde los araucanos”, 18.

¹²¹ Maas, *op. cit.*; Ried, *op. cit.*; Reuel Smith, Edmond. *Los araucanos. Notas sobre una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile Meridional*; Bardel, Agustín. “Araucanos. Excursión del señor Bardel, vicecónsul de Francia en Concepción de Chile”; Delaporte, *op. cit.*

“El 13 de febrero hicimos una visita a don Ignacio Domeyko, un polaco que había estudiado Mineralogía en Alemania y que era en la actualidad profesor de la Universidad de Chile.

Ha publicado también varias obras en el país y es un hombre muy preparado. Nos interesó mucho su Araucanía, pero más nos llamó la atención su relato sobre los pobladores y la tierra que habitan. Él piensa realizar una nueva expedición a aquellas hermosas regiones. Pero nos atemorizó bastante insistiendo en lo molesto de esos viajes, poniendo de relieve el frecuente robo de caballos, el carácter indómito de los indígenas, etc. Todo lo atribuimos a su falta de energía y a su debilidad general. Él nos dio la dirección de Philippi. Lo encontramos cuatro cuadras más abajo, en el borde de la ciudad, viviendo en la hermosa quinta de Schmigilski. Allá vivía con el ingeniero Döll. Ambos habían estado algún tiempo en Valdivia y sus alrededores. Philippi tiene ahora un empleo fiscal de ingeniero. Junto con él, hicimos una visita al Ministro de Justicia, don Salvador Sanfuentes, que había sido intendente de la provincia de Valdivia y se mostraba muy interesado por su progreso. Su Señoría estaba en su estudio en mangas de camisa. Claro que no estaba en situación de sospechar que a las ocho de la tarde recibiría visita. Se disculpó, nos recibió con mucha amabilidad y prometió tenernos los pasaportes y otros documentos que necesitábamos”¹²².

Entre los artistas podemos mencionar a los franceses André-Auguste Borget (1809-1877), Ernest Charton (1815-1877); los ingleses Charles Wood (1792-1856), Thomas Somerscales (1842-1927); los alemanes Johann Rugendas (1802-1858), Otto Grashof (1812-1876), Kart Alexander Simon (1805-1852); los italianos Giovatto Molinelli (activo en Chile desde 1858 a 1861), Juan Bianchi (1817-1875), por mencionar algunos. Sus representaciones tuvieron varios usos en el siglo XIX: comercialmente circularon como estampas coleccionables, como parte de álbumes de viajes o bien como ilustraciones de revistas como *La Tour du Monde*¹²³ o *La Ilustración*. Formaron parte de las “curiosidades”, junto a las estampas de “trajes y costumbres” que fueron tan del gusto del público europeo, ávido de conocimientos e imágenes de las regiones más remotas del planeta¹²⁴. Entre los cronistas destacan Edward Poepping (1798-1868), Samuel Haigh (1795-?), Alexandre Caldgleugh (1795-1858), Mary Graham (1785-1842), Gabriel Lafond de Lurcy (1802-1876) y los que rescatamos en este libro¹²⁵.

Estos viajes no son simplemente travesías de aventureros inocentes que recorren un territorio registrando información desinteresada, sino que están directamente relacionados con un expansionismo neocolonial. Tres siglos antes, la corona de España había desarrollado durante la conquista procedimientos muy parecidos. El avance co-

¹²² Maas, *op. cit.*, 7.

¹²³ Esta era editada por el hermano de Ernesto Charton, de hecho la obra de este último circularon a través de este medio. Agradecemos a Gloria Cortés esta información.

¹²⁴ Laura Malosetti Costa, *Pampa, ciudad y suburbio*

¹²⁵ Henri Delaporte, Agustín Bardel, César Maas, Aquinas Ried y Edmond Reuel Smith.

lonizador necesitaba materializar, a partir de nuevas taxonomías, estrategias de control y dominación que no reconocieran en lo *otro* a un otro legítimo¹²⁶. Desde la pluma de cronistas y escritores, entre los que se destaca Alonso de Ercilla y Zúñiga, se ejecuta una operación de disolución e invisibilización que va renombrando el territorio y a quienes lo habitan. *La Araucana*, tempranamente instaló conceptos que son utilizados hasta la actualidad, apareciendo una y otra vez en las imágenes y discursos que se elaboran en torno al *Mapuche*:

“El **Estado** araucano, acostumbrado
a dar leyes, mandar y ser temido,
viéndose de su trono derribado
y de mortales hombres oprimido,
de adquirir libertad determinado,
reprobando el subsidio padecido,
acude al ejercicio de la espada,
ya por la paz ociosa desusada”¹²⁷.

No desconocemos que desde el siglo XVI hasta ahora, conceptos tales como Estado, Pueblo, Patria o Nación *Mapuche* han ido variando considerablemente en su sentido semántico; sin embargo, es necesario volver a ellos porque observamos que en estos conceptos subyace el reconocimiento de una “comunidad otra” diferenciada. Individualizadas de esta forma, ya en el siglo XVIII, estas “comunidades”¹²⁸ llegan a un acuerdo que fija un límite territorial entre ambas¹²⁹, con lo cual ya se perfilaba el sentido que en la actualidad se da a estos conceptos. Al utilizar oficialmente la noción “etnia”¹³⁰ –concepto problemático que más adelante retomaremos–, el Estado de Chile no les reconoce su calidad de Pueblo o Nación.

Por lo demás, los prejuicios construidos respecto del indígena, en tanto salvaje, indio, bárbaro, borracho, flojo, etc., lamentablemente siguen vigentes, tal como se evidencia en los siguientes extractos:

“De diez y seis caciques y señores
es el soberbio Estado poseído,
en militar estudio los mejores
que de **bárbaros** madres han nacido:
reparo de su patria y defensores,

¹²⁶ Parfraseando a Maturana, cfr. Maturana, Humberto. *Emociones y lenguaje en educación y política*, 14.

¹²⁷ Ercilla y Zúñiga, Alonso. *La Araucana*, canto I, 14. El destacado es nuestro

¹²⁸ *La Mapuche* y la Corona de España.

¹²⁹ El Pacto de *Kuyen* [*Killin*] de 1641, ver nota 135.

¹³⁰ Cfr. Ley 19253 de 1993, Título I de los indígenas, sus culturas y sus comunidades, Párrafo 1°, Legislación del Estado de Chile.

ninguno en el gobierno preferido;
 otros caciques hay, mas por valientes
 son éstos en mandar los preeminentes”¹³¹.

“Gente sin Dios ni ley, aunque respeta
 aquel que fue del cielo derribado,
 que como a poderoso y gran profeta
 es siempre en sus cantares celebrado;
 invocan su furor con falsa seta
 y a todos sus negocios es llamado,
 teniendo cuanto dice por seguro
 del próspero suceso o mal futuro”¹³².

Conceptos y prejuicios que no están ausentes en los textos de los autores que rescatamos.

“No hay ningún **país** mejor adaptado para la crianza de ovejas que el habitado por los araucanos”¹³³.

“El domingo 14 de marzo de 1847 hemos partido, por fin, al **país** de los araucanos”¹³⁴.

“Les contaré acerca de una población **salvaje**, que ocupa una parte del territorio de la República de Chile y que, aún aquí, sus costumbres y comercio son poco conocidos, lo que no ha impedido a los viajeros de estos dos últimos siglos, contar las maravillas de su civilización. Son los araucanos”¹³⁵.

Fue en 1993 el Estado de Chile promulgó la Ley Indígena que reconoce en su territorio, la existencia de nueve etnias.

“El Estado reconoce como principales etnias indígenas de Chile a: la Mapuche, Aimara, Rapa Nui o Pascuenses, la de las comunidades Atacameñas, Quechuas, Collas y Diaguita del norte del país, las comunidades Kawashkar o Alacalufe y Yámana o Yagán de los canales australes. El Estado valora su existencia por ser parte esencial de las raíces de la Nación chilena, así como su integridad y desarrollo, de acuerdo a sus costumbres y valores”¹³⁶.

Sin embargo el concepto de “etnia” es problemático, porque las colectividades así denominadas reivindican la denominación de “pueblos originarios”, puesto que en el

¹³¹ Ercilla y Zúñiga, *op. cit.*, 8. El destacado es nuestro.

¹³² Ercilla y Zúñiga, *ibid.*, 11.

¹³³ Reuel Smith, *op. cit.*, 138. El destacado es nuestro.

¹³⁴ Ried, *op. cit.*, 55. El destacado es nuestro.

¹³⁵ Delaporte, *op. cit.*, 5. El destacado es nuestro.

¹³⁶ Ley 19253, *op. cit.*

ámbito internacional se consagra un derecho colectivo: el derecho a la autodeterminación o libre determinación de los pueblos. Llamar a una comunidad “pueblo” le otorga derechos reconocidos que el concepto de “etnia” no contempla¹³⁷. Este es sin duda uno de los nudos problemáticos que tensa las relaciones entre el Pueblo *Mapuche* y el Estado de Chile, puesto que el estatus de pueblo independiente que los *Mapuche* mantuvieron por largo tiempo les fue arrebatado violentamente.

En 1641, El Pacto de *Kuyen* [Killin], un acuerdo entre la sociedad *Mapuche* y la corona de España, estipulaba, entre otros aspectos, el reconocimiento de soberanía mutua en territorios delimitados y una frontera territorial: el río Biobío¹³⁸. Posteriormente, en el Parlamento General de Tapihue de 1825 el gobierno de Chile –luego de independizarse de la Corona de España– continúa reconociendo la soberanía *Mapuche* al sur del Biobío¹³⁹. Lo cual explica la naturalidad y reiteración con la que se alude a la autonomía del territorio *mapuche*, como se desprende de los extractos que a continuación citamos:

“En Los Ángeles –tan cerca de la frontera araucana– había esperado reunir toda clase de información sobre los indios y su territorio [...]”¹⁴⁰.

“De Negrete, nos dirigimos a Malven, el punto más avanzado que ocupan los misioneros de este lado de la Araucanía, y en el cual encontré un segundo misionero, dependiente de aquel que me había acompañado. Una miserable choza de tierra, tal es la morada de este devoto apóstol de la fe cristiana; más comodidad le está prohibida por los indios que temen con razón que un techo de tejas sería indicio de un establecimiento fijo, y de un atropello de su territorio (...)”¹⁴¹.

“Tales son las tribus conocidas con el nombre de araucanos, y se llama la Araucanía el país que se extiende entre el Biobío hacia el norte y el Estrecho de Magallanes hacia el sur, comunicando con la Patagonia debido a la disminución de la altura de la cordillera. La provincia de Valdivia está enclavada en él y se puede acceder libremente a ella desde el mar. Los araucanos mantienen relaciones constantes con otras tribus salvajes que habitan el territorio de La Plata y conocidas bajo el nombre de puelches. Todos, araucanos, puelches, patagones, se entienden; su idioma es semejante, y sus costumbres son casi todas las mismas”¹⁴².

Esta conciencia de autodeterminación, como así también la forma en que ésta se perdió y el consiguiente despojo, expoliación y pauperización de sus derechos y de su economía aún están presentes en la memoria colectiva *Mapuche*, y tensan la convivencia

¹³⁷ Rojo, *op. cit.*

¹³⁸ Millalen, *op. cit.*, 242. También lo afirma Bengoa, *op. cit.* Sin embargo, esta es una cuestión que es problemática ya que tales acuerdos no están disponibles. Cfr. Pinto, Jorge. “Presentación”, 13-15.

¹³⁹ Millalen, *op. cit.*, 244.

¹⁴⁰ Reuel smith, *op. cit.*, 67.

¹⁴¹ Delaporte, *op. cit.*, 6.

¹⁴² Delaporte, *op. cit.*, 15.

con los nuevos ocupantes de sus tierras. No es de extrañar entonces que los *mapuche* hayan estado en permanente alerta respecto de sus vecinos desde tiempos inmemoriales, como lo fue con el Imperio Inca, la corona de España y ahora con el Estado de Chile.

“El potente rey Inca, aventajado
en todas las antárticas regiones,
fue un señor en extremo aficionado
a ver y conquistar nuevas naciones,
y por la gran noticia del Estado
a Chile despachó sus Orejones;
mas la parlera fama de esta gente
la sangre les templó y ánimo ardiente”¹⁴³.

“Preguntó [Mañil] especialmente acerca del gobierno español y de la probabilidad de la reconquista de Chile. Es curioso que los indios guarden un cariño por los españoles que no lo tienen por los chilenos. Ellos desean que vuelvan aquellos días del poder de los virreyes, cuando la voluntad del monarca se daba a conocer por medio de parlamentos, en los cuales se recibía a los caciques con música, banderas, regalos y otras atenciones destinadas a conquistar su buena voluntad. Bajo la República se ha seguido una política distinta; los indios son tratados con un desprecio apenas disimulado, y ellos no dejan de sentir la diferencia”¹⁴⁴.

“Para estar seguro de que sus palabras nos serían transmitidas sin alteraciones, Mañil había incluido en su audiencia a dos caciques más que cuidaban de que el mensaje fuera reportado con fidelidad. Uno de los dos padres le respondió a los caciques, más o menos en los siguientes términos: Puedes ir a decirle a Mañil que le agradecemos mucho sus atenciones y su buen proceder; que vinimos a la junta con mucho placer, que si hubiera preparativos de guerra que temerse de parte de los españoles, no estaríamos aquí; [...]”¹⁴⁵.

Las diversidades culturales presentes en el Estado de Chile deben ser pensadas en un permanente diálogo que reconozca tanto al otro como otro legítimo, sin asimetrías, como también reconocer y reparar los atropellos causados por las políticas influidas por las nociones de la biología racista del siglo XIX, que aún reconoce y representa al otro como “etnias indígenas de Chile”¹⁴⁶. ¿Dónde nacen los actuales paradigmas con los que se piensa a los pueblos originarios presentes en el actual territorio del Estado de Chile? El proceso de disolución de las identidades locales iniciadas en el siglo XIX en aras de una hegemonía necesaria para la construcción del Estado nación homogéneo, fue tributario de las políticas expansionistas que buscaban materias primas para

¹⁴³ Ercilla y Zúñiga, *op. cit.*, 12.

¹⁴⁴ Reuel Smith, *op. cit.*, 162.

¹⁴⁵ Delaporte, *op. cit.*, 12.

¹⁴⁶ Ley 19253, *op. cit.*

su explotación. Lo cual es posible rastrearlo en la construcción de subjetividad que instalará y legitimará la invasión de “La Araucanía”. Jorge Pinto en un levantamiento hemerográfico destaca un grupo de columnas publicadas en la segunda mitad del siglo XIX por *El Mercurio*, como parte de la operación de legitimación de la anexión de los territorios *Mapuche* al Estado de Chile que se estaba pensando en la época.

“No se trata sólo de la adquisición de algún retazo insignificante de terreno, pues no le faltan terrenos a Chile; no se trata de la soberanía nominal sobre una horda de bávaros, pues esta siempre se ha pretendido tener: se trata de formar de las dos partes separadas de nuestra República un complejo ligado; se trata de abrir un manantial inagotable de nuevos recursos en agricultura y minería; nuevos caminos para el comercio en ríos navegables y pasos fácilmente accesibles sobre las cordilleras de Los Andes... en fin, se trata del triunfo de la civilización sobre la barbarie, de la humanidad sobre la bestialidad”¹⁴⁷.

El mismo Henri Delaporte –cuyo texto reproducimos en este libro–, que llegó a Chile en 1854 con la misión de organizar la Escuela de Agricultura en Santiago, de la cual posteriormente fue director, contribuyó a justificar la anexión de los territorios del Pueblo *Mapuche*, tal como lo señala Alonso Barros:

“Delaporte ayuda a comprender con mayor profundidad las equivalencias estructurales y micro-políticas del fenómeno de expansión territorial chilena en el contexto colonialista global: hacia el sur con la ‘Pacificación de la Araucanía’, y hacia el norte con la ‘Guerra del Pacífico’. La *Pax Chilensis* del siglo XX nació de una guerra de expansión racial y xenófoba, de tipo colonial a la europea, contra bárbaros, cuicos y cholos”¹⁴⁸.

El discurso que se pone en circulación en 1914 con las publicaciones encargadas a la Sociedad Chilena de Historia y Geografía está relacionado con la justificación del genocidio llevado a cabo a través de la con ironía llamada “Pacificación de la Araucanía”. Alonso Barros señala que “las tierras de la orilla norte del Río Nacimiento pasaron a poder de familias como los Prieto, Pinto, Bulnes, Cruz y Saavedra, directamente relacionadas con el genocidio mapuche” y que Henri Delaporte: “de alguna manera, confirma que la tierra fue lo que animó a estos chilenos a invadir físicamente la Araucanía. Su mirada ilustra el rol estructurante del racismo en este discurso del ‘far-south’ y su contribución a la formación de la identidad nacional, replanteando la expansión decimonónica del Estado chileno en el contexto internacional de ‘guerras coloniales’”¹⁴⁹.

¹⁴⁷ Diario *El Mercurio*, 5 de julio de 1859, citado en: Pinto, Jorge. *La formación del Estado y la Nación, y el Pueblo mapuche: de la inclusión a la exclusión*, 154.

¹⁴⁸ Barros van H., Alonso. “Etnografía de un francés en la Araucanía, 1854”, 73.

¹⁴⁹ *Op. cit.*, 72.

En este sentido el comentario de Edmond Reuel Smith –que también reproducimos en este libro– son más críticas que las de Henri Delaporte:

“Poco después de partir llegamos a una gran llanura, muy pastosa y con grupos de hermosos árboles esparcidos aquí y allá, que aumentaron en número cuando encontramos a la espléndida Hacienda de las Canteras, extensa propiedad que pertenecía al expresidente Bulnes.

Esta hacienda tiene fama de ser una de las mejores del sur de Chile, y como tantas otras de la región, se compró directamente a los indios.

Se dijo que el Gobierno tenía la intención de examinar los títulos de las propiedades obtenidas de esta manera, y de confiscar las adquiridas fraudulentamente o que hubiesen sido traspasadas de una manera incorrecta; pero mientras la hacienda de Las Canteras esté en poder de su actual dueño, no es probable que nadie le dispute el título, aun cuando tal vez en manos de una persona de menos influjo, pudiera pasar otra cosa. A la distancia divisamos las grandes casas de la hacienda; pero no nos acercamos a ellas”¹⁵⁰.

Por su parte los *Mapuche* leían las intenciones de anexión de su territorio al Estado de Chile. Ya en 1852, a orillas del río Renaico se celebró una junta a la que no asistieron representantes oficiales del Gobierno chileno, y además se promulgó ese mismo año una ley que establecía la nueva provincia de Arauco, la cual comprendía los territorios *mapuche* situados al sur del río Biobío y al norte de la provincia de Valdivia. Alonso Barros afirma que “el decaimiento de la institución de los parlamentos refleja la creciente deslegitimación *mapuche* por parte del Estado chileno, que por ese entonces se preparaba ideológicamente para dar, a la europea, un salto colonial hacia el Sur, y luego hacia el Norte”¹⁵¹. Esto queda de manifiesto en el texto de Henri Delaporte que extractamos:

“Mañil dio a conocer el resultado de la junta, con las palabras siguientes, que resumían el sentimiento de la mayoría: ‘Los españoles invaden progresivamente nuestras posesiones; además de aquellos que recibimos de buena fe, otros abusan de la simpleza y del estado de ebriedad de los nuestros, haciéndose entregar inmensas extensiones de territorios a cambio de valores insignificantes. Nuestra frontera es el Biobío. Debíamos todos ir a retomararlo, si no inmediatamente, al menos después de la cosecha; que se preparen para ello. El padre, aunque lo queramos mucho, haría bien en abandonar, también, nuestro territorio, porque no quisiéramos que le ocurra ninguna desgracia’. Mañil hizo luego alusión a la completa ausencia de los representantes del gobierno chileno, que el Intendente de la provincia había considerado mejor no enviar, al contrario de lo ocurrido los años previos, y tomando este hecho como señal de disposiciones hostiles, agregaba: ‘Los españoles deben

¹⁵⁰ Reule Smith, *op. cit.*, 24.

¹⁵¹ Barros van H., *op. cit.*, 72-73.

enterarse de que estamos dispuesto a todo. Si ellos tienen fusiles, sables y cañones a su disposición, nosotros tenemos nuestras lanzas, y eso nos basta para dejar cadáveres en el terreno. Que se recuerde en Los Ángeles que nos levantamos antes del sol, y se advierta a los españoles no quedarse demasiado tiempo en la cama’.

La junta, prácticamente, había finalizado con un llamado a las armas, o al menos con un desafío lanzado al otro lado del río. Sin embargo, Mañil arrepintiéndose luego de tan belicosas proposiciones, actuando más bien, en mi opinión, como un fino político respecto de sus súbditos tanto como del gobierno chileno, dos días después, envió un mensaje de paz al Intendente de la provincia de Arauco¹⁵².

Ya hacia la segunda mitad del siglo XIX, la anexión del *Wallmapu* al Estado de Chile era un proyecto cierto, al que la construcción de subjetividad acudía tanto para legitimar la barbarie “civilizadora” de la invasión, como su incorporación. Los textos que rescatamos y publicamos en este libro dan cuenta de esa construcción e instalación de paradigmas semánticos dadores de sentido. Así se desprende de los extractos que a continuación citamos:

“Varios indios venían aproximándose a nosotros a galope tendido, pero cuando nos vieron en compañía del capitán, se retiraron inmediatamente. Al poco rato, nos dimos cuenta que a uno de nuestros caballos le faltaba el lazo. Se lo habían llevado los indios. El capitán les siguió y lo obtuvo de ellos. En ninguna parte, los indígenas son más dados a la rapiña que en la frontera, donde se juntan con tanto elemento malo entre los chilenos que sólo piensan en despojar al prójimo y así se explica que respeten poco el principio de lo propio y de lo ajeno, que de por sí lo tienen poco desarrollado”¹⁵³.

“En cuanto sentimiento de ternura, como el amor filial o el amor conyugal, apenas caben dentro de sus corazones”¹⁵⁴.

“[...] tuvo ocasión de observar no solo sus usos y costumbres, sino muchas de sus más raras ceremonias”¹⁵⁵.

“No había razón ninguna por qué este indio [Trauque] me quisiese tanto, pero los gustos y disgustos de un salvaje indisciplinado, como los de un niño, son inexplicables y fuera de su control”¹⁵⁶.

“La mayoría de estas mujeres llevaban también aretes de plata o de un metal cualquiera en forma de luna creciente y de una dimensión enorme. Sus trazos son los mismos que los de los hombres, con el carácter aún más pronunciado: son de

¹⁵² Delaporte, *op. cit.*, 13-14.

¹⁵³ Maas, *op. cit.*, 23.

¹⁵⁴ Ried, *op. cit.*, 70.

¹⁵⁵ Bardel, *op. cit.*, 91.

¹⁵⁶ Reuel Smith, *op. cit.*, 255. Es curioso que al referirse a Trauque lo hace como “este indio”, si conoce su nombre y ha hecho referencia al afecto que le tiene: “Su voz [la de Trauque] temblaba de emoción, vi las lágrimas en sus ojos y me dio ganas de abrazar al bribón, pero era tan desaseado”, *ibid.*

talla pequeña, tienen el cuerpo muy alargado, las piernas cortas, y son muy feas en general. La pieza principal de su vestimenta, de mismo modo que para el indio pobre, es el calamaco del cual he hablado más arriba. Como ese atuendo enrolla las piernas hasta las rodillas, hombres y mujeres no se pueden mover libremente, lo que, sin embargo, no impide a los hombres montar a caballo perfectamente. Algunos niños muy pequeños estaban con sus madres; se hacían notar por su fealdad [...]"¹⁵⁷.

Pensar en la situación de los pueblos originarios que han habitado desde tiempos inmemoriales los territorios que pulatinamente, el Estado de Chile ha ido incorporado como suyos es un tema que se ha relegado una y otra vez. Siendo el mayor escollo para abordar y solucionar este problema son los intereses que se verían afectados, se persiste en minimizar, solapar y esconder una situación pendiente que especialmente en el *Wallmapu* ha resultado en una crisis compleja. Al amparo de un marco legal hecho a la medida, el Pueblo *Mapuche*, sostenidamente en el tiempo ha visto cómo su territorio es depredado por los representantes de la neocolonización; y sus protestas ante tales atropellos han sido reprimidas con una violencia que agudiza el conflicto.

Este año, especialmente con el inicio de un proceso constituyente que pretende finalizar con la elaboración de una nueva Constitución Política, el Estado de Chile ha entrado en un proceso de revisión y cambios profundos. Este proceso no puede dejar de considerar las múltiples tensiones que se dan al interior de un Estado, cuyo fortalecimiento pasa por el reconocimiento de los pueblos originarios como un "otro" legítimo. El resultado de este ejercicio inédito debería ser que nos reconozcamos como un Estado plurinacional, y la constatación de que somos capaces de generar diálogos inspirados en el amor y no en el odio, a partir de los cuales se repare y construya una sociedad desde la diversidad.

"El amor es la emoción que constituye el dominio de conductas donde se da la operacionalidad de la aceptación del otro como un legítimo otro en la convivencia, y es ese modo de convivencia lo que connotamos cuando hablamos de lo social. Por esto digo que el amor es la emoción que funda lo social; sin aceptación del otro en la convivencia no hay fenómeno social"¹⁵⁸.

REFERENCIAS

- AA. VV. *Ta ñ fijke xipa rakizuameluwün. Historia, colonialismo y resistencia desde el país Mapuche*. Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche, 2012.
- Bardel, Agustín. "Araucanos. Excursión del señor Bardel, vicecónsul de Francia en Concepción de Chile". *Biblioteca Universal Económica. Aventuras Extraordinarias de los Viajeros Célebres*. México: Boix y Compañía, Editores, 1851: 91-92.

¹⁵⁷ Delaporte, *op. cit.*, 11.

¹⁵⁸ Maturana, *op. cit.*, 14.

- Barros van H., Alonso. “Etnografía de un francés en la Araucanía, 1854”. *Revista de Ciencias Sociales*. Nº 19, Segundo Semestre 2007: 71-93.
- Bengoa, José. *Historia del pueblo mapuche*. 6ª edición. Santiago: LOM Ediciones, 2000.
- Chile. Ley Nº 19253, de 28 de septiembre de 1993, establece normas de protección, fomento y desarrollo de los indígenas, y crea la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena. Diario Oficial de 5 de octubre de 1993.
- Comunidad Indígena Forrahue, Bernardo Colipán. Forrahue. Matanza de 1912. Osorno, Editorial, 2012.
- Delaporte, Henri. “Souvenirs de Voyage: une visite chez les Araucaniens”. *Bulletin de la Société de Géographie. Quatrième Série - Tome Dixième*. Paris: Chez Arthus - Bertrand, Libraire de la Société de Géographie, Juillet-Décembre, 1855: 5-40.
- Ercilla y Zúñiga, Alonso de. *La Araucana*. Ed. Gral. Ricardo Ruiz de Viñaspre. Santiago: Editorial, 1996.
- Latcham E., Ricardo. “Prólogo”. Reuel Smith, Edmond. *Los Araucanos. Notas sobre una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile Meridional*. Trad. Ricardo E. Latcham. Santiago: Sociedad Chilena de Historia y Geografía, 1914: III-IX.
- Maas, César. “Viaje a través de las provincias australes de la República de Chile desde enero hasta junio de 1847”. *Revista Cóndor*, [s.n.], noviembre de 1949-marzo de 1950.
- Malosetti, Laura. *Pampa, ciudad y suburbio*. Ciudad: Fundación OSDE, 2007.
- Maturana, Humberto. *Emociones y lenguaje en educación y política*. Santiago: Dolmen Ensayo, 2001.
- Millalen, José. “Taiñ mapuchegen. Nación y nacionalismo Mapuche: construcción y desafío del presente”. AA. VV. *Ta ñ fijke xipa rakizuameluwün. Historia, colonialismo y resistencia desde el país Mapuche*. Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche, 2012: 241-258.
- Montes, Hugo. “El poema y su autor”. Ercilla y Zúñiga, Alonso de. *La Araucana*. Ed. Gral. Ricardo Ruiz de Viñaspre. Santiago: Nuevamérica, 1996: XIII-XXIII.
- Pinto, Jorge. “Presentación”. Zavala, José Manuel (ed.). *Los parlamentos hispano-mapuches, 1593-1803. Textos fundamentales*. Temuco: Ediciones de la Universidad Católica de Temuco, 2015: 11-15.
- . *La formación del Estado y la Nación, y el Pueblo mapuche: de la inclusión a la exclusión*. Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.
- Reuel Smith, Edmond. *Los Araucanos. Notas sobre una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile Meridional*. Trad. Ricardo E. Latcham. Santiago: Sociedad Chilena de Historia y Geografía, 1914.
- Ried, Aquinas. *Diario de viaje efectuado por el doctor Aquinas Ried desde Valparaíso hasta el Lago Llanquihue, y de regreso (7 de febrero de 1847 al 30 de junio del mismo año)*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1920.
- Rojo, Gema. Entrevistada en: “Caleidoscopio” Programa de la Radio de la Universidad de Chile. 30 de mayo de 2016.

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Contexto histórico de la Araucanía a mediados del siglo XIX. <i>Ítalo Salgado Ismodes</i>	9
Sobre los autores y relatos. <i>Ítalo Salgado Ismodes</i>	19
Araucanos. Excursión del señor Bardel, vicedónsul de Francia en Concepción de Chile. <i>Dumont D'Urville</i>	25
Viaje a través de las provincias australes de la República de Chile desde enero hasta junio de 1847. <i>César Maas</i>	29
Diario de viaje efectuado por el doctor Aquinas Ried desde Valparaíso hasta el lago Llanquihue, y de regreso. 7 de febrero de 1847 al 30 de junio del mismo año. <i>Aquinas Reid</i>	95
Los araucanos. Notas sobre una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile Meridional. <i>Edmond Reuel Smith</i>	123
Recuerdos de un viaje. Una visita donde los araucanos. <i>Henri Delaporte</i>	243
A PROPÓSITO DE LAS TRAVESÍAS...	
Construcción del imaginario social de la cultura <i>mapuche</i> a través de relatos y registros visuales. <i>Lorena Villegas - Samuel Quiroga</i> .	265
<i>Araucanía Wallmapu</i> . <i>Samuel Quiroga - Lorena Villegas</i> .	281

